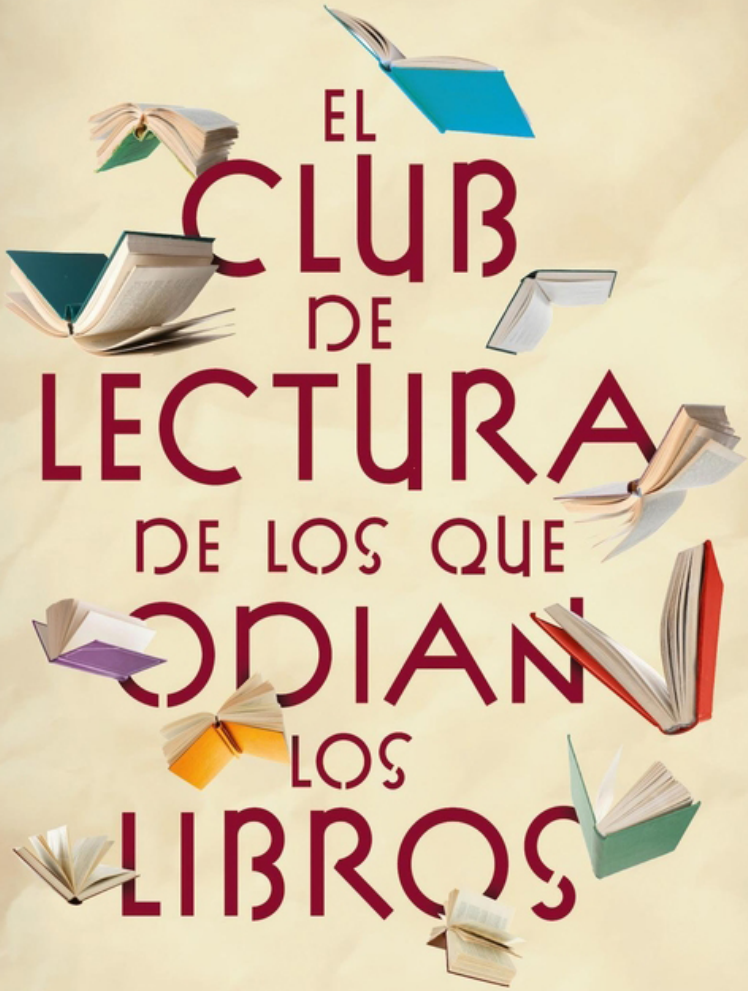
El libro perfecto para los que aman los libros



EL CLUB DE LECTURA DE LOS QUE ODIAN LOS LIBROS

GRETCHEN ANTHONY

13

Solo se necesita escoger el libro adecuado para convertir a alguien que los odia en un amante de los libros…

Eso era lo que creía Elliot, el copropietario de su amada librería Over the Rainbow, antes de su prematura muerte. Siempre tenía la sugerencia de lectura perfecta para los autoproclamados haters de los libros. Ahora su socia, Irma, afligida por el dolor, quiere vender la acogedora Over the Rainbow a alguna empresa inmobiliaria.

Pero otros no abandonarán la librería sin luchar. Cuando Irma les da la noticia a sus hijas, Bree y Laney, y a la pareja de Elliot, Thom, todos se horrorizan. Over the Rainbow ha sido el refugio de la infancia de Bree y Laney, y Thom haría cualquier cosa para preservar el legado de Elliot. Juntos conspirarán para salvar la librería, incluso si necesitan un poco de fisgoneo y algún que otro acto de sabotaje menor.

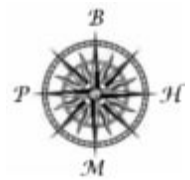
Gretchen Anthony

EL CLUB DE LECTURA DE LOS QUE ODIAN LOS LIBROS

Título original: *The Book Haters' Book Club*
Gretchen Anthony, 2022
Traducción: Virginia Maza, 2023

-

Revisión: 1.0



10/11/2023

Para Bethany y Reeny,
que siempre serán mi club de lectura.
Algún día montaremos en camello
con la cantimplora llena de cosmopolitan.

Prefacio

Despertad, lectoras y lectores. Despertad, porque me dispongo a contaros cómo termina este libro: uno de los cuatro personajes dará con el camino a casa, otro descubrirá un valor que no pensaba tener y un tercero encontrará su corazón.

«¡Un momento! —Diréis—. ¡Esta historia ya nos la sabemos!». ¡Claro que sí! Acabáis de descubrir las primeras pistas. ¡Eso es empezar con buen pie! Sin embargo, os aseguro que vuestro viaje no ha hecho más que comenzar. Y es que ahí precisamente radica el poder de una buena historia: no importa lo que creamos saber ya, porque de ella brotarán tesoros inagotables, joyas en las que nunca habíamos reparado y saber susurrado al oído en los momentos en que más lo necesitamos.

La historia que os voy a contar no es la de Dorothy (aunque está presente y casi a punto de aparecerse de pronto para saludar). Ni siquiera es la de Laney, Bree, Thom ni Irma. Bien, estos son quienes hablan y trastean por aquí, pero no son más que los intérpretes. Esta historia es la vuestra, la de las personas que estáis leyendo al otro lado. La vuestra y la de vuestra madre, la de vuestra mejor amiga y la del vecino, la de él, ella o elle. Es una historia sobre pertenencia y sobre las personas con las que esta nos une, sin pertenecerles. Es una historia sobre los sueños que soñáis y sobre los seres queridos que se aferran a ellos cuando nos pesan demasiado para llevar la carga nosotros solos.

¿Qué sucede? ¿Parece que hablo en clave? Ya lo sé. Siempre he sido un bichito raro y lo confieso: si me gusta liar un poco las cosas es para que la vida sea más divertida. Eso sí, veréis que, por maravillosa que sea esta intención, también dejo mi rastro de caos (¡y de belleza!) por el camino.

Ahora alzaré el telón para que podáis empezar…

Thom Winslow atravesó las puertas acristaladas de Vandaveer Investments hecho un titán.

—Buenas tardes —le dijo bien alto al recepcionista, con voz enérgica y ánimo inquebrantable—. Vengo a la reunión de Over the Raiiiinbow…

Flaqueó porque el «rainbow», como si fuera de gelatina, se le quedó pegado a la garganta (sin contemplaciones y de la manera más desagradable) y no tuvo otro remedio que aclararla con un «JJRRRR» que dolió con solo oírlo.

—Vengo a la reunión de la librería.

Esto lo dijo con la voz de un hombre derrotado, consciente de que sus hombros escuálidos y el cuello de pichón se hundían de vergüenza a toda velocidad. A la porra lo de dárselas de seguro.

El recepcionista apenas le prestó atención ni levantó la vista de la *tablet* que llevaba pegada a la mano (*¿estaría pegada ahí de verdad?*).

—La reunión es en la sala de juntas Lago Minnetonka. Le acompaño.

Irma Bedford ya lo estaba esperando. La librería Over the Rainbow era suya y de la pareja de Thom, Elliot, que acababa de fallecer. Encontrarla dentro fue otro mazazo y fulminó del todo sus expectativas con aquella reunión. Fue con tiempo para llegar el primero a la sala (por lo que había leído, ese movimiento lo colocaba en posición de poder), pero ahí la tenía: tendiéndole la mano.

—Hola, Thom. —Se incorporó nada más verlo entrar—. Llegan con unos minutos de retraso.

Estaba descuidada. Con eso no contaba. Una de las pocas cosas que Thom valoraba de Irma era su elegancia desenfadada, un estilazo que nunca fallaba: vaqueros bien planchados, camisa de un blanco impecable, base de maquillaje perfecta y labios de espectáculo. Aquel día eran de un rojo coral nada acertado.

—Toma. —Sacó un pañuelo de la caja que había sobre la mesa auxiliar—. Tienes carmín en el diente.

Ella lo cogió y dio media vuelta para limpiarse con discreción. También llevaba una mancha en el bolsillo trasero, el azul de tinta derramada y floreciente que nunca iba a poder sacar de ahí.

—Cuando salgamos iré por detrás de ti para que no se vea esa

mancha del pantalón —le dijo Thom casi sin darse cuenta.

Quizá no merecía ese gesto y, sin embargo, no pudo contenerse.

Irma sonrió agradecida.

—Antes de que vengan…

Aún no había terminado la frase cuando James y Trevor Vandaveer, padre e hijo, entraron por la puerta y comenzaron la parte de la tarde dedicada a apretones de manos y palmadas en la espalda. Trevor, el más joven, acercó unas sillas para Thom e Irma, como si fueran unos ancianitos y tuvieran tanta artritis en las articulaciones que no pudieran hacerlo solos (o, en el caso de Thom, como si no le alcanzaran las fuerzas con esos hombros tan enclenques).

—¿Van a acompañarte tus hijas, Irma? —preguntó Trevor.

—El vuelo de Laney va con retraso. —Señaló con la cabeza la pared de cristal que tenía a su espalda—. Pero Bree acaba de llegar.

Bree Bedford salía del ascensor con un cerco de sudor en las axilas de la camisa y la voz de su cabeza hiperventilando por lo tonta que había sido de no hacer algo tan sencillo como ponerse una americana y, como de costumbre, no evitar ni uno solo de los minidesastres que por acumulación acababan dando forma a sus días.

—Siento haberos hecho esperar.

El reloj que colgaba de la pared (quedaba encima de una jarra de cristal llena de agua y con pinta de ser demasiado cara para tocarla) marcaba las 14:58. Dos minutos antes de tiempo, pero el ambiente de la sala de reuniones dejaba claro que llegaba bochornosamente tarde. Se deslizó procurando no hacer ruido en una silla junto a su madre y sacó la agenda del bolso para tomar notas. El cierre soltó un fuerte chasquido y las superficies desnudas de la habitación le sirvieron de caja de resonancia.

—Lo siento… Otra vez.

Fue al instituto con Trevor Vandaveer; veinte años después, era el mismo niño hecho a la medida del privilegio y seguía exactamente igual, aunque ahora vestido de sastre y seguramente por un precio tan obsceno que no podía ni pensarlo. Su padre (¿cómo era posible que no se acordara de su nombre?) era el único que seguía de pie. Le dio la impresión de que pasaba demasiado tiempo al sol: aunque tenía las mejillas y la frente brillantes y tersas

como recién salido del dermatólogo, las arrugas de las manos delataban su edad y disipaban casi por completo la ilusión médica de arriba.

—¿Esperamos a alguien más? —dijo con brusquedad.

—A Laney —dijeron al unísono Irma, Bree y Thom.

—Me ha escrito un mensaje hace unos minutos —añadió Irma—. Está viniendo del aeropuerto.

Bree estaba nerviosa por lo que iba a decirse en esa reunión desde que se enteró de que Laney volvía de California. Lo único que le explicó su madre fue: «Como Elliot nos ha dejado, he contratado a una empresa externa para que me ayuden a tomar algunas decisiones sobre la Rainbow». Podría decirse que Bree era la subdirectora de la librería, así que era lógico que asistiera. Sin embargo, su hermana Laney nunca viajaba por temas que tuvieran que ver con la librería. De hecho, ni siquiera se desplazaba por asuntos personales. Elliot era el mejor amigo y el socio de su madre; murió hacía seis meses y Laney no estuvo en el funeral. Tampoco acudió cuando el novio de su madre, Nestor, falleció inesperadamente tres años antes, y Bree no recordaba cuándo fue la última vez que pasó una Navidad o el Día de Acción de Gracias en Minneapolis. Laney nunca iba a casa y, en cambio, allí iba a estar.

El recepcionista abrió la puerta por tercera vez.

—Laney Hartwell —les anunció.

Antes de pasar, Laney se caló la gorra de béisbol y les pidió a los dioses, duendecillos o hadas que pudieran estar cuidando de ella que Vandaveer Padre no parara de hablar cuando entrase. Cuanto antes acabara todo, mejor. Estaba cansada. No había ninguna necesidad de que estuviera allí. Le habían pedido demasiado.

—¿Por qué te pones tan lejos?

Se había sentado en un rincón y el señor Vandaveer, ofendido como si aquello fuera un ultraje, dio un descomunal golpetazo en la mesa con sus papeles, ¡pum!

Laney se rascó la nuca, se le había erizado el pelo.

—No quería interrumpir.

—Laney. —Su madre dio unos toquecitos en la silla que tenía Bree al lado—. Aquí hay sitio de sobra.

—Esta mesa es enorme —bramó Vandaveer Padre.

Era un hombre que presumía de su territorio: despacho enorme,

voz enorme y anillo de joyería enorme con el que golpeó el cristal de su mesa enorme.

—Muy bien, entremos en materia. —Miró el orden del día—. La señora Bedford, en nombre de Over the Rainbow Bookshop, LLC, ha acordado un contrato de venta de dicha empresa con Vandaveer Investments. A petición suya, pasaremos a informar sobre los términos a todos sus accionistas, los aquí presentes.

Trevor les entregó una elegante carpeta con el logotipo verde y dorado de la empresa. Laney cogió la suya, la puso sin abrir sobre la mesa y dejó que su mente volara. Era extraño, había cogido aquel avión para aparcar su vida de mujer adulta en Oakland y encontrarse cara a cara con un chico con el que fue al instituto y que estaba convertido en un hombre con traje a medida y demasiada gomina en el pelo para la aburrida corbata de un color que llevaba puesta.

—Empecemos por las condiciones de venta —dijo Trevor.

Lanzó las palabras al aire y se quedaron flotando por la habitación. Laney no intentó atraparlas.

—… que el Comprador abonará en su totalidad en el momento de formalización del contrato mediante cheque bancario, según lo acordado entre Comprador y Vendedor…

Bota, rebota…

Tenía un puntito azul diminuto en el labio. Al principio le pareció una mancha de tinta, una malvada pluma que quiso dejar su marca. Pero cuanto más lo observaba, más claro estaba: Trevor tenía un lunar perfectamente redondo en el labio.

—… seis semanas —dijo el lunar.

—¿Perdón?

La voz de Bree atravesó la niebla por la que andaban perdidas las ideas de Laney.

—Sí, el 28 de junio —respondió Trevor—. Cuando Irma firmó la notificación de acuerdo, fijamos un plazo inmediato de seis semanas. Firmaremos los documentos de cierre de la operación a finales de mes.

—Pero solo quedan tres semanas. —Bree volvió a comprobar la fecha; estaba en lo cierto—. ¿Vendiste la librería hace tres semanas y nos lo dices ahora?

La atravesó el pánico hecho un escalofrío; seguro que no podía

levantar los brazos.

—¿Qué pasa con nuestros clientes? ¿Qué pasa con el barrio? Somos la única librería independiente que queda en Lyn-Lake.

—Reconozco que los plazos no son lo ideal. —Su madre no parecía ni remotamente arrepentida—. He tardado en convencer a Laney para que viniera.

Bree hundió la punta de los dedos contra el borde de la tapa de cristal para no romper a llorar. Quedaban tres semanas para que su vida se detuviera en seco, para que la librería que primero fue su refugio, luego su familia y ahora su profesión dejara de existir.

—No lo entiendo. —Las lágrimas que le corrían por la barbilla cayeron a la mesa—. ¿Cómo puedes cerrar la Rainbow?

Irma no respondió.

—Quizá lo entiendas mejor si abres por la página setenta y nueve —dijo Trevor, que parecía impaciente por que la reunión avanzara—. Aún tienes que conocer los detalles.

—Echa un vistazo al precio de la oferta —dijo el padre—. Seguro que con eso dejarás de moquear.

Thom empujó la caja de pañuelos sobre la mesa para pasársela a Bree. No le sorprendió que Irma no les hubiera dicho nada a sus hijas sobre la venta hasta entonces. Era un lobo con piel de cordero y desde el primer momento supo que era peligroso acercarse mucho. Ella y la librería habían devorado a Elliot y, justo cuando iba a empezar un nuevo capítulo de su vida, justo cuando Elliot decidió trabajar menos para la librería, pensar en la jubilación y volcarse de nuevo en la vida junto a Thom, murió. En un instante. Se fue sin aviso ni despedida.

Thom abrió la página en cuestión y buscó el precio que Irma había recibido por Over the Rainbow de sus amores, consciente de que ninguna cantidad de dinero podría compensar el resentimiento que había ido acumulando contra esa mujer ysu librería durante tantos años. Trevor estaba soltando un galimatías, una estrategia destinada a amortiguar el golpe de lo que estaba viendo: Irma vendía prácticamente por nada la obra a la que Elliot consagró toda una vida.

—Oh, mamá —exclamó Bree—. ¿Esto es todo lo que la Rainbow vale para ti?

Laney pasó de página, tenía que haber más al otro lado.

—Imagino que es el primer pago, ¿no?

A Thom se le tensó la mandíbula, no iba a dejarse vencer.

—Irma… —dijo entre dientes.

La mujer ni se inmutó.

—Estas son las condiciones que ofrecieron los Vandaveer, y las he aceptado —dijo, con la espalda igual de recta que una vara de hierro—. Si tenéis alguna pregunta, hacédsela a nuestros anfitriones.

Thom volvió a mirar el precio de venta. Era imposible, debía de haber contado mal los ceros.

Bree pasó de estar llorando en bajito a convertirse en una estrella de telenovela desbocada.

Laney miró el reloj.

Uno

45 días para el cierre…

Laney Hartwell no tenía claro qué era lo que más le apetecía en ese momento: si una rosquilla o el divorcio. En realidad, no quería divorciarse, por supuesto. Pero volvía a ser uno de esos días en los que habría estado bien tener un marido que aportara algo más que una fama en caída libre al esfuerzo de llevar un pequeño negocio. Ahora mismo Laney estaba arrancando, molécula a molécula, pedacitos de un tique atrapado en las fauces de una impresora condenada a atascarse. Mientras tanto, no paraba de crecer la fila de clientes, impacientes todos por marcharse y seguir con su vida. En cambio, allí estaba Tuck bien plantado y como si nada de eso fuera con él, pasando el rato con un tipo y balanceándose al ritmo del peloteo que en su cabeza debía de sonar a música celestial.

—Como lo oyes —dijo atronador—, estaba a punto de salirme fuego por el culo, ¡una explosión como la de los cohetes de la NASA!

En mitad del desastre, Laney levantó la vista con los dedos llenos de tinta de impresora y justo a tiempo para ver que el nuevo amigo de Tuck se servía la última rosquilla de chocolate de la bandeja con el letrerito para ti ♥. Era el que iba a coger ella.

—¿Tuck? —Estaba a punto de estallar y se daba cuenta de que no había forma de pararlo—. ¿Podrías echarme una mano, por favor?

Iban a cumplir veinte años convertidos en «Tuck y Laney», y los dos eran los propietarios del Tire Stud, una tienda de neumáticos en la avenida Shattuck de Oakland, bajo el parapeto de hormigón y asfalto de la CA-24. Tenían un equipo de seis mecánicos (más o

menos, dependiendo de quién se hubiera ido o a quién hubieran despedido en cada momento), dos mil metros cuadrados de espacio y, al cierre de la víspera, setecientos ochenta y dos neumáticos en *stock*. Se acercaban al quinto aniversario de la apertura y, en ese tiempo, había tenido unos mil setecientos cincuenta días prácticamente idénticos a aquel.

En cuanto a Tuck, era un antiguo piloto de la lista B de NASCAR que decidió seguir viviendo entre neumáticos tras abandonar la competición. «No iba a retirarme para meterme a dentista», le gustaba decir.

—Te vi en el Invitational de Stockton de 2010. —El hombre que había engullido la última rosquilla estaba esperando a que le alinearan el eje delantero—. Te reventó un neumático en la última vuelta, pero, hasta ese último segundo, pensé que ibas a arrasar.

Tuck le dio una palmada en la espalda. En la mano izquierda solo le quedaban cuatro dedos y medio tras la mala decisión de pelearse con una llave neumática.

—Contaba con que esa carrera me pusiera por encima en la clasificación.

—Qué mala suerte.

—Bueno, las bandas de rodadura de lo que tenemos aquí son mejores. Te lo aseguro.

Laney le envió al tipo un mensaje telepático para que se limpiara el chocolate que tenía en los labios.

—¿Señorita Frankie? —dijo entonces—. Todo listo.

Frankie era una clienta habitual y tenía una facilidad fuera de lo común para pasar por encima de los peores enemigos de una rueda: clavos, cristales e incluso, una vez, su propio tapacubos. Su compañera, la pomerania *Miss* Pickles, viajaba junto a ella en el asiento delantero a bordo de una cunita para perros hecha a medida y con la palabra «estilazo» en brillibrilli.

—Hoy estáis maravillosas.

Frankie y *Miss* Pickles llevaban una cazadora rosa a juego. Laney pasó la tarjeta de crédito, le entregó las llaves del coche y preguntó si podía darle una chuchería a *Miss* Pickles.

—¡Por supuesto! —respondió Frankie con una sonrisa y *Miss* Pickles meneó el rabo.

Las ganas de comerse una rosquilla que tenía al ralentí subieron

de revoluciones.

Sonó el teléfono y el timbre de la puerta anunció que entraban más clientes. Laney le dio un portapapeles y boli a una mujer con chubasquero amarillo y la invitó a tomar asiento mientras rellenaba los formularios.

—¿Quién es el siguiente?

Llamaba su madre. Laney solo descolgó porque en la tienda nunca miraba el identificador de llamadas (qué más daba: no tenía forma de saber si era una llamada comercial o un cliente) y además su madre siempre la llamaba al móvil. Sin embargo, Irma llevaba días enviando mensajes que Laney respondía sin excepción con un «estoy liada, te llamo luego», pero nunca lo hacía.

Irma se ahorró los preámbulos.

—¿No te quejas tú siempre de que no respondo al móvil?

—Puede ser. —*Por supuesto que era*—. ¿Qué necesitas, mamá?

Laney lanzó una mirada fulminante hacia la bandeja de rosquillas vacía y culpó al admirador de Tuck de aquellos retortijones en el estómago, aunque sabía que no eran cosa del hambre. Se suponía que su hermana Bree se ocupaba de IRMA y lo suyo, porque ella era capaz de mantener una relación madre-hija sana y funcional. Laney vivía a tres mil kilómetros de distancia y consideraba que esa distancia geográfica era terapéutica, un elemento necesario para mantener la homeostasis familiar (una forma elegante de decir que Laney y su madre se sacaban de quicio mutuamente y que, cuanto menos tiempo pasaran juntas, mejor).

—Sé que me estás evitando, Laney. Pero te aseguro que no va a doler.

Estuvo a punto decir que eso era lo que les susurraban a los perros cuando les iban a hacer la eutanasia, pero no pudo porque la mujer que llevaba chubasquero en un día radiante regresó con los papeles. Laney los dejó debajo del pedido para el tipo que iba a poner neumáticos de alto rendimiento en su Honda Civic.

Habían pasado seis meses desde que Elliot Gregory —el mejor amigo y socio de Irma— muriera repentinamente, sin avisarse a sí mismo ni a nadie más, y desde entonces sus hijas no bajaban la guardia por si se desencadenaba el desastre. Pocos días antes, Bree se quejaba por correo electrónico de que había facturas sin pagar a los distribuidores y se habían enviado pedidos equivocados a los

clientes. También escribió: «Ayer mamá se presentó con dos zapatos diferentes: un mocasín marrón y una chancla azul».

Lo de los zapatos le llamó la atención, pero solo un momento, enseguida pensó que todo el mundo tenía días malos. Hacía nada, un hombre se presentó en el TireStud con zapatos de claqué y cruzó repiqueteando por el suelo de cemento para entregar las llaves. «Llámame cuando vaya con tacón de aguja y pantuflas —respondió Laney—. Entonces podremos preocuparnos».

—Laney —le decía ahora su madre—, sabes que no te llamaría al trabajo para hablar, pero no he conseguido pillarte en otro lado. Desde que Elliot nos dejó, he tenido que tomar algunas decisiones sobre la Rainbow. Me gustaría que vinieras a casa para que podamos valorarlas.

Casa. Al oírlo Laney tuvo que aflojarse la cinturilla del pantalón. Sin darse cuenta, empezó a buscar a Tuck por la tienda; lo encontró subiéndose la pernera para enseñar sus calcetines nuevos, los que llevaban su cara y el número de carreras.

—Ahora mismo no puedo dejar la tienda, mamá. Esto es un caos. Además, la recepcionista ha dimitido. —En realidad, la despidieron a ella y al mecánico la semana anterior porque los pillaron en el baño con las manos en la masa y los pantalones bajados—. Tuck no ha encontrado a nadie todavía.

Sería mejor decir que no se había dignado a sentar las posaderas el tiempo suficiente para elegir entre los candidatos a los que Laney ya había dado el visto bueno.

—No te robaré más de un día o algo así.

—Pero ¿no podemos hablarlo por teléfono? Si quieres con una videollamada… Hoy hasta se hacen juicios por *Zoom*.

Su madre negó con la cabeza. Y Laney lo supo, aunque estaba a tres mil kilómetros.

—Te pagaré el billete.

—Mamá, es imposible…

La súplica quedó ahogada de repente en el ruido de la sala de ventas porque los clientes estallaron en carcajadas. El noticiero local estaba emitiendo el vídeo de una gallina montada a lomos de un elefante y Tuck había subido al máximo el volumen del televisor que colgaba en una esquina.

—Dos días —repitió su madre—. Una semana como muchísimo.

—No es lo mismo.

—Vienes a casa, arreglamos nuestros asuntos y, de paso, estoy un tiempo conmis dos hijas.

La puerta se abrió y Frankie entró con *Miss* Pickles en brazos.

—Le he dado un golpe a algo —empezó sin esperar a que Laney colgara. No podía dejar a Tuck al cargo la tienda un solo día. Una semana era sencillamente impensable.

—Eh, Laney —la llamó Tuck—. ¡Mira esto!

Un cliente sostenía radiante un retrato suyo de la primera época. Aún tenía el nacimiento del pelo de un hombre joven y estaba firmado: «¡Vamos, Tuck!».

Su madre se dio cuenta de que Laney dudaba.

—Soy consciente de que te pido mucho. Así que, antes de que vuelvas a decir que no, intenta recordar la última vez que te exigí que vinieras.

La línea se quedó en silencio y Laney tardó un segundo en advertirlo porque *Miss* Pickles la distrajo ladrando a un perro que salía en la tele.

—¿Quieres que lo recuerde ahora mismo?

—Sí. Dime, ¿cuándo te obligué por última vez a hacer algo?

Eso nunca había pasado y las dos lo sabían. Menos de una semana después de terminar el instituto, Laney abandonó a su familia y los planes de ir a la universidad, y fue a acompañar a Tuck en el circuito de carreras. De eso hacía veinte años y su madre pasó todo ese tiempo entre iracunda, decepcionada, preocupada y callada. Pero nunca le pidió a su hija que volviera a casa.

Laney evitó responder.

—¿Te vas a jubilar?

Su madre tenía sesenta y siete años y su socio se había ido.

—¿Vas a traspasar la librería a Bree? ¿Es eso lo que tienes que decirme?

—Laney, no sé si puedo ser más directa. Por favor, ven a casa.

Tuck terminó lo que fuera que estuviera haciendo en la oficina, salió y se las arregló para pasar como si nada por delante del tarjetero del mostrador que estaba sin tarjetas, de la cafetera sin agua y de la huella pringosa de una mano de niño en el cristal de la puerta.

—¿Quién es? —susurró señalando el teléfono.

Laney hizo oídos sordos.
—¿Cuándo me necesitas exactamente?
—Lo antes posible.
Miró a Tuck, que volvió a preguntarle.
—En serio, ¿quién es?
—Te llamaré al salir.
Estaba acorralada. ¿Qué otra cosa podía hacer sino obedecer?

Dos

34 días para el cierre

Bree Bedford se llevó el auricular al corazón antes de colgar. Acababa de llamar una clienta para que le recomendaran un libro con el que su hija de veintitrés años retomara la lectura.

—Consiguió trabajo y se ha mudado a Kansas City —le explicó —. Allí no conoce a nadie y tengo la sensación de que pasa el día entero en la oficina. Me temo que está utilizando el trabajo para no sentirse sola. Por eso se me ocurrió que, si consigo que vuelva a leer, podría romper el círculo vicioso y pensar en algo que no sea trabajo, trabajo y más trabajo. No paro de decirle que vaya a la biblioteca, pero… En fin, ¿qué voy a saber yo? En cualquier caso, recordé que uno de sus libreros es un auténtico genio recomendando libros a gente con alergia a la lectura. Por casualidad, ¿no estará por ahí?

Se refería a Elliot.

—No —suspiró Bree. Odiaba esta parte—. Lamento decirle que Elliot nos dejó en enero.

—Oh, cielos —dijo la mujer—. Lo siento mucho. Puede ser de mal gusto preguntarlo, pero… ¿podría decirme en qué librería trabaja ahora?

Bree tenía la sensación de que, desde la muerte de Elliot, en la Rainbow habían ido nadando en las aguas de un dolor mortecino y gris, un crepúsculo sin alba. Él era el cerebro e Irma el corazón, y ninguno se preparó a sí mismo, a los clientes ni a la tienda para aquel corte.

Iban a dar las seis. Técnicamente Bree terminaba a las cinco,

pero Irma se había marchado hacía horas para hacer un «recado rápido» y, si se iba a casa ella, tendría que echar la persiana. Aunque no es que hubiera clientes que atender. Incluso la mujer de la llamada decidió hablar con una librería de Kansas City para ahorrarse los gastos de envío.

Por tercera vez en otras tantas semanas, abrió un archivo del ordenador de la librería llamado «Plantilla_Boletín» y trató de concentrarse. Para diferenciar a la Rainbow de otras pequeñas librerías, Elliot llevaba décadas escribiendo un boletín de noticias dirigido a las personas que, por una u otra razón, se sentían apartadas o excluidas del mundo del libro. Decía: «Los que nos dedicamos a esto podemos ser unos esnobs insoportables y malcriados. ¿Por qué una deliciosa novela rosa es menos digna del favor de los lectores que la última perla literaria neoyorquina? En mi opinión, si un determinado tipo de libro no es tu cóctel preferido: no sigas bebiendo y pide otra cosa, cariño. No tienes que hacer como si te hubieran envenenado».

De haber sido más corta la ocurrencia, Bree la habría estampado en camisetas y bolsas de libros.

Desde que Elliot no estaba, el boletín era su cometido… y no iba bien. En seis meses, solo había escrito dos números y ninguno de los dos la hizo su digna sucesora. Lo había intentado con todas sus fuerzas, igual que ahora, pero la pantalla en blanco la intimidaba. No le venía a la mente ni un solo título, ni siquiera con cientos de ellos mirándola desde los lomos de los libros que cubrían las estanterías del suelo al techo.

«Club de lectura de los que odian los libros».

Se quedó mirando aquellas palabras hasta que el cursor, después de tanto tiempo sin moverse, dejó de parpadear. «Supongo que esa es la señal», dijo en voz alta y la librería vacía se tragó la voz y el chasquido del interruptor de la parte posterior del ordenador que la siguió. Ya habían dado las siete. Llevaba más de una hora sin escribir.

Le dio la vuelta al cartel de la puerta: volvemos mañana.

Cuando Laney y ella eran pequeñas, Irma solía llevarles cargamentos de lápices de colores y cartulinas y les decía: «Vendría bien un nuevo arcoíris para el escaparate, ¿no os parece?». Dedicaban horas al trabajo porque, como decía Bree, estaban

decorando la calle. «La gente que pase por delante verá la felicidad que hay dentro y querrá entrar».

Aquella noche, en el escaparate de la librería Over the Rainbow solo había novedades de hacía meses. Y hacía siglos que la calle no veía un arcoíris.

Se agachó para recoger una pila de libros descartados que había que devolver alas estanterías y los dejó sobre el mostrador para hacerlo a primera hora de la mañana. Luego escribió una nota a Irma y la pegó encima de la caja registradora: «¿Te ayudo mañana con los pedidos de Internet?».

Estaban a finales de mayo y el verano por fin le ganaba la batalla a una primavera en retirada, los días calurosos se imponían a las noches frescas y húmedas. El paseo a casa desde la Rainbow era corto, poco menos de diez minutos, y al doblar la esquina de su calle encontró a los vecinos colgando luces en el techo de los porches, preparándose para las fiestas que estaban por llegar. En el norte los veranos eran fugaces y la gente de Minnesota, harta del invierno, no los desaprovechaba. Quizá un cambio de estación era justo lo que Irma y ella necesitaban.

Irma estaba «en un momento frágil»: con esas palabras lo decía su madre, que se negaba a referirse a su estado emocional con términos que todo el mundo entiende, como «triste», «afligida» o «de luto». «No me sentiré así siempre. No estoy en mi mejor momento, eso es todo». En el funeral de Elliot, la estuvo observando mientras clientes de toda la vida le daban el pésame y ella les agradecía que hubieran ido; se preguntó si ese iba a ser el mazazo definitivo para su madre. Primero había perdido a su novio Nestor, el hombre a quien conoció demasiado tarde para construir una vida a su lado; después a Elliot, el hombre con quien tuvo la suerte de ganarse la vida.

Daba igual qué nombre le pusiera su madre: Irma Bedford estaba deprimida y de eso se deducía que la Rainbow también lo estaba. Si la librería siempre había lucido un sofisticado estilo *vintage*, ahora solo parecía cansada. Las sillas de tartán del escaparate estaban descoloridas y raídas, las vitrinas que Elliot rescató de un antiguo instituto católico necesitaban un repaso y los bancos que sacó de la capilla del mismo colegio estaban tan desgastados que la pintura azul brillante se había vuelto gris en algunas partes. Solo el objeto

más emblemático de la Rainbow, la enorme lámpara de araña rosa que colgaba de un techo azul lleno de nubes, seguía fiel a su antigua gloria.

Ese verano Bree podría reunir algo de dinero para contratar a un chico del barrio y volver a pintar. Las clases iban a terminar pronto y seguro que a alguien le vendría bien el dinero. También debería pensar en buscar a alguien que se incorporara al equipo a tiempo parcial. Irma no necesitaba trabajar todo el día, a su edad merecía un descanso y un negocio debe ser inteligente a la hora de preparar al «personal de nueva generación». Lo leyó en un artículo en Internet. También decía: «Contrata siempre para mañana, no solo para hoy».

Elliot llevaba la contabilidad de la tienda, así que sería una buena idea que Bree le quitara parte de ese trabajo a Irma. Por supuesto, para eso tendría que ir a clases de contabilidad. Iba a buscar una esa misma noche después de cenar.

Se dio cuenta de que había apretado el paso y fue como si la caminata le hubiera cargado las pilas. Sí, pensó. Se acercaba el verano, y un verano podía cambiarlo todo.

Boletín del Club de Lectura de los que Odian los Libros

NÚMERO 1
JUNIO DE 1989

Queridos y queridas amantes de la lectura:

Soy Elliot Gregory, el temerario librero de Over the Rainbow, y vengo a anunciar una grandiosa y nueva gesta: un boletín mensual lleno de recomendaciones de libros para gente a la que no le van los libros.

¿Por qué? Pensad en la última vez que cruzasteis nuestra puerta amarilla y le preguntasteis a alguien de nuestro pequeño pero intrépido equipo: «¿Qué me recomendaríais para mi [póngase: hijo, hija, cónyuge, pareja, sobrina, sobrino, jefe, jefa, etc.]? A mí me encanta leer, pero no tengo ni idea de qué podría gustarle».

Cada día nos hacen esta misma pregunta y cada vez es un reto maravilloso: conseguir que alguien que puede tener alergia a los libros los ame.

Por supuesto, este rompecabezas tiene variaciones… Puede que tengáis un hijo que leía mucho, pero que ha perdido el interés. Quizá vuestro marido solo lee novela negra y queréis un cambio radical. Tal vez ibais de camino al cumpleaños de vuestra jefa y… ¡Ups! Habéis olvidado el regalo en casa.

¡Socorro!

¡No temáis! Sea cual sea la emergencia, en Over the Rainbow estamos listos para acudir al rescate.

Este mes quiero recoger aquí dos recomendaciones que he hecho estos días a clientes que se enfrentaban a rompecabezas muy diferentes.

La primera consulta la hizo una madre cuya hija de diez años leía «por encima de su edad» y no encontraba ningún libro con el que se divirtiera y la estimulara a la vez. Si en la familia tenéis un pequeño lector como ella, os recomiendo *El misterio del manantial*, de Natalie Babbitt. Cuenta la historia de Winnie, una niña que descubre en las tierras de su familia un manantial de agua que concede la inmortalidad. Está lleno de aventuras, personajes apasionantes y tiene la ventaja añadida de lanzar unas cuantas preguntas filosóficas. Así, vuestra personita devoralibros no solo quedará cautivada, sino que también podría acabar preguntándose si de verdad querría vivir para siempre.

La segunda recomendación de hoy es *El cabo Ann*, de Faith Sullivan. Le vendí esta maravilla de novela a una clienta que no se ponía de acuerdo con su vecina sobre cuánto entienden y observan realmente sus hijos sobre lo que les pasa a los adultos. La clienta creía que los niños ven mucho más de lo que pensamos… La verdad, si me fijo en la hija de nuestra Irma Bedford, tengo que estar de acuerdo, ¡no se le escapa una! (Nuestra peque Laney NO me permite beber más de dos latas de Diet Pepsi al día, y no hay manera de darle esquinazo). La narradora del libro es una niña de seis años llamada Lark, que ve cómo su familia pierde la oportunidad de comprar la casa de sus sueños. A cada página os enamoraréis como yo de esa niña. Ni siquiera las vecinas con alergia a los libros podrán resistirse a la novela de Faith Sullivan.

Elliot

Tabla de salvación para los antilectura

Todo amante de los libros sabe qué novela le hizo perder el rumbo, y cuál se lo devolvió.

Tres

22 días para el cierre…

Thom Winslow tenía un código genético peculiar. Igual que los zorros árticos mudan de pelaje, sabía cuándo las estaciones iban a dar el último suspiro y dejar su lugar a otra. Por eso estaba ahora de pie junto a la cama, preparando los jerséis de invierno para darles su merecido descanso estival.

Los ordenaba de izquierda a derecha por peso —cachemira, lana, algodón, lino— y luego por color: de oscuro a claro. Todas las prendas estaban recién salidas de la funda de la tintorería y listas para su inspección.

El jersey de lino de color helecho era insalvable, acababa de descubrir un agujerito del tamaño de un alfiler sobre el puño izquierdo.

El de cachemira en color de camuflaje, también: el cuello de pico se había dado de sí.

Para ser sinceros, lo mejor sería deshacerse de todos. Había adelgazado tanto que esos jerséis tan estupendos le quedaban ahora colgando de los huesos, como tapices mohosos de la pared de una mansión en decadencia. Pero, igual que le pasa a un caballero con la mansión donde ha nacido, no podía desprenderse de ellos. Eran algo más que hilo tejido, eran historia: la historia de su vida con Elliot.

Sacar de la funda. Pasar revista. Doblar. Guardar.

Esa secuencia repetitiva de tareas lo tranquilizaba. Ya estaban en junio. El verano no era tiempo de jerséis.

Cuando la última de las prendas estuvo guardada como era

debido, se armó de valor y cruzó al otro lado de la cama. Estaba vacío, salvo por las bolsas de la tintorería con los jerséis de Elliot a la espera de que los tocaran, abrieran, recibieran y mimaran. A la espera de Elliot.

«Sacar de la funda, pasar revista, doblar y guardar —les dijo Thom a las bolsas solitarias—. En verano no se lleva jersey. No va así».

Cogió con cuidado el primero del montón y lo dejó justo donde antes subía y bajaba el pecho de Elliot al respirar. Retiró la funda expectante, aunque sus dedos ya lo sabían: era el jersey de punto de color crema que compró en Dublín, en el Arnotts de Henry Street. Fue poco después del atardecer del segundo jueves de septiembre de 2005. Tomaron el té en el Keoghs de Trinity Street, y Elliot no iba preparado para el frío que caía sobre la ciudad cada tarde. Se había dejado el abrigo en el hotel. Comprar el jersey fue idea de Thom: «Un recuerdo para siempre —le dijo a Elliot—. Te durará toda la vida».

Tenía frescos todos los detalles de aquel día.

—Cuando se pierde a una pareja, es normal que la memoria se dispare, contad con ello al menos los seis primeros meses —les dijo Laikin, el terapeuta del grupo de apoyo al duelo—. Las imágenes vendrán a raudales: los cumpleaños de los niños, la Navidad y las vacaciones, o momentos sencillos que hayáis compartido juntos.

»Ahora que sois viudos, viudas o habéis sobrevivido a vuestra pareja, tendréis muchos recuerdos. Seguramente no recordéis lo que os dijo ayer la vecina ni a qué hora tenéis la cita con el médico o qué era eso tan importante que os pidió vuestra hija. Es normal que no os acordéis de esas cosas y sed condescendientes con vosotros mismos cuando suceda, porque ahora mismo vuestro corazón y vuestro cerebro os están diciendo: "¿Qué importancia tiene ir al médico si acabo de perder la vida?".

«Quitad la funda —les ordenó Thom a sus dedos—. Extendedlo sobre la cama para pasar revista. Quitadle las arrugas. Examinadlo con mimo».

El jersey tenía aspecto de poder durar cien años más.

«Cabrito», susurró. Luego plegó las mangas sobre el pecho y otra vez por la mitad. Subió la cintura hasta juntarla con el cuello y lo alisó; para terminar, dobló los lados. Un cuadrado perfecto: la tarea

estaba completada y la caja de almacenaje, esperando a que la llenara. Thom metió el jersey y cerró la tapa, luego se dejó caer al suelo y lloró por enésima vez desde que amaneciera.

Era tarde cuando terminó de organizado todo. Ya se había ido la luz, aunque no podía decir con certeza qué hora era: el ritmo habitual del día se desdibujaba cuando la comida dejaba de ser una prioridad. Aun así, ahora que tenía las cajas listas para pasar el verano metidas en el armario de la habitación de invitados, se dirigió a la cocina. Aunque no podía meter nada rico en el estómago, al menos podría tomar un té. Encendió el hervidor y sacó la lata de té de Darjeeling de la alacena. No era muy aficionado al azúcar, pero no le iría mal echar un terrón. Necesitaba calorías. Todavía le quedaba un panecillo de los que compró en Turtle Bread unos días antes. Lo más seguro es que estuviera duro, y sin duda rancio, pero al menos debía probarlo. Quizá con una loncha de queso Havarti… A ver si tenía. Iba a dar un bocado, aunque solo fuera uno.

Al pasar por delante, se fijó en el reloj del horno. Los números marcaban las 21:05. No era tan tarde como pensaba, y se lo tomó como una pequeña victoria. Aquel día había conseguido algo: el armario estaba ordenado, no descartaba la idea de comer y todo eso lo hizo sin arrastrarse a la cama.

Un buen día.

Los números del reloj cambiaron a las 21:06 en el mismo instante en el que sonó el teléfono. Thom sabía quién era. Llevaba toda la semana evitando sus llamadas. Ayer habían sido cuatro, hoy seis. Con esa iban siete.

¿Podía contestar? Sabía que debía, pero siempre se le había dado mejor evitar las situaciones que afrontarlas. «Ella también está de duelo», le habría recordado Elliot.

—Irma no es tu rival —le decía siempre—. Ojalá no actuaras como si lo fuera.

—Entonces, ¿por qué no te jubilas? —le respondía Thom—. Y no me digas que la librería es tu vida. Solo la empeora.

—Si te dijera otra cosa, sería mentirte.

Thom cogió el teléfono y echó un vistazo a la pantalla. Había acertado. Con todo.

—Irma, ¿en qué te puedo ayudar?

—¿Estás libre mañana por la tarde?

Sonaba tan hastiada como Thom imaginaba. Su aversión mutua era una carga demasiado pesada para él solo.

—He tomado algunas decisiones económicas sobre la librería y, dado que eres el beneficiario de la herencia de Elliot, me gustaría que las escucharas.

—¿Por cuánto la has vendido?

Pareció que aquella pregunta la sorprendió, y tomó aire. No tenía por qué sorprenderse, estaba claro que iba a venderla. La Rainbow no podía ser lo mismo sin Elliot. Cuanto antes terminaran con ese sufrimiento, mejor.

—He… —Midió bien sus palabras—. Tengo la intención de asegurarme de que recibas toda la parte de Elliot. A pesar de las circunstancias.

Ignoró la viperina mención de las «circunstancias» y aceptó reunirse con Irma y los inversores a las tres de la tarde del día siguiente.

Llegó a Vandaveer Investments a las dos y cuarto. Encontró una plaza de aparcamiento libre y pensó en cuál iba a ser su siguiente movimiento. ¿Cómo dejaba las cosas más claras? ¿Entraba pronto y se presentaba a los corredores antes que llegara ella? ¿O era mejor retrasarse y hacer esperar a todos? Elliot habría respetado su duda, pero se habría sentido ofendido por el objetivo. «No es tu rival», le habría repetido, siempre pendiente de ella.

Por supuesto, Thom tenía muy claro por qué aquella reunión le hacía comportarse de forma tan mezquina. Elliot, generoso, leal y encantador como era, nunca arregló el testamento, aunque lo primero que decía al despertar muchos domingos era: «Recuérdame que llame al abogado esta semana y que me dé una cita para zanjar este asunto». Thom se lo había recordado. Muchas veces. En Minnesota no existía el matrimonio de hecho, por lo que Thom siempre fue muy consciente de la necesidad de dejarlo todo en orden. En cambio, Elliot nunca llevó nada al papel, ni siquiera algo tan sencillo como nombrar a Thom albacea.

Por suerte la herencia no fue del todo un caos. Compraron la casa a medias y estaba pagada. Thom tenía sus planes de pensión personales, para los que había ahorrado a lo largo de más de treinta años de trabajo como flebotomista («Conde Von Gaycula» para los

amigos). Elliot solo tardaba cinco minutos en ir andando al trabajo, mientras que Thom siempre iba conduciendo, así que vendieron el segundo coche hacía años.

El único asunto que quedó sin organizar era la librería. Quizá debería haberle hablado a Irma de la pésima planificación patrimonial de Elliot antes de que la vendiera. Pero qué más daba, ya se había aprovechado mucho de Elliot mientras estaba vivo.

Detestaba estar enfadado, sobre todo cuando echaba tanto de menos a Elliot. Pero ¿cómo no iba a estarlo? Su descuido le hacía sentirse más solo todavía. Porque no dedicó un minuto a preparar nada. Porque nunca pensó en cómo sería la vida de Thom sin él. Porque prestó más cuidado y atención a su socia Irma que a su compañero de vida.

Estaba enfadado por haberse quedado sin voz legal ni económica en el legado de Elliot.

Estaba enfadado por el vacío jurídico en el que seguían estando muchos aspectos de las relaciones que no se ajustaban a la ideología de los años cincuenta. Eran pequeños resquicios, pero con unas consecuencias tremendas. Estaba enfadado porque, con algo tan sencillo como haber dicho «sí, quiero» ante un juez, no se encontraría en esa situación.

Estaba a punto de estallar y ni siquiera había salido del coche.

Cuatro

21 días para el cierre

Bree estaba hecha un mar de lágrimas, Thom farfullaba solo y Laney planificaba su huida de la sala de reuniones.

Irma se puso en pie.

—Gracias, caballero. No les robaremos más tiempo.

La reunión, los veinte minutos que duró, fue un caos absoluto. Todos hablando unos encima de otros a voz en grito, un *circus interruptus*. Bree alcanzó tal nivel de desolación que no se la entendía: solo gemía, lloraba y repetía «¿por qué?, ¿por qué?».

Para sobrevivir a la situación, Laney se distrajo calculando cuántas horas se habría ahorrado con una videoconferencia. Podrían ser once, si no contaba el sueño perdido tratando de adivinar qué podía ser tan urgente que exigiera su presencia. En realidad, la cifra se aproximaba más a las veinticuatro, un día entero sacrificado por el privilegio de oler la colonia de Vandaveer Padre; debía de haberla comprado allá por 1992. A todo lo demás podía haber asistido por ordenador, no necesitaba nada que no pudiera ofrecerle una serie de ceros y unos bailando por la estratosfera y en su pantalla. Ella no pidió esa inmersión tridimensional en las decisiones empresariales de su madre ni sacaba ningún beneficio de estar lo suficientemente cerca como para tocar la cara de Trevor Vandaveer y su exasperante falta de arrugas.

Y, sin embargo, ahí estaba.

—Irma, necesitaremos tu ayuda con algunos expedientes y otra documentación. —La voz del señor Vandaveer retumbó en la sala—.

Mi secretaria se pondrá en contacto contigo.

En cuanto Laney vio que el recepcionista abría la puerta de la sala de reuniones, salió a toda velocidad y a la distancia necesaria para no oír nada, sin esperar a que su madre se despidiera. Pulsó el botón del ascensor. *Abajo, abajo, abajo*.

—¡Espera! —Bree le pisaba los talones—. No me dejes aquí.

—Pues date prisa.

A ese paso iba a hundir el botón. *Abajo, abajo*. Su madre ya estaba cerrando la reunión y dando apretones de manos en todas las direcciones, y Laney no quería que la absorbiera el ojo del tornado.

—Tenemos que esperar a mamá. —Bree se sorbió la nariz y empezó a rebuscar en el bolso; se le habían terminado los pañuelos —. No me lo puedo creer.

Thom acudió en su ayuda con un pañuelo impecable y con las iniciales TW bordadas con hilo azul marino en la esquina.

—Está limpio. Recién planchado esta mañana.

Bree lo aceptó con lágrimas en los ojos.

Irma echó a andar hacia los ascensores. Thom dijo que prefería bajar por las escaleras.

Ya de vuelta, Irma abrió la puerta amarilla de la Rainbow. Entró seguida de Bree, que fue directa al baño. Laney se había quedado rezagada porque quería estar un momento a solas y, cuando empujó la puerta para abrir, una campanilla de latón tintineó sobre su cabeza.

La librería estaba exactamente igual que la recordaba, pero verla le produjo la sensación que sintió de niña en el funeral de su tía abuela Katherine. La persona que yacía en el ataúd se parecía a tía Kate, pero solo en teoría. Del mismo modo, esa Over the Rainbow le pareció una figura de cera, una versión inerte de lo que fue: las mismas estanterías de madera recuperada, los confesionarios de colegio católico convertidos en rincones de lectura y la lámpara de araña rosa colgada de un techo de nubes. Era igual, pero le faltaba algo.

Laney tomó aire y allí lo tuvo: papel, polvo, limpiador con olor a pino y un toque de café.

Recorrió el pasillo central pasando un dedo por los estantes, esos

tableros que un día forraron las paredes de la capilla en el Colegio para Niñas del Inmaculado Corazón de María. Cuando la tienda estaba vacía y a media luz, a veces pegaba la oreja a la madera para escuchar, como si las oraciones que susurraron las niñas siguieran vivas y dando vueltas en busca de respuestas. *Bendíceme padre, porque he pecado*…

Laney siempre había sentido debilidad por los pecadores.

Al llegar al final del pasillo, giró a la izquierda y se dirigió hacia lo que Elliot llamaba «el rincón de las vanidades». Allí colgaban las fotos de los autores más famosos que habían hecho lecturas a lo largo de décadas. Pat Conroy y Tom Clancy, casi idénticos con camisa blanca y abrigo deportivo detrás del mismo atril, pero con años de distancia. Toni Morrison. Sue Grafton. Incluso Judy Blume: estaba de gira con su novela de ficción para adultos, *Amigas de verano*, pero su madre la invitó a la Rainbow por Laney: «Trae tus libros de *Supertoci* —le dijo—. Estoy segura de que te los firmará».

Laney examinó la pared hasta que dio con su foto favorita: Anne Rice en 1998. Estaba promocionando *El vampiro Armand*, pero a la Laney de catorce años le parecía mucho más importante que hubiera escrito *Entrevista con el vampiro*, que Tom Cruise y Brad Pitt llevaron al cine y era lo más parecido al sexo que había visto o imaginado nunca. En la foto, Anne llevaba una blusa de seda blanca y las mangas le asomaban por los puños de la chaqueta de terciopelo negro, como una flor.

Antes de irse, buscó el artículo del *Minneapolis/St. Paul Standard* del 1 de octubre de 1980. En una foto, Elliot y su madre se estrechaban la mano y sonreían embobados bajo el titular «Antiguos rivales aúnan fuerzas bajo el arcoíris. Una nueva librería abre sus puertas en Lyn-Lake». La foto la tomaron en la época de camiseta entallada y bigote de Elliot; su madre llevaba blusa y una falda blanca de encaje. Solo tenía veintiocho años y ya estaba poniendo en marcha su segundo negocio.

El primero fue una librería rodante llamada Books *Round* Town, una idea brillante para una joven de veinticuatro años que no podía permitirse pagar alquiler ni inventario, pero sí tenía quinientos dólares y un tío con una vieja furgoneta de reparto. Fue un exitazo… durante un verano. Después llegó la crisis del petróleo y llenar el depósito de una furgoneta que consumía tres litros cada

diez kilómetros devoraba sus beneficios. Además, le salió competencia: Elliot formuló su propia versión de la misma idea, con la única diferencia de que su librería ambulante iba sobre una bicicleta de tres ruedas. Tenía mucho menos espacio para existencias, pero la energía que hacía girar los pedales era gratuita.

«Un viaje en tecnicolor al mundo de los libros», rezaba una reseña enmarcada y amarillenta. Otra decía: «Una librería tan desbordante de tantas cosas que no le sorprenderá encontrar una olla de oro escondida entre sus estanterías». De niñas, Laney y Bree habían rebuscado en todos los rincones y se habían colado entre las sombras de la tienda: si la Rainbow escondía un tesoro, lo encontrarían ellas.

—No parece ni un día más joven que cuando murió. Menos por el bigote, claro. —Su madre se había acercado sin hacer ruido—. Aún no he podido darte un abrazo. ¿Me dejas?

—Claro.

Laney rodeó los hombros de su madre con los brazos. Quedaba menos de ella, hueso donde antes había músculo.

—He encogido, ¿se nota? El médico me dijo que he menguado medio centímetro desde la revisión del año pasado.

Laney se apartó un poco para examinar a la paciente menguante.

—Puede ser. Pero comparada con Bree, sigues pareciendo el gigante de las habichuelas mágicas.

El padre de Laney no fue más que una cara bonita en un concierto del First Avenue, cuando solo era un bar a punto de hacerse famoso en todo el mundo. Ella se parecía a su madre. Las dos medían un metro setenta y tenían las caderas anchas, buen metabolismo y un cutis que no se acobardaba ante el sol. A Bree, sin embargo, le tocaron en suerte unos genes totalmente distintos y tenía que acarrear una escalera de mano hecha a medida por toda la tienda para alcanzar cualquier cosa que estuviera por encima de la balda central.

—Oye, mamá —Laney bajó la voz—, creo que Bree está desolada por la noticia. —Echó una ojeada a la tienda, su hermana no estaba a la vista—. Es increíble que no le contaras tus planes antes de la reunión. Lo mínimo habría sido decírselo en privado.

—Tengo dos hijas y no tengo favorita.

Laney se mordió la lengua para no recordarle todas las veces que le había dicho que no mintiera.

—A mí me habría bastado con un mensaje, pero Bree ha hecho aquí su vida. ¿De qué sirve darle así tan malas noticias? Está encerrada en el baño llorando desde que hemos vuelto.

—Laney, esto siempre ha sido un negocio familiar y lo sigue siendo. Thom era la familia de Elliot, y tú y Bree sois la mía. Nadie merece más ni menos que el resto. De hecho, si se lo hubiera dicho primero a ella, te habría parecido injusto.

—Solo si hubiera dinero de por medio.

Se rio más fuerte de lo necesario, aunque solo era una broma a medias y las dos lo sabían. Su madre no se inmutó.

—Mi parte tampoco da para mucho —dijo entonces.

A Laney le habría gustado que se la tragara la tierra en ese mismo instante, había metido la pata.

—Mamá, era broma. No quiero dinero. A Tuck y a mí nos va bien, incluso estamos pensando en abrir otro local.

Era verdad. Tuck llevaba un tiempo soltando indirectas sobre expandirse a las que Laney respondía casi siempre con un «es una opción».

Irma siguió hablando.

—En todo caso, espero que, al ver que os trato igual a tu hermana y a ti, reconozcas que no la quiero más porque se haya quedado aquí, ni a ti menos por haberte ido. Me preocupé mucho por ti, pero ahora sé que estás bien. Y tienes razón, Bree lo pasará mal un tiempo, pero sois dos mujeres adultas. Tenéis que vivir vuestra vida.

—Suena a frase de letrero motivacional.

Laney miró los zapatos de su madre, un par a juego.

—Bueno, me temo que es la verdad. La vida no siempre avisa como nos gustaría, tesoro. Tú me lo enseñaste mejor que nadie.

A Bree todo le daba vueltas, no lo podía creer. Había sido tonta al creer que la Rainbow tenía algún futuro sin Elliot y aún más tonta al pensar que Irma le transmitiría su legado.

—Hola, Breechito.

Después de mucho buscar, Laney la encontró sentada en un

rincón de la trastienda y se dejó caer a su lado, adjudicándose un pedazo de suelo de cemento.

—Mamá nos ha invitado a cenar en su casa esta noche, pero enseguida admitió que no había preparado nada y que tendría que ir a comprar. Así que, en lugar de esperar a que se alineen los astros, ¿qué tal si salimos tú y yo?

—Claro. —Bree tenía mocos—. Podríamos comer una *pizza* en el Fratini's. También hay un sitio nuevo de bocadillos a la vuelta de la esquina. Nunca tengo mucha hambre al salir del trabajo, pero hoy seré un despojo si no meto algo en el estómago.

Balbuceaba. Laney la miró de reojo.

—¿Te pongo nerviosa?

—Todo me saca de quicio estos días. Esta mañana hasta me hice daño en las encías al cepillarme los dientes.

Su hermana le dirigió una mirada de solidaridad y tuvo la compasión de no hacer ningún comentario.

—¿Se te ocurre algún restaurante de los viejos tiempos? Me entristeció ver que ya no está It's Greek to Me. La comida sabe mejor cuando oyes a los cocineros amenazándose con apuñalarse desde la cocina.

Bree sacó un pañuelo nuevo del bolsillo.

—Está todo muy cambiado. Solo queda el Fratini's, y los hijos han hecho una transformación radical. Más Pinteresty menos Billy Joel: nada de cabinas con cortinas ni velas. Incluso han pintado las paredes de blanco.

Laney torció el gesto.

—Odio el progreso.

Irma se ofreció a quedarse hasta el cierre, y a Bree le pareció que era lo menos que podía hacer, dadas las circunstancias. Laney y ella acabaron en el Suzie Q's, un pequeño restaurante que quedaba cerca. Se sentaron junto a la ventana y estuvieron un rato incómodas mirando el tráfico que pasaba al otro lado hasta que a una de las dos se le ocurrió algo que decir.

—Pensarás que debería haberlo visto venir. —Bree decidió darse ella el primer golpe antes de que Laney encontrara la oportunidad de hacerlo—. Creí que mamá solo estaba deprimida, no que fuera a tirar por la calle de en medio.

Laney acarició despacio el borde del vaso de agua.

—Yo nunca la he entendido, ¿por qué iba a pensar que tú si?

—Mamá tardó una eternidad en recuperarse de la pérdida de Nestor, y solo estuvieron juntos cinco años. Llevaba treinta en el negocio con Elliot. Nunca imaginé que pudiera estar a punto de tomar una decisión de este calibre tan poco tiempo después de perderlo.

—Ya estás otra vez —le dijo Laney—. A mí no me mires, yo nunca entiendo nada.

—Te lo digo en serio, se habrían convertido en una de esas parejas de ancianos que ves en el supermercado cogidos de la mano y discutiendo sobre si comprar el zumo de naranja con pulpa o sin pulpa.

—¿Iban de la mano a hacer la compra?

—No. —Bree hizo un ademán, como si quisiera borrar una metáfora algo liosa—. Solo intento hacerte ver lo unidos que estuvieron hasta el final. En ese sentido, es lógico que no quisiera llevar la librería sin Elliot. Pero no puedo creer que deje morir a la Rainbow. Era mucho más grande que ellos dos, ¿sabes?

Sin embargo, parecía que Laney no lo sabía y Bree tenía que hacérselo entender. Era una necesidad, una punzada afilada y dolorosa.

—Tenemos clientes que llevan viniendo a la Rainbow desde el día en que abrió. Traían a sus hijos cuando eran pequeños, y ahora esos hijos vienen con los suyos. Incluso los hijos de los hijos. Una vez, Elliot asistió a una mujer que se puso de parto en la sección de Jardinería, y ese bebé es una mujer adulta que sigue viniendo a comprar. Se llama Lara. Tiene el pelo castaño, las dos niñas más monas que haya visto y le encanta todo lo de J. Ryan Stradal.

—He visto alguna cosa suya. ¿No le pusieron a una cerveza el nombre de uno de sus libros?

—Sí, la BLOTZ. Es una *lager* de Blackstack Brewing. —Bree se paró en seco—. Un momento, ¿cómo sabes eso?

—Soy una americana de pura cepa. Bebo cerveza.

—Lo sé, pero…

¿Qué estaba diciendo antes de distraerse? Tenía la frente llena de sudor. A ver si el camarero llegaba pronto con el agua.

Laney dibujó una sonrisa afable, pero se volvió hacia la ventana para no seguir con la conversación. Al cabo de un rato, respiró

hondo.

—Sé que no es lo que quieres oír, pero puede que vender la Rainbow sea lo mejor. ¿Cuánto tiempo más creías que mamá podría trabajar a este ritmo? No es una anciana, pero está mayorcita. Y todas las personas que quería han muerto. Aparte de nosotras dos, claro.

A Bree le incomodó.

—Eso es macabro.

—En realidad, no. Tú misma lo has dicho: desde que Elliot murió, todos los días ha tenido que ir a trabajar a un sitio que le recuerda lo desgraciada que es y todo lo que ha perdido. Si estuviera en su lugar, también querría irme.

Puede que a Laney le resultara fácil pensar en irse (la historia demostraba que no tenía ningún problema en huir cuando le apetecía), pero para Irma la Rainbow era su vida. ¿Desde cuándo una mujer fuerte como su madre renunciaba a algo tan esencial como eso?

Laney siguió hablando, por lo visto no se daba cuenta de que Bree tenía la cara hundida en la servilleta.

—Sé que te encanta la Rainbow, pero piénsalo así: ahora serás libre para hacer lo que quieras. Abre tu propia librería o busca un trabajo mejor. *Come, reza, ama*. Sigue tu propio camino por el mundo. Hazte famosa diseñando ropa *aprés ski* para perros.

Bree se hundió todavía más en la pena.

—No tengo perro.

Sabía que no debía responder a los sarcasmos de su hermana, pero cada vez que se veían tenía que caer en unas cuantas trampas para recordarlo. Además, ese bochorno no era ni la mitad de frustrante que no poder decir en voz alta lo único que quería decir de verdad en aquel momento: «No quiero un trabajo mejor, quiero estar en la Rainbow».

Como el puesto de su madre estaba vacante en la práctica, se podía decir que llevaba la librería ella sola. Después que Irma pidiera trescientos ejemplares de la última entrega de Stephen King en lugar de los treinta habituales, aprendió a comprobar dos veces los pedidos de los proveedores, y a esas alturas era una verdadera experta en acercarse disimuladamente a cerrar la caja y en volver a apilar los montones de libros que su madre empezaba a inventariar

y luego dejaba olvidados. Bree se había hecho cargo de tantas tareas que estaba convencida de que estaba casi lista para dirigir la Rainbow por completo y para siempre. Hasta que Irma cogió una pala y anunció que estaba cavando su tumba.

—No sé qué hacer.

Bree soltó la servilleta y se hundió en el asiento, abatida, humillada y, a juzgar por la expresión de alivio en la cara de Laney, desamparada.

—Entiendo que para ti es diferente —dijo Laney—. Pero a mí la librería siempre me pareció una hermana mayor y más guapa; ella se llevaba toda la atención, mientras yo esperaba en la enfermería con una maxicompresa del tamaño de una almohada a que mamá viniera con unos pantalones limpios.

—¿De qué estás hablando?

—De la primera vez que me vino la regla —le explicó Laney—. Estábamos en clase de gimnasia cuando noté que me corría algo por la pierna. Mamá tardó más de una hora en venir a ayudarme y, cuando se presentó, puso no sé qué excusa sobre una lectura de cuentos para niños, un pedido retrasado o algo por el estilo. La verdad es que me importaba un bledo, ¡porque acababa de venirme la regla delante de toda la clase!

—A veces hay mucho jaleo en la tienda —replicó Bree, consciente de que no podía disculpar lo que había hecho Irma, pero haciéndolo aun así.

Laney siguió con su lista de rencores.

—¿Recuerdas cuando canceló mi fiesta de cumpleaños en el Mall of America porque un empleado de la Rainbow cayó enfermo y fue a cubrir su turno? No paraba de repetir «¿qué otra cosa puedo hacer yo, Laney?». Esa noche tuve que invitar a mis amigas a casa para comer magdalenas, como si el glaseado con virutas de chocolate estuviera a la altura de un día de compras, cotilleos y flirteo.

Bree lo recordaba.

—Sí, eso no estuvo muy bien.

Había que sumar todas las actuaciones y los partidos de *softball* que se perdió Irma, y las veces que olvidó recogerlas en cualquier evento al que hubiera prometido asistir. Las cenas que no hacía. La colada que nunca conseguía terminar.

—La Rainbow acaparó demasiada atención y devoró casi todo su

tiempo —dijo Laney—. Siento mucho que esto te amargue la vida, pero yo no la echaré de menos cuando ya no esté.

Siento mucho que esto te amargue la vida, pero… Bree notó cómo flotaba la emoción entre las dos, dulce como la miel, pero igual de pegajosa e irritante. Si Elliot hubiera estado allí, la habría mirado y dicho: «Parece que te las tendrás que apañar tú sola, cariño».

Por fin llegó el camarero. Bree volvió a sentarse recta y le sonrió amablemente mientras pedía una copa de vino blanco y una jarra de agua. Cuando se marchó, tomó aire y se convenció de que solo tenía que seguir hablando para que Laney terminara por escucharla y comprenderla.

—Sé que no te gusta la Rainbow y que lo más seguro es que tengas todo preparado para coger el primer avión de vuelta, pero por favor escúchame: algo no va bien. Mamá nunca abandonaría la librería ni a sus clientes ni todo lo que construyó con Elliot así sin más. Por no mencionar que siempre ha insinuado que quería que una de nosotras tomara el relevo… O las dos juntas. Hay algo podrido en este asunto de la oferta. Tengo una corazonada.

—¿Y no deberías habértelo olido?

—¿Cómo dices?

—Si algo está podrido, apesta. Siempre te haces un lío con las metáforas. Es muy tierno.

—Laney… —Apoyó la cara en la palma de la mano—. Esto no me hace ninguna gracia.

Su hermana esperó, como si a Bree se le fuera a pasar si le daba un momento.

—De acuerdo, lo siento —dijo al final—. Ya borro la sonrisa, ¿lo ves?

Cuando Bree levantó la vista, Laney puso cara de payaso triste.

—Gracias —le dijo.

El camarero volvió con el vino y ambas aprovecharon la ocasión para dar un sorbo y cambiar la energía.

—¿Mamá tiene abogado? —preguntó Laney—. Imagino que en estos años lo habrá necesitado en algún momento.

Bree también lo imaginaba, aunque no recordaba haber visto el nombre de ningún bufete o abogado entre los papeles de la librería.

—¿Tú crees que nos dirían algo? No creo ni que hablaran con nosotras, por lo de la confidencialidad del cliente, ya sabes.

Laney hizo un mohín.

—Es lo más seguro. ¿Y el banco? ¿Tienes poderes de firma? Si vas a hablar con ellos, ¿te informarían sobre las consultas de planificación financiera que haya hecho mamá?

No había consultado nada.

—Además, Elliot se encargaba de la contabilidad, así que a saber cómo lleva los libros ahora.

—Vaya, qué maravilla. Si ha recibido asesoramiento legal jamás nos enteraremos, no sabemos cuánto dinero está ingresando la Rainbow y en el banco no nos pueden contar nada. ¡Hip, hip, hurra!

Bree dejó que la frustración y sus reducidas opciones cayeran sobre las dos como una losa antes de añadir:

—Pero tenemos que hacer algo, ¿no? Es nuestra madre. Si de verdad está en un aprieto…

Laney se desplomó, se le había agotado el optimismo.

—De acuerdo, pero le prometí a Tuck que solo estaría fuera una semana. Haré lo que pueda para ayudarte mientras esté aquí y luego volveré. Tengo mi propio negocio que atender, no lo olvides.

Bree notó que la preocupación que tenía acumulada se desinflaba un poco. No sabía qué podrían conseguir en tan poco tiempo, si es que podían lograr algo, pero al menos durante seis días no iba a estar a su suerte.

—Gracias. De verdad.

—Una semana —insistió Laney—. Y de nada.

El camarero volvió a aparecer y Bree recordó que siempre llevaba camisetas con alguna frase ingeniosa.

—¿Qué dice tu camiseta esta noche?

Hinchó el pecho y apartó la bandeja.

—La vida es un continuo esfuerzo para convencernos de que no estamos solos. Cuando se dio la vuelta para irse, Bree vio la cabeza alienígena en la espalda, pero prefirió pasar por alto esa parte.

Cinco

20 días para el cierre

—Levanta y a darle duro. Vamos.

Laney se despertó con su madre intentando arrancarla de la cama.

—No tengo dieciséis años. Ya no puedes hacer esto.

De joven, las mañanas fueron la causa de sus peleas madre-hija más legendarias. A Irma le encantaba madrugar. Laney no se explicaba cómo era posible que hubiera nacido de esa mujer.

—¡Vamos! No has trabajado conmigo desde que eras adolescente. —Su madre le quitó las mantas de un tirón sin darle tiempo a agarrarlas—. No tendrás muchas más oportunidades. Todo el verde se vuelve dorado, Ponyboy.

—Mamá… —gimió Laney.

Estaba demasiado amodorrada para saber si era peor que su madre la sacara a rastra de la cama antes del amanecer o que citara *Rebeldes*, como si aún tuviera doce años.

—¡Venga, arriba, jovencita! —Irma ya iba de camino a la puerta —. Voy a preparar café.

Laney se rindió ante lo inevitable y se incorporó. Irma ya estaba dormida cuando llegó a casa después de cenar con Bree: a las nueve y media. Cuando abrió la maleta, descubrió que se había olvidado de meter el pijama. Siempre olvidaba el pijama o el desodorante cuando viajaba, nunca fallaba, toda la vida. A los treinta y ocho años ya debería acordarse de comprobar si había cogido las dos cosas, pero daba prioridad a las largas listas de equipaje de Tuck, que estaba tan acostumbrado a que ella se encargara de todo que ya

ni hacía el amago de preparar nada. Así que Laney seguía dejándose el desodorante o el pijama. Aun así, ahí estaba: en el dormitorio de su infancia, con una camiseta de los Backstreet Boys y un pantalón de chándal de Juicy con la marca en brillantina que encontró en la cómoda. Se frotó el trasero con cuidado: dormir con pedrería tenía sus inconvenientes.

En el piso de abajo encontró a su madre llenando su vieja cafetera de émbolo con agua del hervidor. A diferencia de los padres de sus amigas, que compraban latas de un galón de Folgers y preparaban un café que parecía té, su madre se enorgullecía de no parecer una más del Medio Oeste, al menos en lo que se refería a las bebidas: preparaba un martini de muerte y su café parecía tinta.

Laney sacó de la alacena una taza del vigésimo quinto aniversario de Over the Rainbow, apartó una pila de papeles de una silla de la cocina y se sentó. Si tuviera que elegir una palabra para resumir el estado en el que se encontraba la casa de su madre, sería «pilas». Allá donde iba, había pilas: pilas de libros, pilas de facturas y pilas de ropa sucia. Incluso doblaba y apilaba las bolsas de la compra en lugar de guardarlas como todo el mundo.

—Bueno, cuéntame cómo decidiste vender la librería a los Vandaveer. —Ahora que conocía su misión para esa semana, no había razón para no lanzarse de lleno—. ¿Acudiste tú a ellos o te buscaron a ti?

Su madre sacó una caja de huevos del frigorífico y empezó a cascarlos en un bol.

—¿Te he hablado de Helen, la hermana de Nestor? Tiene un apartamento en Sarasota, y su vecina va a Boca Ratón unos meses para ayudar a una amiga que está recién operada. Quiere alquilar la casa mientras está fuera para cubrir los gastos, pero solo a alguien de confianza. Estoy pensando en hacerlo.

—Menuda distracción, mamá.

Se refería a la forma de esquivar el tema de la librería.

—La verdad es que sí, ¿no crees? Imagino que el verano en Florida será tan caluroso como el Hades, pero ha sido un invierno muy largo. —Dejó de batir los huevos y se quedó mirando el bol, con los ojos fijos en algún recuerdo—. Un invierno terrible.

Laney le concedió un momento. Normalmente rompía aquellos regates de su madre volviendo directamente al grano, pero esa vez

intuyó que era mejor no decir nada.

—Ni siquiera te he preguntado antes de batir los huevos, Laney. Lo siento mucho, puedo sacar más del frigorífico si los prefieres fritos.

—Revueltos están bien. ¿Qué tal si preparo unas tostadas para acompañar?

Una hora después cruzaron la puerta amarilla de la Rainbow.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga hoy? Recuerda que estoy bastante oxidada.

Su madre ya estaba pulsando interruptores, dando luces y encendiendo todo lo que tuviera enchufe.

—Lo que tú quieras. Busca un rincón tranquilo con un buen libro. Charla con Bree… Es agradable tenerte cerca.

Ahora estaban en el almacén. Su madre llenó la cafetera de agua y le hizo un gesto a Laney para que echara café molido en el filtro.

—Por supuesto, estaré encantada de pagarte si quieres trabajar.

Laney se rio.

—¿Por qué me quieres pagar ahora? Apenas me diste nada por todas las horas que pasé aquí cuando iba al instituto.

Su madre cruzó los brazos y se apoyó en el mostrador.

—Te pagaba bien cuando hacías algo de verdad. La mayor parte del tiempo estabas muy ocupada tonteando con Tuck.

Sí, esa parte podía ser cierta.

Bree dio un respingo al ver a Irma y Laney cuando abrió la puerta.

—¡Estáis aquí!

Laney dibujó una sonrisita.

—Vine ayer, ¿recuerdas? ¿Cuántas copas de vino tomaste anoche?

—Últimamente estoy acostumbrada a ser la primera en llegar, eso es todo.

Bree notó que se ponía de mil colores. Al verlas a las dos allí, después de pasar una noche juntas en la casa donde crecieron Laney y ella, tuvo unos celos con los que no contaba. Laney llevaba ausente muchos años.

Irma le ofreció una taza de café.

—No es un café con leche de lujo, pero al menos te ahorrarás unos dólares.

—Gracias.

A Bree no se le escapó la repentina preocupación de Irma por su economía. Buscó el contacto visual con Laney e intentó enviarle un mensaje en clave: «¿Está mamá preparada para hablar?».

Laney negó sutilmente con la cabeza.

Irma se disculpó porque no tenía tiempo para seguir charlando: a las diez y media era la hora del cuento para niños, tenía el club de lectura de las Damas del Crimen por la tarde y ni siquiera había empezado a preparar las preguntas.

—¿Por qué no me acompañas con los niños? —le preguntó a Laney antes de marcharse—. Puedes leer uno de tus libros favoritos de pequeña.

—¿Hay libro de *Apartamento para tres*?

—No te dejaba ver *Apartamento para tres*.

—No sabías lo que hacía de tres a seis de la tarde.

—En fin, a lo que íbamos, ven conmigo —dijo Irma—. Los niños son encantadores, te animarán.

—Pero ¡si estoy como unas castañuelas! —exclamó a la espalda de su madre, que ya estaba en marcha.

Bree esperó a que no pudiera oírla.

—¿A ti qué te parece? ¿Dirías que está estresada, feliz, hundida en la miseria, aliviada…?

Laney frunció el ceño.

—¿Aceptamos «Irma» como emoción? Porque, sinceramente, lo que me parece es que es cien por ciento Irma.

—Pero ¿querrá hablar? ¿Crees que te explicará su decisión?

—Me ha sacado de la cama, ha preparado café y luego me ha contado loca de contenta que está pensando en ir a Florida a visitar a la hermana de Nestor. Pero prestemos especial atención a la primera parte: me sacó de la cama. Si esto sigue así, me marcharé pronto e incumpliré mi promesa. Tuck es el único que puede incordiarme en la cama.

Bree se vino abajo. Apenas había pegado ojo en toda la noche, aunque la cena con Laney la animó. Y ahora se le había agotado esa última dosis mínima de confianza que consiguió salvar tras el bombazo de la víspera. Estaba tan cansada que casi no se mantenía en pie.

—Sigue intentándolo, ¿vale?

—Sí, mi capitán. —Laney fue demasiado cortante para la débil autoestima de Bree, y debió de darse cuenta porque enseguida suavizó el tono—: Hoy buscaré en los papeles el nombre del abogado de mamá. Si no lo encuentro por aquí, puedo rebuscar en el despacho de casa.

—Gracias.

—Sigo pensando que no podemos hacer nada —dijo Laney.

—Lo sé —le aseguró Bree.

—Si mamá me vuelve a sacar de la cama, puede que tengas que venir a pagar la fianza de la cárcel del condado.

—Llamaré a Tuck para que me dé el dinero.

—Pídele algo de más, porque al salir necesitaré un trago.

Bree se lo prometió.

Seis

18 días para el cierre…

Thom se concedió treinta y seis horas para recuperarse de la conmoción por la noticia que les dio Irma. Entonces se lanzó a descubrir por qué estaba dispuesta a vender la Rainbow de Elliot por calderilla y qué podía hacer él para impedirlo, si es que podía hacer algo.

Estuvo en Internet hasta que agotó sus habilidades con Google, luego leyó los folletos que los inversores de la ciudad le habían enviado por correo a Elliot a lo largo de los años y que Thom guardó por si acaso. Fue a la biblioteca y se quedó hasta que apagaron las luces. Al final del día, sentado a la mesa de la cocina con sus notas y una tetera bien cargada de té de Darjeeling, decidió que lo que había averiguado era más que interesante: era convincente. Por lo menos, muy instructivo.

Esta mañana, estaba junto a la encimera preparándose una infusión de saúco —los antioxidantes eran más que necesarios después de una noche tan larga— y leyendo en voz alta el párrafo de una detallada guía de la Asociación de Pequeños Negocios que encontró en la biblioteca: «El mayor error que puede cometer el propietario de una pyme al vender es no haberse preparado bien…».

Igual que Elliot lo dejó atrás con las consecuencias económicas de no haber preparado el testamento, parecía que, al ser el único que se encargaba de la contabilidad, también le falló a Irma. Cómo le habría gustado alegrarse, pero no podía. No le deseaba mal a nadie, tampoco a Irma Bedford.

Puso dos blocs de notas sobre la mesa de la cocina, uno al lado del otro, listo para exprimir su formación en administración de empresas de veinticuatro horas. En el bloc blanco escribió «Vender un pequeño negocio: prácticas recomendadas», y se puso manos a la obra revisando y recopilando los conceptos básicos que había aprendido.

Pasó la página y apuntó «¿Prioridades?». Estaba claro que Irma había dado prioridad a conseguir una venta rápida. En menos de tres semanas se limpiaría las manos de polvo de arcoíris y marcharía hacia la puesta de sol… Con cinco dólares en el bolsillo.

También le daba que pensar el comprador elegido: Vandaveer Investments. Tenía una trayectoria larga y bien documentada en Lyn-Lake, y era difícil encontrar un promotor más controvertido. No se podía negar que unos cuantos proyectos de los Vandaveer fueron una mejora económica y estética para el barrio. Por ejemplo, la tienda de ultramarinos, el Nygaard's. Fue un lugar emblemático de Lyn-Lake, pero desde los ochenta comprar ahí era terrible: los carritos avanzaban en todas direcciones menos hacia delante, los suelos de linóleo estaban agrietados y la sección de congelados olía como la era glacial.

Sin embargo, hacía un par años, uno de los hijos de los Nygaard consiguió una inyección de capital de inversión de los Vandaveer, y juntos remodelaron la tienda de arriba abajo. Entarimaron el suelo con madera recuperada, la selección de *delicatessen*, antes repleta de botes de mayonesa, pasó a parecer un selecto *feed* de Instagram y la sección de frutas y verduras olía a mercado de productores locales.

El Nygaard's era un ejemplo emblemático de éxito de los Vandaveer.

En sentido contrario, estaba el estrepitoso fracaso de Stone Bakery. La Stone, como la llamaban en la ciudad, llevaba en la zona desde 1890 y era una de las panaderías más antiguas de toda Minneapolis. Elaboraban el pan en un horno de ladrillos de lutita rosada extraída de los acantilados del río Misisipi y cocidos junto a la orilla. Todavía se pueden visitar los restos de viejos hornos de cocción en Harriet Island, en Saint Paul. Así, la Stone era un lazo clave y poco habitual entre historia e industria.

Lamentablemente, la panadería cayó en el abandono y acabó cerrando sus puertas con el cambio de milenio. El edificio se puso

en venta con la esperanza de que algún inversor de la industria alimentaria lo viera como el unicornio histórico que era y lo devolviera a la vida. Pero nadie lo hizo. Hasta que, en 2005, los vecinos de Lyn-Lake se encontraron con una nueva bandera ondeando al viento delante del emblemático edificio de ladrillo rosa: «Próximas obras de Vandaveer Investments. Por una Minneapolis mejor».

Al cabo de una semana, la piedra había desaparecido. Para la primaverasiguiente, en su lugar se alzaba un lujoso edificio de apartamentos de acero y negro. Ni un ladrillo rosa a la vista. Fue un mazazo para todos los vecinos, Elliot y Thom incluidos. ¿Por qué no hubo reuniones con el barrio? ¿Por qué no tuvieron la oportunidad de dar su opinión? La única respuesta que obtuvieron fueron vacíos legales.

Siempre con los vacíos legales.

Y ahora tenían la mira puesta en la Rainbow.

Apartó el bloc de notas blanco y cogió el amarillo. Después de repasar todo lo relativo a deshacerse de un negocio, era el momento de elaborar una estrategia para conservarlo. Escribió «Próximos pasos» en el encabezado y se sentó con la página en blanco y la cabeza tan desoladoramente vacía que hacía eco.

La librería estaba muy concurrida para ser una mañana entre semana, y a Bree le alegró poder distraerse. Laney había vuelto a la librería con Irma, pero nada más entrar se apresuró a lanzarle una mirada que decía «lo siento, no hay avances». Es decir, aún no tenía localizado el nombre del abogado, no había descubierto un alijo de documentos secretos ni conseguido que su madre hablara. El reloj corría y ellas seguían en el punto de partida.

Mientras tanto, Irma se comportaba como si ya estuviera jubilada y no había parado de hablar por teléfono en la trastienda desde que llegó. Por lo que Bree pudo deducir, hablaba sobre el apartamento en Sarasota con Helen, la hermana de Nestor. Ya estaba haciendo las maletas.

La campanilla de la puerta amarilla tintineó.

—Buenos días, señora Baumgartner. ¿En qué puedo ayudarla?

Violet Baumgartner era una de las clientas más fieles del barrio

y preparaba diligentemente unos selectos «kits de exploración» para su nieto. Cada semana acudía en busca de libros sobre todo tipo de temas: desde el color rojo hasta el *jazz* de Dixieland. Tenía gustos exigentes y había que saberla llevar. Elliot decía que era exasperante. Para Irma era una «tempestad, necesaria y a veces aterradora».

—Lo he organizado todo para que mi nieto pase conmigo un día entero a la semana este verano —empezó a decir Violet—, y pienso aprovechar el tiempo para sumergirlo en el arte. Dedicaremos el mes de junio a las artes visuales, empezando por los grandes pintores.

—¡Fabuloso! —Bree intentó recordar la edad del nieto. ¿Ya iba a primaria?

—He estado investigando un poco —continuó la señora Baumgartner—, y he encontrado unos cuantos libros infantiles sobre los impresionistas, pero de cubismo no encuentro nada adecuado para un niño de cuatro años.

De pronto Laney se asomó sonriente por la puerta del confesionario/rincón de lectura donde estaba esquivando sus responsabilidades de hija de librera. Bree rezó por dentro para que no abriera la boca. Si se la atendía con atención plena y diligencia, la señora Baumgartner no era más volátil que el bicarbonato de sodio, pero el punzante sentido del humor de Laney sería todo el vinagre que hacía falta para que estallara el volcán.

A Violet no se le debió de escapar que Bree estaba temerosa, porque apuntó:

—Recuerda que mi Adam es un lector avanzado.

Y dicho eso, se tiró del dobladillo del jersey para dejarlo perfectamente liso. Bree reconoció la señal: cada vez que la señora Baumgartner se ajustaba la ropa, también estaba ajustando la verdad.

—¿Ya lee? —le preguntó—. Qué maravilla.

Violet frunció el ceño.

—Bueno, aún no lee con fluidez en voz alta. Pero estamos en ello.

Al final se decidieron por un libro sobre el joven Picasso; era lo más cercano al cubismo que pudieron encontrar para niños de cuatro años y llegaría en una semana. Bree rellenó los datos de la

venta *online* mientras hacía todo lo posible por ignorar el ruido de la interminable conversación telefónica que salía del almacén.

—Mediados de junio es demasiado pronto, Helen. No puedo estar allí antes del ide julio.

Violet se marchó en el mismo momento en que una joven madre con un bebé acurrucado contra el pecho se acercó a Bree.

—¿Cómo se llama el libro de esas dos mujeres que fueron en canoa hasta Canadá y luego bajaron por Boundary *Waters*? Dice algo de unos osos y que perdieron la comida… Creo que Kerri Miller entrevistó a la autora en la radio públic ade Minnesota, ¿puede ser?

Bree sabía de qué libro hablaba, *Rumbo a la bahía Hudson*, de Natalie Warren, y la acompañó. Siguió así toda la mañana. También atendió a un hombre necesitaba una guía de aviones de la Segunda Guerra Mundial y a una señora que buscaba la saga de Policán para su sobrina.

—No, prefiero subir por las escaleras —seguía parloteando Irma —. Fue Nestor quien se empeñó en lo del ascensor…

Su madre empezó a salir con Nestor cuando los dos ya eran maduros. Era un buen hombre, algo agotador pero entregado y leal, un cascarrabias jubilado y ocurrente, fiel a la idea de que, si algo no funcionaba como él creía que debía, significaba que estaba roto: la cena no se quemaba porque él hubiera puesto la temperatura del horno muy alta ni el cortacésped se paraba porque él no hubiera echado gasolina. Y su madre lo quiso profundamente con todas sus rarezas. «Mis amigos decían que no salía con nadie porque estaba enamorada de Elliot —dijo una vez—. Quiero mucho a Elliot, pero estaba esperando a enamorarme de mi Nestor». Solo llevaban cinco años juntos cuando murió.

—Helen, no sé por qué —la oyó decir demasiado alto desde el otro lado de la tienda—. Lo conociste sesenta años más que yo. Explícame tú lo de su colección de botones.

Laney le dijo a Bree que iba a hacer todo lo posible por ayudar, pero también le advirtió que podría ser más amenaza que ventaja en lo referente a la venta de libros. Hacía más de media vida que no trabajaba en la tienda, y ya entonces habría preferido limpiar

vómitos de bebé de la pared del baño que escuchar a un tipo intentar debatir con ella sobre si su saga favorita de ciencia ficción podría o no llevarse al cine siendo ni remotamente fiel a la historia. Ni lo sabía ni le importaba. Y, de haber tenido diecisiete años, se lo habría dicho a la cara. Pero ahora que su madre no podía atender a los clientes porque estaba hablando sobre protectores solares para piel madura y que Bree tenía cara de haber corrido una 10K, iba a intentarlo.

Cuando Laney salió de la sección de Salud y Bienestar, se encontró junto el mostrador a una clienta con gorra de béisbol y mallas (estaba claro que acababa de salir del gimnasio) esperando a que la atendieran.

—¿Tienen *Un hombre llamado Ove*? —preguntó. Tenía la cara enrojecida pero resplandeciente, el aspecto que Laney reconocía como señal de un buen entrenamiento, aunque ella no lo había tenido en a saber cuánto tiempo.

—Puede ser. ¿Conoce el nombre del autor?

—Backman —le respondió—. Me parece…

Lo encontraron al primer intento: Fredrik Backman, justo en la B. El tipo tenía muchos libros.

—¿Ha leído ya algo de Fredrik Backman? —preguntó Laney.

—No, pero es el libro de este mes para el club de lectura.

Y empezó a decir que la persona que eligió el libro tenía «fijación» por los protagonistas masculinos, y Laney asintió haciendo como que la comprendía y que estaba de acuerdo con auténtico entusiasmo.

—Anda, mira. —La mujer cogió un ejemplar de *Britt-Marie estuvo aquí*, de Backman—. Me han hablado bien de este.

—¡Gran elección! —dijo Laney con una sonrisa.

No tenía la menor idea de lo que estaba hablando, pero deslizó el ejemplar de *Britt-Marie* que quedaba en la tienda al fondo de la estantería para quedárselo ella. La cubierta tenía algo que le gustaba, era el tipo de novela que Elliot le habría enviado por correo con una nota que dijera: «No he podido evitarlo, sé cuánto te gustan los personajes extravagantes».

Minutos después, cogió uno de los montones de libros descartados que proliferaban mágicamente por toda la tienda. Quien hubiera escogido esa pila tenía una curiosa mezcla de

intereses: había un libro sobre juguetes de principios del siglo XIX, seguido de una novela romántica de ciencia ficción en cuya portada aparecía una mujer de color morado en una espectacular forma física y con bikini de cuero.

—Disculpe. —Un tipo con gabardina se puso a su lado, y luego dijo despacio y en voz baja—: ¿Es usted la hija de Irma?

—Sí… —Miró sus pintas de vuelta al *noir*—. No estará aquí para hacer exhibicionismo, ¿verdad?

El hombre empezó a sacar algo del bolsillo.

Por Dios, no.

—Pero ¿qué…?

Esperaba una sorpresa, pero no lo que le puso en la mano.

Era una nota: «Thom quiere conocerte. Sin tu madre. Por favor, llama».

—Picaruelo —dijo con una sonrisita—. ¿Dónde?

Pero el desconocido ya se había esfumado. Echó un vistazo por toda la tienda, pero solo encontró a Bree subiendo por la escalera de mano hacia el cielo de Espiritualidad y Religión, y a su madre que seguía en la trastienda; ahora estaba hablando sobre calzado cómodo para caminatas.

—¿Has visto al tipo de la gabardina? —le susurró a su hermana.

Bree la miró desde las alturas.

—¿Cuál?

—Acaba de irse. —Laney se acercó y le dio la nota—. Antes de sacarse el pajarito, me pasó esto.

—¿Que ha hecho el qué?

Bree bajó a toda velocidad y cogió la nota, pero no la leyó hasta que Laney la convenció de que no había un exhibicionista suelto por el barrio.

—¿Quién es Thom con hache? —preguntó Laney.

—Imagino que es el compañero de Elliot, el de la reunión —dijo Bree—. Al menos, así escribe también su nombre. Un poco estirado, en mi opinión.

A Laney aquel comentario le dio ternura, viniendo de una mujer que llevaba toda la vida diferenciando su nombre de un queso francés. Lo dejó pasar. El nuevo misterio que se estaba revelando ante sus ojos era mil veces más interesante.

—¿Tienes su número?

Bree ya estaba mirando la agenda.

—¿Tú qué dices? ¿Lo llamamos o enviamos un mensaje?

Ya casi nadie llamaba, ni siquiera los clientes más veteranos del Tire Stud, esos que ya no deberían ni ponerse al volante.

—Prueba con un mensaje. —Con el rabillo del ojo, Laney vio que su madre se había levantado para estirarse, aunque seguía con el teléfono pegado a la cara—. Es más discreto.

Bree escribió un mensaje y pulsó «enviar». Esperaron.

La respuesta a los pocos minutos: «Unmm».

—Te ha contestado por error.

Bree frunció el ceño.

—¿Estás segura? Yo creo que ha dicho que esperemos un minuto.

—No. Lo ha enviado sin querer, seguro.

Fue el propio Thom quien zanjó el debate. Llamó instantes después y, cuando vio aparecer el número en pantalla, Laney cogió a Bree de la mano y la llevó corriendo al baño. Cerraron la puerta y pusieron el manos libres.

—El teléfono se puso a regañarme cuando intentaba escribir un mensaje —explicó Thom—. Me pongo muy nervioso cuando hace eso.

Bree y Laney se miraron extrañadas.

—¿El teléfono te regaña? —preguntó Bree.

—Hace eso de… Ya sabes, empiezan aparecer palabras por toda la pantalla.

Laney movió los labios como si estuviera diciendo: «¿Cuántos años tiene?».

Bree la hizo callar, pero fue como si les hubiera leído la mente.

—Sé que parezco un carcamal, pero no lo soy. Solo prefiero un mundo que no me lance a la cara cien cosas a la vez, nada más.

A Laney le gustaba un mundo que le lanzara doscientas cosas.

Bree chasqueó la lengua para dejarle claro que lo entendía, sin duda era la mejor persona del mundo.

—Escucha, Thom, mi hermana está aquí conmigo…

Laney saludó.

—Tenemos tu nota, como es obvio.

Se quedó callado el tiempo suficiente para que Laney y Bree pudieran intercambiar miradas por segunda vez.

—Creía que solo una de vosotras trabajaba en la Rainbow —dijo al rato.

—Eso hacemos. Yo lo hago, quiero decir. Laney vuelve a California la semana que viene. Pero a lo que íbamos, dijiste que querías quedar… Sin Irma.

—Así es.

Esperaron a que siguiera.

—¿Para qué? —terminó preguntando Bree.

Y Thom colgó.

Bree consiguió convencer a Thom de que se podía confiar en Laney, así que esa noche, después del trabajo, le dijeron a su madre que habían quedado para tomar algo con un amigo del instituto y fueron a verlo. Se reunieron en la cocina y con las persianas bajadas.

—No querrás asesinarnos, ¿verdad, Thom? —Laney le tendió la mano—. Porque, si es así, me gustaría llamar antes a mi marido para recordarle que dé de comer al gato.

Bree la fulminó con la mirada. Thom se puso a preparar el té sin decir nada.

Bree dejó en la encimera la tarta que había traído y se sentó junto a Laney en la mesa de la cocina. Normalmente se habría ofrecido a ayudar, pero le dio la impresión de que a Thom solo le gustaban las cosas a su manera.

—Justo ayer hice un bizcocho Bundt de limón, se me ha ocurrido traerlo.

Thom agradeció el ofrecimiento y sacó unos platos de postre de la alacena.

—¿Cuándo has tenido tiempo de hacerlo? —susurró Laney.

—Cuando no puedo dormir, me da por cocinar.

Tenía el congelador a rebosar desde la muerte de Elliot.

Cuando el té estuvo listo, Thom llevó a la mesa unas porciones enormes de pastel en un plato de postre para cada uno, un cuarto plato con más porciones y una tetera con tazas a juego.

—¡Me encanta el juego de té! —dijo Bree. Era muy sesentero: burbujas de color azul celeste con el borde en verde aguacate.

—Gracias. Elliot lo encontró en un mercadillo por diez dólares,

increíble. Tenemos… Tengo ocho juegos.

Hizo una mueca al darse cuenta del lapsus.

Tomaron los tres un bocado de pastel y un sorbo de té. Bree quería que Thom fuera el primero en hablar, dado que estaban ahí a petición suya. Laney no le dio la oportunidad.

—Por teléfono parecía muy urgente. ¿En qué has pensado?

En sus conversaciones, Laney solía ser tan delicada como un elefante en una cacharrería.

Thom la examinó sujetando la taza de té en ambas manos, justo debajo del mentón. Luego la dejó en el platito y comenzó a hablar.

—Me preocupa el precio que Irma ha aceptado por la Rainbow. Y, a juzgar por cómo reaccionaste en la reunión… —Miró directamente a Bree—, he supuesto que tú tampoco estás contenta.

Bree asintió.

—¿Habéis leído el contrato de venta? —continuó él—. Me refiero a la letra pequeña, no solo al precio y los plazos.

Bree se dio cuenta de que, cuando se ponía serio, le salían unas arruguitas en el puente de su nariz, tan marcadas que se le ponía rojo.

—No, la verdad es que no.

Miró a Laney para confirmar que ella tampoco lo había hecho.

—Hay que reconocer que vuestra madre ha dejado muy clara su intención de concederme toda la parte de la venta de Elliot. Sé que esto llevará trabajo en el proceso legal del testamento, pero le agradezco que no parezca decidida a impugnar mi derecho sobre el patrimonio de Elliot.

Bree quería descubrir qué lo tenía en pánico.

—Me alegra oírlo, pero…

No la dejó terminar.

—Debido a ciertas cuestiones sucesorias y a tecnicismos legales con los que no quiero aburriros ahora mismo, no tengo ningún derecho a disputar la venta. Por eso me he puesto en contacto con vosotras. Creo que Irma está en algún aprieto o que se están aprovechando de ella.

Bree dejó caer el tenedor en el plato. Su corazonada era buena: había algo sospechoso en esa venta.

Thom pasó a explicarles todo lo que averiguó en los días posteriores a la reunión en Vandaveer Investments. Todavía no estaba convencido de que Bree y Laney no fueran a volver corriendo a casa para contarle todo a mamá, pero había elaborado una lista de pros y contras y era rotunda: hablar con las hijas de Irma merecía el riesgo.

—Aunque admitiré que quiero vender la Rainbow por cada céntimo que valga, también quiero dejar claro que no lo hago solo por el dinero. Es cierto que, si la venta se lleva a cabo según lo previsto ahora mismo, no tendré la cómoda jubilación que esperaba, pero tengo mis ahorros. —Miró hacia el techo para que la gravedad lo ayudara a parar las lágrimas—. De todos modos, sin Elliot no va a ser lo mismo.

Bree le tocó la mano. Él la retiró, se levantó y fue a la estantería del pasillo a por unos papeles.

—En mi copia del contrato he subrayado algunos párrafos importantes, si queréis verlos. Lo que más me preocupa son dos cosas: lo apresurado de la venta y los conflictos de intereses.

—¿Te refieres a que el comprador es también el intermediario? —preguntó Laney.

En efecto.

—Habitualmente, al menos por lo que he visto estos días, el agente de ventas se encarga de valorar el negocio. En una situación normal, sería lógico: al tasar un negocio de forma justa, ayuda a garantizar la venta a un precio beneficioso para el comprador y para el vendedor. Sin embargo, como Vandaveer Investments es a la vez corredor y comprador…

Esperó a ver si llegaban a la misma conclusión que él.

—Les conviene valorar la Rainbow lo más bajo que puedan —dijo Bree.

—Exacto.

Laney empezó a pasar páginas.

—¿Sabemos con certeza que los Vandaveer hicieron la tasación?

Thom no había podido encontrar pruebas de sus sospechas. Pero Laney sí.

—Página catorce: «El 27 de febrero de 2022, Vandaveer Investments hizo una estimación inicial de Over the Rainbow Bookshop, LLC, y sus activos a partir de diversas fuentes, y sobre la

base de ventas de activos comparables…», bla, bla, bla.

Levantó la vista y abrió los ojos de par en par.

—Ya estaban con la negociación en febrero.

A Thom le dio un vuelco el estómago. En ese momento Elliot solo faltaba desde hacía un mes.

Estuvieron un rato los tres juntos en un estado de *shock*, hasta que Bree dijo:

—Eso significa que no podía esperar para vender.

—Eso parece… —confirmó Laney, y después de otra pausa añadió—: Aunque, para ser justos, también a nosotros nos hacen ofertas por la tienda de neumáticos sin haber hablado antes. A veces intenta comprarnos alguna cadena y otras son compradores que quieren nuestro edificio. Puede que los Vandaveer aparecieran por casualidad con un trato justo en el momento adecuado.

—Puede que no fuera tan casual si sabían que estaba vulnerable —dijo Bree—. No hay empresa de Lyn-Lake que no sepa lo de Elliot.

—Eso… —Thom la señaló, sintiendo que el tono de voz y la presión sanguínea le subían al mismo ritmo—. Eso es lo que me temo.

Siempre fue un chico de voz fina y brazos como juncos. Toda la vida había llevado la vulnerabilidad pegada a la piel como una peste.

—Muy bien, chicos, calmaos. —Laney hizo el gesto de un jinete que tratara de tranquilizar a un caballo—. Por ahora todo son especulaciones… Aparte de lo que tenemos aquí negro sobre blanco.

Thom se puso rígido ante el retintín, pero no dijo nada. Estaba claro que Bree era la más intuitiva de las dos hermanas y Laney, rapidísima con la socarronería y el sarcasmo… En fin, no tenía intención de perder energía intentando que cambiara de idea.

—Esto no es especulación. —Por suerte, Bree se lanzó de cabeza por los dos—. Laney, tú misma acabas de ver un claro conflicto de intereses. Los Vandaveer han hecho la tasación, ¿no entiendes que es una autocontratación?

—No puedo decir nada de que esté en contra —respondió Laney.

Thom sintió un escalofrío al oír la sintaxis.

—Solo digo que no saquemos conclusiones precipitadas —siguió diciendo ella—. En realidad, no sabemos mucho todavía. Quiero

decir, ¿sabéis vosotros por cuánto se venden las librerías en este momento?

Sonrió y Thom no pudo ni imaginar por qué, un completo enigma.

Bree gimoteó.

—Seguro que podemos encontrar alguna a la venta en Amazon.

Laney cogió el teléfono y empezó a deslizar el dedo por la pantalla.

—¿Quieres que te compre una nueva profesión ya que estamos?

Bree se rio.

—Sí, por favor.

Eso era demasiado.

—¡Perdonadme! —Si algo no soportaba Thom era la gente que se negaba a reconocer la gravedad de una situación—. Puede que no os importe lo que les ocurra a vuestra madre, a su tienda o a su legado como librera, pero a mí me importa lo que pase con el de Elliot, y mucho.

Se le iba a salir el corazón del pecho.

—¡Oh! —Bree volvió a cogerle la mano y él la apartó—. Lo sentimos mucho, Thom. —Le dirigió a su hermana una mirada fulminante como un puntero láser—. ¿Verdad, Laney?

—No intentamos restarle importancia a esto.

—Para nada.

Las estudió, tratando de averiguar si eran sinceras.

—Humor negro —admitió Laney—. Creo que soy experta.

—Es una mala influencia —apuntó Bree.

—No quiero disgustarme más de lo que estoy ya. —Thom necesitaba que vieran y comprendieran los abismos negros e insondables a los que tuvo que sobrevivir como pudo en ese último año—. Solo quiero saber si vosotras también estáis preocupadas. Si no es así, intentaré remediar la situación por mi cuenta.

Pausa publicitaria

¡Hola de nuevo!:

Sí, ya lo sé, me he plantado en mitad de la fiesta sin que me invite nadie. Este es el momento en que tiráis el libro y os ponéis a gritar: «¡Esto es romper las reglas! ¿Qué va a pasar ahora con Laney, Bree y Thom?».

¿Cómo lo sé? ¿Acaso puedo veros? ¡Claro que sí! Y os disculpo por pensar lo contrario. Pero no os preocupéis, ahora mismo estáis conmocionados por volver a tener noticias mías, pero solo será un momento. Enseguida lo encajaréis, confiad en vosotros. Esto no es más que una nota en primera persona en mitad de una narración en tercera. Id a leer algo de Ray Bradbury y volved cuando estéis preparados. O de Benjamín Percy, de nuestra fantástica cantera literaria de Minnesota: escribió un *thrlller* político protagonizado por hombres lobo. Así que no os agobiéis por verme aquí y dejad de mirarme así. Esto es un libro, queridos. Puede pasar cualquier cosa.

A ver, ¿por dónde iba…?

Ah, sí. Estoy aquí porque Irma no puede. Ella… ¿Cuál sería la mejor forma de decirlo…? No es ella misma en este momento. Y me temo que, si no intervengo para daros información crucial, os quedaréis con la sensación de que es una arpía despiadada y avariciosa. (Como curiosidad, ¿sabíais que las arpías son criaturas mitológicas con cara y cuerpo de mujer, y alas y garras de ave de presa? Son monstruos. Tal y como las ha tratado la mitología a lo largo de los tiempos, no es de extrañar que resulten terroríficas. «¡Cuidado! Os enamorarán y luego os arrancarán la cabeza»). Pamplinas. (Un apunte: *Pamplinas* es una palabra maravillosa como pocas, ¿no estaría bien que existiera como verbo? Por ejemplo, «Llamar arpía a Irma es pamplinear». ¿O como adjetivo? «Quien

llame arpía a Irma es un pamplinero»).

Me he desviado del tema… Mejor paro con el cóctel.

A lo que iba: Irma. Me temo que gran parte de lo que le está pasando es culpa mía. Pobrecilla. No estaba preparada. Yo tampoco lo estaba, francamente. No sé cómo será morirse para otros, pero desde luego yo no lo vi venir. Me entró dolor de cabeza, y me desplomé. Vi cómo Thom llegó a asumir la misma realidad que yo ya estaba experimentando (¿experimentando? No, esa no es la palabra exactamente, pero es la mejor que se me ocurre, ya que es imposible describir en términos humanos algo que los mortales no pueden conocer). Lo que quiero decir es que había pasado al otro lado. Había cruzado el puente del arcoíris. Había entrado en la discoteca del cielo. Estaba muerto, muerto, muerto.

Sé lo que estáis pensando. El pobre Thom apenas puede pronunciar la palabra, no digamos aceptarla, así que decirlo de forma tan contundente debe de parecer de mal gusto. ¡Estoy muerto! Pero os aseguro que solo reaccionáis así porque aún no habéis experimentado el Gran Otro. Y en cuanto a Thom, volveremos a él. Os lo prometo.

Pero antes tenemos que hablar de Irma…

Creedme, no es esa mujer fría y poco empática que parece hasta ahora. La verdad es que está sufriendo, hundida en una desesperación tan profunda como para poner su mundo patas arriba.

Pero, veréis, desde que la conocí, nuestra primera actriz fue un magnífico caos de pura emoción, energía contagiosa y amor por los libros. «¿Caótica? —Os preguntaréis—. Pero si Laney dice que tiene un carmín a juego para cada estilismo». En efecto, queridos, pero eso es gracias a mí. Y solo después de años de intervención. Cuando nos cruzamos por primera vez, llevaba unas mallas de punto doble de color naranja y amarillo en pleno julio. Solo tenéis que fijaros en las palabras «punto doble», «mallas» y «julio» y no me hará falta explicar nada. (Aunque, si esas palabras no os han horrorizado, dejad el libro inmediatamente, lavaos la cara con agua fría y gritad «¡espabila!», porque me preocupa que algo vaya mal, pero que muy mal por ahí).

Ahora bien… Ya habéis oído hablar de la furgoneta de Books ‘*Round* Town. Fue una idea fabulosa e hizo un gran trabajo para

llevarla a la práctica. La pintó de morado (seguro que no os lo habían dicho), con estrellas amarillas y remolinos que recordaban *La noche estrellada* de Van Gogh (si no te fijabas mucho). Y creedme: nadie podía prever que un ayatolá («¿un qué?», se preguntaron todos los estadounidenses con coche en 1979) iba a estrellar contra el suelo sus sueños librescos desde la otra punta del mundo.

Yo tuve la suerte de evitar la crisis del petróleo, pero no por previsión. Cargué mis libros a lomos de una bicicleta porque no podía permitirme nada con motor. Pero, vaya, esa furgoneta de Books '*Round* Town era un éxito: en cuanto la veía aparecer por el aparcamiento del lago Harriet, del zoológico de Como o de las cataratas Minnehaha, sabía que era el final de mis ventas. K.O. Largo, pequeño poni. ¡Era imposible competir con ella! Con Books on Bikeback, solo bicicleteaba (¿veis lo que he hecho?) novelas rosas de Harlequin y los diez libros de bolsillo de ficción más vendidos de la lista de *best sellers* del *New York Times*. Es decir: no mucho. Recordad que estábamos en 1978 y 1979, así que para familiarizaros con mi inventario solo necesito decir tres palabras: *El pájaro espino* (si no conocéis el fenómeno que fue *El pájaro espino*, podéis informaros en Google. O pensad en esto: una hacienda de ovejas, sexo y un cura oh, pillines).

Irma tenía espacio para multiplicar por diez mi surtido: éxitos de no ficción, libros ilustrados y no solo uno, sino varios títulos de los florecientes superhéroes del universo de libros para jóvenes lectores: Beverly Cleary, Roald Dahl y Judy Blume.

Pero vayamos a esa tarde de julio… Yo estaba teniendo un fantástico día de ventas y en la bicicleta no me quedaban más que unas cuantas novelas. Minneapolis estaba en el punto álgido del festival anual Aquatennial, y aquel era uno de los días más populares: la regata de botes de cajas de leche en el lago Calhoun. «¿El qué?», os preguntaréis. Era una regata. Con barcos. Hechos con cajas de leche vacías. Si os hace falta, podéis parar un minuto. También podéis ir a YouTube y escribir «Lake Calhoun milk cartón boat race»: veréis el mismo evento en el que conocí a mi primera actriz, gracias al programa que arrasaba en televisión a finales de los setenta, *Real people*. Habían acudido a filmar un bloque informativo y toda Minneapolis lo sabía: aquello estaba lleno de calcetines largos y camisetas de tirantes, la playa a rebosar y

adolescentes acicalados para las cámaras. Y mientras, la cera que mantenía unidos los cartones de leche se deeerreeeeetíííííaaaaa rápidamente con el calor de julio.

(¿He mencionado los calcetines por la rodilla? Señor, no sé cómo sobrevivimos…).

Sin apenas existencias ni tiempo que perder antes de que los barcos zarparan, me acerqué a mi competidora morada para presentarme, y he aquí que encontré a la mujer de las mallas de poliéster naranja y amarillo en toda su sudorosa gloria. Admito que me quedé paralizado por un instante. Jamás me he podido explicar la atracción que sentí. No era sexual, pero sí intensa: la necesidad de conocerla me consumió de inmediato.

Recuerdo lo primero que me dijo:

—Vaya, pero si es el apuesto y sabio don Books on Bikeback. —Encanto: ese era el superpoder de Irma—. ¿Te apetece un Fla-Vor-Ice? Tengo una nevera llena.

Si habíais oído hablar de «la amable Minnesota», pero nunca la habíais visto en acción: aquí la tenéis. De nada. Era mi rival directa, y apenas me miró antes de invitarme a entrar en casa y darme de comer. («Hospitalidad sureña», perdona que me ría. Eres buena en esto, pero no eres la única).

—¿Cuántos ejemplares de *El pájaro espino* has vendido hoy? —le pregunté.

—Creo que cinco.

¿Veis a lo que me refiero?

—También *Bahía de Chesapeake*, de Michener —añadió—. En un solo día he vendido muchos más ejemplares que toda la semana pasada. Supongo que con el Aquatennial todo el mundo piensa en el agua.

Cuando iba a comenzar la regata, echó la persiana y subimos al techo de la furgoneta para tener buenas vistas al lago. Irma quería que ganara la rueda de hámster humana. A mí me gustaba el barco vikingo.

—Creo que el verano que viene no tendrás que preocuparte por mí —dijo Irma con un suspiro admitiendo la derrota, a pesar de que nos conocíamos desde hacía menos de una hora—. Estoy perdiendo dinero. Y también pierdo horas de vida haciendo cola para repostar.

—Lo siento. Tu furgoneta es maravillosa. Yo solo sigo

pedaleando porque me hace unas piernas espectaculares. —Esa última parte no era exactamente cierta, pero sabía que no debía echar leña al fuego cuando una mujer está deprimida—. Además, nunca podré tener tu catálogo.

Irma empezó a balancear los hombros de un lado a otro y a dar pataditas con los pies en un saliente del techo.

—Ya sabes, quien puede, puede y quien no puede no puede y mira.

—Creo que quiero casarme contigo.

—No, no quieres. —Pero me cogió la mano—. Aunque tengo la sensación deque estamos en la escena final de *Casablanca*. ¿Lo notas?

—Sí, lo noto. —Entonces me llevé su mano a los labios y la besé —. ¡Vivan los novios! ¡Aleluya, pásame la ensalada de gelatina!

Ya veis que nuestra relación fue de simpatía desde el primer momento. No necesitamos ningún salto de fe para unir fuerzas y abrir la Rainbow.

Pero pusimos reglas.

—Yo lo lanzo al vuelo y tú lo aterrizas.

Lo que quería decir era que ella se iba a ocupar de la idea general y yo de los detalles. Puede que no la entendáis de primeras, pero yo sí. Y, cuando conoces a alguien a quien no tienes que dar explicaciones, haces todo lo posible por conservarlo en tu vida. Que es lo que hice yo.

—Cuando no estemos de acuerdo en alguna cosa, nos jugaremos otra que podamos aceptar los dos a piedra, papel o tijera — continuó.

—Dame un ejemplo —dije yo, que era quien lo aterrizaba.

—A ver… Tú quieres ponerle a la librería el nombre de una estrella de cine, y para mí eso no tiene ningún sentido. Podemos jugar a piedra, papel o tijera para llegar a un acuerdo. Lo que yo propongo es hacer una encuesta informal entre nuestros amigos y familiares. Si no les gusta, buscamos un nuevo nombre.

—Me parece bien.

—No, tú tienes que proponer otra cosa. Si no lo haces, no podemos jugarnos nada a piedra papel o tijera.

Y esa era Irma, la del vuelo. Llena de buenas ideas… en teoría.

—De acuerdo —le dije—. Esta es mi propuesta en contra: si

ganas, encuestamos a nuestros amigos porque has ganado la partida. Si gano yo, encuestamos a nuestros amigos porque he ganado yo.

Irma ganó. Al igual que Over the Rainbow.

Como pronto quedará todavía más claro, Thom nunca entendió nuestro vínculo. Amo a ese hombre (os alegrará saber que el amor no se acaba cuando termina la película) y estoy con él todos los días. (¡Qué gran trabajo hizo con nuestros jerséis! Y la pobre Irma pensaba que yo era el de los detalles…). Pero, si hubo una fuente constante de tensión entre él y yo, fue «esa mujer».

Lo que nos lleva al momento de nuestra historia en el que todas las piezas se desmoronan. Aviso de *spoiler*: si pensáis que están desesperados, esperad. Viene un convoy…

De momento, seguid leyendo. Yo estaré por aquí disfrutando de otro vodka con zumo de pomelo en compañía de Judy G. ¿Cómo? ¿No me creéis? ¿Ya os habéis olvidado de que aquí todo es posible?

Disfrutad de la ensalada de gelatina, queridos…

Elliot

P. D.: Por favor, decidme que ya sabías quién era. ¡Llevo seis páginas!

Siete

18 días para el cierre…

Ya era de noche cuando se despidieron de Thom y se marcharon. Laney no paraba de hablar y Bree estaba desorientada. La oscuridad había cambiado el color del día por tonos grises mientras estaban dentro, y ahora el frío nocturno le mordía los brazos desnudos y la distraía como un cachorro que acababa de descubrir que tiene dientes. Al llegar al final de la manzana, dobló a la izquierda y tardó demasiado en darse cuenta de que, para ir a casa, tenía que haber ido a la derecha.

—Tu casa está en la otra dirección, Breechito.

—Necesito dar un paseo. Quiero despejarme.

Laney no le había preguntado si quería compañía, cosa que Bree habría aceptado tan solo con que su hermana fuera capaz de estar diez segundos sin hablar. Necesitaba un momento de tranquilidad para poner en orden las ideas.

—¿Me estás siguiendo? —le preguntó.

—Has dicho que necesitabas dar un paseo. Lo estamos dando.

—Era un eufemismo.

—Pero lo estás haciendo. Fuiste en dirección contraria y dijiste que querías despejarte. No puedes decir que algo es un eufemismo y luego hacerlo.

—Quería estar sola. Era un eufemismo de «necesito espacio».

—Creo que no sabes lo que es un eufemismo.

Al llegar a la esquina, se detuvieron y esperaron a que dejaran de pasar coches. Era noche cerrada y alrededor solo podían ver lo que quedaba dentro de halos de luz: una farola que cercaba un

cuadrado de hierba verde a sus pies, el humo de un coche teñido de rojo por las luces traseras.

—Por cierto, sí —dijo Laney mientras esperaban—. Te estoy siguiendo. No hay luz. No es un buen momento para dar vueltas sola por ahí.

Bree sabía que debía darle las gracias, pero en lugar de eso sacó el móvil e hizo como que leía mensajes que no existían, esperando que su hermana captara la indirecta.

—¿Vas a hablarle a mamá de nuestra conversación con Thom? —preguntó Laney—. Sé que él no quiere, pero ¿para qué andarnos con jueguecitos de espías? —Volvió a pulsar el botón del semáforo para cruzar; no paraban de pasar coches—. Solo ella puede decirnos por qué quiere vender o por qué ha negociado con los Vandaveer.

Bree no quería hablar de eso. Ahí no, no en la esquina del Saigon To-Go, no hasta que hubiera tenido la oportunidad de pensar en lo que acababan de averiguar y no con Laney, que era incapaz de callar por mucho que Bree se lo pidiera con amabilidad o a quemarropa.

—Igual podríamos buscar a un tercero, alguien imparcial que valore el negocio —continuó Laney, sin importarle que su hermana cada vez estuviera más molesta—. Pero ¿quién podría hacerlo sin que se enterase mamá? ¿Tienes algún amigo en el sector inmobiliario que te deba un favor?

Bree empezó a tararear para no oír nada. Dos veinteañeros con capucha salieron del Saigon To-Go y abrieron la bolsa de rollitos de primavera casi antes de poner un pie en la calle.

Laney también los vio.

—Humm… Atracón de rollitos de primavera a las diez en punto. Creo que alguien está colocado. ¿Tú crees que tendrán buen material?

Se volvió hacia ellos, como si estuviera a punto de ir a preguntarles, y eso fue la gota que colmó el vaso para Bree.

—Puede que esta venta no sea gran cosa para ti, pero para mí es algo enorme.

Laney se detuvo y se puso en jarras.

—¿En serio? ¿Tú también?

—¿Yo también, qué?

—Es la segunda vez en menos de una hora que me acusan de no

preocuparme por mi madre.

—Yo no he…

—¡Sí, lo has hecho! Por lo que parece, Thom y tú pensáis que no me preocupo por ella, solo porque no voy llorando por los rincones porque venda la Rainbow.

Bree soltó una risa de mofa.

—Pero si ahora mismo querías pillar maruja.

—¿«Pillar maruja»? ¿Qué te pasa? ¿Te has tragado a Nancy Reagan?

—Tienes que centrarte. Acabo de oír cosas muy alarmantes sobre el trato que ha hecho mamá y tengo que pensar qué voy a hacer al respecto.

—Ah, claro. Lo que vas a hacer al respecto.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que casi te pusiste de rodillas para que te ayudara y ahora das a entender que puedo participar en este lío de mil pares de narices, pero solo si estoy de acuerdo con todo lo que dices y hago todo lo que me pides.

—¡Esto sí que es bueno!

Su hermana no era parte activa de la familia ni de la Rainbow desde hacía casi veinte años, y ahora se sentía excluida.

Laney sonrió con suficiencia.

—¿Bueno viniendo de mí? ¿De la desleal?

Eso era exactamente lo que Bree había querido decir.

—Tú lo has dicho, no yo.

—Ah. —Laney se enderezó y se cruzó de brazos—. Ya lo pillo. Tú puedes hacerme sentir mal, siempre que el insulto salga de mi boca. Así no estás siendo hiriente ni me estás juzgando, solo me ayudas a ver la verdad.

Era cierto. Bree lo daba todo por su madre y por la Rainbow, mientras que a Laney le bastaba con enviar una tarjeta de cumpleaños para que su madre prácticamente se tirara pedos de purpurina en agradecimiento.

—Me debes una disculpa, Santa Mártir, patrona del queso…

—Deja de burlarte de mi nombre.

—Lo haré cuando me respondas a esta pregunta: siendo realista, ¿qué puedes hacer para cambiar las cosas? Te estás consumiendo con esto, cuando la verdad es que mamá ha hecho un trato y dentro

de unas semanas se irá a Florida riendo, cheque en mano. Thom y tú podéis sentiros los Le Carré resolviendo este misterio sobre agentes dobles y quién puso su punto de mira en Irma, la viuda en estado vulnerable, pero…

Bree la detuvo. John le Carré era uno de los autores de novelas de espionaje más vendidos de todos los tiempos.

—¿Desde cuándo haces referencias literarias?

—¿Por los agentes dobles? Es el abecé del espionaje, he visto *The Americans*.

Bree no se refería a eso y estaba a punto de decirlo, pero Laney se adelantó.

—Estás evitando responderme, Bree. Te he preguntado qué esperas conseguir siendo realista. El trato está hecho. Mamá ha vendido la Rainbow. Cuanto antes asumas la realidad y decidas qué hacer con tu vida, mejor.

Se quedó quieta, haciendo eso que siempre hacía: no iba a moverse ni a hablar hasta que se explicara y, si no le gustaba lo que oía, seguiría igual para que siguiera probando.

—No sé qué hacer. —Bree se oyó a sí misma al borde del grito, tambaleante, a un volumen que nunca alcanzaba salvo en compañía de su hermana—. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados, por eso te he dicho que necesito tiempo para pensar, pero ¡tú sigues hablando sin parar! ¡Bla, bla, bla!

—Bla —dijo Laney.

A Bree se le cerró la mandíbula de la tensión, pero no dejó que eso le impidiera decir:

—Si quieres que resuelva esto: CALLA DE UNA PUÑETERA VEZ.

—Pero tú me quieres —se burló Laney.

—La verdad, creo que eres lo peor.

—Por supuesto que sí, pero debería alegrarte porque, mientras yo sea lo peor, no lo eres tú.

—Qué generosa.

Se quedaron en silencio un instante. Laney sonreía. Bree no. Laney la rozó con la cadera. Bree se puso rígida para absorber el golpe. Laney le dio un manotazo en el brazo. ¡Un manotazo!

—¡AU! ¿Por qué lo has hecho?

Laney volvió a hacerlo.

—¡Ya vale!

Los encapuchados del Saigon To-Go gritaron:

—¡Pelea de gatas!

Laney se inclinó con una sonrisa.

—Devuélveme el manotazo.

—Estás loca.

—Hazlo.

—¡No!

Laney gritó hacia los veinteañeros:

—Dadnos un poco de eso que estáis fumando y dejaré que me tire del pelo.

—¡Tírale! —gritó uno.

—¡Pelea de gatas! ¡Pelea de gatas! —coreó el otro.

Laney extendió la palma de la mano y movió los dedos en su dirección; era una adolescente rebelde metida en el cuerpo de una mujer y con una manicura de cincuenta dólares alumbrada por la farola.

—Antes tenéis que pagar, amigos.

Bree se enfureció, ahora era mayor y con bastante experiencia para saber que siempre ocurrían cosas inesperadas cuando Laney conseguía lo que quería.

—¡Vas a hacer que nos detengan!

—Yo vivo en California, allí es legal. Exculpada por ignorancia.

Echándose a reír, se acercó y le quitó a Bree el bolso del hombro.

—¡Mierda, Laney, ya vale!

Laney hizo oídos sordos y movió la mano de un lado a otro, diciendo:

—Venga, chicos… Si queréis un espectáculo, tenéis que cumplir.

Después de escudriñar el aparcamiento en busca de policía, los chicos se hicieron un gesto con la cabeza, fueron con ellas y deslizaron algo en la mano de Laney.

Completado el intercambio, Bree le tiró del pelo tan fuerte que notó la fuerza que tuvieron que hacer las raíces para seguir agarradas al cuero cabelludo.

Laney chilló:

—¡He dicho que tires! ¡No que lo arranques!

—¡Y yo te he dicho que te calles!

Las hermanas empezaron a discutir.

Los veinteañeros se animaron.

Al final, cuando se les agotaron los improperios, Laney buscó la mirada de Bree, elogió sus habilidades como *sparring* y se la llevó de la mano.

—Estás como una cabra —le susurró Bree.

Laney no se ofendió.

—El caos puede ser muy productivo.

Doblaron la esquina en dirección a la casa de Bree.

—Sé que necesitas tiempo para pensar —continuó Bree—, así que solo te diré una cosa más antes de dejarte sola: puede que se estén aprovechando de mamá.

Menuda novedad.

—Eso es lo que te he estado diciendo desde el principio.

—Sí, y creo que tienes razón. Quiero que lo sepas.

—De acuerdo, caray.

Bree se frotó el brazo donde Laney la había dado el manotazo.

Laney dejó de caminar.

—No me estás escuchando.

—Te he escuchado. Has dicho que no dirías nada más, pero no lo estás haciendo.

—He dicho que tienes razón.

—De acuerdo. Vale, gracias.

—Se te da mal escuchar.

—Gracias también por eso.

—De nada.

Siguieron caminando en silencio, por fin. A Bree le retumbaba la cabeza, tenía dentro un guirigay: intentaba a la desesperaba reunir en armonía todo lo sucedido esa semana, pero no le llegaba más que ruido. Daba igual cómo lo ordenara. Sin embargo, también percibió algo más, un susurro, una intuición, una pista, algo que se imponía poco a poco al estruendo: la Rainbow aún no había desaparecido. Su pérdida no era inevitable.

—No digas nada hasta que termine de hablar.

Le clavó la mirada a Laney hasta que obedeció y se pasó un dedo por los labios.

—Como te dije la otra noche, no puedo dejarlo pasar hasta que sepa que mamá ha tomado la mejor decisión posible.

Esperó a que Laney lo rebatiera, pero solo giró la llave que

sellaba sus labios y la tiró al suelo.

—Mamá quiere explicarnos por qué va a vender, lo sé —dijo Bree—. Irma puede ser muchas cosas, pero nunca ha sido reservada.

Laney se quedó pensativa.

—No para de hablar de lo feliz que le hace que estés aquí y de que estemos de nuevo las tres juntas. Vamos a aprovecharlo: bombardeémosla con amor hasta que quiera hablar. —Bree tuvo un momento de claridad, un estallido de ideas—. Cuando estemos en la librería, hagámosla recordar sus momentos favoritos, los clientes que le gustaban y los que nos hacían reír. Yo iré a cenar a casa todas las noches. O mejor aún: podemos invitarla a un sitio bonito y decir que queremos celebrar algo. ¿Qué te parece?

Laney arqueó una ceja, esperando permiso para hablar.

—Adelante.

—¿Ves lo que he hecho? Te he escuchado.

—A ver, ¿qué he dicho?

—Has dicho que tenemos que bombardear con amor a mamá hasta que desembuche todos sus secretos, esperanzas y sueños. Y que, si no funciona, al menos habremos cenado bien.

Bree exhaló.

—Exacto. Entonces, ¿por qué tengo un nudo en el estómago?

Laney se rio y metió la mano en el bolsillo.

—Igual te viene bien esto. —Deslizó algo diminuto en la mano de Bree—. Tienes que relajarte, hermana.

En contra de sus principios, Bree no discutió, se metió el porro en el bolsillo y se preguntó si alguna vez llegaría a conocer del todo a su hermana, todas las capas de genialidad y chifladura de su personalidad.

—Ya sabes que volveré a California dentro de unos días —dijo Laney—. Pero soy tu chica mientras dure.

Bree lo entendió, se lo agradeció y no dijo nada de la pequeña, disparatada y totalmente absurda sospecha de que esa aventura no había hecho más que empezar.

Ocho

17 días para el cierre…

Laney y Bree dejaron que su madre eligiera el restaurante para la cena. Cerraron la librería temprano y fueron al Barbette, una bonita *brasserie* francesa que quedaba a la vuelta de la esquina.

—Mamá —empezó a decir Laney—, te hemos invitado a cenar para celebrar las tres juntas tu jubilación. Pero, ya que estamos, a Bree y a mí también nos gustaría saber por qué has decidido hacerlo ahora. ¿Cómo es que tira la toalla tan pronto, señora?

Bree le dio un puntapié por debajo de la mesa. Le había insistido para que fuera despacio y dejara que su madre mencionara la venta primero. Sin embargo, Laney volvía a California en solo dos días y no creía en los milagros.

Como era de esperar, Irma cambió de tema.

—¿Habéis probado los mejillones de este sitio? Me han contado maravillas.

—No, es que vivo en California —respondió Laney—. Justo donde estaba cuando me llamaste para que volviera a casa. Ya sabes, para que pudiera verle la cara a Bree cuando anunciaste que ibas a lanzar su carrera a las vías del tren.

Bree se atragantó con el agua, pero consiguió darle otro puntapié en la espinilla, este más seco.

—Una curiosidad sobre los mejillones —siguió diciendo Irma—, los seres humanos los comemos desde hace más de veinte mil años. Son un alimento prehistórico.

Empezó a tararear por lo bajo, como si recordara con nostalgia sus vastos conocimientos sobre el reino de los crustáceos.

—Los mejillones hembra tienen partes anaranjadas y los machos, blancas. Es lógico, ¿no? Parece que las mujeres siempre tenemos que exhibirnos, en todas las especies.

El camarero trajo la botella de *pinot gris* que habían pedido y sirvió tres copas. Laney bebió un sorbo demasiado largo. El de su madre fue aún más largo. Bree siguió con el agua.

—¿Qué tal si te expongo mis dudas? —Laney lo planteó como sugerencia, pero no esperó a que le dieran permiso—. Me sorprende que vayas a vender la librería a Vandaveer Investments. Tienen un historial más que dudoso y fama de hacer auto-contrataciones. También he oído que los demandaron sus propios socios promotores. He leído el contrato de venta y no creo que los Vandaveer estén actuando como compradores de buena fe. ¿Tú qué opinas?

Su madre siguió canturreando y bebió un sorbo de vino, soñando con aperitivos empapados de ajo y mantequilla.

Por fin Bree vio el momento de hablar.

—Mamá, estoy preocupada por ti. —Se inclinó hacia ella y le habló sin borrar la sonrisa—. Creo que ha ido todo demasiado rápido. Elliot se fue en enero y he leído muchos libros sobre el duelo que aconsejan no tomar ninguna decisión importante durante el primer año después de perder a una pareja. Piensa en lo desconcentrada que estabas cuando murió Nestor. Elliot tuvo que llevar la tienda prácticamente él solo durante un año para darte el tiempo que necesitabas…

Irma la interrumpió.

—El nombre de la librería se le ocurrió a Elliot, ¿lo sabíais?

Laney puso cara de desesperación. Aunque su madre por fin hablaba de algo más que de moluscos, al menos.

—Fue un homenaje a Judy Garland. Adoraba a esa mujer. Le parecía perfecta en todos los sentidos. Yo le dije que era ridículo poner a una librería el nombre de un icono del cine, pero insistió. Con el tiempo empecé a verle el sentido. Libros y arcoíris: los lugares donde puede pasar cualquier cosa.

Laney pasó la botella de vino al otro lado de la mesa.

—Es una historia enternecedora que ninguna de las dos había oído ya más de quinientas veces.

Bree miró a Laney con cara de odio y habló con su voz de esto-

me-duele-más-a-mí-que-a-ti.

—Sé sincera, ¿crees que Elliot habría aceptado este trato?

Su madre empezó a tararear de nuevo, ordenando y volviendo a ordenar los cubiertos.

—Me dijo que, si él se marchaba primero, me quedaría tan destrozada como si me hubieran pasado por la trituradora. —Hizo una pausa y a Bree le pareció que había dejado de respirar—. En cuanto a la venta, creo que habría dicho: «Irma, me he ido a la fiesta de nunca acabar del cielo, te has quedado sola en la discoteca».

—¿Es que ahora era Yoda? —La paciencia de Laney, que nunca iba sobrada de ella, se evaporaba—. ¿Qué significa eso?

—Me has preguntado qué pensaría Elliot, así que te lo digo: habría querido que cogiera aire, me armara de valor y tomara una decisión.

—Exacto —la instó Bree—, y justo esa decisión es la que tratamos de entender.

A Laney se le habían acabado las sutilezas.

—Creemos que los Vandaveer te están timando. Bree es muy amable para decirlo a las claras, pero yo no.

El camarero se había acercado con la tabla de degustación de quesos, pero dio media vuelta en retirada al oírla. Irma, en cambio, cogió el volante y se abrochó el cinturón.

—Chicas, he intentado ser respetuosa, pero ya veo que no funciona. Solo os lo diré una vez: voy a vender la tienda y no lo discutiré con vosotras. Tenéis una copia del contrato y no necesitáis saber nada más.

Bree se quedó con la boca abierta, estaba estupefacta.

—Pero ¿no te importan nada la librería ni los clientes? ¿Y yo? ¿Te da igual que me quede sin trabajo cuando esto termine? Siempre pensé que querías que una de las dos siguiera con la Rainbow. Lo decías como si fuera mi destino, y mi derecho.

Se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas.

Algo potente y salvaje se abalanzó sobre Laney: la ira que hasta ahora había logrado canalizar como sarcasmo rompió los diques de contención y la inundaba.

—Mamá, me fui de casa por la Rainbow, lo entiendes, ¿verdad? Apenas tenía edad para conducir, pero seguí a Tuck a lugares que ni

siquiera llamaría pueblos, tenía que lavar la ropa interior en el fregadero de las paradas de camiones y usé el dinero de la universidad para comprar una ratonera de remolque donde vivir. Aun así, todo ese horror me parecía mejor que conformarme con una vida que no había elegido yo. Bree tiene razón: siempre esperaste que la Rainbow fuera nuestra vida. La diferencia es que ella era la hija buena. Le hacía feliz, y ahora es como si te importara un bledo. No me lo trago.

Su madre siguió impasible, en su versión fría y reservada, sin dar respuestas. Hasta que, por fin, encontró una:

—Bree, lo siento. Por muy buena que seas, no estás a la altura.

Bree se abrió paso a través de un grupo de aspirantes a comensales que se agolpaban en la entrada y consiguió salir fuera justo cuando comenzaba a derramarse la primera lágrima. La enjugó enseguida, tratando de disimular el gesto como si se estuviera quitando una pestaña. Laney le pisaba los talones y no quería que viera que estaba derrumbada.

—Estoy bien. —Bree levantó una mano para adelantarse a lo que pudiera decir—. De verdad, no montes un escándalo.

—Se ha pasado de la raya. Si alguien se merece la Rainbow, eres tú. Eso lo sabe todo el mundo.

Bree sonrió, aunque se sentía vacía por dentro. En su interior ya había huido al pequeño espacio que guardaba para momentos como aquel.

—Por favor, no lo hagas más grande de lo que es —le suplicó mientras oteaba la calle—. Le hemos pedido respuestas y nos las ha dado.

Laney sabía que su hermana quería huir, así que la cogió del brazo antes de que saltara fuera de su alcance.

—Hablar con mamá ha sido como jugar al voleibol. «¡Hablemos de mejillones! ¡Hablemos de Judy Garland!». No puedes tomarte en serio nada de lo que ha dicho. Está claro que no está en sus cabales.

—A veces la gente es más sincera cuando baja la guardia. —Bree notaba que aquello era importante para Laney por cómo la agarraba y lo sincera que estaba siendo por cómo se negaba a soltarla—. Tú lo has dicho desde el principio, puede que esta decisión sea lo

mejor. Quizá solo tengo que asumirla y seguir adelante.

—¡No me hagas caso! Ya sabes que hablo por hablar.

—Y a veces tienes razón.

Laney se ablandó y le soltó el brazo. Su expresión ardiente se apagó de pronto.

—Aunque sea así, aunque tuviera que vender la librería, no creo ni por un segundo que no quiera que te la quedes tú. Tú debías continuar el legado de la Rainbow. La convertiste en tu hogar, literalmente. Cuando bajábamos del autobús del colegio, me seguías y no querías irte a casa… nunca. Si no te hubiera adoptado, la habrían detenido por secuestro. ¿Qué más pruebas necesitas? Mientras mamá y yo discutíamos por la hora de volver a casa, tú discutías sobre Sylvia Plath.

Bree no dijo nada.

—Escucha —continuó Laney—, esta noche ha sido una aberración. La extensión de su síndrome de enajenación súbita. Es imposible que quisiera decir lo que parece, y sigo pensando que tienes razón: si seguimos intentándolo, acabará diciéndonos qué ha pasado de verdad.

Bree hizo un gesto con la cabeza hacia la calle.

—Tengo que dar un paseo. Quiero estar sola un rato.

Laney se quedó callada. La dejó marchar, pero antes le dio otro pañuelo.

—Tienes mocos. —Le señaló la nariz—. No quería decir nada.

Hizo calor toda la tarde y la noche seguía templada, así que las calles habían cobrado vida: familias con cochecitos, grupos de amigas para tomar algo y solteros con camiseta entallada sacando pecho. Su barrio, Lyn-Lake, estaba rodeado por una corona de lagos de norte a sur (el lago Bde Malo *Ska*, el lago Harriet y el lago de las Cuatro Islas), que eran la fuente del buen humor de la gente de Minnesota.

Bree se dirigió en dirección contraria.

Echó a andar hacia la Rainbow y se quedó en la acera de enfrente, mirando su librería. Pocas veces se paraba a observar la tienda desde esa perspectiva, tal y como la veían los clientes. Justo esa tarde, cambiaron el escaparate para presentar las novedades de

los autores de Minnesota: Loma Landvik, Mindy Mejia, Boa Phi, Josh Moehling, Wendy Webb, Peter Geye, Alien Eskens, Kate DiCamillo, Kathleen West y Abby Jiménez. Habían colgado un cartel que le hacía sonreír incluso en ese estado.

Si tener diez mil lagos le parece una sensación, cuente a nuestros grandes escritores de Minnesota. (Eh, tenemos más dentro).

¿Qué iba a ser de su vida sin los libros? ¿Qué iba a ser de ella sin la Rainbow?

Hacía veintiocho años, casi en ese mismo día, Irma y ella estaban cogidas de la mano ante un juez en el juzgado del condado de Hennepin y lo hicieron oficial: Irma la adoptó y la hizo una de los suyos. Cuando volvieron a la librería encontraron el escaparate lleno de globos morados, rosas y blancos, con una pancarta que decía ¡Bienvenida a la familia, bree! Dentro había tarta y, cuando Elliot le dio una porción, le dijo que podía comer todas las que quisiera. Había gaseosa de uva Welch's, de la auténtica, e Irma le dejó beber una lata entera.

Antes de que terminara la fiesta, Irma la llevó aparte.

—No quiero que vuelvas a sentirte como una visitante aquí ni en la casa. Ahora somos familia. Este sitio te pertenece.

Bree miró sin darse cuenta hacia la marquesina de la librería Over the Rainbow. Justo debajo del nombre, ponía: «En los libros y en el arcoíris, los sueños se hacen realidad». Aquella tarde de hacía veintiocho años, bebiendo gaseosa y comiendo tarta como si no hubiera un mañana y rodeada de personas que parecían quererla de verdad, se permitió creer que había encontrado su lugar en el mundo.

Laney le envió un mensaje a Bree: «¿Paseo bien? ¿Mañana a las 19 en el Nygaard's y hablamos?».

Al salir del Barbette, ni su madre ni ella abrieron la boca hasta llegar a casa y se fueron directamente al dormitorio. Allí se descalzó y llamó a Tuck, que le contestó desde el gimnasio. Se dio cuenta por el clin-clan-clon de fondo de las pesas.

—¿Qué tal, pastelito? El sábado estás en casa, ¿verdad? ¿Vendrás en tren desde el aeropuerto?

Ella dijo un «ajá» y, al mismo tiempo, se preguntó cómo sería

tener un marido que no diera por sentado que le apetecía subir al tren después de tres horas de vuelo. De hecho, no recordaba que la hubiera ido a recoger nunca al aeropuerto. Antes se lo pedía, pero siempre se negaba diciendo que era «piloto, no chófer».

Se dio cuenta de pronto de que esa frase solo valía cuando era ella quien necesitaba que la llevara a algún sitio. Solía acercar a Frankie y *Miss* Pickles a casa en lugar de hacerlas esperar la reparación en la sala, y no era raro que se ofreciera a recoger algo en la tienda para algún vecino. «No me importa, tengo que salir —les decía—. ¿Necesitas algo más?».

¿Por qué ella no merecía esos mismos cuidados y atenciones?

—Verás, Tuck, tengo que retrasar la vuelta. Están pasando muchas cosas, mañana hablaré con la aerolínea.

Las palabras salieron de la nada y la conmocionaron tanto que casi se atragantó. Solo había llamado para ver cómo iba a todo, no para iniciar una segunda ronda de conversaciones de cuándo-vas-a-volver-aquí.

—¿Y cómo lo vamos a hacer, Laney? —Al fondo, un hombre gruñó y siguieron los vítores—. La tienda es una locura. Te necesito.

—Están pasando cosas importantes y no puedo dejar que mamá y Bree se ocupen solas.

Tragó saliva. Se le secaba la boca cada vez que evitaba dar respuestas claras, sobre todo cuando ni ella misma entendía por qué no las tenía.

—¿Cuánto tiempo? ¿Unos días?

—Probablemente. Te lo iré diciendo sobre la marcha, pero seguro que no será más de una semana.

—Ya llevas una semana.

—Volveré en cuanto pueda.

—¿Y qué hago yo mientras?

—Lo que estás haciendo.

Empezó a imaginar la tienda y el caos que debía de ser, pero borró las imágenes antes de que le entrara el pánico y cambiara de idea.

—Ahora mismo no sé en qué dirección va a ir esto, nada más. Lo siento. Pero todo va a salir bien, no te preocupes.

Luego se despidió y colgó antes de que ninguno de los dos pudiera decir lo contrario.

Nueve

15 días para el cierre…

A la mañana siguiente, Laney quedó con Bree en la puerta del Nygaard's, el supermercado recién renovado gracias al dinero aportado por Vandaveer Investments. Laney detestó que le gustara tanto.

—No puedo creer que vaya a decir esto, dada la implicación de los Vandaveer, pero quiero casarme con esta tienda.

—Qué interesante —dijo Bree.

—Tiene todo lo que quiero en una relación estable: me trae café y bollos recién hechos, puedo desayunar *pizza* y nunca me hará sentir culpable. Incluso es preciosa.

Deslizó la mano por las estanterías de madera recuperada a juego con el suelo de madera recuperada.

—Tú también estás deseando tocar, y lo sabes.

Bree fue a la cafetería y pidió un café solo largo con un bollo de frambuesa.

—Casi no he pegado ojo, ¿y tú?

Laney negó con la cabeza.

—¿Sabías que también puedes añadir un expreso al café de filtro? Se llama *red eye*.

—¿Un *red eye* corto o largo? —El camarero la había oído.

—Corto, por favor. Y una magdalena Selva Negra.

Bree hizo una mueca.

—¿Vas a desayunar una magdalena?

—¿Lo ves? —Laney movió la cabeza—. Haciendo puntos para que te tache de mi lista del Hombre Perfecto.

Buscaron una mesa apartada y pasaron un rato sin hablar, entretenidas con el desayuno. Cuando la vio por última vez, Bree estaba ahogada en lágrimas, y Laney pasó la noche preguntándose cómo podía Irma tratar a su hija favorita de una forma tan fría y cruel. A diferencia de lo que hacía ella, Bree no se relacionaba con su madre como si fuera una mamografía: algo bueno que hay que hacer cada dos o tres años, a pesar de las molestias. Bree tenía una relación auténtica y sincera con Irma: se alegraba con ella y era comprensiva cuando estaba triste.

Laney entendió entonces que el comportamiento de Irma era la única razón por la que decidió quedarse más tiempo. Alguien tenía que dar la cara por Bree y, si no lo hacía alguien de su propia familia, entonces, ¿quién? Solo contaba con Laney.

—Me pone un poco nerviosa decirte lo que he decidido. —Le sorprendió que Bree se armara de valor para hablar primero—. Puede que sea pedir demasiado.

Cogió un pedacito de bollo del tamaño de un guisante y se lo puso sobre la lengua, como para dar a entender que no podía decir más porque tenía la boca llena.

Laney no disimuló la curiosidad.

—Tiene gracia. Tampoco estoy segura de que te vaya a gustar lo que he decidido yo.

—Ay, no.

—Pero no se me ocurre otra cosa.

—A menos que te guste más lo mío.

Ambas respiraron hondo, sus reticencias se quedaron a un lado.

—A la de tres —dijo Laney.

Bree hizo los honores:

—Uno… Dos… Y tres…

—Tenemos que luchar contra la decisión de Irma.

—Tenemos que acabar con la venta.

Al principio no estaba muy claro. Mientras lo decían, Laney oyó algo sobre trabarse la lengua y Bree le pareció que su hermana hablaba de la presión de tarifas. Pararon, volvieron para atrás y lo solucionaron.

—Sé que tienes que volver a California en unos días —suplicó Bree—, pero ¿hay alguna forma de que puedas retrasarlo? ¿O venir otra vez en cuanto puedas? No creo que sea capaz de parar esto yo

sola, y Thom…

Inclinó la cabeza como hacen los de Minnesota cuando están a punto de decir algo interesante de alguien.

—Está más nervioso que un flan en una licuadora. —Laney no contaba con el enorme peso que se había quitado de encima—. Pero verás, aún no me voy. No puedo dejarte aquí para que te las arregles sola. Hablé anoche con Tuck y hoy mismo voy a llamar a la aerolínea.

Bree parecía más preocupada que aliviada.

—¿Cómo se lo ha tomado?

Sabía cuántas llamadas había recibido Laney esa semana y que tuvo que explicarle todo tipo de cosas: desde cómo reiniciar el lector de tarjetas hasta dónde guardaban el papel higiénico.

—Hum… —No tenía claro cuánto quería revelar de su no-conversación—. ¿Te vale con un bien?

Por suerte para ella, Bree lo dejó estar.

—¿Cuándo llamamos a Thom? Me preocupa que se vuelva loco sin nosotras.

Laney señaló el teléfono de Bree.

—Al que madruga Dios le ayuda.

Cuando dejó de hablar por teléfono con Bree, Thom fue directamente a la biblioteca, aunque con las prisas no se fijó en la hora y tuvo que esperar en el coche treinta minutos hasta que abrieron. Una vez dentro, fue a buscar a su bibliotecaria favorita, Carol Ann, y le dijo que tenía seis horas para aprender todo lo que pudiera para que una reunión estratégica fuera fructífera.

Si volviera a nacer, a Thom le gustaría ser bibliotecario. Decidió dedicarse a la flebotomía porque le permitía proporcionar atención médica esencial sin la responsabilidad de tener la vida de una persona en tus manos. El trabajo de bibliotecario era muy parecido. Cuando fue a buscar información sobre la venta de un negocio una semana antes, estaba al borde de un ataque de pánico. Sin embargo, con las expertas indicaciones de Carol Ann, consiguió toda la información con la vitalidad de un hombre con la mitad de años.

A mediodía tenía un bloc de notas lleno de apuntes y un plan para la tarde. Bree y Laney iban a llegar a las seis y él les ofrecería

una cena ligera. Tenía el tiempo justo para todo lo que necesitaba en la tienda de material de oficina y para ir al Nygaard's.

—¡Pasad, adelante!

Las hermanas llegaron enseguida. En el comedor había un bufé de ensaladas con fiambre, rollitos de hojaldre con pavo y una macedonia. Tampoco faltaban, por supuesto, *macarons* de Patisserie 46 para el postre.

—¡Vaya! —Laney estaba impresionada con todo lo que había montado, aunque no se refería a la comida—. ¿Seguro que no has sido el director general de algo?

En la pared opuesta al bufé, se alineaban tres pizarras blancas. Además, sobre la mesa del comedor encontraron tres copias del contrato de venta, blocs de notas, bolígrafos de colores surtidos, así como subrayadores, rotuladores, notas adhesivas y tres bolsas de caramelos Wint-O-Green Lifesavers. Por lo visto, la menta era muy efectiva para mantener la mente despierta cuando hacía falta mantener la concentración mucho tiempo.

—Espero haber preparado todo lo que nos va a hacer falta.

Comieron rápido y, en cuanto empezó el trabajo, se dirigió a la pizarra del centro y escribió «OBJETIVO: Parar la venta».

Bree se plantó al momento.

—¿Estamos seguros de que ese es el objetivo? Quiero decir, ¿tal cual está escrito?

—¿Qué quieres decir? —contestó su hermana—. Esta mañana lo dijiste con estas mismas palabras: «Tenemos que parar la venta».

—Ya lo sé, pero ahí escrito me inquieta.

Laney la señaló con el dedo.

—No te ablandes ahora.

Thom estaba impaciente por avanzar todo lo que pudieran.

—Quizá así quede mejor.

Y debajo de «Parar la venta» escribió «a los Vandaveer».

—Funciona —dijo Laney—. Bree, ¿te parece bien?

Esta asintió.

Siendo sincero, proponer ese cambio le pareció a Thom algo hipócrita, pero no dijo nada. Sabía que sus objetivos a largo plazo estaban reñidos con los de Bree, que quería ponerse al timón de la Rainbow y mantenerla viva por los siglos de los siglos. En cambio, con que los Vandaveer hubieran hecho una oferta remotamente

justa, él habría aceptado encantado la parte de Elliot y huido para siempre de la librería y de la sombra de Irma. Necesitaba que la Rainbow pasara a la historia, pero solo por un precio que hiciera honor al trabajo de toda una vida de Elliot. Bree estaba desesperada por mantenerla viva y con todo su esplendor (pero ¿y su hermana? Aún no había descifrado el enigma que era Laney).

Aunque al final solo uno de ellos podría conseguir lo que quería, mientras tanto lo que podían acordar (y acababan de hacerlo) era que el trato con los Vandaveer no era bueno: no podía seguir adelante. Lo que viniera después se vería con el tiempo.

—Una vez aclarado esto, sigamos con el orden del día —les dijo —. Fijados los objetivos, lo recomendado para las reuniones de este tipo es pasar a evaluar las amenazas y las oportunidades.

Eso lo sacó de un artículo muy interesante de la *Harvard Business Review*. O quizá de la revista *Fast Company*. O del libro *El orden del día perfecto*. No lo recordaba, pero tenía la fuente apuntada en sus notas.

—¿Sabes hacer lo que acabas de decir? —le preguntó Laney.

—Me complace admitir que sí. —Le entregó un rotulador a cada una—. Bree, tu color para esta noche es el verde; Laney, el tuyo es el rojo, y yo usaré el morado.

Laney cogió el suyo.

—¿Prometes que me dejarás echar un vistazo a tu armario antes de que nos vayamos? Apuesto a que está perfectamente organizado.

Por supuesto que lo estaba.

El ejercicio llevó más tiempo del esperado, pero en una hora habían puesto sobre la mesa algunas cuestiones importantes y que podían llegar a ser fértiles. Para empezar, Laney llegó a la conclusión de que lo más eficaz para que una empresa como Vandaveer Investments perdiera el interés en la venta era lo siguiente:

—Hay que darles en el bolsillo. No dan la impresión de tener un gran corazón, así que no tiene sentido apelar a su humanidad. Aquí solo importa el dinero: mientras tengan beneficios, seguirán adelante. Pero, si tiramos por tierra esas expectativas…

Thom y Bree estuvieron de acuerdo. Pero ¿cómo? La pizarra donde habían ido apuntando las ideas estaba prácticamente vacía. Esto es lo que tenían:

•Apelar a la base de clientes.
•Oponerse a la participación de los Vandaveer.
•Pedir ayuda a negocios cercanos.

—No son más que palabras huecas —dijo Laney—. Puede servir en la teoría, pero tenemos que traducirlo en acciones concretas.

Thom volvió a la multitud de párrafos del contrato de ventas que tenía subrayados.

—El acuerdo no es vinculante hasta la firma. Si una de las partes se echa atrás, puede traerle consecuencias económicas, pero, por lo que sé, son mínimas.

Había comprado y vendido dos casas en su vida. Le parecía comparable.

—¿No hay alguna probabilidad de convencer a Irma para que se eche atrás?

Las hermanas se miraron.

—¿Te gusta apostar? —le preguntó Laney.

No le gustaba.

Thom sacó los apuntes que había tomado en la biblioteca por la mañana, recordaba que anotó unas cuantas estrategias para estimular las lluvias de ideas que se quedaban estancadas.

—Os propongo algo. —Les pidió que apartaran todo, salvo el contrato—. Vamos a dedicar diez minutos a releer el acuerdo como si fuera la primera vez. Cuando termine el tiempo, compararemos nuestras conclusiones.

Giró el botón del reloj de cocina y sonrió con orgullo: estaba siendo muy eficaz. Fue Bree quien encontró la cláusula y Laney supo ver las posibilidades:

Sin perjuicio de cualquier disposición en sentido contrario recogida en la Sección 3.04, ni el Comprador ni el Vendedor tomarán ninguna acción ni parecerán disponerse a tomar ninguna acción que pudiera resultar o que pueda esperarse que resulte de forma razonable en: (1) un perjuicio material sobre Over the Rainbow Bookshop, LLC, o (2) un perjuicio material sobre Vandaveer Investments,LLC.

Thom les pidió que una de las dos le explicara por qué les parecía tan interesante.

Para responder, Laney recitó de nuevo la cláusula: «… ni el Vendedor tomarán ninguna acción ni parecerán disponerse a tomar ninguna acción…».

—Ahí está, negro sobre blanco —continuó—. No nos hace falta demostrar que los Vandaveer se aprovecharon de una mujer vulnerable, de duelo por su socio. Solo tiene que parecer que lo hicieron.

—La imagen pública tiene un gran poder —añadió Bree.

Aunque tardó un momento en procesarlo, acabó atando cabos.

—¿Os referís a que tiene pinta de autocontratación? —Lo había comprendido—. No nos hace falta demostrar que los Vandaveer hicieron una tasación a la baja de la Rainbow a propósito y conociendo el estado emocional de Irma, solo tenemos que generar la sospecha pública suficiente como para poner en peligro el trato.

—Bingo —respondió Laney.

Bree le sonrió desde el otro lado de la mesa.

—A la gente no le gusta ver a ancianitas vapuleadas por matones.

Era justo el resquicio que estaban buscando. Y sin embargo…

—No me siento a gusto en los grises, ni en lo legal ni en ningún lado —dijo Thom.

Laney sonrió.

—Entonces estás de suerte porque allí es donde mejor me desenvuelvo yo.

Thom hizo oídos sordos.

—Lo que sí me gusta es contar con todas las amistades de Elliot y mías, puedo pedirles apoyo —siguió diciendo—. Somos activistas desde hace mucho tiempo. —Tenían demasiadas razones para serlo —. Podemos reunir una multitud en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Perfecto! —Laney se levantó y escribió «Thom: activistas» en la pizarra—. Mientras tanto, yo trastearé por los rincones más oscuros del mundo del cotilleo de Lyn-Lake y trataré de poner en circulación algún rumor. También entretendré a mamá. La distraeré para que podáis ocuparos de lo vuestro.

—¿Estás segura de que puedes pasar tanto tiempo con ella? —preguntó Bree—. Quizá debería ocuparme yo de Irma.

Laney no cedió.

—Lleva veinte años enfadada conmigo, ¿qué importa una semana más? Además, si de verdad quieres hacerte cargo de la Rainbow algún día, te vendrá bien ganar el apoyo de los dueños de otros negocios de la ciudad.

Thom estuvo de acuerdo.

—Quizá nos puedan decir algo que todavía no sabemos sobre los Vandaveer.

Bree puso mala cara.

—¿Y no puedo seguir vendiéndoles libros sin más? Yo diría que así les caigo bien.

—Lo siento, Breechito —respondió Laney—. Si quieres llegar al arcoíris, tienes que sobrevivir a la tormenta. —Luego dio un palmetazo sobre la mesa de Thom y se rio—. ¿Quién suena ahora a letrero motivacional?

Trece

14 días para el cierre…

A la mañana siguiente, Laney se vistió, bebió un buen trago de café e hizo todo lo posible por animarse antes de llegar a la Rainbow. No se enfrentaba a una tarea imposible, se dijo; lo único que tenía que hacer era distraer a su madre mientras Bree y Thom se ponían manos a la obra… Y quizá colarse en los grises haciendo correr un rumor. Cuando Tuck competía, consiguió que descalificaran a uno de sus mayores rivales de una carrera clave con solo mencionar por casualidad a otra de las chicas que, por lo que había oído, un piloto utilizaba aditivos ilegales en la gasolina; lo dejó caer en la cola del puesto de comida, justo delante del ayudante de un miembro destacado del comité de normas.

Tuck ganó esa carrera, por cierto.

Su madre había madrugado y cuando Laney llegó a la librería la encontró tras el mostrador tarareando «*Surrey with a fringe on top*» mientras cambiaba el rollo de papel de la caja.

—Buenos días —dijo Laney.

—Y muy bonitos, además —respondió Irma, alegre como una alondra.

Laney se deslizó hacia la trastienda justo cuando tintineaba la campanilla de la puerta amarilla.

—Le pedí a la chica que me recomendara algo interesante para que mi nieto viera que hay todo un mundo fuera de la pantalla del ordenador —oyó decir un momento después a una mujer.

Laney supo que la chica en cuestión era ella y, cuando se asomó por la puerta del almacén, vio a la clienta insatisfecha sosteniendo

el ejemplar de *Territorio Lovecraft*, de Matt Ruff, que le había vendido la víspera. Elliot le envió la novela por correo, con una nota que decía: «Esto te volará la cabeza. Leyéndolo no sabía qué era más terrorífico, si los monstruos imaginados o los reales. Te recomiendo que lo leas con una copa». Oyendo ahora a la angustiada mujer, pensó que el día anterior habría hecho mejor quedándose en la trastienda.

—¿Sabía que juegan juntos a videojuegos desde casa? Son completos desconocidos, y a kilómetros de distancia…

—¿Su nieto juega con la chica?

Irma parecía confusa.

—Oh, seguro.

—¿Con nuestra chica?

—¿Qué chica?

—Ha dicho que una chica le vendió este libro.

—Pero ¿me está escuchando? Como le he dicho, buscaba un libro adecuado para un muchacho de quince años y me vendió uno de criaturas que aparecen de la nada para devorar a la gente.

—Perdón, pero no lo siento —susurró Laney, y volvió a escabullirse entre las sombras.

En cuanto oyó el pitido, el traqueteo y el cierre de la caja registradora, salió a hablar con su madre.

—Apuesto a que en Florida no vas a echar de menos a los clientes enfadados, ¿verdad?

—Bueno, no ha sido para tanto. Solo es una anciana como yo, frustrada porque ya no entiende el mundo o porque el mundo la ha dejado fuera.

Laney esperaba tener la suerte de estamparse con un camión antes de llegar a vieja. Pero estaban hablando de Irma.

—Tú no estás fuera de onda, mamá. Te sobra curiosidad, así que siempre estarás a la última.

Adular. Elogiar. Cruzar los dedos.

—Oh, eso dices ahora, pero te sorprenderá lo rápido que se te escapa la vida.

Le dio una palmadita a Laney en la mejilla y fue hacia unas pilas de libros.

—¿No te aburrirás cuando ya no tengas la tienda? Piénsalo, tendrás que empezar a pagar por libros.

Laney no iba a ceder terreno, estaba decidida a no dejar escapar esa oportunidad para tener una conversación de verdad.

—Para eso están las bibliotecas, cariño. —Cogió un carrito y empezó a dejar los libros de bolsillo en el extremo de la estantería N-Q—. Además, imagino que mis amigos me pasarán ejemplares de vez en cuando. No se olvidarán de esta anciana librera a la primera de cambio.

Era la segunda vez en otros tantos minutos que su madre se refería a sí misma como «anciana». Llamar anciana a Irma estaba bien para bromear con Bree, pero no era lo mismo oírlo de su boca. Porque no lo era, solo había tenido un par de años terribles, nada más.

—Siento no haber venido al funeral de Elliot. —No estaban hablando de eso, pero sintió la necesidad de decirlo—. Ni al de Nestor. Debería haberte acompañado.

—Bueno, ahora estás aquí, ¿no?

—Sí, pero es diferente. En el funeral te habría dado cariño. En este viaje, solo me ocupo de enfadar a tus clientes y de regañarte por dejar a Bree sin trabajo.

Ups. Con ese último comentario voló demasiado cerca del sol. Que empiece el festival de curiosidades sobre el mundo de los mejillones.

Su madre colocó el último libro en la estantería y la miró.

—Ya te lo he dicho, Laney: no voy a hablar de la venta.

—Pero Bree…

—Déjalo. Lo que no sepas no necesitas saberlo.

La campanilla de la puerta amarilla tintineó, y la oportunidad se esfumó sin más.

Bree no tenía ni idea de cómo hacer su parte de la misión. Por lo que había entendido, tenía que hablar con los dueños de otros comercios del barrio y conseguir que se indignaran por la compra de la Rainbow por parte de Vandaveer Investments… Y hacerlo sin que se notara. Vender libros era mucho más sencillo.

Su primera parada fue en Alstrop's Ace *Hardware*, la ferretería de al lado. El suyo y el de la Rainbow eran los dos únicos edificios de la manzana y compartían un pequeño aparcamiento para clientes

en la parte de atrás. Era probable que el aparcamiento doblara el valor de los inmuebles.

—Buenos días, Al.

Al Alstrop jr. heredó el negocio familiar de su padre, Al Alstrop sr., y, cada vez que lo veía, Bree tenía la sensación de haber atravesado por accidente un pliegue en el espacio-tiempo. Padre e hijo eran idénticos, hasta por la cinta métrica sujeta a la cinturilla del vaquero.

—Buenos días, Bree. ¿Cómo van las cosas en la Rainbow? ¿Todo despejado y soleado?

Padre e hijo también compartían el amor por las bromas meteorológicas.

—Bueno, ya sabes. Siempre intentando burlar al Imperio.

—Te entiendo. El otro día vino un chico con un juego de carraca que compró por Internet. Quería montar con él una bicicleta que también compró por Internet y no entendía por qué no apretaba los tornillos.

Le dio tiempo para que resolviera ella el misterio.

—¿No había cambiado la dirección de la carraca?

Al sonrió.

—Sabes de herramientas.

No le quedaba otra. Sus ingresos, que apenas superaban el mínimo para la subsistencia, nunca le permitieron el lujo de contratar los servicios de reparación y mantenimiento que requería una casa, así que había aprendido (con mucha ayuda de YouTube y del propio Al) a arreglar goteras, limpiar canalones e instalar grifos y apliques de luz ella misma. Incluso retocó un cuarto de baño decorado por un fanático del verde turquesa en la época de la llegada a la Luna.

De pronto se dio cuenta de que podía perder su casa por ese lío y fue como si le hubieran dado una pedrada en la frente; al notar el dolor, se acarició entre las cejas.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí?

Al metió la mano en el bolsillo y le ofreció un caramelo de mantequilla Werther's. Su padre siempre llevaba el bolsillo lleno de gomas de mascar Chiclets.

—Solo venía a echar un ojo. Tengo la mañana libre, así que…

¿Por qué lo había dejado todo a la improvisación?

Cogió el primer chisme que vio del expositor que había junto a la caja. Era como una versión en miniatura del garfio de un pirata… Si el pirata lo llevara en el dedo y si los garfios llevaran una punta de goma.

—No te lleves eso. —Al frunció el ceño—. Es material barato fabricado en China. No malgastes dinero.

Vale. De todos modos, no sabía para qué servía.

—Una pregunta, Al… —Tomó aire y se zambulló en la piscina —. ¿Te has enterado de que los Vandaveer están intentando comprar más edificios del barrio? Creo que he oído algo, tengo curiosidad.

¿Demasiado sutil? A Laney se le daban mucho mejor esas cosas.

Tardó en contestar, como si quisiera medir bien las palabras.

—Sí, pasan por aquí cada seis meses más o menos para hacerme ofertas por el inmueble. Son ridículamente bajas, no se les puede tomar en serio. Siempre les digo que esto no está en venta, pero siguen viniendo igual.

«Ridículamente bajas»: no se equivocaba con el trato de Irma.

—Sobre eso que estabas mirando… —Al cambió de tema—. Te enseñaré otra opción.

Le hizo un gesto para que lo siguiera, la condujo por un pasillo atestado de todo tipo de artículos —desde limpiacristales hasta relojes de cocina— y sacó de la estantería una versión ligeramente mayor y visiblemente más sólida de la marioneta de dedo del Capitán Garfio.

—Aquí tienes: más caro, pero no se te doblará en el bolsillo.

La sonrisa de su cara era tan sincera que Bree no tuvo valor de rechazarlo. Se lo llevó.

—¿Necesitas algo más?

—Hum, no. Solo esto, gracias.

Volvieron a la caja.

—Sigo pensando en los Vandaveer —dijo por fin—, es difícil saber si se puede confiar en ellos. Con el Nygaard's lo hicieron bastante bien, pero lo de la Stone fue un desastre…

El hombre silbó entre dientes. Se oyó el chasquido de las teclas de la caja y luego un zumbido, mientras él metía el cacharrillo raro de Bree en una bolsa de papel marrón del tamaño de una postal.

—Son catorce dólares con treinta y siete centavos. ¿En efectivo o

con tarjeta?

Casi quince dólares y ni siquiera sabía cómo se llamaba aquello.

Uptown *Vintage* aún no estaba abierto, ningún cliente iba a comprar vestidos de graduación de mediados de siglo ni botas de gogó a las diez y media de la mañana. Y Judith, de la inmobiliaria Scout & Morgan, tenía la oficina llena cuando llegó Bree; se saludaron por la ventana.

De ahí fue a la destilería *Lady* of the Lake, una afortunada coincidencia, porque estaba sedienta y cansada, y no llevaba el calzado adecuado para un día pateando asfalto. Había abierto sus puertas justo enfrente de la librería hacía poco más de un año. Los dueños Daisy y Lou eran bastante amables, pero su llegada al barrio fulminó el negocio de cerveza y vino de la Rainbow. Los clientes que antes se reunían en la librería para tomar una copa y echar un vistazo ahora cruzaban de acera.

—Bimba bamba bum, bimba bamba bim, ¡es Bree! —Daisy la había visto acercarse por la acera y abrió la puerta para hacerla pasar—. ¿Qué tal, princesa?

No conocía a Bree lo bastante como para haberle puesto un apodo, pero Daisy tampoco parecía el tipo de mujer que se preocupara por las formalidades.

—Tirando.

Bree se quitó el bolso y siguió a la dueña hacia la barra.

—Ven a sentarte conmigo. Vamos a tomar una copa y charlamos un rato, para ponernos al día de lo que ha pasado al otro lado de la calle. —Daisy cogió un taburete de donde debía de estar sentada antes, a juzgar por la pila de papeles que esperaban su regreso—. ¿Qué te apetece?

Bree miró el reloj: las once y cuarto.

—Si bebo alcohol tan temprano, seré un despojo el resto del día.

—Y por eso precisamente viene por aquí casi todo el mundo: para no beber. —Daisy le dio un golpecito pícaro con el codo y volvió detrás de la barra—. ¿Qué tal una *rhuby gin*?

Bree se incorporó para hacerla cambiar de idea, pero Daisy sonrió.

—Es *gingerale* con un toque de jarabe de ruibarbo casero. Te encantará.

Momentos después dejó un vaso alto con hielo y burbujitas rosas

delante de Bree.

—Bueno, dime, ¿qué te tiene vagando por la manzana en lugar de vendiendolibros esta mañana?

—No estoy vagando… Tengo la mañana libre, sin más.

—Ajá.

Daisy le acercó la copa de *rhuby gin* a Bree y esperó a que diera un sorbo.

—Caramba, qué rico.

—¡Así está mejor! Muy bien, vamos a rebobinar un poco. Para empezar: ¿quién es la chica nueva?

Bree bebió un poco más y pasó a explicar.

—Es Laney, la hija de Irma. Ha venido de visita, vive en California.

—Creía que tú eras hija de Irma.

—Lo soy.

—Entonces, es tu hermana.

—Sí, pero… —Bree echó los hombros hacia atrás e intentó estirar el cuello, lo tenía tenso; hacía casi treinta años y aún le costaba contar lo de su familia—. Irma me adoptó cuando tenía diez años. Hasta entonces, no era más que una amiga de Laney que la seguía a la librería todos los días al salir de clase. Mi situación en casa era bastante mala.

Eso era quedarse corta.

—Adoptada o no, seguís siendo hermanas.

Daisy arqueó una ceja.

—Sí, es cierto. Yo solo… En fin, algunos días la relación con mi madre se me hace más complicada que otros.

Meneó la cabeza como hace alguien que quiere dar a entender que no hay mucho más que decir. Daisy le devolvió el gesto, lo que significaba que, o bien la creía, o bien dominaba el lenguaje no verbal de las conversaciones incómodas. A Bree no le importó demasiado que fuera por una u otra cosa.

Además, la charla se vio interrumpida por la aparición de una versión en carne y hueso de Paul Bunyan, si el leñador tuviera cuarenta y tantos y el pelo canoso.

—¿Conoces a Witt? —Daisy lo señaló con el pulgar—. Ven a saludar, Wittaker. Esta es Bree, el torbellino de la librería de enfrente.

Bree aceptó la mano que le tendió él y le llamó la atención lo suave que era, apesar de tener el tamaño de una minizarpa de oso.

—Witt Blake —le dijo—. Bienvenida al *Lady* of the Lake.

—Witt es nuestro genio de la destilería. Entre otras cosas, es el cerebro que ha creado este jarabe de ruibarbo que lleva tu *rhuby gin*. Pruébalo.

Bree dio un sorbito mínimo.

—Sabe un poco a SweeTart. —Au, ¿sonaba a insulto?—. Lo digo en el buen sentido…

—Que lo disfrutes.

Witt le guiñó un ojo. Bree se atragantó y empezó a toser.

—¡Eh, tranquila! —Daisy se rio y le dio un golpecito en la espalda—. No muerde.

—Sí, lo sé.

De haber tenido un tenedor cerca, Bree podría habérselo clavado en la pierna y no resultar tan ridícula como ahora mismo. Se dio permiso para mirarlo a los ojos y lo hizo el tiempo suficiente para ver que eran azules y moteados de diminutos cristales blancos del color del hielo.

Aquello era un desastre.

—Bueno —dijo él—, solo venía a por una caja de *bourbon*. ¿Nos vemos pronto?

Eso último iba dirigido a Bree.

—Claro, por supuesto. Puede ser, sí.

Daisy se inclinó para susurrarle al oído:

—Coquetear es bueno para la presión sanguínea, cariño. —Empezó a juntar los papeles en un montón, iba a despejar el mostrador para los clientes de mediodía—. ¿Necesitas algo más? No te preocupes por el *rhuby gin*, corre de mi cuenta.

Bree dijo que no con la cabeza, no tenía claro si estaba muerta de vergüenza o adulada.

—Gracias.

Daisy estaba a punto de irse cuando Bree se acordó.

—Ah, oye. Quería hacerte una pregunta, ¿has oído algo sobre Vandaveer Investments? Me han llegado rumores y se me ocurrió preguntarte.

—Menuda pareja… —Sacudió la cabeza disgustada—. Nos hicieron una oferta por el inmueble cuando no llevábamos ni un

mes abiertos. Lou los echó a la calle de un buen puntapié, ¡y llevaba botas! ¿Qué te han dicho?

—Oh, nada… —Se recordó que, si lo que decía tenía posibilidad de ser cierto, no era mentir. Y Daisy tenía algo que le daba seguridad para seguir adentrándose en ese limbo—. Tienen intención de tirar abajo la Rainbow y construir un bloque de apartamentos.

Thom se reservó la tarde para dedicarse a las tareas que tenía encomendadas, pero por la mañana debía asistir a una reunión.

—¿A quién habéis perdido? —preguntó Laikin, el terapeuta del grupo de apoyo—. No me refiero a los seres queridos cuya muerte estáis llorando. Me refiero a alguien que alguna vez fuera importante en vuestra vida. Podría ser un antiguo vecino o un amigo, un familiar quizá… Incluso un amante.

Thom vio asentir a unas cuantas personas. Un par apuntaron nombres.

—La pérdida puede ser circunstancial, como un vecino que se mudara por trabajo. Pero, si ocupa el primer lugar de vuestra lista, lo más probable es que la separación os haya apenado mucho o incluso dolido. Discutisteis con alguien a quien queríais, un amigo dejó de devolveros las llamadas sin ninguna explicación o hubo un simple malentendido que nunca llegasteis a aclarar con una persona importante en vuestra vida.

»El objetivo de esta semana es que os preguntéis a quién habéis perdido. Seamos conscientes o no de ello, muchas veces queda un poso de culpa de esas relaciones perdidas, y ¿qué hace sentir la culpa?

Thom dio la respuesta con el resto del grupo:

—Presión.

—Correcto —dijo Laikin—. ¿Y cuál es uno de nuestros grandes enemigos cuando estamos en una situación difícil?

—La presión —respondió el grupo.

Laikin se acercó a Thom al terminar, mientras todos salían.

—Me alegro de volver a verte, Thom. ¿Vienes a por todas? ¿Intentarás abrirte y conectar?

A Laikin le encantaba que todo el grupo intentara «abrirse y

conectar» lo más posible. Lo que no sabía, y Thom no tenía intención de decírselo, era que estaba a punto de volver a casa y empezar a hacer algunas llamadas telefónicas que podían ser decisivas, empezando por sus amigos más cercanos: Brian y Michael.

Todos los años, Brian y Michael organizaban una cena para celebrar el cumpleaños de Elliot. Michael preparaba *boeuf bourguignon* y *spaetzle* casero. Brian se encargaba de los cócteles y de la música. Su amigo Timothy traía tarta del Buttercream. Al terminar de cenar, Elliot tocaba el piano y se reunían todos alrededor de unas partituras a punto de romperse ya de tanto usarlas, canturreando melodías de Broadway borrachos como una cuba.

Este año no habrían podido hacer como si no hubiera cambiado todo, así que pasó el cumpleaños de Elliot en casa a oscuras, con las persianas bajadas.

Ahora se disponía a reaparecer…

—Tengo que irme, debo hacer algunas cosas —respondió.

Laikin lo miró fijamente con una sonrisa generosa, una desconcertante mezcla de amistad y de alerta.

—Tu asistencia aquí ha sido sobresaliente, pero nunca has traído a un amigo, un compañero o algún familiar.

Extendió un puño para que Thom chocara el suyo: su forma favorita de establecer una conexión física con las personas del grupo. Thom hizo lo que esperaba y Laikin mantuvo el gesto, nudillo con nudillo.

—La pérdida es horrible en sí, no quiero que además tengas que pasarla solo.

Thom le prometió que pensaría en su consejo.

Pausa publicitaria

Hola, amantes de los libros:

Os prometí que volvería, y ¡aquí estoy! Quizá os guste saber que, a este respecto, Judy acaba de recordarme que todo gran artista sabe elegir el momento adecuado para volver a escena. Ella tardó cuatro años después de que la MGM la echara del rodaje de *Bodas reales* y rompiera el contrato que tenían desde 1935. Sin embargo, cuando regresó, lo hizo a lo grande: con una nominación al Óscar por una modesta película de 1954 titulada *Ha nacido una estrella*. Aun así, a pesar del éxito, no volvió a tener un papel hasta 1961. Para los que estáis en casa: Judy tardó cuatro años en regresar por primera vez y siete la segunda. ¡Una auténtica estrella siempre vuelve cuando es el momento!

Me da las gracias y os envía un saludo.

En fin… Quien os preocupa a vosotros es Thom. Os oigo, ya lo sé. No queréis más que darle un abrazo de oso y decirle que todo acabará bien y que me porté fatal al no contar con él en mi testamento. Ay, amigos, cómo me gustaría daros la razón. Pero no puedo. Para empezar, no tenéis tanta como pensáis. Y, en segundo lugar, si os contara ahora todos los detalles jugosos echaría a perder la historia. No queráis bajar del autobús en Omaha y decir que estáis en Disney World. Aún no habéis llegado, tened paciencia.

Con todo, os daré algunas perlas para que sigáis leyendo.

Vayamos con Irma: ¿la quería? Sí. No sé qué tengo que decir para demostrarlo. Pero veréis, nos obsesionamos con la idea del amor romántico entre hombres y mujeres, y eso es engañarnos a nosotros mismos. Nuestra alma es capaz de amar de formas infinitas y, si no lo sabéis, si no lo habéis vivido en carne propia, id a preparar una taza de té y sentaos porque tenéis mucho que

aprender.

En cuanto a mí: vivía para hacer feliz a los demás. Era limonada en un día caluroso, galletas de chocolate con un tazón de leche. Pero sabía que lo que tenía delante era amor verdadero cuando no deseaba otra cosa que hacer sonreír al objeto de ese afecto. E Irma era mi chica favorita. Después de todo, recordad que era un gay nacido en los Estados Unidos de los años cincuenta. Mi destino manifiesto y providencial de pan Wonder Bread y electrodomésticos Whirlpool era conocer a una joven bonita con el cuerpo de reloj de arena y terminar en la iglesia con ella del brazo. Debía conducir un coche americano con alerones cromados y sacarme un título en alguna profesión que diera calificativos: Elliot Gregory, graduado, licenciado, doctor.

Sin embargo, me enseñaron a pensar que era un desviado, un pervertido, un uranista (esta última referencia es la lección de historia de hoy, pasadlo bien). Mi ADN no era del tipo «¡A mí me gusta Eisenhower!», así que formalmente no era más *americanas* que la rana *hyla cinérea* («croa, croa», decía).

Sin embargo, podía amar a Irma, y de hecho lo hacía. ¿Que cómo lo sé? Porque cuando estaba con ella, me sentía «bien», todo estaba en su sitio. Me moría por su risa, sus ideas y su forma de estar en el mundo. Podía mostrarme vulnerable sin miedo al rechazo. Podía ser Elliot y hacerlo sin odiar hasta el último rincón de mí, porque ella me quería. Sí, era mi contrapunto. Lo sé, no se puede resumir todo lo que éramos el uno para el otro con una sola palabra sacada de los apuntes de Introducción a la Literatura. Cuando estaba con Irma, iluminaba como el sol todo lo que llevaba mucho tiempo guardando en la oscuridad. Y, cuanta más luz proyectaba, más la anhelaba y la necesitaba a ella.

Tenéis que entender que, cuando estaba solo, mi alma se volvía negra. Y en ese lugar no se puede vivir.

—¿Crees en la magia? —me preguntó un día.

—No —le respondí.

¿Cómo iba a creer en la magia un niño que pasaba las noches rezando y pidiendo deseos a las estrellas para despertar «curado» a la mañana siguiente?

—Aunque creo en los buenos trucos.

—Humm. —Me estudió de esa manera suya, con la cabeza

ladeada a lo *golden retrievery* unos preciosos ojos de color ámbar—. Es una pena, porque se te da bien leer a las personas. Diría que «les ves el alma», pero suena un poco…, ya sabes.

Dio vueltas al dedo, como si no estuviera en sus cabales.

Cuando tuvimos esa conversación, estábamos en la Rainbow y sería a mediados o finales de los ochenta, porque acababa de terminar de correr por toda la tienda con mis zapatillas Reebok acolchadas para atender a una abuela angustiada que no sabía qué regalarle a su nieta por la graduación.

—Se va a la universidad y creo que ni siquiera ha leído a Chaucer.

—¿A qué universidad va? —le pregunté.

—A la de Washington. Aunque me da la sensación de que ha pasado más tiempo pensando en cómo decorar el dormitorio que leyendo el programa académico.

Lo admito: si la madre de la chica era tan criticona como la abuela, no podía reprocharle que huyera a Seattle. Creo que yo me habría ido a la de Hawái. Pero la preocupación de la abuela me dio una idea.

—Tenemos una bonita colección de clásicos encuadernados en cuero: Brontë, Austen, Woolf, Morrison… Le prometo que le encantarán a su nieta.

—Nada de Sylvia Plath —me advirtió.

—Jamás osaría.

Cien dólares más tarde, la abuela Chaucer salía por la puerta de la librería con diez quilos de literatura bajo el brazo.

—Sabes que su nieta no leerá esos libros, ¿verdad?

Irma sonrió y bebí su luz solar como si yo fuera una flor.

—Claro que no, pero quedarán fantásticos en su estantería, con ese brillo dorado que realzará su cociente intelectual. Eso le encantará.

Y fue entonces cuando Irma me preguntó si creía en la magia. En ese momento no creía. Ahora sí.

Sin embargo, el problema de tomar el sol es que, con el tiempo, nos quemamos. Por esa misma razón nunca pude comer magdalenas: el primer bocado siempre sabía bien, pero el segundo me disparaba a alturas azucaradas y luego me estrellaba en un lodazal agrio y aletargador con la misma rapidez. Irma era mi

subidón de azúcar. La amaba y me alimentaba. Pero no podía nutrirme solo de ella porque no me alimentaba por completo. No seamos mojigatos: estoy hablando de sexo. El sexo es importante. Y el buen sexo, más todavía.

Aquí es donde entra en escena Thom. Por supuesto que no solo lo quise por el sexo. Era mi compañero, mi amante y mi cuidador. La única vez que sentí lo mismo que cuando conocí a Irma fue el día que entró él en la Rainbow. Aunque con Thom había algo más. Tengo que recordaros que, si quise arrancarle la ropa a Irma, solo fue porque iba vestida de poliéster naranja. En cambio, Thom era sexi. Me acerqué a él y, cuando lo hice, solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. No fue el sexo; había tenido mucho. Nuestra conexión se extendía a todo. Física + Intelectual + Espiritual + Emocional + Vulnerable + + +. Era mi otra mitad, y yo, la suya.

Sé que empiezo a sonar a tarjeta de cumpleaños, pero como dije antes, las palabras no alcanzan para recoger el alma. Lo que quiero decir es que encajamos, sin más. No le pedí a Thom que se viniera a vivir conmigo: vino a mi apartamento una noche y ya no se fue. Sin darnos cuenta, estábamos firmando los papeles de la hipoteca, un paso que no nos resultó más dramático ni nos provocó más ansiedad que cepillarnos los dientes antes dormir. Si queríamos vivir, teníamos que estar juntos.

Y luego morí. Nos tuvimos casi veinte años, pero mi muerte fue una traición. Ojalá hubiera podido hacerlo feliz viviendo para siempre (aunque no es mi propio deseo para mí: creedme, el más allá es el no va más… Y ya basta de obsesionaros con la fuente de la eterna juventud, queridos. Vivid y ya está, ¡y hacedlo ya!).

Ahora viene la segunda de las perlas: a Thom le queda vida por delante y es mejor que viva este nuevo capítulo sin mí. Sé que suena sensiblero, pero es cierto. Ya no lo quería como se merece. No sé cuándo empezó; estas cosas siempre nos pillan desprevenidos. Creo que Thom me amaba con tanta plenitud que reavivo las brasas del odio hacia mí mismo que daba por extinguidas. No me bastan las palabras, por supuesto, pero hagamos una cosa: pensad en algún momento de vuestra vida en el que os sintierais fabulosos de la cabeza a los pies. Teníais el peinado perfecto, el maquillaje realzaba vuestros rasgos más favorecedores y nunca os habíais puesto un

vestido igual. Brillabais por los cuatro costados.

Ahora id a buscar una foto de ese día. Puede que fuera una boda, un viaje a París o el primer puente con la persona que amabais. En mi caso, pienso en la inauguración de la Rainbow. El *Minneopolis/St. Paul Standard* envió a un fotógrafo y yo me aseguré de llevar mis mejores galas ochenteras: vaqueros ajustados, camiseta ceñida y el bigote perfectamente recortado. El artículo sigue colgado en «el rincón de las vanidades» de la librería. Muchas veces traté de esconderlo, pero Irma siempre me regañaba por mi coquetería. La verdad es que detestaba esa foto porque lo único que veía al mirarla era una ropa ridícula y todo el dolor que iba a causar ese imbécil en los años siguientes.

Era demasiado humano. El Elliot por el que me tenía no era fabuloso en lo más mínimo.

Eso es lo que me pasó con Thom: su amor se convirtió en un veneno. Por muy cierto que fuera en el momento, al irse acumulando, no sirvió más que para recordarme que no era digno de amor. Cuanto mejores eran las noches juntos, más perverso era el hombre que me miraba desde el espejo a la mañana siguiente. Cuanto más tierno era con mis vulnerabilidades, más tenía yo que herirme para que no se cerrara la herida. No me crie con amor. Mi madre era tan fría que llevaba abrigo de cachemira en Miami Beach (sé que suena a frase de un mal número de sala barata, pero es verdad: el abrigo era del color del caramelo caliente y tan suave como mi coraza). Con una mujer así como pilar materno, tener un amor tan rico, vivo y sencillo como el que sentía con Thom solo podía estar equivocado.

Qué fastidio. A veces no me gusta recordar.

Judy acaba de ofrecerme otro zumo de pomelo con vodka. También me dice que haga un descanso o, como ella dice: «Te estás viniendo abajo, querido». Y tiene razón, como siempre.

Volveré, de todas formas. Podéis apostar lo que queráis.

Once

13 días para el cierre…

Thom nunca había participado mucho de la vida colectiva de la ciudad, pero eso no significaba que no supiera a qué grupos gais de la ciudad tenía que dirigirse para llevar a cabo su misión.

Brian estuvo de acuerdo.

—Si tuviera que hacer una lista de los grupos de Minneapolis más dispuestos a defender una causa, estaría encabezada por la Liga Gay de Kickball. Michael no pudo aguantar ni una temporada, estaba agotado de tanto activismo.

Thom escribió «Kickball» en una nota adhesiva amarilla y la pegó en la columna nivel 1 de la pizarra.

—Después de ellos, te diría el club de ajedrez —continuó Brian —. Ya sé que parece raro.

Thom preguntó si se refería al Club Gay de Ajedrez de las Ciudades Gemelas o a la Liga Gay de Ajedrez de Greater Minneapolis.

—La Liga. El primero no es más que una excusa para salir de los barrios residenciales una tarde a la semana. Entre los niños y los consejos escolares, están todos demasiado ocupados como para pensar en nada.

Thom escribió otra nota.

—Por cierto, ¿para qué es esto?

—Vandaveer Investments está intentando forzar la venta de la librería de Elliot para construir unos bloques de apartamentos.

—¡NO!

¿Forzar la venta…? Tal vez exageraba un poco.

—Esta noche voy al club de *running* —dijo Brian—. ¿Quieres que corra la voz?

Thom sonrió, orgulloso de lo rápido que estaba funcionado.

—Cuanto antes nos organicemos, mejor.

Brian no podía estar más de acuerdo.

—Por cierto —dijo Thom—, ¿te puedo pedir otro favor? Necesito un mensajero de nuevo.

—Tienes que ponerte al día con la tecnología, en serio. Esto ya es absurdo.

Colgaron. Thom sacó la agenda y buscó el número de su amigo Timothy. No estaba en la liga de *kickball*, pero los martes jugaba a juegos de mesa con gente que sí lo estaba: dos grupos con una sola llamada.

—Gotita a gotita —dijo mientras marcaba.

Laney estaba en la librería ayudando a una joven a elegir un regalo de cumpleaños de última hora para su madre.

—No tengo claro qué le gusta leer, pero le apasiona todo lo que tiene que ver con asesinatos.

Hacía unos momentos habían estado en la sección de Jardinería, hasta que se dio cuenta de que no sabía si su madre aún tenía jardín.

—¡Ya lo sé! —La joven chasqueó los dedos—. ¿Qué tal algún libro del estilo de *Cincuenta sombras de Grey*? —Acompáñame.

Laney no se lo esperaba, pero, al parecer, muchas hijas le compraban novelas picantes a su madre. En cambio, Bree y ella le regalaban geranios.

Llevaba igual casi todo el día, pero cada vez que los clientes le daban una tregua, Laney hacía lo posible por aprovecharla.

—¿MAMÁ? —gritaba, sabiendo cómo sacaba eso de quicio a su madre—. ¡EEEHHH! ¿HOLAAA? ¡IRMA!

Irma apareció por la puerta del almacén con una camiseta rosa neón de la Rainbow que, a juzgar por el estampado verde igual de neón, tenía que ser una reliquia de los tiempos en los que Madonna marcaba tendencia.

—¿Qué quieres, hija?

A Laney se le salieron los ojos de las órbitas. Señaló la camiseta.

—¿Dónde…? Pero ¿qué…?

—Estoy vaciando cajas. Este diseño me encantaba y los ochenta han vuelto, ya sabes.

—Esa parte no. —Entornó los ojos tratando de buscar un ángulo desde el que el homenaje a Wham! de su madre fuera soportable—. En fin, solo quiero hacerte una pregunta rápida.

—Dime.

—¿Al, el de aquí al lado, sabe que vas a dejar a Bree tirada en la cuneta y a vender la tienda por cinco dólares y un cubo de gambas?

—No pruebo las gambas, me dan gases.

Cuando su madre volvió a desaparecer en las entrañas del almacén, Laney se acercó al escaparate y miró hacia la calle. Había movimiento más que suficiente para mantener viva una librería como la Rainbow. Por ejemplo, en la esquina una pareja discutía sobre qué dirección tomar. Llevaban el teléfono en la mano, y uno señalaba hacia la izquierda y el otro, hacia la derecha. De haber querido, podría salir y ofrecerles todo tipo de libros: desde estrategias de comunicación o consejos para parejas hasta *geocaching*. En lugar de eso, gritó:

—¿MAMÁ? ¿TIENES HAMBRE?

Veinte minutos después volvía del Saigon To-Go con una bolsa de rollitos de primavera (no, no iba colocada, pero estaban riquísimos) y se plantó en la mesa de la trastienda, frente a su madre.

—Voy a quedarme aquí sentada hasta que me hables.

—Estupendo. No se me ocurre nada mejor que pasar tiempo con mi hija perdida.

—No estoy muy perdida, tienes mi dirección.

Irma se limitó a decir «ajá» y tiró a la papelera una carpeta llena de papeles amarillentos (viejas facturas, recibos o cartas).

—Sé que te gustaría que me hubiera quedado en casa para trabajar aquí como Bree.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. No superaste que me fugara con Tuck, sé que no te gusta y que por eso casi no vienes de visita.

Su madre puso un puño en la cadera y dio la vuelta.

—Ya veo que sabes muchas cosas de pronto.

—O quizá las sé desde hace mucho tiempo y por fin las digo en

voz alta.

Dio un bocado al milito de primavera y le llegó una inesperada bocanada de cilantro: el sabor de la primavera irlandesa. O los cocineros del Saigon To-Go eran los que estaban fumando hierba o habían dejado solo en la cocina a un novato antes de tiempo. Lo escupió en la servilleta, pero el sabor era tan abrumador como un ambientador concentrado: le quitó tanto el apetito como el buen humor.

—Lo irónico es que estás rompiendo con todo y huyendo de Bree igual que hice yo contigo. ¿Has oído lo de «le dijo la sartén al cazo»?

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Me duele que tengas tan mal concepto de mí. —Su madre dio unos golpecitos sobre la mesa con otra carpeta amarillenta y llena de papeles—. No estoy rompiendo con nada ni huyendo. En la vida tomamos nuestras propias decisiones, Laney. Y asumimos las consecuencias, pase lo que pase.

—¿Crees que no lo sé?

Su madre guardó silencio un momento y se sentó.

—La verdad es que creo que lo sabes demasiado bien.

Laney deslizó los dedos por la servilleta, aunque acababa de limpiarse los restos de grasa.

—Te echo de menos, Laney. Es verdad, ojalá no te hubieras marchado como lo hiciste. También es cierto que me gustaría que no hubieras vivido tan lejos estos veinte años. Pero lo único que he querido es que seas feliz y que tengas la vida que quieres. Tu lugar no era esta librería y, te contaré un secreto: me alegro de que no lo fuera. Ahora más que nunca.

—¿Qué significa eso de «ahora más que nunca»?

Irma se limitó a negar con la cabeza.

—Da igual.

Esa misma tarde, Bree entró en la librería como una niña que tuviera que ir urgentemente al baño.

—¿ALGUNA NOVEDAD?

Laney gritaba porque había puesto a Neil Diamond en el equipo de música con el volumen a nivel «Distorsión».

—¿PORQUÉ ESTÁ TAN ALTA LA MÚSICA?

—QUIERO ECHARA MAMÁ. ME HA CASTIGADO Y NO ME HABLA.

Hacía unos veinte minutos que empezó a sonar *Sweet Caroline* en bucle. La táctica estaba inspirada en un monólogo del cómico John Mulaney. Explicaba que, de adolescente, entró en una cafetería y puso *Whot's new pussycat?* veintiuna veces en la gramola. Volvió loco a todo el restaurante.

—¡APAGA ESO! —gritó Bree, pero no esperó a Laney y se encargó ella misma—. Estás chalada.

Laney levantó un dedo.

—Eh, un respeto. Soy una agente del caos. Es muy diferente.

Bree hizo oídos sordos y se metió en el almacén; salió sonriente segundos después.

—Ya no está, ¿sabes?

—Sí que está. No me he separado de ella, como habíamos quedado.

—Habrá salido por la puerta de atrás.

—¡Joder! Estaba claro.

La campanilla de la puerta amarilla tintineó y entró el exhibicionista de la gabardina.

—¡Caramba! Hola de nuevo —dijo Laney—. ¿Esta vez va a hacerlo de verdad o es una tomadura de pelo?

Por su expresión, dejó claro que no sabía de qué hablaba. Le entregó una nota.

—No me puedo ir sin una respuesta.

Bree cogió el papelito doblado y lo leyó.

—Por cierto, me parece fascinante que lleve una gabardina Burberry para venir a hacer esto —dijo Laney mientras tanto—. Le da clase. No hay muchos exhibicionistas con tanto estilo.

Bree le pidió a Laney que la acompañara al mostrador y leyó la nota en voz alta:

Dado el tiempo que tenemos, me gustaría que nos reuniéramos lo antes posible para hablar de nuestros avances. Decidme qué hora os viene mejor.

Estas eran las opciones:

•1 18:00 h

•2 19:00 h

—¿Esto va en serio? —preguntó Bree.

—Marquen la hora que prefieran —dijo Don Gabardina.

—Si vamos a tener reuniones clandestinas —dijo Laney—, deberíamos buscar un nombre en clave, ¿no crees?

Bree sonrió.

—Desde luego.

—¿Qué tal Operación Barbacoa?

—Operación Rescate de Cachorritos.

—Sociedad Té con Pastas.

—Club de Lectura de Agatha Christie.

—Club de Lectura de los Amantes de los Libros.

—Club de Lectura de los que Odian los Libros.

Se miraron fijamente.

—¡Ese!

Bree escribió el nombre en el papel, marcó la casilla de las 19:00 h y apuntó un lugar para la reunión: la destilería *Lady* of the Lake.

—No deberíamos ir siempre a casa de Thom.

Don Gabardina cogió la nota y se marchó.

—¿Por qué va así vestido cuando estamos a casi treinta grados? —preguntó Laney.

—Tengo una pregunta mejor —respondió Bree—. ¿Cuándo va a aprender Thom a enviar SMS?

Al entrar en la *Lady* of the Lake, Bree tenía la sensación de adentrarse en la vida que nunca había vivido. Prefería estar en sitios donde estaba claro qué se esperaba de ella y qué debía hacer: en el colegio, tomaba apuntes meticulosamente y hablaba cuando le preguntaban; en la librería, respondía a las preguntas de los clientes; en casa, guardaba la ropa y fregaba los cacharros. Aquí una joven con *leggings* de cuero negro bebía sorbitos de un vaso de trago largo acompañada por tres hombres que solo reían cuando ella reía y solo bebían cuando ella bebía. Junto a la ventana, una pareja se frotaba la nariz con torpeza sobre una mesa ancha de madera y, a su lado, otra pareja se repelía físicamente, como si fueran imanes del mismo polo. Witt la miraba fijamente desde detrás de la barra y más musculoso que nunca.

Sin darse cuenta, dijo en voz alta que no podía respirar.

Laney asintió comprensiva.

—Te entiendo, no recordaba que la humedad de Minnesota encharca los pulmones como una sopa.

—No, creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad.

—O eso o has cogido uno de esos parásitos que te paralizan de buenas a primeras. —Laney miró hacia la barra, en la misma dirección que ella—. Ah, ahora lo veo. Parece que mi hermanita Bree tiene un episodio de flechazo fulminante.

—Eres lo peor.

—Pero tengo razón, ¿no? ¿Cuál de todos, el leñador musculado?

—El doble de Paul Bunyan.

—Es mono. Ve a decirle que hay que limpiar algo en el pasillo nueve.

Bree se volvió hacia ella, más perpleja que enfadada.

—Eso no ha cambiado, ¿verdad?

—¿Y eso es…?

—No lo sé… —Trazó un círculo con la palma de la mano delante de la cara de Laney—. Tu laneyismo, en general. Rápida como una bala en responder y siempre un poco hiriente.

Laney la miró con lástima.

—A ti te va la playa y yo soy más de montaña. Son las cartas que nos han tocado. —Le dio un empujoncito—. Anda, ve a hablar con el leñador antes de que llegue Thom.

Obedeció con la ayuda del puño de Laney en la espalda. Witt hizo un gesto con la cabeza al ver que se acercaban.

—Hola, Bree, bienvenida. —Le tendió la mano a Laney—. Soy Witt.

—Laney, la madre de Bree.

La creyó, aunque solo fuera por un milisegundo.

—Casi caigo. ¿Quién eres de verdad? ¿Su amiga?, ¿una compañera de trabajo?, ¿la prima?

«Hermana», dijeron las dos al unísono, como si Laney fuera Marsha Brady y Bree la menos agraciada Jan.

—¿Qué me recomiendas esta noche, Witt? —preguntó Laney.

—¿Te gusta el *bourbon*?

—Siempre que no me haga un agujero en las fosas nasales.

Se puso manos a la obra y al momento le sirvió un vaso de trago

largo con un solo cubito de hielo flotando en una piscina de color ámbar ligeramente rosado.

—Lo llamo *barbeó bourbon*. Básicamente, un *bourbon sour* con ruibarbo en lugar de sirope de azúcar.

Laney dio un sorbo, sonrió y se lo pasó a Bree, que no era muy aficionada al *bourbon*; sin embargo, cansada de ser la eterna Jan Brady cuando su hermana estaba cerca, dio un paso al frente con la decisión de quien sabe que enseguida tendrá que hacer gala de su buen perder.

—Madre mía. —Se llevó una mano a los labios—. Dios mío, está delicioso.

Lo estaba.

—Me alegra que te guste.

—Yo también quiero uno de estos.

El primer sorbo ya le corría a Bree por los dedos de los pies, poniéndolos bailar; debía tomárselo con calma porque, si no tenía cuidado, iba a empezar a contarle a Witt secretos de los que ni siquiera era consciente.

Witt empezó a preparar la copa y Laney se volvió para echar un vistazo entre la gente.

—¿Alguna señal de Thom?

La destilería estaba más concurrida de lo esperado. Y con más bullicio. Bree se preguntó si serían capaces de oírse o si tendrían mesa.

—Voy a salir para llamar a Tuck. —Laney se lo dijo al oído y, aunque no llegó a gritar, sifué demasiado alto—. Llevamos todo el día intentando hablar.

—¿Va todo bien?

Laney no respondió, pero señaló hacia el otro lado de la sala.

—Mira, Thom está en una mesa.

—Ya pensaba que no veníais.

A Thom no le gustaba ser tremendista, pero tampoco que lo hicieran esperar.

—Estábamos junto a la barra —dijo Bree—. Laney acaba de salir un momento para llamar a su marido.

Thom miró el cóctel, tenía buena pinta.

—¿Está bueno?

Le dijo que sí, y apareció Laney.

—Imposible hablar con él —le dijo a Bree—. Encantada de verte, Thom.

Para darle la bienvenida, en lugar de responder fue directo al grano.

—Entremos en materia. Acepto el nombre en clave que habéis propuesto: Club de Lectura de los que Odian los Libros. Es un guiño apropiado a Elliot y su legado.

Puso una marca junto al primer punto del bloc de notas y echó de menos tener un mazo. Le parecía oportuno ponerle un nombre a la misión. Levantó el vaso de agua a un centímetro de la mesa.

—¿Todos a favor?

—Sí, señor.

El golpe del vaso contra la madera lo hizo oficial: proyecto «Club de Lectura de los que Odian los Libros».

—Antes de seguir adelante —lo interrumpió Laney sin darle tiempo a presentar el siguiente punto del orden del día, «Exposición de resultados»—. Muy buena lista, por cierto. Gracias por venir tan preparado, pero lo primero, ¿cómo estás?

—Iba a proponer que presentáramos nuestros avances. ¿Quieres que empiece yo?

—Enseguida. —Ahora le sonreía como si confiara en que podía leerle la mente—. Eso es trabajo, antes quiero saber cómo te encuentras. Charlemos un poco antes de meternos en la cama.

Bree reprendió a su hermana a modo de disculpa.

—No le hagas caso. Lleva demasiado tiempo lejos de Minnesota, ha perdido los modales.

—No te preocupes, creo que Laney tiene razón.

Thom oyó la voz de su terapeuta Laikin en la cabeza: «Trata de conectar con otras personas todos los días».

—Me noto con fuerza, gracias por preguntar. Me ha sentado bien tener un proyecto, algo en lo que trabajar.

Laney se inclinó hacia él y apoyó la cara en la mano.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos Elliot y tú?

La pregunta lo dejó perplejo: no recordaba la última vez que se lo habían preguntado.

—En abril habríamos cumplido veinte años. —El n de abril.

Tuvo las luces apagadas todo el día y trató de meterse en el estómago un puñadito de galletas saladas—. Por eso fuimos a Machu Picchu en enero. Fue un viaje de aniversario anticipado.

Quizá no debería haber dicho eso último: cada vez que le hablaba a alguien no muy cercano de su último viaje juntos, tenía que oír suspiros por lo romántico del asunto y algo así como «al menos te quedan los recuerdos». Sin embargo, él preferiría estar muerto con tal de no tenerlos: seguían doliendo demasiado al tocarlos.

Por suerte, Laney se saltó la parte del pésame y las condolencias manidas.

—Elliot me enseñó a montar en bicicleta, ¿lo sabías? Fue en el aparcamiento de autobuses del MTC, cerca de la librería. Me pareció que lo había hecho muy bien, aunque también recuerdo que de vuelta a la Rainbow le pregunté qué eran esas manchas que tenía en los sobacos de la camiseta.

Thom reprimió una sonrisa. Se mirase como se mirase, la mayor fortaleza de Elliot era el corazón.

—Me gusta la anécdota, gracias por contármela.

Bree miró el reloj, estaba nerviosa, tenían que empezar de una vez.

—Thom, ya que te has tomado la molestia de preparar el orden del día, ¿por qué no arrancas tú?

Quizá con otra copa se soltaría un poco. ¿Witt la estaba mirando?

Thom sacó una hoja de papel.

—Diría que mis intentos de movilización contra… —se interrumpió y miró de reojo hacia las mesas cercanas—… contra nuestros amigos de Vándalas Intenciones han resultado de lo más fructíferos.

—Nada como radio patio —dijo Laney.

—No lo confirmo ni lo desmiento, pero puede que en los últimos días haya oído que se dice por ahí que Vándalas Intenciones no solo pretende construir un bloque de apartamentos, sino que además serían de lujo —siguió diciendo Thom—. Esta tarde me ha llamado el marido de una amiga que fue a la universidad con un jugador de la Liga Gay de Fútbol, y da la casualidad de que trabaja en el área de urbanismo de la ciudad. Tiene información que demuestra que

ya han solicitado permisos de obra.

—¿Quién la tiene? —preguntó Laney—. ¿El marido, el amigo o el futbolista?

A Bree le iba a estallar la cabeza.

—Acaba de decir que quieren demoler la Rainbow, y ¿tú quieres que te aclare quién está casado con quién?

Por suerte Laney pilló la indirecta y dio un trago. Thom sonrió.

—Lo importante es que esta información es excelente para sacudir el avispero del barrio.

—¡Brindemos por ello!

Mientras Laney y Thom lo celebraban, Bree se dio cuenta de que Daisy también estaba en la destilería. Se vieron y Daisy se acercó a saludar.

—Pero ¡si están aquí Breellantina y los Bumbum! —Daisy se asomó por encima del hombro de Laney para ver qué bebía—. Ahí ya no hay nada, ¿quieres otra?

—Depende. ¿Tenéis reservado el derecho de admisión por cantar versiones a cápela de ABBA con microtonos?

Daisy estalló en una carcajada dejando bien claro que aprobaba el comentario. Le dio una palmada a Laney en la espalda.

—Me gusta esta chica. —Se volvió hacia Bree—. ¿Quieres tú otra, *dancing queen*?

Bree decidió que, si tomaba una copa más, acabaría caída de bruces en el suelo del baño.

—Con esto está bien, gracias.

Se acercó a Thom y le tendió la mano.

—Soy Daisy.

—Thom Winslow. —Aceptó el apretón de manos como un colegial acepta una encorsetada felicitación del director—. Encantado.

—¿Y a usted, señor Winslow, qué le parecería un *whisky* madurado en barrica?

Laney respondió por él:

—Nunca ha estado tan entusiasmado.

En cuanto se marchó Daisy, Laney decidió que era su turno.

—Muy bien, me toca —dijo—. Mamá no ha soltado prenda. Me corta en cuanto disparo una pregunta y solo me responde que no necesito saber más de lo que sé.

—¿Estaría dispuesta a escuchar una segunda opinión sobre el precio de la oferta? —preguntó Thom.

Laney ya lo había intentado.

—Lo único que dirá es que ha tomado la decisión estando bien informada.

—Pero ¿la ha ayudado alguien? ¿Solo ha consultado la información de los Vandaveer? ¿Ha contratado a un abogado?

Thom empezaba a crisparse a ojos vistas, se estaba alterando.

Bree suspiró.

—Por su forma de actuar, podría haberlo consultado con el duendecillo que la visita todas las noches.

Se refería al duende de Over the Rainbow. Laney se había olvidado por completo de él. O ella… o elle. ¿Es que los duendes tienen género?

Las hermanas eran pequeñas cuando empezó el misterio. Recordaba que estaba en la mesita del rincón de los niños comiendo un sándwich de mantequilla de cacahuete y examinando la pequeña pepita de oro que apareció misteriosamente en su mesita de noche esa mañana.

—Tiene que ser de oro.

Bree saltó de la silla y volvió con un libro ilustrado sobre la fiebre del oro de California y «los mineros del 49», que en aquella época era de sus favoritos. Lo abrió por una página que mostraba una pepita reluciente en la batea de un minero.

—¿Lo ves? —le dijo.

Laney se metió la pepita en la boca y la mordió.

—¿Qué haces?

Bree la cogió por el brazo para que la escupiera, pero no le hizo falta: estaba tan amarga que solo aguantó un par de segundos.

—Hay que morderla para saber si es auténtica.

—¿Y bien?

—Sabe igual que cuando chupas un centavo.

Bree empezó a hojear el libro en busca de respuestas.

—Hola, niñas.

Su madre pasó por allí justo en ese momento. Al recordarlo, era evidente que fue ella quien dejó el oro de pega. Seguramente se fijaría en el interés de Bree por los buscadores de oro y decidiera darle un poco de vida a la historia. Sin embargo, para dos niñas de

seis años, era magia.

—Parece que al duende de la librería se le cayó algo anoche. Debía de tener mucha prisa.

—¡Aquí no hay ningún duende!

Laney lo sabía porque ya lo habría encontrado; no había dejado rincón de la tienda sin explorar.

Su madre no se inmutó.

—Bueno, yo nunca lo he visto, pero de vez en cuando Elliot y yo encontramos pepitas como esa por ahí. —La cogió entre los dedos y la giró despacio—. Tienes suerte, es grande. La última que encontramos estaba en el suelo detrás del mostrador, pero era más pequeña que un granito de arena.

—¡No se puede ver algo más pequeño que un granito de arena, mamá!

A Laney no la iba a engañar.

—Sí que se ve. —Bree abrió de nuevo el libro por una página diferente. En efecto, allí aparecía otro minero con una batea llena de tierra y una motita de oro brillando entre ella—. Por eso tenían que cribar con tanto cuidado. Casi todo el oro que encontraban era así de pequeño.

—Ahí lo tienes —dijo su madre—. Además, no siempre hace falta ver algo para creer en ello.

La Laney adulta se liberó de los recuerdos que la habían atrapado.

—Ojalá volviera el duende para soltar pepitas de oro. Así podríamos venderlas y comprar la librería.

—Me he perdido —dijo Thom.

Laney se rio.

—Otro día te expongo nuestras intimidades. —Eso le recordó algo—. Por cierto, ¿quién es Don Gabardina y por qué nos pasa mensajes tuyos?

Por un momento Thom pareció desorientado.

—¡Ah! Es mi amigo Brian.

—¿Y por qué lo envías a él en lugar de llamar? —preguntó Bree.

—Porque no tengo forma de saber si Irma está cerca. La primera vez que necesité hablar con vosotras, no tenía vuestro número y no podía correr el riesgo de llamar o pasarme por la tienda. La segunda quería asegurarme de que no contestarais con un «hola, Thom».

Laney se rio. Bree dejó caer la cara sobre la palma de la mano.

—Soy capaz de contestar al teléfono con discreción.

—Bueno, ahora lo sé.

Daisy volvió a aparecer con la bebida.

—He estado pensando en el problema del que me hablaste… —Por cómo olía el cóctel que puso delante de Laney debía de pegar fuerte—. ¿Necesitas que Lou y yo te defendamos ante la junta de urbanismo del barrio? Podríamos impugnar la venta en la sesión pública.

—Tal vez —respondió Bree—. No lo había pensado.

—Si lo necesitas, dínoslo. —Dejó en la mesa tres vasos pequeños con un dedo de líquido transparente en cada uno—. Cambiando de tema, os he traído una degustación del nuevo Aquavit. Cortesía de Witt.

Bree se puso alerta.

—¿Es de parte de Witt?

—Claro.

Daisy le guiñó un ojo a Laney, que pensó que acababa de hacer una nueva mejor amiga.

Laney se acercó el vaso a la nariz.

—¿Eneldo?

—Una pizquita —le confirmó Daisy—. Si venís en coche, decídmelo para que os acerque yo a casa.

Todos iban a pie.

—No os molestéis —advirtió Laney a los otros dos en cuanto se marchó Daisy—, pero ahora mismo me interesa más beber que maquinar.

Thom frunció el ceño y bebió.

—No tengo problema en darme por satisfecho con lo que hemos hecho.

—Lo mismo digo —dijo Bree, mirando de reojo por la sala.

Laney le dio un codazo.

—Cuanto más bebes, más se te nota, ¿sabes? Es como si fueras una mujer anuncio con un «Amo a Witt».

Bree se hundió en la silla hasta que su cabeza desapareció entre las demás.

—Creo que estoy teniendo un ataque de nervios. O será la crisis de la mediana edad. ¿Se puede tener antes de cumplir los cuarenta?

Thom dijo que podía ser.

—Yo creo que la mía aún no ha terminado.

El teléfono de Laney vibró en el bolsillo: Tuck. *Ni caso*.

Bree apuró el Aquavit.

—Es hora de volver a casa.

El teléfono de Laney volvió a vibrar. Esta vez Tuck probó con un mensaje: «¿Por qué no respondes?».

No contestó: porque así es más fácil.

Boletín del Club de Lectura de los que Odian los Libros

NÚMERO 368
FEBRERO DE 2021

Ah, febrero. El mes del amor…

¡Oh, pffbfffpñññññ! Si queréis demostrarle a alguien que lo queréis, no esperéis al único día del año en que la maquinaria industrial de la tarjetita-con-bombones quiere que lo hagáis, por favor. El amor está en todas partes y, si tenemos la suerte de vivirlo, es nuestro deber celebrar esa bendición en todos y cada uno de nuestros pensamientos.

Quiero dedicar este número a rendir homenaje a la amistad y, en concreto, a un querido amigo de la librería: Nestor Nivens. Murió hace poco tras una admirable lucha contra el cáncer. Al final la enfermedad se llevó su cuerpo, pero nunca podrá robarnos el recuerdo de su amistad y de su bondad.

Jamás me habría hecho amigo suyo por mi cuenta, éramos la más extraña de las parejas. Llevaba un cinturón con una funda para la navaja multiusos y yo llevo uno que me disimula la barriga. Él siempre miraba hacia el cielo y yo no levanto la vista de las páginas de un libro. Al principio no era más que el novio de Irma Bedford, con quien comparto la Rainbow. De no ser por ella, nunca lo habría conocido, pero una vez que descubres a un hombre como Nestor, es difícil separarte de él. Creo que nunca le vi fruncir el ceño. Solo tenía dos gestos: sonreír y sonreír de oreja a oreja. «Qué día tan bonito, ¿verdad?», decía, o «en días así se olvidan todas las penas» y, mientras tanto, arreglaba una tubería que goteaba o un retrete que no funcionaba. Un día estaba cambiando un listón de madera del suelo que estaba suelto (lo advirtió mucho antes que yo) y se

dio un martillazo en el pulgar; esto fue lo que gritó: «¡Bueno, todavía me quedan cuatro dedos!».

Y con esto llegamos a las recomendaciones para este mes…

El amigo, de Sigrid Nunez, es la historia de una mujer que, al perder a un gran amigo, se siente obligada a hacerse cargo de su gran danés, afligido por la desaparición de su amo. A ella no le gustan los perros y, estando sumida en el duelo por el amigo, los cuidados que requiere el animal casi le hacen perder el juicio. La novela, ganadora del National Book Award, habla de una verdad humana: muchas veces el amor que necesitamos viene de donde no lo esperábamos.

Una vez recomendé *El amigo* a una mujer que me dijo que prefería los perros a los libros. Al tiempo volvió a la librería para decirme expresamente cuánto le había gustado «el personaje del gran danés».

Hablando de extrañas parejas, el día 9 de este mes sale a la venta *Cruzar el límite*, de Kareem Rosser. Es un libro de memorias, la historia de unos hermanos que crecen en un barrio marginal del oeste de Filadelfia asolado por la delincuencia y llegan a convertirse en campeones de polo. Sí, habéis leído bien: polo, el deporte de la realeza y de los hombres blancos y ricos. Estos jóvenes hermanos descubren un establo en el cercano Fairmount Park, y Lezlie Hiner, fundadora del programa Work to Ride, les ofrece clases de equitación a cambio de su trabajo. Es una historia que se lee al trote y que habla de voluntad, esfuerzo y lealtad… Y, no os preocupéis: tendremos las cuadras llenas de ejemplares.

No esperéis para abrazar a las personas que amáis, queridos lectores. Mejor aún, pasad por la librería y os ayudaremos a elegir el libro perfecto para ellas.

Elliot

Tabla de salvación para los antilectura

Las palabras no alcanzan para expresar lo que se siente al amar y al ser amado. Y, aun así, escribir, hablar, buscar y unir las palabras justas: esos actos son amor en sí mismos.

Doce

12 días para el cierre…

En lugar de levantarse con dolor de cabeza como era de esperar, Laney saltó de la cama, se puso una camiseta *vintage* de «Las Spice Girls quieren matarte» que encontró en el armario y fue directa a la librería. Puede que el sabotaje fuera la nueva cura contra la resaca.

Bree también estaba de buen humor. Aunque, en su caso, lo más probable es que fuera por haber pasado la noche bajo la atenta mirada de su leñador urbano. Hacía unos momentos, estaba cantando junto a unas pilas de libros con el lector de códigos de barras a todo volumen.

—*I do my hairdown…*

—Dice *toss*, que mueve la melena —la corrigió Laney.

Equivocarse con las letras de Lizzo era un pase directo al infierno, y eso nadie podía negarlo. Tenía el deber de hacer lo que estuviera en su mano para salvar a su hermana de tan terrible destino.

—*Paint my nails…*

—*Check*. Se mira las uñas. Pero ¿tú has oído alguna vez la letra?

—*Don't step on my gown!* —canturreó Bree.

Por Dios, ahora destrozaba a Taylor Swift.

Laney necesitaba buscar algo para tener las manos ocupadas y el ánimo en alto. Esa mañana ver desfilar a los clientes estaba siendo tan rentable como ver llegar el circo a la ciudad. Solo uno compró algo: un hombre con pantalones cortos de trabajo; lo habían enviado a por un ejemplar nuevo de *La chica que bebió luz de luna*, de Kelly Barnhill, porque el perro se había comido el de su hija.

En el Tire Stud las cosas iban a otro ritmo y, en las raras ocasiones en que no estaba lleno de clientes, Laney tenía una lista interminable de tareas para mantenerse ocupada. En la Rainbow, en cambio, su cometido principal era ser el diablillo que iba subido al hombro de su madre, y ya había hecho unas cuantas apariciones estelares esa mañana. En todas le dio carpetazo al momento.

Tomando café.

—¿Aún tienes ganas de vender, mamá?

—No voy a hablar de eso, Laney.

Preparando el desayuno.

—¿Sabes a quién le gustan más los libros que los huevos? A Bree.

—¿Sabes a quién le gusta más hablar que escuchar? A ti.

Ahora entró en la trastienda.

—¿Mamá? ¿Necesitas algo? ¿Necesitas ayuda para llamar a los Vandaveer?

Su madre tenía la cabeza metida en una caja de cartón en descomposición con la etiqueta CAMIS.

—¿XXS? ¿Quién narices pensaba Elliot que iba a comprar esto?

—¿Qué dices? ¿Has decidido pasarle la tienda a Bree? Qué buena noticia, se lo diré ahora mismo.

—¿Con poliéster? No, gracias.

Como no tenía nada mejor que hacer, Laney empezó a reorganizar el expositor donde guardaban las selecciones del mes de los clubes de lectura de renombre: Oprah, Emma, Jenna y Reese.

Bree dejó el lector de códigos de barras en el mostrador y se acercó.

—¿Qué intentas? ¿Ver si los vendemos todos de una vez?

—La verdad es que sí. Se me ocurrió ponerlos de otra forma, quizá sirva de algo.

Bree tardó en darse cuenta, Laney había sido muy habilidosa colando el libro. Pero allí estaba.

—En el club de lectura de Oprah NO han leído *Mi cobaya ha muerto*.

—¡Ay, no me he dado cuenta! Con ese atardecer rosa anaranjado, la cubierta es casi idéntica a la del otro libro, menudo fallo.

—¿Y este de aquí? ¿*Enseña a tu bebé a hacer pis en el orinal*?

—Oye, ¿qué podemos hacer si a los adolescentes les da por venir en bandadas a desordenar estanterías para divertirse en vacaciones? Si te doy mi opinión, tendría que haber clase los trescientos sesenta y cinco días del año. El aburrimiento es la principal causa de vandalismo en las tiendas. Puedes buscar el dato si quieres.

Bree siguió escaneando códigos de barras.

—Si sigues así, los clientes pensarán que estamos perdiendo el norte.

—Tienes razón. Igual deberías mandarme a casa por insubordinación.

—No puedo. Daisy me acaba de enviar un mensaje y quiere que vaya. Dice que tiene novedades.

—¿Qué clase de novedades?

—¿Tengo pinta de saberlo ya?

Bree cogió el bolso, salió por la puerta y dejó a Laney mirando por el escaparate como un perrito esperando a su dueña: *¿Cuánto falta para que vuelva?*

—¿Chicas?

Su madre salió de la trastienda desenrollando un póster.

—¿Os acordáis de esto?

—Nada de chicas, mamá. Estoy sola.

Se paró en seco, sorprendida de encontrar la librería sin su hija librera.

—¿Adónde ha ido Bree?

—A buscar trabajo. —Sí, era apretar las tuercas, pero también podía ser verdad—. Por lo que dicen, pronto se quedará en el paro.

Su madre levantó un dedo de advertencia.

—No empieces.

Y entonces, como si no hubieran estado discutiendo nada más controvertido que la piña en la *pizza*, se acercó al mostrador y desplegó su hallazgo.

—Es un póster de la feria de verano de 1990. Siempre montábamos la carpa durante el Aquatennial, para aprovechar que venía mucha gente a la ciudad y… —Se interrumpió—. Qué buenos tiempos, ¿verdad?

Laney frunció el ceño.

—La verdad es que no. Odiabas la feria.

Lo recordaba a la perfección: para su madre, estar en aquella

carpa era una pesadilla tan estresante que acababa con colon irritable.

—Cuando faltaba más o menos una semana, te empezaban a dar ataques por todo el trabajo que había que hacer. Era una minimontaña rusa emocional que duraba algunos días, hasta que Elliot se daba por vencido y reunía un ejército de amigos para montar la gigantesca carpa blanca que alquilabas todos los años en AAA Rentals. Si recuerdas, el montaje siempre era un desastre y terminaba con algún voluntario de camino a urgencias para que le dieran puntos, mientras el resto de almas en pena se dedicaban a montar todas las mesas de alquiler disponibles en varios kilómetros a la redonda.

—No era tan terrible.

—Aún no he terminado. Incluso cuando el montaje estaba ya bajo control, tú seguías histérica por la previsión meteorológica, a pesar de que julio en Minnesota solo tiene dos modos: o una plaga de tormentas eléctricas o un calor húmedo que te pega la ropa interior al trasero.

Su madre no se inmutó.

—Todos los años obteníamos beneficios. Era un acontecimiento muy popular.

Laney se rio.

—¿Cómo no iba a serlo con chorrocientas personas agolpándose para coger un libro y gritándose unas a otras «¿Has leído este?»?

—Lo era. —Su madre volvió a enrollar el póster con cuidado—. ¿No sería divertido hacer una última feria? Puede que haya alguna oferta de última hora para alquilar una carpa.

Laney se miró los dedos tratando de decidir cuál estaría dispuesta a sacrificar a los dioses del alquiler AAA.

—No lo digo en serio, claro. Habría sido la despedida perfecta, nada más.

—¿La despedida de qué, de tu cordura?

Su madre la miró severa.

—Es importante despedirse como es debido, Laney. Harías bien en recordarlo.

—Vaya, bonita indirecta.

Por supuesto, su madre le echaba en cara que se marchara de un día para otro y ligara su futuro al de Tuck.

—Si tuviera que darte una valoración en *El insultista* sería «sutil, pero mordaz».

—Yo no lo llamaría sutil.

—¿Qué quieres que te diga? Entonces no me habrías hecho cambiar de idea, ¿qué sentido tiene volver a hablar del tema después de tantos años?

Su madre se puso roja.

—Porque soy tu madre. Pensé que estabas en problemas y mi deber es protegerte y cuidarte. Estaba desesperada.

Laney había pasado noches en vela deseando haberse ido de otra manera. Tantas que la asustaba, a veces hasta el punto de tener que levantarse de la cama y empezar a andar, meter la cabeza entre las rodillas y decirse que todo iba a salir bien. Que no iba a vivir siempre en una caravana infestada de ratones, sin retrete ni agua corriente. Que Tuck iba a salir adelante. Y ella iba a ayudarlo. Y que, en cuanto eso ocurriera, la caravana, el pánico y el recuerdo de la desesperación con la que le hablaba su madre cuando la llamaba desde algún lugar de la carretera en Arkansas, Alabama o Kansas se desvanecerían como la niebla y mostraría por fin la vida feliz, segura y exuberante a la que estaba destinada.

Y de pronto se preguntó si la había encontrado.

Por eso mismo sabía también que su madre nunca trataría así a Bree —dejándola vulnerable, asustada y sin trabajo—, si no hubiera algo más en juego. Como dijo Irma, el deber de una madre es proteger y cuidar a sus hijas. Puede que Laney no fuera madre, pero tenía el suficiente instinto como para saber que algo estaba haciendo daño a su familia.

Thom caminaba tan rápido que tenía que parar cada dos por tres para subirse los pantalones. Había perdido tanto peso que incluso los cinturones le quedaban grandes. Pero tenía que apresurarse. A la salida del grupo de apoyo al duelo, paró en el Nygaard's para tomar una taza de café de camino a casa y vio a Irma comprando un cucurucho de ensalada en la tienda de comida para llevar (lo de qué demonios era un cucurucho de ensalada tendría que pensarlo otro día). Si se daba prisa, podría ver a Laney y a Bree en la librería antes de que volviera su madre.

—¿Y si lo empujas un poco hacia la izquierda?

Oyó la voz de Laney antes de verlos a ella y al enorme sofá naranja que habían plantado en mitad de la puerta.

—Os juro que no sabía que no cabía —dijo resoplando, aunque sonrió cuando lo vio acercarse—. Mamá ha decidido empezar a liquidar los muebles sin medir nada. Quién sabe cómo metieron este monstruo en la tienda.

El joven que sujetaba el extremo del sofá que daba a la calle —algún universitario que empezaría a arrepentirse de su trabajo de verano— bajó despacio la carga al suelo.

—No creo que quepa, señora.

Laney se llevó los dedos al mentón.

—¿Y si desmontáis las patas?

Por la acera se acercaba una joven madre con un cochecito doble, pero dio media vuelta al ver la escena.

—Acabas de perder un cliente —dijo Thom.

Laney miró en dirección a la mujer.

—En realidad, acabamos de tener suerte. Según Bree, al más pequeño le gusta arrancar las tapas de los libros ilustrados y perdemos dinero cada vez que vienen.

Y pensar que esas nimiedades eran el caos con el que Elliot estuvo lidiando cuarenta años. Eso le recordó para qué había ido.

—Seguro que te va a encantar lo que están repartiendo delante del Nygaard's.

Sacó un panfleto del bolsillo del pantalón y se lo dio.

—Puedes quedártelo, he cogido unos cuantos.

Examinó el folleto con un ojo, sin apartar el otro de la puerta.

—¿*Knockout* a los Knickerbocker?

—Knickerbocker, ¿te lo puedes creer? Los Vandaveer quieren ponerle ese nombre al complejo. Ni siquiera sé contar las razones por las que el nombre es una broma de mal gusto. Bueno, sí que puedo. Para empezar: suena a desesperación. El Knickerbocker Club de Nueva York es el club privado más selecto del país. Los Knickerbocker de los Vandaveer ni siquiera serán lo más prestigioso de su calle.

No tenía claro si lo que decía tenía sentido; llevaba demasiada adrenalina en el cuerpo.

Laney siguió leyendo: «Deja claro a Vandaveer Investments que

Lyn-Lake quiere conservar su única librería. Marca la diferencia con tus compras: apoya este y otros comercios locales que están en el punto de mira de los promotores».

Thom le dio la vuelta al folleto.

—Por detrás hay una lista de todos los negocios del barrio que los Vandaveer están intentando comprar, y estos solo son los que conocemos.

Ahí estaban Quickie Oil Change, Spin Vinyl y Fringe, una tienda de ropa *vintage* de lujo que convertía a las mujeres jóvenes en reinterpretaciones modernas y sofisticadas de su madre en la época de Eisenhower.

—Qué emocionante —dijo Laney y le dio un apretoncito—. ¡La cosa se está moviendo! Me pasaré por el Nygaard's en cuanto pueda para hablar un poco con tus amigos sobre la pobre y vulnerable librera de la que quieren aprovecharse esos buitres.

Era electrizante.

—Se está corriendo la voz. —Thom se quedó callado cuando otra idea empezó a recorrerle en círculos el cerebro—. Ahora que lo pienso, debería preguntarle a Bree si han hablado del tema en la página de Facebook de la asociación de comercio del barrio.

—¡Eh, señora!

Laney se disculpó y volvió a centrar su atención en la catástrofe en ciernes del sofá. Igualmente, Thom tenía que seguir haciendo llamadas. Salió camino a casa por Lake Street con una sonrisa en la cara: «Las cosas no se hacen solas, ¿verdad?».

Cuando regresó su madre, Laney estaba tumbada en el sofá naranja que se había quedado atascado en la puerta.

—Espero que hayas entrado en Vandaveer Investments de camino para paralizar la venta porque no te puedes mudar. El sofá no cabe por la puerta. Estás atrapada aquí. Lo siento.

Su madre frunció el ceño.

—Te dije que los de la mudanza tenían que sacarlo por la puerta de atrás. ¿No me has hecho caso o ni siquiera me oíste?

—Un poco de cada, la verdad —dijo Laney con un bostezo.

No recordaba lo cómodo que era ese sofá. ¿Y si se quedaba ahí tumbada protestando hasta que su madre cambiara de idea?

No hubo suerte. Irma sacó el móvil y llamó a los de la mudanza; le daba igual si iban de camino a otro trabajo, habían dejado un sofá atascado en la entrada de la librería.

—¿Prefiere que llame a la policía para que detengan el camión?

Eso debió de funcionar.

—Están aquí en veinte minutos.

—Perfecto. —Laney se desperezó—. Nada como una buena siesta para recargar las pilas.

—Qué graciosilla.

Irma puso un pie al lado de la cabeza de Laney y trepó por el sofá para entrar en la tienda.

No mucho después, la puerta amarilla liberada del ocupante naranja se abrió de golpe, como con un tornado.

—¡Esto es una burla! ¡No vamos a permitirlo!

Laney estaba ordenando libros y, con el sobresalto, se le cayó una edición en tapa dura de la trilogía de *El señor de los anillos* al pie.

—¡Señora Baumgartner!

Violet debía de estar metida en el papel de abuela porque le dio una palmadita en la espalda a su nieto y dijo:

—Adam, a ver si puedes contar todos los libros cuyo título empiece por la letra ge. —El niño obedeció.

—¿Es verdad?

Laney dibujó una sonrisa.

—Supongo que ya se ha enterado de la venta.

—Lo han anunciado esta mañana en Internet. —Violet sacudió la cabeza con tanto ímpetu que de nada sirvió toda la laca que intentaba fijar el peinado—. ¡Es una tomadura de pelo! ¡Y, para colmo, quieren construir bloques de apartamentos! ¿En qué está pensando Irma?

Laney se lamió los labios y saboreó la ocasión.

—¡Mamá, querida! ¡Tienes visita!

Se excusó para ir a buscarla al almacén.

—¿Mamá? ¿Has vuelto?

—¡Chist!

O había una serpiente en algún rincón o su madre estaba escondida.

—La señora Baumgartner tiene un asunto urgente que tratar

contigo.

Encontró a Irma detrás de la última fila de estanterías metálicas, entre una silla rota y una pila de mantas de mudanza.

—Con Violet todo es urgente. No voy a salir.

—Sabe que estás aquí.

Su madre le mostró su escondrijo.

—¿Tú crees que me importa? Dile que he salido, que he tenido que ir al banco.

—¿Tienes que ir al banco?

—Claro que no.

—Entonces, no se lo diré.

—Como si le dices que he ido al baño de casa, me da igual. No voy a hablar con ella.

Laney se cruzó de brazos y sonrió. Y pensar que el día se le estaba haciendo insoportablemente aburrido…

—¿Puedo decirle que tienes ébola?

—Haz lo que quieras, pero eso no cuela.

—Diarrea incontrolable, entonces. Puedo decirle que pareces Melissa McCarthy arrastrándose hacia el lavabo en *La boda de mi mejor amiga*.

—Adelante.

Laney no recordaba haber visto esa faceta de su madre.

—¿De verdad le tienes miedo a la señora B?

Su madre dejó caer la cabeza contra la pared.

—Todavía no estaba preparada para anunciar el cierre a los clientes. Son demasiadas emociones.

Un calor que conocía bien le subió a Laney por la espina dorsal, caliente y rápido, furioso y voraz.

—Hay tantas cosas mal en lo que has dicho que no sé por dónde empezar.

Por suerte, no tuvo que hacerlo; Violet llamó a la puerta del almacén.

—¿Holaaaaa, Irma?

Era la escapatoria que necesitaba Laney.

—Mamá habrá tenido que salir un momento —mintió llevándola de vuelta a la tienda, donde no pudiera oírlas su madre. Laney reconocía a una aliada para la conspiración en cuanto la veía, y Violet Baumgartner casi lo estaba pidiendo de rodillas.

—Conozco a Irma Bedford desde hace más de cuarenta años —dijo Violet—, y sé que nunca dejaría la librería de buena gana. Está claro que no actúa por voluntad propia.

Se acercó un poco más a Laney y bajó la voz.

—Mi marido tiene contactos en la Judicatura, y también conoce a abogados. Si están manipulando a tu madre, solo tienes que decirlo.

¡DECIRLO! Lo que quería Laney era gritar.

Pero Violet no había terminado.

—Además, soy miembro y presidenta fundadora del Comité de Patrimonio Histórico de Lyn-Lake. Este edificio se construyó en 1926 y está a punto de ser centenario, su demolición es justo el tipo de tragedia que tratamos de evitar.

El dios o el hada que cuidaba de Laney debía de estar de un humor excelente. Ojalá pudiera saber qué le había gustado tanto para repetirlo más veces.

—Entre tú y yo, Violet, el momento elegido para la compra me hace desconfiar. ¿Unos promotores inmobiliarios que se abalanzan con una oferta apenas unas semanas después de la muerte de Elliot?

—¿Cuántas semanas?

—Por lo que sé, un mes, más o menos.

—Nadie es capaz de tomar decisiones económicas importantes en esa fase del duelo. Hemos hablado muchas veces de ello en la formación de la Pastoral. Lo sé a ciencia cierta.

Laney dijo «hum», «ajam» y chasqueó la lengua para darle la razón.

—Es una desgracia, ¿qué se puede hacer?

Se disponía a plantar una nueva semilla, la de los Vandaveer intermediarios y compradores al mismo tiempo, cuando Adam regresó para decirle a su abuela:

—Solo puedo ver hasta aquí. —Estiró el bracito por encima de la cabeza—. No sé si hay libros que empiecen por la ge más arriba.

Violet se deshizo en elogios con una efusividad que solo pueden permitirse las abuelas y prometió que lo ayudaría a contar el resto. Antes de ponerse manos a la obra, hizo una última reflexión:

—No hemos terminado con esta conversación. Un barrio sin librería es tan aburrido como una vida sin libros.

Laney se sorprendió: ni ella misma podría haberlo expresado

mejor.

Bree no se enteró del boicot del sofá porque estaba en la destilería para conocer las novedades que le anunció Daisy en su mensaje. En cuanto llegó, fueron al despacho de Lou y cerraron la puerta.

—¿Qué pasa?

Le sudaban las palmas de las manos, era como si la hubiera llamado a su despacho el jefe de estudios.

Lou miró a Daisy, que asintió para darle permiso.

—Tenemos noticias, cariño —le dijo—. Y puede que no te gusten.

Tal vez fuera por el lugar, pero lo primero en lo que pensó Bree fue en Witt. Estaba casado. Se había despedido. Lo estaban investigando por malversación. Así, no pudo asombrarse más cuando oyó a Daisy.

—¿Sabías que tu madre convenció a Al, el ferretero, para que también firmara con los Vandaveer?

Era imposible, y se lo dijo.

Lou negó con la cabeza.

—Hemos hablado con él esta mañana. Nos lo dijo él mismo.

—Necesitaba unas piezas para arreglar el lavabo del baño de mujeres —dijo Daisy—. Ya conoces a Al. Es un buen tipo, y nos pusimos a hablar. Al rato nos dijo que no iba a estar mucho más tiempo por aquí; por supuesto, le preguntamos por qué. Le costó responder, pero al final confesó que tu madre llevaba meses diciéndole que vendiera. Irma sabía que los Vandaveer les habían hecho ofertas a los dos y, al parecer, quería cerrar el trato cuanto antes.

No tenía ningún sentido.

—La ferretería de Alstrop lleva ahí desde los años cincuenta. Es tan emblemática que ha salido en tres películas. La fundó su abuelo.

Incluso mientras hablaba, Bree sabía que nada de eso contradecía lo que Daisy y Lou querían decirle: Al no estaba deseando vender, su madre lo presionó de alguna manera.

—Decidme cuáles fueron sus palabras exactas.

Lou así lo hizo.

—Cuando le dije que pensaba que el negocio iba bien y que me sorprendía la noticia, me respondió lo que respondería cualquier pequeño comerciante: las tiendas de Internet han recortado tanto los beneficios que los inmuebles valen más que el negocio. Dijo que había valorado varias ofertas a lo largo de los años, pero que Irma consiguió que se decidiera.

Interesante: Irma podía hacer cambiar de idea a los demás, pero no a sí misma.

Daisy le dio una palmadita en la pierna.

—Como me contaste que tu hermana y tú estáis destrozadas por la venta, pensamos que querrías saberlo.

—Estuve en la ferretería el otro día y Al no dijo ni una palabra.

De pronto la cabeza le empezó a dar tantas vueltas que tuvo que dejarla caer sobre las rodillas por miedo a desplomarse.

—¿Y ahora qué hago?

Las palabras salieron amortiguadas entre los pliegues de los pantalones. Daisy y Lou debieron de intercambiar miradas de lástima y a ella le alegró no verlas.

—Mi padre era de la armada —dijo Daisy tras un silencio—, así que suelo seguir sus consejos en momentos como este.

—¿Qué te decía?

—Mantén el rumbo y la velocidad hasta nueva orden.

Bree se incorporó.

—Eso sería estupendo si la persona que lleva el timón no fuera directa hacia un iceberg.

Lou las interrumpió.

—Creo que deberías hablar con Al. Quizá a ti te diga algo más.

Era tentador. Tenía cientos de preguntas.

—¿Crees que estaría dispuesto? No quiero presentarme en la tienda y ponerlo en un compromiso. Es un poco incómodo, siendo hija de Irma.

Lou propuso preguntarle.

—Teníamos que volver a la ferretería igualmente —dijo Daisy—. Las arandelas que compré son grandes para el lavabo.

Trece

11 días para el cierre…

El teléfono de Thom echaba humo. A Brian le había dicho Michael que un amigo le había contado que Vandaveer Investments se había enterado de los folletos.

—¡Claro que no pusimos nuestro nombre! —dijo Brian—. Queremos hacer esto por Elliot, no que nos demanden.

—Pero ¿cómo hemos conseguido tanto apoyo así de rápido? —Thom sabía la velocidad a la que solían correr las noticias y eso era mucho pero que mucho más rápido—. Me enteré de la venta la semana pasada.

—Por el Treehouse —dijo Brian.

El Treehouse. Thom se había olvidado del club. O, mejor dicho, cuando sucedió todo no tenía capacidad de indignarse. Saber que el bar de ambiente más emblemático de Minneapolis se veía obligado a cerrar tras más de cincuenta años en activo era triste, pero tener que revivir constantemente el recuerdo de ver morir a tu pareja sobre una moqueta sucia del aeropuerto era devastador. Desde enero tenía el duelo desbordado.

Le pidió a Brian que le refrescara los detalles.

—Para resumirlo, los Vandaveer se aprovecharon de un comprador vulnerable y ganaron una montaña de enemigos con ello. Poco después del año 2000, Gary Bushnell, el propietario del Treehouse, se jubiló y traspasó el club a un par de tipos. Uno de ellos estaba enganchado a la heroína y el hermano del otro tuvo que entrar como tercer inversor para no perderlo todo. Cuando las cosas volvieron a su cauce, decidió no seguir con el bar y vendió su parte

a los Vandaveer. Debieron de hacer algún tipo de ceremonia vudú porque, cuando nos enteramos de que el Treehouse estaba en problemas, ya no se podía hacer nada.

Dejó escapar un largo suspiro de derrota.

—¿Has visto el diseño de los apartamentos que quieren construir allí? Pasar por delante del agujero es como una lobotomía: tanta historia convertida en polvo. Y los diseños… Ni rastro de estilo. El arquitecto apiló unas cajas de leche, y ya tenía el edificio. Aun así, los apartamentos de un dormitorio valen casi un millón.

Thom se desmoralizó. Un solo apartamento valía más del doble de lo que le ofrecían a Irma por la Rainbow. ¿Cómo iba a ser justo ese trato?

—Me alegro de que hayas llamado —dijo Brian—. Acabo de enterarme de que hay una concentración en Alstrop's Ace *Hardware* para protestar por la destrucción de otro icono del barrio. Michael y yo iremos a las cinco. ¿Te recogemos de camino?

—¿Alstrop también vende? —Sin darse cuenta, miró al techo para comprobar que no iba a caérsele encima—. Allí nos vemos.

Por la tarde Thom estaba listo para la concentración, incluso con una pancarta hecha a mano: «¡Si amas tu barrio, lucha por él!».

Desde luego, no era el lema más elaborado que había pintado en una pancarta, el mago de las palabras era Elliot. Pero los Vandaveer actuaban como si Lyn-Lake fuera suyo y había que detenerlos. Él tenía voz. Era hora de utilizarla.

Antes de marcharse, entró en el dormitorio y dejó un beso con la punta de los dedos sobre la almohada de Elliot: «Por no abandonar la lucha».

Brian y Michael llegaron tarde. Michael culpó a Brian por ser un perfeccionista con la pancarta, y Brian afirmó que Michael se había pasado una hora untándose crema solar. Fuera como fuese, la concentración ya había empezado cuando llegaron. Una docena de personas formaban un círculo en el aparcamiento de la ferretería. Por desgracia, ni los manifestantes ni las pancartas llamaban gran cosa la atención:

VANDAVEER, FUERA DE NUESTROS NEGOCIOS
NO NOS ROBAREIS EL LYN-LAKE QUE AMAMOS

—Vaya fiasco —dijo Michael. Entró en el aparcamiento y aparcó en el extremo opuesto—. Aquí sobra Norma Rae y falta purpurina.

—¿A alguien se le ha ocurrido llamar a la tele?

Brian sacó el teléfono del bolsillo y lo abrió, dispuesto a marcar.

—¡No llames! —Lo detuvo Michael—. Espera a que la cosa se anime un poco.

Se quedaron mirando al grupo, que daba vueltas en círculo en un silencio casi fúnebre.

En un golpe de inspiración, Thom chasqueó los dedos.

—¿El sobrino de Tim sigue siendo árbitro de la liga de *kickball*? Llámalo y dile que necesitamos a tanta gente como pueda. Que vengan con el uniforme y que traigan todos los silbatos, trompetas y bocinas que encuentren. No necesitamos pancartas, necesitamos energía.

A las siete, el solar había dejado de ser una plaza vacía de asfalto lleno de baches y estaba transformado en una ruidosa fiesta callejera. De la valla colgaba un cartel que rezaba DISCOTECA KO, también aparecieron unos altavoces gigantescos y un DJ pinchando música retro de los setenta y los ochenta, que estaba viviendo un nuevo auge gracias a que la generación Z «descubría» nombres como Earth, Wind & Fire, Lou Rawls y The O'Jays. El pelo era natural, los bigotes tupidos y las parejas de baile de todas las combinaciones. Había padres balanceando a niños por los brazos y veinteañeros dándolo todo. Incluso Thom, Michael, Brian, Tim y sus amigos volvían a ser jóvenes, como si los años no hubieran pasado ni habido pérdidas ni tuvieran arrugas.

—No me lo puedo creer —gritó Thom—. Es fabuloso.

Sus amigos asintieron sin dejar de bailar.

—Me preocupa que la mayoría de esta gente no sepa de qué va esto.

Thom no quería que la noche acabara, pero tampoco que lo que habían organizado acabara siendo una simple excusa para estar de fiesta.

—¿No deberíamos hacer un comunicado?

Brian lo cogió de la mano y le hizo dar vueltas hasta que se mareó.

Bree y Laney estaban junto al escaparate viendo la fiesta protesta.

—Qué ganas de salir con ellos —dijo Laney—. Me encantan las fiestas callejeras.

La concentración se había convertido en todo un evento social para ver y ser visto. Los pocos que habían ido con pancartas, las dejaron en cuanto empezó la música. Seguramente fue lo mejor, a nadie le convenía que el titular del *Minneapolis/St. Paul Standard* del día siguiente fuera: «Hombre sufre conmoción cerebral mientras bailaba el *hastie* en una protesta vecinal».

Dejando los problemas a un lado, parecía muy divertido. Se vio cruzando la calle hasta la destilería, cogiendo a Witt de la mano y arrastrándolo calle abajo para bailar hasta que apenas se tuvieran en pie. Pero nunca sería capaz. No era tan segura de sí misma como Laney. Además, estaría trabajando.

Un estroboscopio se encendió y empezó a dar vueltas, iluminando la cara de Laney con luces rojas, verdes y amarillas.

—A Elliot le habría encantado, ¿no crees?

Los ojos de Bree se vidriaron con unas lágrimas inesperadas.

—Desde luego.

—Imagino lo mucho que lo echas de menos. Yo lo echo de menos y eso que desde hace veinte años soy la segundona de la familia.

—No eres la segundona, eres el elemento subversivo. —Bree guiñó un ojo y se le cayó la primera lágrima—. Sí que echo de menos a Elliot. Mucho.

Aunque no era su padre, se coló en todos los rincones de su vida igual que la leche llena los poros de una galleta. Nunca dijo nada parecido a «necesitas una figura masculina, así que me ofrezco voluntario»; se limitó a escucharla cuando quería un oído, a bromear cuando necesitaba reírse y a tenderle una mano cuando le hacía falta un empujón.

—Me ayudó con todo el lío de la hipoteca. ¿Te lo he contado alguna vez?

Laney negó con la cabeza.

—Incluso se ofreció a prestarme dinero para el primer pago, pero no acepté. Tenía ahorros, no me hacía falta.

Quiso tener la satisfacción de hacerlo ella sola. A veces el dinero

es mucho más que dinero.

—¿Sabes por qué no vine para el funeral?

Laney soltó un suspiro largo y lento, como el eco de una emoción contenida.

—Tenía miedo de no ser capaz de ver a mamá tan rota. Fue una huida, lo sé. —Se encogió de hombros—. Bueno, parece que en eso soy un hacha.

En muchos sentidos, Laney e Irma estaban demasiado conectadas como madre e hija: veían las vulnerabilidades de la otra tan claras que, cuando se hacían daño, era con una precisión quirúrgica, limpia y rápida.

—Necesitas un Elliot —dijo Bree.

Lo había pensado alguna vez cuando escuchaba a Irma y a Elliot en su mundo privado, un lugar construido para dos sin miedo a la traición ni al rechazo. ¿Cómo sería su vida con un Elliot? A menudo se asocia esa intimidad con el matrimonio o con una pareja romántica. Sin embargo, en todos esos años, Bree les oyó decir cosas que habrían acabado con otras relaciones. Los matrimonios podían acabar en divorcio y las parejas, romperse. Sin embargo, parecía que la amistad de Elliot e Irma nunca podría morir.

—¿Quién es tu mejor amigo o amiga?

Laney pareció desorientada por la pregunta.

—¿Quién va a ser? Tú, boba.

—Vale, pero la familia viene de serie. ¿A quién más tienes?

—Creo que soy una fracasada. Mi única mejor amiga es mi hermana. Si te soy sincera, eres la única que no puede abandonarme. —Mientras lo decía se dio cuenta de lo mal que sonaba—. Una lógica perversa, lo siento.

Bree negó con la cabeza.

—Todo el mundo merece un Elliot, estoy convencida. Nunca me defraudó, ni una sola vez. Me temo que nunca encontraré al mío.

—Yo creía que era lo que tenía con Tuck, pero he empezado a pensar que no es así.

Bree calló con la esperanza de que dijera algo más. No lo hizo. Quizá una mejor amiga debería haberla empujado, pero no se atrevió.

—Puede que Irma y Elliot fueran como un unicornio —dijo en su lugar—. Es probable que la gente normal ni siquiera pueda

acercarse a lo que tenían ellos dos.

—Pues yo me empeño en no ser normal. Y tú destrozas a Taylor Swift, cosa que la gente normal tampoco hace.

—Destrozo a Lizzo.

—Destrozas las dos cosas. Eres insaciable.

La canción *Dancing queen* empezó a llenar la noche y Bree se rio al oírla.

—Elliot detestaba esta canción. De ABBA prefería *Waterloo*.

—Wa, wa, wa, wa, Waterloo —canturreó Laney—. Irma era el destino de Elliot…

—Waterloo —Bree siguió el juego—. Nunca podría evitarlo.

Levantaron las manos y repitieron el estribillo inventado entre risas: estaban haciendo el ridículo y les daba igual.

Boletín del Club de Lectura de los que Odian los Libros

NÚMERO 355
ENERO DE 2020

El boletín de este mes está dedicado a todos los antilectura que nunca se han reído con un libro…

*

Puede que sea por el mal tiempo, pero estos días hemos visto pasar por nuestra puerta amarilla muchas caras largas. Una mujer me dijo: «¡Solo pido reírme un poco, nada más!». Y su marido: «Recomiéndele algo bueno, por favor. Llevamos tanto tiempo encerrados en casa que se aburre de mí». Los envié a casa con un tratamiento de buen humor capaz de alejar hasta la más grave amenaza de divorcie a causa de las inclemencias.

Para ella: doña Lectora era una chica lista y dinámica que, según dijo, casi no leía porque no le gustaba estar sentada. Elegí *El jardín de los nuevos comienzos*, de Abbi Waxman. ¿Queréis saber por qué? El humor negro es perfecto para este tiempo. En la novela, una madre que acaba de enviudar y tiene pensamientos suicidas empieza a tomar las riendas de su vida con la ayuda del estrafalario grupo de un curso de horticultura. Además, la escritura de Waxman es tan rápida e ingeniosa que las páginas pasan solas (aunque a la lectora no le guste estar sentada).

Para él: puse entre las manos de don Lector un ejemplar de *El reino vacío*, de Kira Jane Buxton. Me dijo que le gustaban los giros

inesperados, y ¿qué hay más inesperado que el fin de la estirpe humana, un cuervo parlante al que le chiflan los Cheetos y una escena inicial en la que a un tipo se le cae un ojo de la cara? Es *Zombieland* en libro, solo que aquí el protagonista es un sencillo cuervo.

No os preocupéis, queridos lectores, pronto volverá a brillar el sol. Mientras tanto, pasad por la librería y os ayudaremos a encontrar la risa.

Elliot

Tabla de salvación para los que odian los libros

Cada uno de nosotros alberga el universo entero en su interior. Los libros son el medio a través del cual podemos explorarlo.

Catorce

10 días para el cierre

A juzgar por la cantidad de llamadas que estaba recibiendo, la concentración devenida en discoteca había atraído más atención de la esperada. A Thom le habían dicho que los empleados de la ferretería estuvieron repartiendo botellas de agua y que también se pasaron por ahí los Vandaveer, los dos. *City Pages* publicó un breve artículo en Internet. E incluso circulaba un *hashtag*:

#DiscoKO. Esto último Thom no lo entendía bien, pero varias personas le dijeron que era bueno.

Aun así, la cuestión seguía siendo cómo conseguir que ese empujón sirviera de algo.

Llamó a Laney. La encontró en la librería con Irma, pero le aseguró que no había ningún problema: estaba tan ocupada al teléfono despidiéndose de otros libreros que no le iba a prestar atención. Con el cierre de la ferretería en la prensa, a Irma también le preguntaban por la venta.

—Lo que me preocupa es que podemos seguir con las acciones, pero ¿con qué objetivo? —empezó a decir Thom—. Todo el esfuerzo que hagamos solo tiene sentido si hace recapacitar a tu madre.

—La concentración le pareció «esperpéntica». Esas fueron sus palabras, si te sirve de algo —dijo Laney.

A veces sobraba la manera como parecía disfrutar de esa frivolidad.

—La verdad es que no.

—Verás… —Esta vez supo dar con el tono—. A menos que encontremos algo, el arma del delito, que la obligue a reconsiderar

la venta, no podemos hacer otra cosa que seguir presionándola. Tú estás movilizando a gente. Bree intenta conseguir el apoyo de otros negocios. Y yo me ocupo de Irma. Nada ha cambiado. Solo tenemos que seguir así hasta que lo consigamos o se nos agote el tiempo.

La paciencia nunca fue una de las grandes virtudes de Thom. Las listas se hacían para terminarlas, no para leerlas. Era mejor ocuparse de los problemas que preocuparse por ellos.

Ese gusto suyo por el orden no servía de gran cosa con Elliot. Thom se había jubilado cuatro años antes, y lo estaba preparando desde hacía veinticinco. Elliot solo prometió pensar en la jubilación cuando Thom amenazó con abandonarlo. Así surgió el viaje a Machu Picchu. Había dicho que reduciría las horas de trabajo en la librería, y cuando, como era de esperar, no lo hizo, Thom compró dos billetes a un precio obsceno para un hacer viaje de lujo de dos semanas por Perú. Hizo las maletas de Elliot y las puso junto a la puerta.

—Puedes venir conmigo o largarte mientras estoy fuera —anunció esa noche durante la cena—. Estoy harto de esperar a que te decidas.

—Me decido por ti todos los días. Eres la única persona con la que quiero volver a casa. Eres mi consuelo.

Elliot intentó cogerle la mano, pero Thom la apartó.

—Siempre tienes algo bonito que decir. Lo que me pregunto es por qué no actúas como si lo pensaras de verdad.

Esa era su discusión favorita. Thom le reprochaba a Elliot que lo tratara como el mayordomo o el cocinero. Y Elliot respondía que no podría vivir ni un día sin su amor. Uno le pedía al otro que cambiara. El otro le prometía que lo haría «después» de lo que fuera que le preocupara aquel día. Y entonces las aguas volvían a su cauce.

Pero esa vez no.

—Te doy diez días —le dijo Thom—. Libera la agenda y avisa a Irma de que vas de vacaciones. Subiré a ese avión contigo o sin ti.

Y lo habría hecho. Los billetes eran demasiado caros, por eso los compró en primera clase: estaba más que probado que Elliot era capaz de ignorar a su pareja, pero nunca tiraba el dinero.

Qué amarga ironía.

Tuvo la idea mientras fregaba los platos del almuerzo. Cogió otra vez el teléfono y en pocos minutos estaba hablando, a través del amigo del amigo de un amigo, con el dueño del solar donde hicieron la concentración.

—¿Una discoteca al aire libre?

Maxwell Klingerhorn hablaba como si tuviera la mandíbula tensa para sujetar un puro que no soltara ni para dormir. También era un hombre con buen ojo para las oportunidades.

—¿Durante cuánto tiempo quiere el terreno?

—Todas las noches hasta el 1 de julio, aunque espero que sea menos tiempo —respondió Thom.

—Pero ¿dice que no tiene dinero para alquilarlo?

—¿Lo utiliza para algo?

Obviamente, la respuesta era negativa. En ese sitio solo quedaban las huellas de lo que fue un banco de autoservicio.

Siguieron un rato con el tira y afloja hasta que Max dijo:

—Verá, preste atención. Llevo un par de años intentando llamar la atención de los Vandaveer. Usted no quiere que construyan los apartamentos, pero yo sí. Y los quiero en mi terreno. Si consigue que su gente apoye la idea de trasladar el bloque al otro lado de la calle, podrá utilizar el solar para la discoteca del Caos.

—Disco KO —lo corrigió Thom.

—Si hay algún problema, usted y yo nunca hemos hablado. ¿De acuerdo?

—Se me da fatal recordar los nombres.

Bree estaba de los nervios, tan ansiosa que llegó antes de tiempo a la cita con Al, Daisy y Lou. Cuando llegó a la destilería, solo estaba Witt en la barra. Quizá fuera lo que buscaba sin saberlo.

—Hola —le dijo Witt, mientras ella se sentaba en un taburete—. ¿Te apetece un *rhuby gin* o algo más fuerte?

Prefería algo sin alcohol.

—Tengo una conversación importante en un rato. Quiero estar despejada.

Witt asintió y empezó a mezclar.

—Me he enterado de que vais a perder la librería, lo siento. Los Vandaveer nunca me han dado buena espina.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Tengo buen olfato para las mentiras.

Daisy apareció y dio un golpetazo en la barra a modo de saludo.

—Vaya, pero si es mi diablillo favorito. ¿Cómo va la cosa?

—He estado mejor —reconoció—. Me preocupa un poco la conversación con Al.

—Sí, puede ser complicada. Pero igual va como la seda, no lo puedes saber. —Daisy levantó la taza de café para brindar por la sentencia—. Sea como sea, estoy segura de que te las arreglarás.

Esa filosofía le iba a Daisy como anillo al dedo. Bree admiraba su optimismo y el de Lou, pero quizá preferiría no haber sabido nada del papel que desempeñó Irma en la decisión de Al. ¿De qué le servía, más allá de hacerlo todo más amargo?

Witt dejó un vaso frío y burbujeante sobre una servilleta de papel.

—¿Alguien quiere ponerme al corriente?

Daisy miró hacia Bree.

—Lo que tú digas.

No sabía si quería dar explicaciones. Le parecía una traición airear en público la presión que había ejercido Irma de tapadillo. Además, por ahora no eran más que habladurías y, si se lo contaba a Witt, ella misma las estaría alimentando.

—Como he dicho —Witt se tocó la nariz con el dedo—, es difícil engañarme.

Daisy se volvió hacia él torciendo el gesto, lo que le quitó de encima a Bree el peso de responderle.

—Será mejor que volváis a hablar del tema cuando sepamos algo más.

Entonces, con una seña, hizo mirar a Bree hacia la puerta. Al acababa de entrar y estaba mirando el bar.

—Ya ha llegado el invitado de honor.

Fueron a hablar al despacho de Lou. Era diminuto, pero Bree pensó que sería mejor tener a Daisy y a Lou al lado para que preguntaran lo que a ella no se le ocurriera. Pero, si iban juntos a la ferretería, podrían llamar la atención de Irma. Habían sido motivos más que lógicos, pero ahora, en la práctica, la reunión parecía una especie de encuentro clandestino entre familias rivales. Se le iba a

salir el corazón del pecho.

—Gracias por venir —dijo por fin.

Los ojos de Al se oscurecían o iluminaban según su estado de ánimo, y ahora la miraba como si le hubiera atropellado al gato.

—No te dije toda la verdad cuando me preguntaste por los Vandaveer. Es cierto que me hicieron muchas ofertas a la baja, pero no te conté que al final acepté una. Lo siento.

Hasta ahora no se le había pasado por la cabeza que su madre no era la única que estaba mintiendo.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Oh… —Al arrastró los mocasines por el suelo—, no fue más que una corazonada. Viniste a la ferretería preguntando por ventas y ofertas cuando tu madre y yo ya habíamos aceptado el acuerdo, así que pensé que no lo sabías; en ese caso, no debía ser yo quien te lo dijera.

—¿Cuándo aceptaste el trato? —preguntó Daisy.

—Poco después de Irma. Aunque yo tengo más tiempo para cerrar la tienda que ella. Me quedo por aquí hasta el primer lunes de septiembre, el Día del Trabajo.

Bree, Daisy y Lou intercambiaron miradas.

—Espero que puedas arrojar algo de luz sobre tu decisión —dijo Bree—. Me enteré del cierre de la Rainbow hace solo una semana. Mamá nos reunió a todos en las oficinas de los Vandaveer para darnos la noticia: a mí y al compañero de Elliot, Thom. Incluso Laney tuvo que venir desde California. El misterio es por qué vende… Y por qué tan rápido. Siempre había dicho que quería que la librería siguiera en manos de la familia, y ahora es como si le diera igual apuñalarme en el estómago.

Dio la sensación de que Al no se ablandó al oírla.

—La verdad, no sé si me corresponde decirlo, pero debe de ser difícil seguir adelante después de perder a Elliot.

—Ha sido duro, sí. Y eso es precisamente lo que me preocupa tanto, que esté tomando una decisión precipitada. Que se estén aprovechando de ella. Irma no es así. Claro que no.

—Cuando perdimos a papá, a mi hermana y a mí se nos hundió el mundo —dijo Al—, pero teníamos demasiadas cosas que hacer para ponernos tristes. Ella intentaba ayudar a mi madre a resolverlo todo en casa, y yo intenté hacerme cargo de la tienda. Había

trabajado allí toda la vida, pero es diferente cuando estás solo y al mando. No tienes a nadie a quien pedir consejo ni siquiera para preguntar dónde están los rollos de papel higiénico.

Bree se acordó de Tuck llamando a Laney ocho veces al día con las mismas preguntas. La víspera la llamó para quejarse de que la recepcionista que Laney contrató a tres mil kilómetros de distancia, Sylvia, le hizo fregar el baño porque un cliente había vomitado. Por lo visto, Tuck no estaba acostumbrado a limpiar ni a arreglar los desastres de otros.

—Daisy y Lou me contaron vuestra conversación. Dijeron que Irma te presionó mucho para que vendieras a los Vandaveer.

—No sé si lo llamaría presión, pero tenía claro el objetivo, desde luego. Al principio solo hacía preguntas: si tenía alguna oferta, si la estaba valorando… Con el paso de las semanas, fue viniendo cada vez más. Al final, venía un par de veces por semana. «Voy a vender, Al, pero quieren toda la manzana», decía. O: «Nos irá mejor si negociamos juntos; si quieren nuestro terreno, podemos imponer nuestras condiciones».

Si Al ya tenía intención de vender, no tenía sentido continuar con las preguntas. De ser así, estaría tan decidido como Irma a seguir adelante y lo más seguro es que ni Laney ni Thom ni ella pudieran hacer nada para cambiar el curso de las cosas.

—¿Tú te lo planteabas en ese momento?

—No —le respondió Al—. Por supuesto, alguna vez se me pasó por la cabeza. Es difícil mantener un pequeño negocio cuando hay empresas que pueden enviar todo lo que tienes en el almacén a cualquier lugar del mundo, gratis y de un día para otro. Pero aún no había pensado en dar ningún paso. Lo único que sé es que mis hijos no quieren hacerse cargo de la tienda y los de mi hermana tampoco han mostrado ningún interés. Si no se la dejara a uno de ellos, ¿quién seguiría con ella?

Esa respuesta no dejó a Bree muy tranquila.

—¿Y no te molesta que los Vandaveer vayan a echar abajo Alstrop para construir un bloque de apartamentos? La tienda es de tu familia desde hace tres generaciones.

—Claro que me molesta. Pero he de reconocer que me molestó mucho menos cuando los Vandaveer endulzaron la oferta. Ahora puedo jubilarme y pagar su parte a mi hermana. No era consciente

del estrés que me causaba eso hasta que tuve delante la solución.

Una tradición de los Alstrop era hacer felices a los demás. De niñas, a Bree y a Laney les encantaba coger los billetes de un dólar que les pagaba su madre por limpiar el polvo de las estanterías e ir a comprar golosinas a la ferretería. El padre de Al era muy goloso y en un extremo del mostrador tenía una montaña de Jolly Ranchers y chicles, caramelos *gourmet* y caramelos masticables de todos los colores. Los vendía a cinco por veinticinco centavos, veinte por un dólar, pero cuando abrían la bolsa siempre había al menos dos docenas.

Al se quitó una losa de encima cuando pudo ofrecer a su hermana esa misma generosidad. Bree tuvo que sentarse: cómo no iba a querer vender.

—Gracias —le dijo, tomando aire—. Nos preocupaba que Irma te hubiera forzado a aceptar una mala oferta.

Al se quedó callado, y a Lou no se le escapó ese silencio.

—¿Hay algo más?

—Bueno… —dijo al cabo de un rato—. Tampoco me corresponde a mí desvelar los secretos de una persona que ya no está aquí, así que no entraré en detalles. Digamos que Elliot (que en paz descanse, espero que sepas cuánto lo apreciaba y respetaba) vino a verme unas cuantas veces para pedirme dinero. Decía que era para arreglar el coche o algún gasto imprevisto. Recuerdo que una vez dijo que a tu madre le estaba costando pagar las facturas médicas del tratamiento contra el cáncer de su novio. Siempre me lo devolvía y yo estaba encantado de prestarle lo que podía, pero era extraño.

Cuando Bree no se había recuperado todavía de descubrir que Elliot pedía dinero prestado para ayudar a Irma a pagar los tratamientos de Nestor, Lou preguntó:

—¿Qué es lo que te resultó extraño?

Al pensó antes de responder.

—No éramos de esa clase de amigos que se prestan dinero.

Quince

6 días para el cierre…

Thom estaba en la KO por tercera noche consecutiva.

—Hemos venido a pasar un rato en la discoteca al aire libre.

Brian había llegado con Michael, Tim y un coche lleno gente que Thom no conocía. Metió un puñado de billetes en el bote de resistencia para el proyecto «A la otra acera» y abrazó a Thom.

—Hay bastante gente, aún más que ayer.

Era la Noche Superfunky, en ese mismo momento, Chalo Khan estaba pidiendo que le dijeran cosas buenas.

—Vaya, el bote se va llenando —añadió Brian—. ¿Qué vais a hacer con el dinero?

Thom cerró el trato con Maxwell Klingerhorn y encargó dos enormes pancartas de vinilo que ahora colgaban de las vallas del solar: «Vandaveer Investments, pasad a la otra acera» y «De fiesta hasta el *knockout* de los Knickerbocker». Cuando las colgó se dio cuenta de que los mensajes eran un contrasentido. ¿Querían que no se construyeran los Knickerbocker o solo trasladarlos?

En fin, qué más daba.

—Si va bien la recaudación de hoy —dijo a Brian y al resto del grupo—, puede que nos llegue para publicar anuncios decentes en la web.

Ahí estaba, hablando como un *milennial*. Señaló con la cabeza a un hombre que estaba dándolo todo en la pista de baile.

—Ese de los patines morados trabaja en una agencia de publicidad y se ofreció a hacerme gratis lo que quisiera.

Brian se volvió a mirar y arqueó una ceja con picardía.

—No seas ordinario.

Thom iba a cumplir sesenta y nueve años ese año, pero seguía sonrojándose a la primera de cambio.

—Lo que dijo es que podía diseñar unos buenos anuncios para llamar laatención de los Vandaveer.

La KO estaba teniendo un éxito rotundo. Quizá fuera solo una moda pasajera, pero llevaba cinco noches funcionando y todas con lleno absoluto. Los setenta arrasaban entre los universitarios, un público con mucha energía pero no tanto dinero, que se hacía fiel adepto de cualquier local que no cobrara entrada. Daisy y Lou también ponían su granito de arena y enviaban cupones de diez dólares de consumición en la *Lady* of the Lake, de los que destinaban cinco al proyecto «A la otra acera».

Pero ahí no terminaba la magia. La pareja que se encargó del sistema de sonido en la primera concentración accedió a volver durante toda la acción, a cambio de publicidad gratuita en la valla y de promocionar sus servicios de DJ. «Ya tenemos actuaciones este fin de semana —dijo el más alto de los dos—, pero intentaremos ayudaros a buscar a alguien que nos cubra». Habitualmente a Thom le habría angustiado un compromiso tan poco comprometido, pero se había convertido en «Thom de la KO»; se dejaba llevar por la incertidumbre y se ponía en manos del destino. En horario de trabajo hacía listas de tareas y se olvidaba de ellas en cuanto escuchaba la música.

Empezó a sonar el *Cet down on it* de Kool & the Gang, y Thom dejó que se le contonearan las caderas, ignorando el dolor sordo del costado izquierdo, al que ya no le gustaba moverse así. Cerró los ojos y vio a Elliot cuando se conocieron, ya cuarentones los dos y con cicatrices de guerra, pero desesperados por dejar atrás el desamor de años pasados.

Aunque Elliot tenía muchos encantos, el baile no era uno de ellos. Decía que no se atrevería a insultar la memoria de Judy Garland ni el legado de Elaine Stritch con su «movimientos espasmódicos». Thom tuvo que admitir que, si tuviera que describir el estilo de Elliot, diría «gorila adolescente». Aun así, le gustaba cogerlo de la mano, lo hacía sentir bien, aunque estuvieran rodeados de gente, así que se abandonó al recuerdo de sus dedos entrelazados, como piezas de un puzle que por fin habían

encontrado su pareja.

—¿Thom?

Era la voz de Elliot por la mañana, la que no llevaba despierta tiempo suficiente para volverse áspera. Vio la sombra de barba en el mentón. Las bolsas bajo los ojos.

—¿Thom?

Era bello en sí. Nunca hubo un rostro como el de Elliot, ni lo volvería a haber.

—¡Eh! Tenemos compañía.

Abrió los ojos y vio a Brian señalando al otro lado del solar, hacia la valla. Ahí estaba Trevor Vandaveer hablando con Al, el ferretero.

—Madre mía. ¿Eso es buena o mala señal?

Brian se quedó pensativo.

—Pongo cinco dólares a que es buena.

—¿A cuánto sube la apuesta?

—Cincuenta.

Vaya.

Los hombres siguieron hablando unos minutos. De vez en cuando, uno hacía un gesto hacia la multitud, pero sobre todo se miraban el uno al otro, enzarzados en una animada conversación.

—¿Crees que habrá leído el artículo de opinión del periódico? —preguntó Brian.

El *Minneapolis/St. Paul Standard* había publicado una carta al director firmada por una tal Violet Baumgartner; culpaba del bum de la construcción a los recién jubilados, que cambiaban la casa familiar de las afueras por lo que ella llamaba «bloques de apartamentos de caja de huevos» en el centro: «Puede que los vendan por docenas —escribía—, pero no les gustaría verlos estampados por su barrio, como tampoco les gustará tener que limpiarlos de las paredes de casa cada 1 de noviembre».

Era una carta de ordeno y mando, aunque no aportaba ningún dato que demostrara que los jubilados eran los culpables del repunte de la construcción. Tampoco aclaraba por qué su casa parecía ser un objetivo anual de las travesuras de Halloween.

—Dudo que nadie relacione a la autora de la carta con la discoteca KO —dijo—. Además, me ha parecido ver a Trevor por aquí otras noches, aunque no lo había visto con Al.

Al estaba negando con la cabeza, tenía los puños metidos en los bolsillos del mono.

—Parece que hay nubes en el paraíso —susurró Brian—. Quizá deberíais subir el volumen de la música.

Laney volvía a estar ante el escaparate, siempre era la hermana que observa y nunca la que baila. Estaba con su madre, que tenía el ceño tan fruncido que amenazaba con volverle la cara del revés.

—Qué esperpento —dijo Irma.

—Con esa actitud tendremos que echarte fuera, jovencita. Te vendría bien pasar un rato en la pista de baile.

—Eso no es una pista de baile, es un solar vacío que utilizamos para aparcar.

—La discoteca apenas quita plazas de aparcamiento.

Su madre puso mirada de «no discutas conmigo».

—Sé que Thom está detrás de todo esto, puedes decírselo. Ya que estás, dile también que no va a cambiar nada. La venta se cierra dentro de seis días.

Laney estaba al tanto; se le daba muy bien contar. Además, Bree le recordaba el tiempo que les quedaba cada 7:38 minutos.

—Deberías salir, mamá. Aunque solo sea para dar las gracias a toda la gente que ha acudido a apoyar la librería.

—No están ahí por la Rainbow. Están por la fiesta gratis.

—Es una actitud bastante insensible por parte de alguien que se ha ganado la vida con la generosidad de desconocidos.

Su madre se volvió con los brazos en jarras.

—Vaya, no me había dado cuenta de que llevaba cuarenta años dirigiendo una organización de beneficencia. Es curioso, no tenía esa sensación.

Laney sabía que no era así. El Tire Stud tampoco era una organización benéfica. Se corrigió.

—Tienes razón, pero reconocerás que las ventas han ido bien con toda esa atención. Hemos gastado muchas existencias.

Cada noche, las noticias iban a la discoteca y todos los entrevistados (no fallaba uno) estaban a favor de trasladar los apartamentos para salvar a Alstrop's Ace *Hardware* y la Rainbow. La cobertura informativa también atrajo a clientes. Se acercaban curiosos que nunca habían oído hablar de Over the Rainbow y antiguos clientes llegaban con su tarjeta de crédito y dinero en

efectivo para expresar tanto su indignación como su apoyo.

Laney se miró las manos.

—Creo que tengo túnel carpiano de estar tanto tiempo en la caja.

Se sentó al pie del escaparate, estaba agotada. Cada vez tenía menos claro por qué luchaba. Bree quería salvar la Rainbow y Thom, el dinero de Elliot. Pero ¿ella? Había pasado el día interpretando una especie de adolescencia tardía y dejándose llevar por un reflejo que tenía grabado en lo más profundo y la obligaba a discutir con su madre; solo porque era su hija y solo porque le habían enseñado que esa era la forma natural de relacionarse con una madre. Se había convencido de que estaba en Minneapolis por lealtad a su hermana, pero no era la primera vez que distinguía el mar infinito de grises que se abre entre la lealtad y su prima pequeña: la terquedad. Laney había salido a nadar y ya no sabía dónde quedaba la orilla.

—¿Se puede hacer algo para que cambies de idea, mamá? Al menos dime eso.

—Todos tenemos derecho a cierta intimidad, Laney.

—Sé que perdí derecho a escuchar confidencias familiares hace veinte años, pero Bree ha dedicado su vida a este sitio. Al menos dile a ella por qué lo vendes. Quiere continuar tu legado y tu obra. Eres su ídolo. Su salvadora. Y Elliot fue lo más parecido que ha tenido a un padre de verdad.

Entonces Bree tuvo un golpe de lucidez, igual que un destello. Como si lo que acababa de decir hubiera sido una cerilla, una llama cayó al suelo de hojas secas del bosque: tú luchas por la familia.

Laney se hundió en el suelo, extendiendo los brazos y las piernas en señal de rendición.

—Vaya mierda.

Al ver el dramatismo de su hija, su madre frunció el ceño, pero se ablandó con la misma rapidez.

—Estás pálida, ¿se te ha revuelto el estómago? ¿Quieres agua?

—No, no es eso.

Cuando aún iba al instituto, a Laney le diagnosticaron SCI, un acrónimo que se negaba a explicar porque incluía la palabra «colon» y eso la obligaba a hablar de «cosas del culo», como decía Tuck. El principal desencadenante era el estrés y, con la tensión familiar

creciendo sin parar desde hacía una semana, tenía que ir cada dos por tres al baño gritando «¡tiburón terrestre!», la contraseña de la familia para emergencias en el servicio.

—Pero tienes razón, no me encuentro bien. Veo la vida pasar ante mis ojos y tengo una especie de resaca porque me cabrea tanto cómo tratas a Bree que estoy a punto de hiperventilar. Y eso ni siquiera es lo peor, lo peor es que os echo de menos. Echo de menos a mi familia. Echo de menos a Elliot. Echo de menos a mi hermana. Pero, sobre todo, te echo de menos a ti. Y es un asco; me siento tan mal que tengo ganas de vomitar.

Su madre se quedó callada durante un rato antes de hundirse en el suelo a su lado. No estaba enfadada ni la abrazó para consolarla. Al contrario, se echó a reír llenando la tienda de carcajadas.

—Pero ¿qué…? ¡Por favor! Esto no tiene gracia, mamá.

—Vamos, Laney, escúchate. Acabas de decir que vas a ponerte a vomitar porque nos echas de menos. Todo tiene gracia, según como se mire.

—¡Esto no! Estoy desahogándome y tú pareces un francés viendo una película de Jerry Lewis.

Irma respiró hondo y ahogó la risa a la fuerza.

—Bueno, si yo soy la sartén, tú eres el cazo, querida. El otro día te dije que no tenía fuerzas para hablar con Violet Baumgartner y me amenazaste con decirle que tenía ébola.

—Me estoy mostrando vulnerable, me gustaría compartir un momento de intimidad contigo.

—Por supuesto, disculpa.

—Además, si todo tiene gracia según como se mire, ¿cómo es que te pone de tan mal humor que haya gente ahí fuera para apoyarte?

Como de costumbre, su madre no respondió a su pregunta.

—Con las pintas de alguno sí que me he reído… —murmuró.

Pero se acercó y cogió la mano de Laney entre las suyas. Estuvieron un rato sentadas sin hablar.

—Yo también te he echado de menos todos los días desde que te fuiste —dijo Irma por fin—. Perderte no fue lo mismo que perder a Nestor o a Elliot, pero también fue devastador a su manera. Estaba segura de que te había fallado y parecía que no podía hacer nada para arreglarlo.

—Nunca me has fallado, mamá. —Por primera vez lo dijo convencida de que era verdad—. Me fui porque no quería quedarme aquí. Y solo me quedé lejos porque no sabía cómo volver.

Aquella primavera tuvieron discusiones terribles. Laney quería pasar el último verano antes de ir a la universidad en el circuito de carreras con Tuck, pero Irma quería que se quedara en casa a trabajar: no podía ir dando tumbos por todo el país, de un circuito de segunda a otro y devorando el dinero que tenían ahorrado para la universidad y su futuro.

—Debería haberte dejado marchar, al menos parte del verano —le decía ahora su madre—. No debería haber menospreciado las metas de Tuck en la competición como lo hice.

Irma dijo que se creía Danny Zuko, con lo que Laney gritó: «Pues entonces, ¡yo soy Sandra Dee!». Como si su yo de dieciocho años supiera quién era, cuando su concepto de la generación de su madre no iba más allá que lo que había aprendido viendo *Crease*.

Laney gimió.

—Está claro que quedarme en casa no ha servido de gran cosa, pero puede que tenga su lado bueno. Me construí una historia apasionante: tuve el valor de marcharme y de jugármelo todo con Tuck, y emprendimos juntos una gran aventura. Sin embargo, ahora creo que no sabía lo que quería de verdad y Tuck solo me ofreció una vía de escape.

Tuvo la sensación de que su madre se hundía aún más en el suelo.

—Ninguna madre cría a sus hijos pensando que querrán escapar de ella algún día.

Laney siempre metía la pata. No tenía hijos, aunque los quería y lo había intentado. Pero, incluso con experiencia nula como madre, sabía que acababa de confirmar los peores temores de su madre: fallarle.

—Me creas o no, mamá, esto no tiene que ver contigo. Me he dado cuenta de que, si estás ocupada preocupándote por las necesidades de los demás, no tienes que pensar en las tuyas.

Dieciséis

4 días para el cierre…

Bree estaba tras el mostrador cuando llegó la cartera.

—Os echaré de menos —le dijo Gerry.

Pasaba por la Rainbow casi a diario desde hacía una década. Otra de las caras que Bree iba a dejar de ver, la lista era cada vez más larga.

—Me quedé de piedra cuando me contaron la noticia. No lo esperaba.

—Yo tampoco. —Había dejado de ser diplomática sobre el cierre de la tienda; aquello la estaba matando y quería que se enterase todo el mundo—. A mí no me consultaron.

—Ya imagino…

Gerry se movió incómoda hasta que recordó, con evidente alivio, que tenía trabajo que hacer y dejó una pila de correo sobre el mostrador.

—¿Tienes algo para mí?

Bree negó con la cabeza.

—Muy bien, que tengas un buen día. Sal un rato a que te dé el sol. Es difícil estar de mal humor con este buen tiempo. ¿Has visto el parte de Belinda Jensen en el Canal n? Rondaremos los treinta grados toda la semana. Seguro que eso te animará un poco.

Bree recogió el correo.

—¿Sabías que Belinda también es autora? Escribe libros para niños. Por si en tu ruta conoces a los padres de algún futuro meteorólogo…

La recomendación era puro instinto: la predisposición de una

librera a hacer llegar los libros a sus lectores, aunque no los tuviera en la tienda ni pudieran enviárselos en la semana que les quedaba.

—Lo tendré en cuenta.

Gerry iba ya camino de la puerta. Nunca se quedaba mucho tiempo, aunque fuera lloviera o nevara.

En cuanto se marchó, Bree hojeó el correo. Entre las facturas encontró más de una docena de postales de preocupados miembros del Comité de Patrimonio Histórico de Lyn-Lake. Llevaban una semana recibiéndolas y ninguna de ellas —ni Bree ni Irma ni Daisy — había oído hablar nunca de semejante asociación. Aun así, tenían un logotipo y también los conocimientos necesarios para diseñar, imprimir, montar y enviar postales en masa:

> Les ruego que reconsideren la venta de su negocio
> a unos promotores dispuestos a destruir la historia
> y el patrimonio de la ciudad por lucro.

Todas iban firmadas a mano, aunque la mayoría de los remitentes solo daban el nombre de pila para no ser identificados.

—Hoy han llegado diecinueve postales más, Irma —dijo.

No iba a cambiar nada, pero le parecía mal no mencionarlo. Las llevó a la trastienda y las dejó sobre el escritorio donde estaba su madre vaciando más carpetas.

—Dile a Thom que deje de tirar el dinero de sus amigos en sellos —dijo sin apenas levantar la vista.

—No creo que sea cosa suya. —Thom no tenía motivos para ocultarle sus maquinaciones y negó tener nada que ver—. Quizá exista de verdad un Comité de Patrimonio Histórico de Lyn-Lake.

—No que yo sepa.

Irma tiró lo que quedaba de una voluminosa carpeta a la papelera y cogió la siguiente del montón.

—Bueno, ya sé que los papeles se firman el viernes, pero ¿cuándo tenemos que marcharnos?

Por lo que Bree sabía, Irma no había contratado ninguna empresa de mudanzas ni servicio de limpieza ni nada de lo necesario para vaciar mil cuatrocientos metros cuadrados llenos de estanterías de madera hasta el techo y antiguos confesionarios convertidos en rincones de lectura.

—Les damos las llaves a los Vandaveer el lunes por la mañana.

Bree se estremeció. Solo tenían cuarenta y ocho horas para el traslado. Si querían terminar, no iban a poder dormir. Hizo el esfuerzo de hablar sin que se notara el pánico.

—¿Quieres que llame a alguna empresa de mudanzas?

Su madre rechazó el ofrecimiento.

—Los liquidadores vienen el sábado por la mañana. Se encargarán de todo lo que queda.

—Ah. —Pegó una sonrisa en la cara el tiempo justo para añadir —: Me alegra saberlo.

Solo tres palabras que la dejaron vacía.

Se marchó de allí y fue a encerrarse en el confesionario más alejado. Liquidadores. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza, pero estaba claro: Irma no necesitaba seis bancos de capilla desconchados en el salón. No tenía espacio ni para un confesionario, mucho menos para ocho. Además, seguro que esas cosas valían algo de dinero. No sabía cuánto, pero algo les darían.

Deslizó una mano por la pared y sintió la veta de roble nudoso bajo los dedos, el barniz casi desaparecido, desgastado por décadas de lectores y, antes de ellos, por generaciones de adolescentes en confesión.

—No sé quién o qué eres, pero perdóname —susurró—. He pensado cosas horribles de mi madre. No creo que esté en sus cabales. Y, para ser honesta, desearía no haberme enamorado nunca de esta familia ni de esta librería porque, si hubiera sabido cuánto daño iban a hacerme… —Se interrumpió, estaba siendo demasiado amable—. Vale, seré sincera por una vez. Odio lo que está pasando. Odio que se suponga que debo quedarme parada y sonreír mientras mi vida se va por el desagüe. Odio que Irma no piense que soy lo bastante lista para saber la verdad o que no lo merezco. Y ¿sabes qué? Creo que también odio la Rainbow. Esta estúpida fantasía de los-libros-son-mágicos-porque-hacen-feliz-a-la-gente que la mayoría de los días no es más que pasar un montón de horas intentando que alguien se decida a comprar un libro que llevará a casa y dejará en la pila de lecturas pendientes. Nadie lee ni la mitad de la basura que compra. Pero ¿a mí qué me importa? No soy más que una humilde dependienta que trabaja en la caja. Me falta cerebro para opinar.

Llamaron a la puerta del confesionario.

—¿Bree? —Laney le susurraba—. Tienes que salir.

—Todavía no.

Bree no entendía para qué había que bajar la voz; Irma ni siquiera la escuchaba cuando estaban cara a cara.

—En serio. Al está aquí y está bastante alterado.

Al oírlo, empujó la puerta sin avisar a Laney, que se llevó un buen golpe en la cadera.

—¡Ay!

—Perdona.

Laney se acarició el costado.

—Ha dolido —susurró y se llevó a Bree hacia el almacén sin hacer ruido.

Al más puro estilo de Misterios S. A., se acercaron y pegaron el oído a la puerta para escuchar sin que las vieran.

—Esto es horrible, Irma. —Al estaba dentro, era cierto—. De haber sabido que la gente reaccionaría así, no habría cerrado el trato.

Bree y Laney se miraron con los ojos como platos. Por lo visto, había una posibilidad de que cambiara de idea.

—Al, sabes que firmo el viernes.

—Soy consciente, te lo aseguro. Sin embargo, mi acuerdo tiene una cláusula de salida y me lo estoy planteando. Lo siento.

Irma balbuceó lo de siempre: no podía hacer eso, tenían un trato, estaban a punto de firmar… Pero Al no cedió y, sin darles tiempo a reaccionar, salió del almacén y las encontró junto a la puerta.

—Hola, chicas. —Inclinó la cabeza para saludarlas.

—Hola, Al. —Le devolvieron el gesto.

Luego desapareció. Salió por la puerta amarilla y echó a andar hacia la ferretería.

Laney se volvió hacia Bree.

—¿Qué acaba de pasar? —dijo moviendo solo los labios.

—Ni idea.

—¡Sé que estáis escuchando! —gritó Irma—. Será mejor que vengáis aquí y acabemos de una vez.

Asomaron por la puerta obedientes.

—Lo siento, no queríamos oírlo, pero… —dijo Bree.

—¿Quién era y qué quería? —preguntó Laney.

Irma miró a Laney, pero respondió a Bree.

—Puede que te parezcan buenas noticias, pero si Al se echa atrás, lo que vendrá será infinitamente peor.

Sacudió la cabeza y se desplomó en la silla. El escritorio estaba lleno de documentos, el suelo cubierto de papeles viejos que no habían llegado a la papelera y su madre tenía la cara nublada por algo que Bree no había visto en mucho tiempo: miedo.

Irma cerró los ojos y se llevó dos dedos al puente de la nariz.

—Por lo visto, la hermana de Al ya no quiere vender su parte de la tienda. Nunca le importó, pero verlo por las noticias y las docenas de postales que ha recibido por correo le han hecho cambiar de opinión.

—¿Al no pensó en eso antes de aceptar el acuerdo? —preguntó Laney.

—Iba a comprar su parte —soltó Bree sin pensarlo—. Dijo que con el dinero que le daban los Vandaveer podía jubilarse y dar a su hermana una suma más que decente.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Al oírla, Irma se despertó de golpe, tenía los cinco sentidos puestos en ella—. ¿No me dirás que fuiste a hablar con Al?

—¡No! —respondió, pero sí, lo había hecho—. No fue como lo pintas tú.

—¿Y qué pinta tiene, entonces?

Bree miró a Laney en busca de ayuda, pero solo se encogió de hombros. Por supuesto, Laney no sabía más que Irma; Bree no le dijo nada de las dos conversaciones clandestinas.

—Lo que pasó es que…

Presa del pánico, empezó a pensar a toda velocidad y entonces se le ocurrió.

—Daisy y Lou vinieron a verme porque Al les contó que le presionaste con la venta. —Se estremeció al recordar que Al recalcó que no lo había presionado—. Lo que dijo fue que tenías claro tu objetivo. También cree que hiciste de intermediaria para los Vandaveer porque volvieron con la misma oferta en cuanto te dijo por cuánto se plantearía vender. No tenía intención de jubilarse, pero decidió hacerlo porque el dinero le venía muy bien.

Los ojos de Laney parecían atrapados en un rayo tractor.

—Lo siento —dijo Bree—. No te lo había contado.

—Oh, ya veo.

Pero Irma tenía preguntas.

—¿Daisy y Lou vinieron a verte? ¿Y porqué se meten en esto?

—¡Porque intentan ayudar! —Bree levantó los brazos y se dio cuenta de que estaba gritando cuando ya era tarde—. ¡Porque sabían que estoy triste! ¡Porque quieren ser buenos vecinos! ¡Y porque AL SE DIGNÓ A RESPONDER!

—Tranquila, Breechito. —Laney le puso una mano en el brazo, intentando calmar la tormenta—. Quizá deberías bajar un poco el tono.

—¿POR QUÉ? —Salió a la tienda y gritó—: ¡EH, CLIENTES DE LA RAINBOW! SI QUERÉIS ALGO, COGEDLO AHORA PORQUE IRMA PREFIERE CERRAR LA LIBRERÍA A PERMITIR QUE SU PROPIA HIJA DÉ UN PASO AL FRENTE Y LE ECHE UNA MANO.

Pensaba que la tienda estaba vacía, pero había alguien. Una madre con un bebé, que seguramente estaría durmiendo en el cochecito unos segundos antes, iba a toda velocidad hacia la puerta.

—¡Lo siento!

Uf. Eso iba a estar mañana en Google Reviews; menos mal que ya daba igual.

Irma se levantó tan bruscamente que tiró la montaña de carpetas al suelo.

—No soporto esto ni un segundo más. —Cogió el bolso y se dirigió a toda prisa hacia la puerta—. Cerrad cuando queráis. Hoy no voy a volver.

—¡Mamá! —La llamó Laney—. ¿Adónde vas?

No contestó. Por eso Bree ni siquiera había gastado saliva en intentar detenerla.

Diecisiete

3 días para el cierre…

Laney se quedó mirando el teléfono. Tenía que llamar a Tuck para hablar de la vuelta. El día anterior le dijo que el sitio web de la aerolínea no funcionaba y no podía hacer la reserva. Era mentira.

«¿Qué pasa?», le preguntó él, a lo que respondió «una tormenta espantosa», sabiendo que no era ni de lejos lo que le estaba preguntando.

Por la mañana le envió un mensaje: «He comprobado la web y funcionaba bien».

Eran más de las siete de la tarde y aún no se había atrevido a responder.

—Hola.

Tuck contestó al primer tono.

—Hola.

Silencio sepulcral. Los dos sabían que se avecinaba una tormenta, esta metafórica. Veían las nubes en el horizonte y notaban cómo descendía el punto de rocío. Iba a ser fuerte.

—¿Qué puede haber tan terrible que prefieres mentir y decir que estás atrapada a volver conmigo? Nunca querías volver a casa, ¿y ahora no quieres irte de allí?

Nadie definiría a Tuck por su astucia, y mucho menos Laney. Era simple y su interés por lo que pudieran pensar o decir otras personas, tan fino como una cáscara de naranja. Pero esa vez tenía razón: Laney no quería volver, y ni él ni su matrimonio ni su vida juntos bastaban para llevarla de vuelta.

Intentó explicárselo.

—No es tanto lo que hay como lo que falta. Tuck, mi familia está pasando por un mal momento. Si me marchara sin que todo esto se solucione, me sentiría responsable.

Tuck le preguntó qué significaba eso, cómo se podía solucionar y cuánto iban a tardar. No lo sabía ni trató de calcularlo. Todo era muy complicado y, de alguna forma, no definirlo, no ponerle límites, le hizo sentir que estaba haciendo lo correcto y le dio fuerzas.

—Eres un desastre —dijo Tuck entre dientes.

Lo dijo para herirla porque estaba herido. Laney siempre había sido la barrera que lo protegía del desastre, la que lo evitaba siempre que podía o lo arreglaba cuando sucedía. No tenía permiso para ser ella la causa.

—Yo no lo creo. —Se puso recta y notó un subidón de energía con el cambio de postura—. Somos un desastre los dos. Nuestra relación es un desastre. Pero yo no.

Miró por el escaparate hacia la fiesta que había al otro lado de la calle.

—De hecho, puede que esta noche salga a bailar.

Como es comprensible, a Tuck eso le pareció una forma de admitir que se quedaba en Minneapolis para continuar con la aventura amorosa de la que ya empezaba a sospechar. Solo dejó de acusarla cuando Laney amenazó con poner a su madre al teléfono para que diera fe de su comportamiento.

—Tengo que ir al baño cada diez minutos y me acuesto a las nueve todas las noches. ¿Tú crees que puedo tener sexo desenfrenado?

—Como quieras —dijo al rato—. Pero vuelve aquí, Laney.

A Thom le dolían la espalda y las caderas, y por primera vez la KO no estaba hasta la bandera. Era martes. Había gente, pero el viernes y el sábado tuvieron que cerrar el acceso. Le apetecía sentarse un rato.

Quizá podía pedirle a alguien que fuera a la ferretería de Al para comprarle una de esas sillas de lona que se pliegan y caben en un bolso. Contó el dinero que llevaba encima: seis dólares. Podía coger prestado de las donaciones, pero no parecía una buena excusa. La

verdad era que no iba a quedar muy bien si lo pillaban con las manos en la masa. Tendría que sufrir.

¿Tenía que hacerlo o lo hacía porque quería? Era muy diferente verlo de una forma u otra, y los pinchazos en la espalda no tardaron en recordárselo. Se tenía que esperar turno en urgencias, igual que se tenía que hacer cola en la caja del supermercado. Pero no se tenía que obligar a un cuerpo de sesenta y ocho años a soportar otra noche de pie sin descanso. Solo unos años antes, pasaba turnos enteros de pie. Desde entonces había perdido fuerzas. Se había vuelto viejo.

El cuerpo y la mente le decían que no tenía por qué hacerlo, sino que elegía renunciar a la comodidad por un tiempo en honor a Elliot. Por él. Y a quién quería engañar: también estaba ahí por el dinero. Aunque el dinero acabara atrapado en el purgatorio testamentario hasta que Thom se reuniera con Elliot en el más allá, el dinero era importante. Significaba que Elliot valía más de lo que Irma pretendía, que su vida fue importante y que tuvo valor cuando estuvo aquí en la tierra.

Contempló la escena que había creado en honor de su compañero: gente bailando para convencer a unos promotores avispados de que renunciaran a un trato demasiado bueno. Era una locura. Desde el primer momento supo que sus posibilidades de éxito eran irrisorias y, aun así, lo había intentado. Se sentía orgulloso de haber hecho algo o, como diría su padre, de no «sentarse a mirar el partido».

El padre de Thom no vivió lo suficiente para que llegara el día en que su hijo reuniera el valor de decirle que era gay, tampoco le habría gustado oírlo. Pero le habría gustado saber que su hijo estaba prestando resistencia y haciendo honor a su legado. Miró hacia la valla donde seguían colgadas las pancartas de «Vandaveer Investments, pasad a la otra acera» y «De fiesta hasta el *knockout* de los Knickerbocker». Si se trataba de defender a Elliot, saltaba la valla y entraba en el partido.

Madre mía, tenía que sentarse. Se miró los tobillos: parecían dos mangos.

—Hola, Thomas.

Le entró un escalofrío al oír ese nombre. No le habían llamado Thomas desde que su madre murió en 1984, porque no se lo

permitía a nadie. Era Thom. Pero Daisy, quien lo dijo, era Daisyy no parecía hacer mucho caso de las convenciones.

Se enderezó lo mejor que pudo y trató de sonreír.

—Buenas noches.

—Ya veo que la cosa sigue animada. Solo pasaba para ver si necesitabas un refresco para adultos. —Le guiñó un ojo—. Yo invito.

Ladeó la cabeza y la observó. Qué mezcla de contradicciones la suya. Tan descarada y testaruda como tierna, todo corazón.

—Lo que me haría falta es una silla, pero no vamos a traer aquí una del bar.

Daisy sacudió la cabeza.

—No, imposible. Pero puedo ofrecerte una caja de madera del almacén. Los proveedores creen que usándolas van de sofisticados, pero no son más que un incordio.

Thom aceptó con un alivio casi lastimero.

Aquella noche no parecía más que un mal epílogo o algo que ya solo se hacía por costumbre. Brian y Michael se habían retirado por unos días, jurando lealtad al tiempo que admitían la derrota. El DJ era un sustituto y la *playlist* era tan insulsa como inconexa: los Bay City Rollers seguían a Judas Priest, que siguieron a John Denver. ¿En qué universo *Gremdma'sfeather bed* se consideraba música de baile?

Por suerte, Daisy no tardó mucho en volver.

—Siente aquí sus reales posaderas, señor. —Puso a sus pies una caja de madera con falsos sellos de aduana en francés—. Cuidado con las astillas, que soy muy traicioneras y de eso creo que ya vas sobrado.

Thom se rio. Una risa espontánea que lo pilló desprevenido; al tomar asiento, escuchó un coro de querubines que alababan al cielo y se le levantó el ánimo.

—Gracias, Daisy. No tienes ni idea del alivio que es esto.

—¿Seguro que no quieres algo de beber? ¿Aunque sea un refresco? —le repitió.

—Me quedo con la botella de agua.

Al menos se había acordado de comprar una.

Daisy se despidió mientras el DJ cogía el micrófono.

—¡Hola, noqueadores! —anunció—. Gracias por venir esta

noche a apoyar el proyecto «A la otra acera». ¡No a la demolición de nuestros negocios! Ahora, sacad los cencerros porque aquí vienen Blue Óyster Cult con su *Don't fear the reaperl* Toc, toc, toc, toc, toc. De pronto, Thom estaba dando golpes a un cencerro imaginario en el aire. Sí, se estaba animando. Además ¿quién no necesitaba «más cencerro»?

—¿Thom?

—¡Al!

Lo habían pillado. Guardó el instrumento imaginario en el bolsillo de atrás y se levantó con un mohín, ¿estaba perdiendo la cabeza?

—Espero que no molestemos a los clientes. ¿Quieres que bajemos el volumen?

—No hace falta. De hecho, esperaba poder decir unas palabras a los asistentes… Cuando a ti te parezca, no quiero aguaros la fiesta.

—¡Por supuesto!

Qué curioso. Al llevaba noches repartiendo agua, pero nunca había pedido hablar.

—¿Quieres hacerme un adelanto?

—No sé… —Al lo pensó un momento—. Creo que será mejor que suba directamente. No quiero ponerme nervioso.

—Claro. —Justo cuando empezaba a mejorar la noche, volvió a sentir un nudo en el estómago—. Vamos con el DJ.

Momentos después, Al comenzó a hablar:

—Amigos, estos días han sido increíbles. Alstrop's Ace *Hardware* nunca había salido tanto en el periódico, ¡y eso que pagamos publicidad desde hace cincuenta años!

La multitud empezó a silbar y a aplaudir. Al tenía cierto encanto de la Minnesota de los viejos tiempos, muy apropiado para un ferretero: arrastraba las vocales, parecía de lo más cómodo con las manos metidas en los bolsillos y siempre añadía un «¡Anda, la mar!» o un «¡No somos nada!».

—¡Enséñanos cómo te mueves, Al! —gritó alguien.

—No, mejor os lo ahorro —dijo echando a reír—. Quiero daros las gracias por el apoyo. Mi familia y yo lo apreciamos mucho.

Más silbidos y aplausos.

—Por eso, quiero que seáis los primeros en saber que Alstrop no va a cerrar. La hija de mi hermana, mi sobrina Kaarin, ha dado un

paso al frente para tomar las riendas del negocio familiar. Es una verdadera artista con el soplete y la persona perfecta para tomar el relevo.

A esas alturas, todos aplaudían con tantas ganas que no escucharon la parte sobre los vídeos de soldadura en YouTube de Kaarin. El DJ respondió al entusiasmo general haciendo sonar por lo bajo un ritmo machacón que les hizo saltar como si fuera un pogo.

—¡Sí! ¡Vamos! —gritaban.

Al trató de explicar que la ferretería los iba a necesitar a partir de ese momento, pero Thom se dio cuenta de que ya estaban a otra cosa.

—Creo que ya les has dado lo que querían oír —dijo quitándole con delicadeza el micrófono.

Al estaba empapado en sudor nervioso; aun así, Thom lo abrazó.

—Qué gran noticia, Al. Enhorabuena. Gracias por escucharnos y responder como lo has hecho.

Le latía el corazón tan fuerte que se le iba a salir del pecho. Y no era por el enorme altavoz que retumbaba al lado.

—A ver cómo va la cosa —dijo Al—. Kaarin no va a tener las cosas fáciles.

—Prometo seguir comprando en Alstrop. —Thom dibujó una sonrisa enorme; seguro que parecía bobo—. Dile a Kaarin que compraré todo allí: papel higiénico, lavavajillas… Hasta herramientas que no necesito.

Al empezó a decir que no hacía falta, pero todo el mundo se acercó a felicitarlo. Thom le hizo una señal al DJ para que siguiera la música. Necesitaba un momento para procesar lo que acababa de oír. Justo esa noche sus amigos se habían quedado en casa (seguro que estaban con almohadillas eléctricas y bálsamo de tigre, qué envidia). Lo mismo que Laney y Bree. ¿Dónde estaban? Se habían perdido el gran momento.

El último chupito de *bourbon* le había sentado mal. Igual había bebido muchos. Tenía la lengua como un trapo y le costaba hablar.

—Hola, Witt. —Qué más daba, tenía que intentarlo—. Ya que me voy a quedar sin trabajo el viernes, ¿puedo trabajar aquí de camarera?

Él le sonrió (más bien, se rio), pero a ella le gustó la cara que puso, igual que sus caderas, sobre todo la que tenía apoyada en la barra.

—¿Conoces la diferencia entre *whisky* y vodka? —le preguntó.

—¡Sí! Uno es blanco y el otro marrón.

—¿Blanco? ¿Cómo la leche?

—No. —Movió los dedos para borrar la respuesta del aire—. Más o menos claro. Se puede ver a través.

Ahora tenía las manos delante de los ojos, y lo miró entre los dedos.

—Te veo.

—Creo que ya no bebes más por hoy. —Witt retiró el vaso, aunque seguía medio lleno—. Pero tienes razón, el vodka es claro y el *whisky* marrón.

—Entonces, ¿tengo trabajo?

—Creo que puedes aspirar a cosas mejores. Ve a por ellas.

Se le escapó un suspiro con el que no contaba.

—Pero ¿el qué? No he hecho otra cosa que leer libros y hacer que la gente los lea. No es como vender coches, yo no sabría atosigar a nadie.

—Hum —dijo Witt.

Se diría que estaba disfrutando. Quizá debería preguntarle:

—¿Estás a gusto con esto? —*Puedes hacerlo mejor*—. Conmigo, quiero decir.

Con eso, Witt rompió a reír a carcajadas.

—Claro que sí. Estoy muy muy a gusto contigo.

—Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad?

—Qué va. No sabes lo que vemos los camareros.

Eso no fue nada tranquilizador. Quería arrastrarse bajo la barra y desaparecer.

—No me mires. Creo que estoy borracha.

—Me parece que tienes razón. —Dejó de hablar un momento para servirle un vaso de agua fría—. Y yo tampoco creo que tengas futuro vendiendo coches. Te encanta vender libros, ¿verdad?

Asintió.

—Hay más librerías en la ciudad.

—Las demás solo son librerías. La Rainbow tiene un duende.

Puede que lo tuvieran de verdad, qué sabía ella.

—¿Y por qué no entra en acción y salva la tienda?

Bree dejó caer la cara sobre la barra.

—Porque es un capullo.

Witt la dejó enfurruñada mientras fue a atender a una pareja en el otro extremo de la barra. No le gustaba un pelo estar borracha. Perdía el control y todo era un caos. El problema era que ahora su vida sin estar borracha también estaba fuera de control y en el caos. Se mirase como se mirase, salía perdiendo.

Notó una palmadita en la espalda.

—¿Nuestra pequeña ha bebido demasiado?

—Hola, Daisy.

No levantó la cabeza. Solo quería esfumarse. Daisy se sentó a su lado.

—Estaba en el solar; creo que a tu amigo Thom le vendría bien algo de compañía.

Bree se tapó la cara con la palma de la mano.

—Me estoy escondiendo.

—¿De Thom?

—De todo. De la Rainbow, de Irma y de mi futuro sin esperanza ni trabajo.

Daisy frunció el ceño.

—No lo voy a consentir. —Le señaló a la cara—. Nada de autocompadecerte en la *Lady of the Lake*. Vamos.

Se levantó y tiró de Bree.

—Eh, Witt, vamos a dar una vuelta. No te preocupes por la cuenta, ya pagará otro día.

Estuvo a punto de protestar, lo tenía preparado en la garganta, pero se dio cuenta de que no sabía por qué motivo. ¿Porque Daisy era comprensiva y confiada? ¿Porque Witt no la dejó sola con sus quejas y lamentos?

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A tomar el fresco y de paso hacer compañía a tu amigo. —Daisy abrió la puerta y le dio un empujoncito—. Está detrás del escenario. No tiene pérdida.

La dejó en la puerta sin ningún sitio al que ir, salvo adelante.

—De acuerdo —le murmuró a nadie—. No hace falta que empujes.

La música estaba alta esa noche o quizá siempre estaba así de

alta. No podía saberlo porque no se había acercado para que Irma no pensara que Laney y ella estaban en el bando de los revolucionarios, aunque así fuera. Mientras caminaba, empezó a seguir el ritmo… Toe, toe, toe, toe, toe. Le sonaba la canción… ¿Cuál era? El cerebro le respondió con una imagen de Will Farrell con peluca rizada y un suéter muy ceñido en *Saturelay Night Uve*.

—¡Más cencerro! —gritó—. ¡Tengo fiebre y la única cura es más cencerro!

De pronto tenía su cencerro imaginario en el aire y era todo movimiento de caderas y golpes, toc, toc, toc, toc, toc. «*Don't fear the*…», empezó a cantar.

Sonó el claxon de un coche y se asustó. Al conductor no le hizo mucha gracia que fuera cencerreando en mitad de la Vigésima Octava.

—¡Esconde ese dedo, memo! Es la canción del cencerro. ¡Un poco de respeto!

La música paró cuando estaba lo bastante cerca del solar como para ver que alguien subía al escenario, aunque no lo suficiente como para ver quién era. Su instinto le dijo que corriera. Oyó: «¡… desde hace cincuenta años!», y la alegría de todo el mundo al escuchar lo que fuera que ese tipo estuviera diciendo. Entonces alguien gritó: «¡Enséñanos cómo te mueves, Al!», y todos rieron y aplaudieron tan fuerte que no oyó la respuesta. Al menos sabía que era Al. El estómago la amenazaba con vaciarse en medio de la calle, pero no podía bajar el ritmo. Estaba pasando algo.

«Mi familia y yo lo apreciamos mucho. Por eso, quiero que seáis los primeros en saber que Alstrop no va a cerrar. La hija de mi hermana, mi sobrina Kaarin, ha dado un paso…».

Bree se colgó de la valla, con los dedos y la cara pegados a la malla de acero. Desde donde estaba no podía ver a Al, pero sabía lo que acababa de oír: los Alstrop se retiraban del acuerdo.

—¡Se han echado atrás! —Empezó a saltar y a dar voces—. ¡Se han echado atrás!

Como si la hubiera visto, el DJ subió el volumen de los bajos con un bum, bum, bum, bum, y un centenar de noqueadores empezaron a botar al unísono con ella.

—¡Sí! ¡Vamos! ¡Sí!

¿Dónde estaba Laney? Tenía que ir a buscarla. No: estaba con

Irma en la librería. No podía entrar dando gritos de alegría. Mejor llamaba, o le enviaba un mensaje. ¿Dónde está el tipo de la gabardina cuando se le necesita?

—¡Laney! —gritó por teléfono—. ¿Has oído lo que acaba de decir Al?

Laney contestó, pero Bree no la entendía con todo aquel bullicio.

—¿Qué dices? No te oigo. Sal aquí, tienes que ver lo que está pasando.

Laney siguió hablando. Bree colgó.

Luego se agachó y vomitó en el césped.

Sí: había bebido muchos, un buen montón de chupitos de *bourbon*.

Laney colgó el teléfono y miró a su madre.

—Imagino que ya estás al tanto de lo que Al acaba de anunciar ahí fuera.

—¿Qué le gusta el cordero asado?

—Qué chispa, de dónde la habrás sacado. —Fue detrás del mostrador y cogió las llaves de su madre—. Vamos fuera. Ya cierro yo.

—No voy a ninguna parte.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Irma parecía Nellie Olson con una rabieta en Walnut Grove.

Laney chasqueó la lengua.

—No te portes como una niña, que ya tienes una edad. ¿No sabes que puedo llevarte a rastra si hace falta? Soy más joven y fuerte.

—Te denunciaré por maltratar a una anciana.

—Y yo te denunciaré a ti.

Su madre levantó una ceja.

—¿Se puede saber por qué…?

—Secuestro. No, ¡abducción alienígena! ¡Invasión de ladrones de cuerpos! —Movió la mano en el espacio que las separaba—. Seas quien seas, has robado a mi madre que antes estaba cuerda.

Laney la cogió de la mano y se la llevó hacia la puerta. No se resistió mucho y enseguida estaban las dos en la calle. Quería cruzar a toda prisa, pero sabía que eso bloquearía a su madre:

tenían que ir paso a paso. Le dio tiempo a Irma para que se adaptara al mundo que se abría al otro lado del escaparate.

—A ver, deja que lo adivine… Al ha anunciado que al final no vende —rezongó Irma.

—Es lo que vino a decirte ayer, ¿no?

—Estabais escuchando en la puerta. Lo oísteis.

Laney lo negó con la cabeza y sonrió mientras el bum, bum, bum de los bajos amenazaba con romper las ventanas del vecindario. Nunca entendería cómo Thom se había salido con la suya con semejante estruendo. Ni cómo un trío de mindundis como ellos había podido echar por tierra los planes de los Vandaveer.

Thom no vio a Bree subida a la valla ni a Irma y Laney en la acera de enfrente. Lo único que veía eran estrellas. Sobre todo, de alegría por la noticia de Al, pero también porque se sentó con demasiada energía en la caja de vino y notó un ¡zas! que le subía por la espina dorsal y le llegaba hasta las extremidades. Igual ya no podía volver a andar. Qué maravilla.

Se oyó un zumbido y el DJ volvió a parar la música. Thom estaba tan ocupado intentando no desplomarse en el suelo que no se dio cuenta de que alguien más había cogido el micro.

—¡Eh, roqueros de Lyn-Lake!

Thom sintió un escalofrío. ¿De quién era esa voz? ¿Y por qué se había comido a Wolfman Jack?

Tenía la espalda agarrotada. Se echó las manos a los costados y puso cara de dolor.

—Un momento de atención, por favor. —El pequeño Wolfman empezaba a dar pena—. Como acaba de decirle Al, estos días hemos estado trabajando en nuestro proyecto de los Knickerbocker. Nos ha dicho un pajarito que el lugar elegido no ha gustado mucho.

Thom se despabiló de golpe. ¿Nuestro proyecto de los Knickerbocker? Tenía que ser Trevor Vandaveer. Se esforzó por mirar, pero los músculos le decían que no iban a ir a ninguna parte hasta que estuvieran preparados.

Cuando oyó los abucheos que siguieron al comentario del «pajarito», supo que tenía razón: era Trevor.

—No les ha gustado esta parte, ¿eh? Bueno, puede que esto les

guste más —siguió diciendo.

Hizo una pausa, como todo buen *showman*, y les hizo mirar hacia la valla del lado oeste del solar.

—¿Maestro? —dijo.

Hubo silencio y luego un rugido que eclipsó cien veces al que siguió al anuncio de Al.

¿Qué había pasado?

—Así es —dijo Trevor—. Os hemos oído y os hemos escuchado.

El DJ comenzó de nuevo con el bajo atronador (este tipo era un auténtico poni de un solo truco) y, si Trevor dijo algo más, quedó sofocado por la música. Thom no podía seguir sentado en ese miniasiento como si fuera un niño, tenía que ver lo que acababa de enloquecer a todo el mundo. Se levantó despacio, presionando con el pulgar el punto que más le dolía, masajeándolo hasta que se doblegara. Ya tenía la mitad, estaba a cuarenta y cinco grados. Ahora quince. Solo un poco más. Pero la multitud volvía a hacer el pogo, saltando arriba y abajo, un centenar de cabezas que se agitaban y le bloqueaban la vista.

—Cabritos —les dijo a sus huesos achacosos—. Hacedme un favor, aunque solo sea esta vez.

Puso un pie sobre la caja, tomó aire y lo exhaló. Ahora venía la parte difícil. Concentró todas sus fuerzas en estirar la pierna lo suficiente para guiar el otro pie hacia arriba. Ya casi estaba. Le tembló el muslo. Su espalda gritaba de dolor. Ya casi está… ¡Listo! ¡Lo consiguió! Estaba de pie. La multitud seguía moviéndose de arriba abajo, pero él había ganado cuarenta centímetros. Miró hacia la valla: los carteles seguían colgados. Pero ¿dónde…?

¿Por qué ha cambiado de acera Vandaveer Investments?

Por fin la vio: una gigantesca pancarta de color blanco, con el logotipo verde de los Vandaveer en el centro.

Para enseñar a todo el mundo
el nuevo emplazamiento de los Knickerbocker
El mejor bloque residencial de Lyn-Lake
Muy pronto

¿Muy pronto? ¿En la otra acera? ¡Lo habían logrado! Madre mía,

lo habían… ¡CRAC! ¡CHAS! PUM.

Entreacto

El señor Elliot Gregory sr. y esposa
de Miami Beach, Florida,
se complacen en anunciar el matrimonio
de su hijo Elliot Martindale Gregory jr.
con
Irma Juliette Bedford
La boda se oficiará el viernes 30 de noviembre del año 1979

La pareja residirá en Minneapolis, Minnesota

¡Oh, sí, nos casamos!

Lo sé, lo sé. Es un lío. Judy me insiste para que os lo explique.

Pero antes, hay que montar el escenario.

Era el último día de noviembre y en Minneapolis estaba cayendo la primera nevada de la temporada. Irma no paraba de sonreír, igual que yo, aunque también estaba preocupado por evitar que la novia tuviera un percance a causa de la nieve en las escaleras del juzgado.

—Ve con cuidado —le dije, incapaz de imaginar lo que sería andar con sandalias de tacón con aquel tiempo.

Mis padres seguían dentro estrechando la mano al antiguo colega que ofició la ceremonia. Antes de jubilarse, Elliot fue juez de distrito en el mismo juzgado que nuestro oficiante y era un hombre de reputación «intachable». Menuda ironía, hacía unos momentos había asistido con orgullo a la boda de su hijo gay con su mejor amiga para hacerse con su dinero.

—¿Y ahora qué viene? —me preguntó Irma.

—Martinis y filetes en el Charlie's, en la Séptima. Después al

aeropuerto. Mamá y papá cogen el avión de vuelta a Miami a las seis.

—¿No querrán fotos?

—No con este bigote.

Irma estaba preciosa con su vestido de volantes blanco de gasa y un chal de piel de conejo; como dijo mamá: «perfectamente apropiada». Yo llevaba un traje que acababa de comprar en la sección de caballeros de Dayton. Pero, por impecable que fuera, no consiguió eclipsar el «pelambre» de mi cara, que les parecía a los dos abominable. Papá me llamó *hippie*, aunque los *hippies* habían pasado de moda hacía casi una década.

—Si te arrepientes, podemos volver dentro y anular la boda —dijo Irma.

Ese ofrecimiento era típico de ella; siempre estaba dispuesta a volar adonde nos llevaran mis caprichos, pero el orgullo no le impedía reconocer nuestros errores.

Sin embargo, aquella boda no era ningún error.

—¿Aún quieres abrir la librería?

—Claro. Muchísimo.

—Y hace falta una fortuna, ¿verdad?

Eso también era verdad.

—En tal caso, necesitamos al Banco Gregory.

Aquel día de noviembre de 1979 tan lleno de esperanzas, teníamos los dos veinticinco años. Para mis padres (que nacieron antes de los locos años veinte y alcanzaron la plenitud sexual cuando el emperador Hirohito se rindió ante los Aliados), era hora de que nos dedicáramos a aumentar la familia: ya me tocaba dejar de ir de flor en flor y a Irma se le iba a pasar el arroz.

—Hazle un favor a esa pobre chica y cásate con ella pronto —dijo mamá.

—Os daré más dinero cuando lleguen los niños —añadió papá.

Ahora ha quedado claro, ¿verdad? Lo hicimos por dinero. Yo no era digno de acceder a la fortuna de los Gregory hasta que quedara acreditado que era un macho americano de pura cepa. Antes de arrastrar a Irma al altar, intentamos conseguir un préstamo, pero no teníamos ingresos ni ahorros que nos avalaran, y fuimos el hazmerreír de los bancos.

Judy dice que no le sorprende.

En fin, ¡ahí lo tenéis! Ya conocéis los entresijos del origen de la Rainbow y la respuesta a la pregunta que habrá empezado a rondaros por la cabeza. Conseguimos el dinero para Over the Rainbow porque mis padres insistieron en que me casara y porque a Irma no le importaban las convenciones.

Al día siguiente, mientras firmábamos nuestro suculento cheque en el banco, Irma me miró y dijo:

—Te da igual que nuestros hijos no tengan tus genes, ¿verdad?

Cielos, por supuesto.

Dieciocho

3 horas después de paralizar la venta…

La velada había terminado en el hospital. Thom estaba gimiendo en la cama, con la espalda doblada y el tobillo torcido. Irma se sentó en una silla tan tiesa como una vara y lo más alejada posible del resto. Bree estaba acuclillada con las rodillas contra en el pecho, borracha todavía y apestando a vómito.

¿Y Laney? Bueno, solo intentaba evitar el desastre: que no estallara la pelea en esa jaula de fieras, que no reventaran las costuras y que la cerilla no acabara en la gasolina.

—Tú. —Señaló a Bree, sacó la papelera de debajo del lavabo y se la dejó al lado—. Si vas a echar la pota otra vez, usa esto.

Bree había vomitado en el coche de camino al hospital, por supuesto, porque eso era justo lo que les faltaba esa noche: más caos.

—Y tú. —Laney señaló a su madre—. No irás a ninguna parte hasta que nos cuentes lo que pasa. Sé que te parece un fracaso, pero ya verás que anular esta venta es lo mejor que le podía pasar a la Rainbow. Lo digo en serio: empieza a hablar o haré que un médico te inyecte suero de la verdad si hace falta.

Sabía que no podía hacerlo, pero también que su madre odiaba las agujas.

—Y en cuanto a ti…

Se acercó a la cama de Thom y le colocó la almohada bajo el tobillo. Después del notición de los Vandaveer, salió corriendo a la KO para celebrarlo, pero lo encontró tendido en el suelo, con la espalda doblada a noventa grados y una caja de vino enganchada en

el pie. Le dijo que la había pisado y cayó mal. Laney estuvo a punto de preguntarle si había forma de caer bien desde una caja, pero cambió de idea al verle una especie de sandía en la pierna: tenía el tobillo tan rojo que casi pasaba al verde, y le palpitaba.

Ahora, encerrados todos juntos en un box del Swedish Memorial Hospital, estaban dando la peor versión de sí mismos.

—¿Thom Winslow?

Llegó la segunda visita de la noche. Minutos antes, un joven con una *tablet* pegada al pecho, como un robot de una película de ciencia ficción de bajo presupuesto, fue el primero en aparecer para hacer el historial médico de Thom y comprobar los datos del seguro.

Esta era una joven con pijama rosa y un reloj prendido a la camisa.

—Veamos, ¿qué le duele?

Thom gimió, fue a señalarse el tobillo y jadeó cuando le dio un tirón en la espalda en el intento.

—Humm —dijo Pijama Rosa—. Parece molesto.

La cínica que Laney tenía dentro quería gritar: «Está de parto, ¿no lo ves?». Pero no pudo porque Bree acababa de meter la cabeza en la papelera y empezó a emitir unos ruidos más de mamífero marino que de ser humano.

—¿Está bien? —preguntó Pijama Rosa.

—Claro, es que detesta los martes —dijo, y su cínica interior sonrió aliviada.

Thom chilló cuando Pijama Rosa le tocó el tobillo con la punta de un dedo.

Bree se tapó los oídos con las palmas de las manos sin sacar la cabeza de la papelera.

—Me voy a dar una vuelta. —Irma se levantó y fue hacia la puerta.

Thom lanzaba ahora un siseo espantoso y arrítmico (¿y si estaba de parto de verdad?). Era normal que su madre quisiera huir de ahí, pero no podía perderla de vista.

—Ni lo pienses. —Estaba más cerca de la puerta y era más rápida que Irma, así que le cerró el paso—. Estamos juntas en esto. O nos vamos todos o de aquí no se mueve nadie.

Al oírla, la enfermera se apresuró a objetar:

—No creo que el señor Winslow vaya a ninguna parte esta noche.

—¿Thom se va a morir?

Bree sacó la cabeza de la papelera justo en el momento en que la enfermera Pijama Rosa le levantaba el tobillo para echar un vistazo.

—¡AAAAAAAAAAAAIIIIIIIIIIEEEEEEEEEE!

En algún momento y en mitad del caos, Irma aprovechó un despiste de Laney para escabullirse de la habitación. Quizá fue cuando llegó el médico y Thom se puso a gritar otra vez o cuando llegó la auxiliar de enfermería con el relajante muscular y acabó con la cara llena de agua. Cuesta tragar bien cuando tu cuerpo parece una sábana al salir de la secadora, enredado, lleno de nudos y un poco del revés.

—Lo siento —balbuceó Thom—. Aunque creo que he tragado la pastilla.

—No pasa nada, me han caído cosas peores encima.

Laney y Bree se habían quedado solas. Un celador se había llevado a Thom a rayos X y, por lo que sabían, su madre volvió a casa haciendo autostop.

Bree se levantó y fue tambaleándose a la cama.

—¿Qué haces?

—Tengo que tumbarme.

Se tapó las piernas con la manta. Laney miró el reloj, pasaron noventa segundos. Había demasiado silencio.

—¿Adónde crees que ha ido mamá?

Bree gimió.

—Si hablo, todo empieza a dar vueltas.

—Vale.

Dos minutos. Tres minutos. Cuatro minutos.

—Si no vuelve en diez minutos, iré a buscarla.

—¿Para qué? —Bree tuvo un ataque de hipo—. No hace falta que respondas, era una pregunta retórica.

Aun así, Laney pensó en la respuesta. ¿Para qué iba a ir a buscarla? ¿Tenía una vena masoquista sin saberlo?

Pensó en aquel día en la tienda de neumáticos, el que puso a rodar la bola de nieve. No tuvo nada de especial: los clientes eran tan pintorescos como siempre, se habían acabado las rosquillas y el televisor estaba al máximo volumen. Sin embargo, ese día decidió

venir a casa.

Y ahí estaba.

—Bree —susurró—, ¿te has preguntado alguna vez cómo serían las cosas si no me hubiera quedado con Tuck?

Su hermana gimió, pero reunió fuerzas para decir:

—Siento decepcionarte, pero no dedico mucho tiempo a pensar en el marido de mi hermana.

—No lo digo por él, sino por mí. Por nosotras. ¿Tú y yo seguiríamos juntas o habríamos tomado caminos separados? ¿Seríamos una de esas familias unidas que salen en las películas de Hallmark?

Bree se incorporó sobre el codo y entornó los ojos.

—Eso es como decir «¿y si hubiera nacido hombre en China?». Es imposible saberlo, así que ¿para qué preguntárselo?

Laney deslizó la punta del pie por los azulejos del suelo. No sabía por qué sacaba el tema en un momento tan incómodo y con los nervios a flor de piel. Pero lo había hecho, y eso debía de significar algo, aunque no lo entendiera.

—Ese verano iba a romper con Tuck. Iba a estar con él en el circuito hasta agosto y luego quería marcharme. Nunca tuve intención de renunciar a la universidad por una vida en la carretera. Y, para ser sincera, ya me hartaban sus gilipolleces de machito.

—¿Sus qué…?

Bree cerró con fuerza un ojo; no estaba en condiciones, pero quería entender a su hermana.

—Ya sabes… Esa actitud de macho alfa y todo lo que conlleva: el ego, querer ser siempre el triunfador… Aj, ¡y los batidos de proteínas de las narices! Cómo los detesto. No quiero ver una batidora más ni en pintura.

Bree volvió a tumbarse y miró el techo. Se echó a reír.

—Los recuerdo. Un día mamá me dijo que creía que le iban los «batidos con extra de vitaminas». Pensé que hablaba de los *smoothies* del Jamba o algo parecido, pero luego mencionó un artículo sobre «el furor por los esteroides».

Laney dejó escapar una risita.

—No le hacían falta esteroides. Tenía mucho miedo a engordar, decía que para pilotar había que ser delgado y fuerte. Me hacía sentir culpable cada vez que pedía una hamburguesa.

Bree volvió a incorporarse sobre el codo.

—¿Qué intentas decirme? Suéltalo.

Bree se quedó mirando un punto fijo. Podía ser que estuviera enfadada o tan borracha que la luz de la habitación la deslumbraba como a Nosferatu.

Laney tomó aire.

—Creo que no quiero seguir casada con Tuck. De hecho, no sé si quise estarlo nunca.

Cerró los ojos para no quedar deslumbrada por la Gran Verdad que flotaba en el aire que las separaba a las dos. La Verdad era espantosa. Le daba miedo; la tenía cogida por las entrañas y se las retorcía.

Pero la Verdad no sacudió a Bree en absoluto.

—Lo sé —le dijo—. Si quisieras volver a tu vida en California, te esforzarías un poco más.

—No es justo que digas eso. Me necesitas.

—Es verdad, pero tú también necesitas estar aquí. Me dijiste que te ibas a quedar una semana y luego fueron dos. Ahora hace casi tres que llegaste y no te veo reservar ningún vuelo. Creo que hay una razón. —Se incorporó un poco más y dejó caer los pies a un lado de la cama—. A casa es donde quieres ir cuando la vida se complica demasiado para afrontarla sola. Es instintivo.

—En mi caso, lo que me complica la vida es mi casa. Desde hace veinte años.

—Me refiero a tu gente, las personas a las que quieres. Todos tenemos una brújula y, cuando algo nos duele, nos lleva a donde está el amor. A veces volvemos antes incluso de notar que nos duele.

Laney sonrió. «Una brújula que apunta a donde está el amor». No quedaría mal en una camiseta.

La puerta se abrió con el chasquido del sistema hidráulico y el celador apareció con Thom.

—Todo ha ido muy bien. Ahora solo hay que esperar los resultados.

—¿Cuánto tardarán?

Laney estaba agotada. Ojalá hubiera unas literas.

—No lo sé, hay bastante lío para ser entre semana —dijo el celador con el ceño fruncido—. Lo siento.

Thom hizo un ademán para restarle importancia.

—No te preocupes, jovencito.

—Los relajantes están empezando a hacer efecto, ¿eh? —El «jovencito» lo sostuvo del brazo y lo ayudó a bajar de la silla para acostarse—. Yo los llamo «Sueño con Jeannie», por *Mi bella genio*, me encantaba esa serie.

—Qué maravilla —respondió Thom.

Laney levantó la mano.

—¿Me da uno a mí?

Se volvieron a poner cómodos: Thom en la cama y Bree en una silla con la cabeza en el regazo de su hermana. Laney enrolló los dedos en unos mechones de pelo de color chocolate y deslizó la mano por el cuello de Bree; había que calmar las aguas tras una noche de tempestad.

—Qué gusto —susurró Bree, mientras Laney cerraba los ojos y caía en el hechizo del gesto repetitivo: reconfortante, suave y tranquilo.

Thom, ayudado por la medicación, empezó a canturrear a media voz:

En las Blue Rldge Mountalns de Virginiaaaaaa,
una vaca paseaba por las vías.
Vino el tren y tocó su bocina. ¡Chuchúúúú!
La vaquita miró muy confundida.
¡Muuuuuu!
Era sorda, más sorda que una tapia.
Oooooh, en las Blue Rldge Mountalns de Vlrginiaaaaa,
ahora hay queso en medio de las vías.

Bree aplaudió y Laney pidió un bis. Thom cantó otra vez.

Siguieron así un rato y, en otras circunstancias (de no haber estado agotados, perdidos, adormilados o conscientes de que su vida estaba a punto de desmoronarse), habrían aprovechado para celebrar el triunfo del día y planear el siguiente paso. En lugar de eso, disfrutaron de la calma; no eran más que un extraño grupo de amigos que habían llegado a un cruce de caminos y trataban de averiguar en qué dirección los iba a empujar el viento.

—Bien, señor Winslow. —La puerta se abrió y el médico empezó a hablar antes de que se cerrara—. Parece que ese tobillo va a

tenerlo de baja al menos seis semanas. Según las radiografías, es un esguince de grado II. Es decir, que se ha hecho una escabechina, pero de momento no hay que operar. Solo va a tener que seguir el tratamiento clásico: reposo, hielo, compresión y elevación. Se lo vendaremos antes de darle el alta. ¿Tiene muletas?

Thom seguía tarareando.

—Tengo un bastón precioso que compramos en los Andes antes de que muriera.

El médico miró a Laney sin entender.

—Su compañero murió a principios de año. Puedo ir a por unas muletas si me dice dónde.

—¿Puedo elegir yo el color y el diseño? —preguntó Thom.

El médico soltó una risita y siguió hablando con Laney.

—Eso lo dejo en manos de su guía.

Le guiñó un ojo. Era muy guapo. Y el anillo de su mano izquierda era muy de casado. Por supuesto.

Doctorcito empezó a explicar el tratamiento de Thom. Cuánto ibuprofeno debía tomar y cuándo. En qué posición colocar el pie. Cada cuánto debía aplicar hielo en el tobillo. Cuando Thom acababa de preguntar cómo iba a ducharse, la puerta se abrió de golpe e irrumpió Irma.

Tampoco ella esperó a que se cerrara.

—¿Queríais saber la verdad? Bien, aquí la tenéis.

El médico miró el reloj y empezó a objetar, pero Irma se adelantó.

—Elliot dejó la librería con unas deudas enormes y exprimió las tarjetas de crédito. Tenemos un agujero de más de cuarenta y cinco mil dólares en las cuentas. La venta a los Vandaveer era nuestra última oportunidad para salir de esta con algo de dinero en el bolsillo.

A Laney se le escapó un gemido y su hermana jadeó. Thom dijo medio ausente:

—Los muertos no pueden pagar facturas.

Laney, Bree y su madre empezaron a discutir al instante. ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Por qué no había dicho nada? ¿Cómo iban a pagar? ¿Y si no podían?

—Siento interrumpir —dijo el médico, que no parecía muy molesto por el espectáculo—. Ya veo que tienen mucho que hablar.

¿Alguna pregunta antes de que envíe a la enfermera con el alta?

Thom seguía canturreando la canción de la vaca. No se había inmutado con el bombazo de Irma, pero ahora dejó de cantar.

—Sí, tengo una. ¿Ha estado alguna vez en las Blue Ridge Mountains?

Boletín del Club de Lectura de los que Odian los Libros

NÚMERO 176
FEBRERO DE 2004

Me gustaría empezar este número recordando a todos los antilectura la razón por la que los seres humanos no podemos vivir sin historias: nos enseñan que no estamos solos. Todos vivimos momentos de desgracia, alegría, misterio y placer. Y las historias de otras personas nos enseñan a afrontar las nuestras.

En este número corro al rescate de los antilectura que sientan la más mínima curiosidad por el pasado, la arquitectura, el curanderismo, por nuestra querida Chicago y por el asesinato. ¿Ya habéis mordido el anzuelo?

El libro se titula *El diablo en la Ciudad Blanca*, de Erik Larson, y, ¡guau!, al leerlo os preguntaréis por qué las clases de historia eran tan aburridas si os la podían haber contado así.

A menos que seáis auténticos aficionados a la historia, no sabréis que, durante la Expedición Universal de Chicago de 1893, hubo un asesino en serie que atraía a sus víctimas utilizando como señuelo este acontecimiento que se celebraba cada diez años. Nuestro asesino, el doctor Henry H. Holmes, es un ser tan seductor como perverso: el diablo que da título al libro.

Al mismo tiempo, Larson se las arregla para reconstruir con verdadera magia la vida política, económica y arquitectónica que, a lo largo de dieciocho meses, transformó Chicago en el destino internacional que sigue siendo hoy en día.

El libro es una carrera contrarreloj y, aunque ya tenemos todos bastante estrés, de vez en cuando es bueno reconocer que no somos los únicos que nos enfrentamos a lo que parece una tarea imposible.

Ni los únicos que nos sorprendemos al descubrir que las personas en quienes confiamos pueden traicionarnos. También es bueno que nos recuerden que el héroe que necesitamos puede aparecer en el lugar más insospechado.

Tenemos muchos ejemplares. Venid a por el vuestro.

Elliot

Tabla de salvación para los antilectura

Si los seres humanos no necesitan historias, tampoco las ballenas necesitan el mar.

Diecinueve

18 horas después de paralizar la venta…

Bree necesitaba otro pañuelo: había llorado tanto que el que llevaba en la mano estaba a punto de desintegrarse. Le dolía la cabeza y el último sitio donde quería estar era la trastienda de la Rainbow mirando cuentas y papeles de bancos que no entendía.

—Hoy tendríamos que estar celebrándolo.

Resopló y un hilillo de mocos cayó sobre la página que tenía delante, que bien podría haber estado leyendo del revés para lo que entendía.

—Estaba a punto de comprar globos y ahora resulta que las cosas se han puesto peor que antes.

Laney llevaba toda la mañana yendo y viniendo de la tienda a la trastienda, atendiendo a clientes y a Bree a partes iguales. Estaba demasiado tranquila y, cuando Bree se lo hizo notar, se defendió diciendo que alguien tenía que estarlo.

—Ya me derrumbaré en otro momento, ¿qué te parece?

—Muy poco propio de Laney.

—Bueno, luego no digas que no hago nada por ti.

Laney estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y una perforadora, tratando de organizar el popurrí de extractos bancarios, tarjetas de crédito y préstamos que quién sabe, tal vez, por lo que ellas pensaban quizá podrían tener alguna importancia.

—Si quieres comprar globos, compra globos —dijo—. Pero no será con dinero de la librería.

Bree cogió la factura de un proveedor con un sello rojo.

—Esto venció hace dos años, ¿cómo sabemos si se pagó en algún

momento?

—Déjala ahí. Voy a empezar un archivador para facturas.

Bree notó que una lágrima le caía por la barbilla. Luego otra. Se dio cuenta de que había tirado un montón de facturas más, y la idea de rebuscar en la papelera para recuperarlas era más de lo que el dique de sus emociones podía contener.

—Necesito un minuto.

Cogió un pañuelo nuevo y apoyó la cabeza en las rodillas. En dieciocho horas se había montado en todas las atracciones del parque de la salud mental que una vez llamó el Six Flags de los Sentimientos. El Remolino de la Realidad. El Carrusel del Valor. El Viaje en Trineo por la Amargura. Se puso en pie de golpe.

—¿Qué hacemos aquí? Esto no tiene remedio. Deberíamos echar la persiana y cortar por lo sano.

Laney la miró con una sonrisa de «te lo dije».

—De acuerdo, empecemos por Irma. —Volvió a los archivadores —. Esto es lo que quiero averiguar: mamá estuvo días vaciando estos archivadores y guardó las cosas que estamos viendo ahora. ¿Por qué?

—¡Lo necesitaba para pagar las deudas de Elliot! Todo esto son facturas. Intenta evitar que la demanden o que la metan en la cárcel por deudas.

Laney levantó la vista.

—A: nanay. Y B: ¿y si hay algo más? En esta comedia de enredo nada ha resultado ser lo que parecía.

—A lo mejor tiene… ¿Cómo es…? —Bree chasqueó los dedos—. ¿Cómo se dice cuando piensas una cosa, pero haces lo contrario?

—Delirio psicótico.

Bree frunció el ceño.

—Disonancia cognitiva. —Era el único concepto que recordaba de clase de Psicología—. Quiere que se haga la venta, pero al mismo tiempo espera que no suceda.

Laney juntó un montón de papeles y dio golpecitos con ellos hasta que quedaron rectos.

—No lo podemos saber.

—Creo que necesito tomar el aire. —Bree buscó la cartera que había dejado encima de la mesa—. ¿Puedes quedarte una hora tú sola en la librería?

Su mirada se fijó en un borrador del boletín que llevaba semanas intentando escribir (en balde).

—Te enviaré un mensaje si te necesito.

Salió al sol. La vitamina D era buena para algo, no recordaba para qué, pero ahora mismo prefería algo bueno a toda la nada mala de la tienda.

Le esperaban unas semanas humillantes. Tendrían que cerrar la librería y, esta vez, no podrían culpar a los Vandaveer ni al bum de la construcción, ni siquiera a los malvados jubilados de las afueras de los que Violet Baumgartner echaba pestes en su carta. Iban a quedar en evidencia. Se iba a subir el telón y todos verían la horrible verdad: la librería Over the Rainbow estaba muy endeudada y no tenía salvación.

«¿Estás segura?».

Se detuvo al oír la voz. Tan de sopetón que la mujer que la seguía chocó contra ella.

«¡Ope!», dijeron al unísono, porque los de Minnesota tienen la extraña costumbre de disculparse por lo que sea, aunque no tengan la culpa, y lo hacen con una sola palabra que nadie sabe explicar qué significa, pero que todo el mundo entiende. La mujer siguió adelante, pero Bree se quedó esperando. Era la voz de Elliot. Lo que menos necesitaba en su lista de catástrofes en ciernes era oír a un muerto.

Así que, por supuestísimo, le contestó. Aunque no en voz alta, ya era bastante pensar que estaba loca, no hacía falta parecerlo también. «Elliot, si eres tú, que sepas que te quiero. Pero, si quieres ayudar, empieza a soltar dinero del cielo o cierra la boca».

Esperó a que respondiera sin moverse del sitio, en mitad del Greenway de Midtown, mirando al cielo. Cuando no respondió (¿cómo iba a hacerlo?), levantó los brazos y le hizo la peineta con las dos manos. «Te metes conmigo, ¿eh? ¿Te parece divertido? ¿Es por eso?». Terminó el saludo con un puñetazo al aire y siguió caminando.

No era Elliot. Se estaba volviendo loca. Estaba agotada. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para poder pensar. Lo que tenía que hacer era seguir caminando hasta que se desplomara o la atropellara un autobús y tuviera que pasar un mes en el hospital.

Sus pies golpeaban el suelo: pum-zas, pum-zas.

Las bicicletas pasaban a toda velocidad y le movían el pelo.

El sol le besaba la espalda.

La voz volvió a sonar en su cabeza: «¿Estás segura?».

«¿Estás segura?».

«¿Estás segura?».

—¡Ya basta! —gritó en voz alta esta vez.

Y se lo dijo a sí misma, porque ahora su mente daba vida a la semilla de locura que había plantado Elliot. ¿Estaba segura de que no había forma de salvar la librería? Claro que no. Era lo que decía Irma, pero ¿era cierto?

—¡No! —volvió a gritar.

A su lado pasaba una joven con una bicicleta *cruiser* que hizo como si la mujer que estaba discutiendo sola en mitad del Greenway no existiera.

—¡No te preocupes! —le gritó Bree—. ¡Me estoy volviendo loca, pero soy inofensiva!

La mujer miró hacia atrás. Muerta de vergüenza, Bree se dio media vuelta y corrió en dirección contraria.

Minutos después abrió con ímpetu la puerta de la destilería y marchó directa hacia Witt, que tenía la mala suerte de estar sentado cerca con un vaso de té helado y una pila de papeles.

—Dime que estoy chiflada y saldré por esta puerta ahora mismo.

—Bueno, sí que pareces un poco… —Movió el dedo en círculos junto a la cabeza—. ¿Has salido a correr en vaqueros?

—Me encuentro fatal.

Sacó una silla y se sentó.

—Claro, siéntate. —Le acercó el té helado y sonrió satisfecho, estaba disfrutando un poco más de la cuenta—. ¿Vienes a decirme que has construido una máquina del tiempo con un DeLorean?

—¿Qué?

—Ya sabes, *Regreso al futuro*. Ahora mismo me recuerdas a Doc Brown cuando…

Volvió a hacer el gesto con el dedo.

—¡Estoy FATAL!

No quería decirlo tan alto, aunque le sirvió para dejarlo claro, porque Witt cambió de tono inmediatamente.

—Vale, lo siento. Se acabaron las bromas.

Le acercó el té helado un poco más.

Y Bree bebió un sorbo.

—Es que… —¿Cómo le explicas a alguien que tu vida, tu cordura y tu familia están a punto de quedar reducidas a polvo?—. Te lo diré de este modo: Irma nos soltó una bomba anoche y no sé cómo averiguar si dice la verdad o no. Pero tengo que averiguarlo de algún modo porque, si no lo hago, perderemos la librería. Y eso es como una broma de MAL GUSTO… —Levantó las manos en el aire —. ¡Porque anoche creía que la habíamos salvado!

—Un momento, me he enterado de que los Vandaveer van a construir en otro lado. Era lo que queríais.

Ja. *Lo que queríais*. Es curioso cómo pueden cambiar las cosas de la noche a la mañana.

—Así es, la venta no sigue adelante. Sin la ferretería, los Vandaveer no pueden comprar toda la manzana y eso no les interesa. Por eso, al enterarse, Irma decidió confesar que la librería está hundida. Estamos arruinadas. No, peor aún: estamos sepultadas en deudas.

Soltó una carcajada histérica como la loca en que se había convertido.

—Hasta las cejas. Más muertas que muertas. Ding, dong, nos hemos muerto.

—¡Ostras!

—Lo sé. Aunque ahora me siento menos culpable por haber vomitado en su coche.

—Requeteostras.

—Ya no me gusta el *bourbon*.

Witt cogió el lápiz.

—Tomo nota.

Bree dejó caer la cabeza sobre la mesa. Últimamente hundía muchas veces la cabeza. Volvió a levantarla.

—No sé qué hacer. Ni siquiera sé qué hago aquí. Lo único que sé es que, sivuelvo a entrar en la Rainbow, voy a perder la cabeza.

Witt se quedó callado un rato.

—¿Qué es lo que quieres averiguar?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Dónde ha ido a parar todo nuestro dinero? ¿Cuánto debemos y cómo vamos a pagarlo?

—¿Eres accionista?

Bree lo miró con cara de «¿dices que tu aerodeslizador está lleno de anguilas?». La verdad, tener parte del cerebro ocupada por viejos *sketches* de los Monty Python no la ayudaba mucho a estar cuerda, sobre todo teniendo en cuenta que era Tuck, el del furor por los esteroides, quien los metió allí veinte años antes.

—¿El negocio está a tu nombre? —aclaró Witt—. ¿Tienes una parte de la librería?

—No.

Eso lo sabía. Algo es algo.

—¿Puedes consultar los balances financieros?

—Bueno, me he pasado la mañana entre extractos bancarios y de tarjetas de crédito, si te refieres a eso.

—No exactamente —le respondió, con el ceño fruncido—. Quizá vuestro contable pueda darte la información que necesitas. ¿Has hablado ya con él?

«¡Tiene gracia la pregunta! —quiso decir—. Justo he hablado con él de camino hacia aquí».

—Elliot llevaba las cuentas.

—Valeeee.

Empezó a tamborilear con los dedos en la mesa.

—¿Cómo sabes tanto de estas historias?

—¿De finanzas?

—Sí, así está mejor dicho.

—Soy auditor financiero, más bien lo era. Dejé de renovar la acreditación cuando empecé a trabajar en la destilería.

—Eres auditor.

Witt asintió.

—¿Te sorprende que no lleve el bolsillo de la camisa lleno de bolis?

—Te van los números.

—Me gustan, sí.

—Eres un auditor que elabora bebidas alcohólicas.

—Las llamamos espirituosos artesanales, pero la idea es esa, sí.

—Pero ¿cómo…?

No terminó la pregunta porque no le hacía falta. Iba a explicarse en cualquier caso.

Pero antes, se rio.

—Ya sé que los contables no tenemos fama de llevar barba. —Se

pasó una mano por la mejilla y por una barba de varios días—. Por cierto, ¿qué te parece? Se me ha ocurrido cambiar.

Lo miró.

—A mí me gusta más verte la cara. —Oh, por Dios, que alguien le dijera no acababa de decir eso—. Bueno, solo digo que eres guapo de cara. Nada más, como has preguntado… ¿Está encendido el aire acondicionado?

Witt sonrió, estaba tan guapo que hacía sentir mal.

—Con todo…

Intentó retomar el tema sin perder más los nervios, porque acababa de recordar que llevaba puesto el sujetador de estar cómoda (el que tenía un 0,0 % de relleno), así que sus pezones lo estarían mirando a través de la camiseta: «¡Hola, Witt! ¿Qué tal?».

—Ejem… —Basta, ¡para ya!—. ¿Se te da bien la contabilidad, dices?

—Eso pensaban en General Mills —dijo él, sin apartar los ojos de su cara.

—¿Fuiste auditor contable en General Mills?

—Dieciocho años.

—¿Y qué pasó? ¿Descubrieron que fabricabas bebidas alcohólicas?

—Lo hacía fuera del horario laboral.

—Entonces, ¿qué pasó?

¿Cómo podía airear la camisa sin que lo notara?

Witt sacudió la cabeza.

—Es una larga historia, ya te la contaré algún día. Ahora lo importante es conocer vuestro capital de operaciones.

—Si supiera dónde está esa ciudad, me mudaría allí.

Agitó la camisa contra el pecho para que corriera un poco el aire y las chicas se escondieran.

Witt empezó a explicarle que el «capital» no era un lugar, pero entonces se fijó en cómo le centelleaban los ojos a ella.

—Vale, ya lo sabías…

—He perdido la cabeza, así que para qué contenerme.

—Me gusta que vayas a por todas. —Guiñó un ojo—. Ahora en serio, ¿quieres que te ayude a revisar las cuentas? Tengo unos días libres. No sé hasta dónde podré llegar, pero me encantaría intentarlo.

Bree negó rápidamente con la cabeza.

—Sería bochornoso.

—Pero no es culpa tuya. Tú no llevabas los libros.

Por un segundo, tuvo ganas de saltar encima de la mesa y lamerle la cara para cambiar de tema con un ataque de dominio rápido. Aj, ¿cómo podía pensar en eso? ¿Qué le estaba pasando?

—Gracias, pero no.

Quería decir que sí, ¿por qué no podía?

—Bueno, si cambias de idea…

—Sí, claro. —Empezó a asentir con tanta energía que le palpitó la frente—. Debería volver a la librería. Gracias por el té.

Pausa publicitaria

¡Claro que fui yo, queridos!

Aquí, en el abrazo de lo etéreo, los milagros son como los días de vacaciones (o los usas o los pierdes) y nuestra joven Bree necesitaba un empujón para actuar, ya me entendéis. Nuestra ratoncita de librería estaba dejando de verlo todo de color de rosa, así que tuve que hablar con ella.

Vale, sí, le di un buen susto, pero mirad dónde ha acabado. Aunque ahora esté un poco nerviosa, se le pasará (y más entre los brazos del leñador musculado, ¿no?).

(Tiempo muerto: Judy me insiste para que os aclare que no podemos ver el futuro. Pero, en serio, ¿necesitáis más pistas con lo de Bree + Witt?).

Volvamos al tema que nos ocupa, el milagro de Bree. Ya habéis oído lo que dijo anoche: cuando algo nos duele, vamos a donde está el amor. Sabe de lo que habla. Esperad a que su historia se revele.

Sobre el dinero y las deudas: es horrible, tenéis razón. De hecho, creo que morí de vergüenza. Los médicos pueden ponerle el nombre que quieran, pero yo diría que estaba «destrozado sin remedio».

Sin embargo, seré claro: aún no estoy preparado para hablar de ello por razones que no voy a enumerar. Lo entenderéis cuando debáis entenderlo. De nuevo, os pido que esperéis.

Por ahora, necesito tumbarme. Los milagros son muy prácticos, pero te dejan agotado.

¡Muac, muac, muac!

Veinte

20 horas después de paralizar la venta…

Laney no estaba tranquila, solo lo aparentaba por su hermana. De hecho, había conseguido transformar el cuerpo en una máquina de *pinball* orgánico: tenía toda su angustia condensada en una diminuta bola de acero que le golpeaba las entrañas. ¡Ding! ¡Ding! ¡Falta!

Tuvo que desabrocharse los pantalones, estaba hinchada por el estrés.

Así que no: no estaba tan calmada como le había hecho creer a Bree. Pero de las dos, su hermana tenía más derecho a volverse loca. Si la librería echaba la persiana, Laney podía coger un avión y marcharse, pero Bree estaba atrapada sin trabajo ni rumbo en el desastre que había intentado evitar con tanto empeño.

Tuck la volvió a llamar la noche anterior y cada vez le resultaba más complicado justificar su ausencia con explicaciones vagas del tipo «aún no puedo irme» o «tengo que quedarme un poco más». Quería respuestas de verdad.

—¿Por qué, Laney? Tu madre ya ha vendido la librería. Búscale una empresa de mudanzas y vete de allí. No es ingeniería aeroespacial.

«Caramba, gracias, Einstein». No lo dijo. La Laney ensombrecida en presencia de Tuck intentó escabullirse de manera más simple.

—No puedo explicártelo, pero es importante que me quede.

—Quiero una fecha. ¿Cuándo vuelves?

—¿Es que vas a irte de vacaciones o algo así?

—Lo digo de verdad, Laney. ¿Tú oyes que me ría?

Era su forma de decir «no bromeo». Pero en ese momento se dio cuenta de que Tuck nunca bromeaba ni se reía. No recordaba la última vez que se rieron juntos. El hombre que decía que no se reía para hacer notar que algo iba en serio siempre estaba serio. Si nunca se reía, ¿a qué venía ese petulante «tú oyes que me ría»? Era tan arrogante que le daban ganas de tirarse del pelo.

Estaba agotada y le costaba enfocar la vista, como si los globos oculares hubieran intercambiado la cuenca. Aun así, decidió olvidar hasta el último gramo desentido común que le quedaba y dijo:

—Tuck, la verdad es que no sé si te he oído reír alguna vez.

—¿Cómo dices? —exclamó él—. Pero ¡si soy todo risas!

La segunda parte la dijo con la cara seria; no necesitaba verle las comisuras de los labios caídas para saberlo.

—Vale. En primer lugar, decir que algo te da risa no es lo mismo que reírse. Y, en segundo lugar, no es verdad.

—¿Ah, sí, sabelotodo?

—Solo dices «qué gracioso» o «esa es buena». Cuando el mecánico te contó el chiste de los lápices rotos, tú solo dijiste «je, je».

—Eso es reírse.

—No, no. Esas frases son afirmativas. La risa es una exclamación. De hecho, en sentido gramatical, lo que haces ni siquiera va con signos de exclamación.

—Oh, pero si es la poli de la gramática. Demándeme, agente.

Tuvo unas ganas enormes de explicarle que la policía no interpone demandas ni da clases de lengua, pero se quedó callada.

—¿Laney? —dijo él.

—¿Sí?

—Tengo la sensación de que me vas a dejar.

Como si recibiera un mensaje directamente en el centro lógico del cerebro, Laney oyó que su mente le decía: «¡Ding!». ¿Desde cuándo era tan astuto el zoquete incapaz de reír de su marido? Porque tenía otra vez razón: no iba a volver. No solo no quería volver al Tire Stud ni a California, no quería volver con Tuck. Ya no quería nada de lo que había creído obtener de él: huida, metas y aspiraciones.

Lo que la había movido esas tres semanas era el cerebro para obligarla a parar de una vez. Y mira.

Lo que vio fue esto: Tuck ya no la liberaba y su vida juntos era una condena que seguía imponiéndose a sí misma. Los sueños de él no eran los suyos; solo los tomó prestados a falta de unos propios. Él no tenía más que darle, ahora le tocaba dárselo ella misma. Y, aunque distaba mucho de ser el hombre o el marido perfecto, al menos merecía su sinceridad.

Las relaciones no sobreviven sin la verdad.

Cerró los ojos y se dijo que debía comportarse como una mujer adulta.

—Dame un poco más de tiempo para resolver las cosas. Estoy segura de que todo irá bien.

Después de esa conversación se quedó en la librería, triste por ser tan cobarde. Era débil, patética y mentirosa.

Pero ¿de verdad lo era? Quizá las cosas podían arreglarse. Tal vez, cuando se acabara el jaleo de la librería, podía volver a Oakland, decirle a Tuck que era infeliz; puede que arreglaran la relación y fueran felices de nuevo.

—Pero nunca te gustó. No me vengas con esas tonterías.

Laney levantó la vista y vio a una mujer con el teléfono pegado a la oreja y un niño pequeño pisándole los talones.

—Eso dices ahora, pero anoche cuando te pregunté qué te parecía, me dijiste que estaba bien.

Se llevó el teléfono al pecho y le preguntó a Laney:

—¿Envolvéis los regalos?

Luego siguió con la llamada sin esperar respuesta.

—No, cuando dices «bien» no quiere decir que está bien, sino que lo detestas. Pasó lo mismo con la casa de Vail, y también cuando la peluquera me cambió el canela a cobrizo. Ahora y pasa lo mismo con el sofá.

Teléfono al pecho.

—Necesitamos un regalo para un niño de cuatro años.

Teléfono a la oreja.

—Ya lo he devuelto.

Teléfono al pecho.

—Cualquier cosa que te parezca estupenda, con tal de que ronde los cien dólares.

Teléfono a la mejilla.

—Puedo volver a llamarlos, pero no digas que te gusta si no es

verdad.

Teléfono en el pecho.

—¿Sí? ¿Necesitas algo?

Laney.

—¿Niña, niño o género neutro?

Teléfono en ningún sitio.

—He dicho que lo que sea.

Laney se fue murmurando hacia la sección infantil.

—Eso aclara mucho las cosas. Por qué será que tu marido no te entiende…

Bree regresó al rato y parecía más descompuesta que cuando se marchó.

—¿Qué te ha pasado en…? —Laney movió los dedos alrededor de la cabeza—. ¿Te has peleado con un tejón o algo así?

—¿Por qué me lo pregunta todo el mundo?

Se fue echando chispas hacia el baño y Laney la siguió. Esa historia pintaba bien y no quería perdérsela.

—A ver, ¿estabas en el lago o se te tiró encima desde unos arbustos?

—¿De qué estás hablando?

—Del tejón. ¿Ataque acuático o terrestre?

—Por Dios, Laney, estoy estresada. ¡Cómo puede ser!, ¿verdad? Si últimamente no pasa nada…

Laney le cogió unos enredones.

—Está claro que te han atacado. ¿Has perdido mucha sangre? ¿Te pitan los oídos?

—Los tejones no son animales acuáticos, ¿sabes? —Se acercó a la puerta del baño y la abrió—. ¡Qué peste! ¡¿Es que hay un cadáver?!

—El de mi colon. —Laney se sonrojó, tendría que haber colgado un cartelito para avisar en la puerta—. No eres la única que está estresada, ¿sabes? Yo… —La cantidad de eufemismos sobre ir al baño que se le pueden ocurrir a una persona no es infinita—. Digamos que es el Día de la Marmota, pero Punxsutawney Phil no quiere salir de la madriguera.

—Menudo día, entre los tejones y las marmotas…

Bree abrió la puerta lo justo para poder mirarse desde lejos al espejo, le dio impresión. Intentó alisarse el pelo y se limpió los ojos

de panda.

—Estoy hecha un desastre.

Cuando se volvió, Laney le vio los lagrimones a punto de caer.

—¡Eh, ni se te ocurra! ¡Ya basta! Por hoy se acabaron los llantos, ya hemos gastado la ración diaria. Para llorar más, tenemos que esperar a mañana. —La condujo al banco que tenían más cerca y se sentaron las dos—. Tenemos que bajar el ritmo o nos quemaremos.

—Claro, ¡oh, cielos! —La risa de Bree sonó a desdén—. Tengamos cuidado, ¿cómo vamos a declararnos en quiebra si estamos tan quemadas que no podemos hacer la llamada?

Laney imaginó que una no se declaraba en quiebra por teléfono, pero no era lo importante en ese momento.

—Lo que intento decirte es que tenemos que seguir adelante hasta que sepamos cuál es la situación y qué opciones tenemos. Para eso, tenemos que estar fuertes.

Bree moqueó y se limpió la nariz con el dobladillo de la camiseta.

—Acabo de hacer el imbécil delante de Witt.

—¿Estabas bebiendo a las…? —Miró el reloj—. ¿A las once de la mañana?

—¡Claro que no! No quería seguir dando vueltas ni venir aquí tan alterada, así que acabé en la *Lady*. Puede que Witt coqueteara un poco… No lo sé. Distingo igual de bien cuando me tiran los trastos que el color de la ropa interior debajo de unos pantalones. Pero me dio mucho corte y me puse nerviosa… También creo que le hice un desfile de pezones.

—¿Al estilo del Día de Acción de Gracias de Macy's o del Cuatro de Julio en un pueblucho?

—No quise mirar, pero creo que podía haber sonado *Seventy-six trombones* de fondo.

—Guau.

—En serio, totalmente fuera de control.

—¿Qué dijo Witt para ponerte así?

Bree cogió aire para recuperar la calma.

—Que es auditor contable.

—¿El qué? —Laney se echó para atrás y le dio a su hermana el especial «¿estás de broma?» de la casa—. ¡Un auditor! ¿Te dio algún consejo? ¿Nos puede ayudar?

—No se lo pediría en ninguno de los universos posibles. Ya me muero de vergüenza teniendo que colgar el cartel de cierre de negocio en el escaparate. ¡Cómo voy a reconocerle al pibón de enfrente que teníamos un agujero de cuarenta y cinco mil dólares y no nos habíamos enterado!

Cruzó los brazos en actitud desafiante, pero a Laney le dio tiempo de ver el espectáculo de fuegos artificiales que tenía su hermana en el pecho.

—Solo voy a decirte dos cosas, así que escucha. Para empezar, cometerás un grave error si no aceptas la ayuda que necesitas por cuestión de orgullo.

Lo decía en serio; notaba un latido en los oídos, lo decía muy en serio. Ojalá pudiera seguir su propio consejo.

—¿Y qué más?

—Nada. En todo este tiempo, ¿no has aprendido que hacen falta varias dosis de humillación al día para sacar adelante un negocio? En el Tire Stud, me dedico a llenar la bandeja de rosquillas como si fuera Betty Drapery hago como que me gusta.

—¿Creía que habías dicho dos cosas? Laney, estoy muy triste.

—Lo sé, yo también. —Laney le cogió la mano a su hermana y la apretó—. ¿Qué te parece si hacemos un trato? No dejaste de insistir hasta que hice lo correcto y prometí sonsacarle la verdad a mamá. Yo te prometo que no dejaré que te des por vencida hasta que sepamos a qué nos enfrentamos e intentemos todo lo que se nos ocurra para salvar la librería. Tú fuiste la primera en dar un paso al frente. Ahora me toca a mí.

Bree apoyó la cabeza en el hombro de Laney.

—De acuerdo, trato hecho. Pero no te puedo prometer que vaya a ser fácil.

Laney soltó una risita. En lugar de contestar, le dio unos golpecitos con los nudillos en la cabeza: una promesa de hermana en modo coscorrón.

Se quedaron un momento las dos calladas.

—¿Qué era lo segundo?

—¿Lo segundo qué?

—Me ibas a decir dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

—Ah. —Laney sonrió satisfecha. Ahora se acordaba—. Lo segundo es que con esa camiseta te tienes que poner otro sujetador,

fuera de bromas. Una mujer anuncio. Una valla publicitaria en mitad de Times Square.

—¡Ya vale! —Bree le dio un cachete.

—Un aviso del Sistema de Alerta de Emergencias. El espectáculo navideño de las Rockettes.

—Te daré un puñetazo en la teta si no te callas.

—Solicito transmisión, canal 19. Se aproxima caravana con las luces largas. Cuidado con los deslumbramientos.

Veintiuno

Thom no veía ninguna razón para levantarse de la cama. Le dolía el cuerpo entero y nada (ningún medicamento ni comida ni persona) podía sacarlo de la oscuridad en que estaba sumido. El ibuprofeno le aliviaba las punzadas del tobillo, pero, cuando el dolor físico no estaba ahí para distraerlo, la mente tenía vía libre para vagar por el territorio de emociones prohibidas. En él, la confianza que había ido construyendo en la batalla por el legado de Elliot no era más que un coloso con pies de barro. En él, el hombre a quien amó desde el primer momento seguía rompiéndole el corazón aun después de muerto.

No había dinero ni herencia. Irma, la mujer que fue el origen de todas las fricciones con Elliot a lo largo de veinte años, no había lanzado la Rainbow al primer postor por mera irresponsabilidad. La había entregado al único postor. Es más, a pesar de que Elliot la dejó sepultada en deudas, tenía intención de repartir con él sus escasas ganancias.

Se puso de cara a la pared; no era capaz de enfrentarse a una realidad en la que Irma era la bruja buena y Elliot estaba aplastado bajo la casa asomando los pies.

En las últimas semanas se despertó muchas veces en mitad de la noche con una sensación desconocida. Una de esas cosas para las que no queda espacio con el ajetreo, el hambre y las preocupaciones del día, pero que aprovechan el silencio nocturno para revelarse. Llegó a creer que ese desvelo era la necesidad de luchar por el legado de Elliot, que era un «objetivo». Cuando estaba agotado, lo llamaba «agallas». Una vez incluso voló cerca del sol y se atrevió a llamarlo «felicidad».

Ahora, en cambio, lo llamaba «autoengaño».

Eso que sentía no era la presencia de algo nuevo, sino la ausencia de lo conocido. Echaba de menos la rabia, la ira y la desesperación. Y ahora las invocaba, mientras se sumergía en el recuerdo terrible al que necesitaba aferrarse con desesperación.

La caída. Los gritos.

Los altavoces a todo volumen: «Emergencia médica en la puerta F17».

Unas zapatillas blancas sobre la moqueta gris.

El olor caliente y eléctrico del desfibrilador.

Los ojos vidriosos y sin vida de Elliot.

Murió en el suelo del Aeropuerto Internacional de Miami. Acababan de bajar del avión después de dos semanas de vacaciones de lujo en Perú, el viaje que Thom presentó como un ultimátum: o vienes conmigo o me pierdes.

En el Puente de los Suspiros de Lima contuvieron la respiración y pidieron un deseo, se besaron bajo los árboles del Parque del Amor, y comieron ceviche, picarones y anticuchos en las callejuelas de Barranco hasta que les saltaron los botones del pantalón.

Caminaron por un trocito del Amazonas diminuto como un sello. Visitaron las Líneas de Nazca, Cuzco, el Camino Inca, Machu Picchu y el lago Titicaca.

Mientras lo hacían, las células sanguíneas de Elliot jugaban a los autos de choque en sus venas, un juego secreto con consecuencias mortales.

En el vuelo de regreso, Elliot estaba cansado.

—Me cuesta mantener los ojos abiertos. La excursión de ayer ha acabado conmigo.

—Volviste durmiendo casi todo el viaje.

Terminaron la excursión en el lago Titicaca, el más alto y azul del mundo, en un hotel construido en una ladera rocosa donde el cielo se encontraba con el agua. Era tan bonito como lo imaginaba, pero todo llega a su fin y el último día fueron en una furgoneta para turistas hasta la ciudad de Juliacao, donde embarcaron en una avioneta con destino a Lima. Fue un día entero de viaje, seguido de ocho horas de espera en la terminal antes de embarcar, por fin, en el vuelo a Miami.

—¿Has bebido agua?

Instintivamente, Thom le hizo una señal a la azafata, pero Elliot le dijo que se marchara.

—No quiero tener que levantarme para ir al baño.

Más tarde, un médico le explicó que lo más probable era que los dos días de inactividad física sumados al cambio extremo de altitud le provocaran una trombosis venosa profunda, TVP: el coágulo de sangre que fueron acumulando los autos de choque.

—Cuando se levantó para bajar del avión —aclaró el médico—, le dio al coágulo la vía libre que necesitaba para ir directo al corazón.

Ni siquiera habían salido de la zona de embarque cuando se desplomó.

—Pensé que estaba teniendo un infarto —les contó Thom a sus amigos—. Se puso gris casi en un abrir y cerrar de ojos. Le di una bofetada para que volviera en sí, como si se hubiera desmayado.

—¿Lo ayudaron? —le preguntaron—. ¿No tienen desfibriladores en los aeropuertos?

Lo intentaron, pero las descargas no hicieron más que dejar el olor dulzón y enfermizo del ozono en el aire.

Al imaginar ahora la escena, se fijaba en un par de zapatillas blancas sobre la moqueta gris. Eran de una enfermera que estaba esperando un vuelo y que enseguida empezó con la reanimación cardiopulmonar. Lo que no sabía, por supuesto, era que el coágulo ya lo había matado.

¿Cómo se llamaba? Thom pasaba días enteros tratando de recordarlo. Tenía remordimientos más que de sobra con los que atormentarse, pero este se imponía a todos los demás. La enfermera se lo dijo; era un nombre precioso y él lo había dejado escapar. Solo quedaban los zapatos blancos. Aun así, era más de lo que había dejado Elliot. Tras él solo quedó un hueco, un negativo, un vacío. Los zapatos de la enfermera eran algo al menos, un signo tangible de vida. En cambio, Elliot dejó una deuda, y Thom pronto comprendió que no era tanto económica como emocional. Las deudas eran engaños: mentiras y más mentiras sobre cosas que se tienen sin que sean tuyas.

Suficiente. Se incorporó y cogió las muletas. Fue cojeando hasta la habitación de invitados y se plantó frente al armario donde

guardó los jerséis de Elliot con tanta ternura. Podía tocarlos, olerlos, ponérselos y sentirlos en la piel, pero eso no los hacía reales. No si se habían comprado con dinero prestado que se convirtió en una deuda que se convirtió en un secreto que se convirtió en una mentira que nunca se podría desvelar.

Empezó a tirarlo todo de las baldas; las cajas se estrellaban contra el suelo de madera, las tapas salían volando, las telas, la lana y el algodón quedaron esparcidos por toda la habitación.

Cuando ya no hubo más cajas que tirar, volvió al dormitorio. Los zapatos de Elliot estaban guardados en fundas y encajados en diminutos apartamentos para zapatos. Los arrancó de sus escondrijos y los lanzó por los aires uno a uno, algunos golpearon la pared de la habitación y otros salieron por el pasillo hasta perderse de vista. Eran pedazos de un embustero con el que Thom había compartido la vida. No los quería volver a ver.

Con los dormitorios hechos un desastre, se abrió paso hacia el escritorio de Elliot, en un rincón del salón. Seguro que el ordenador tampoco estaba pagado, pero en cuanto volviera a andar disfrutaría haciéndolo pedazos en la acera. Encontró blocs de notas, bolígrafos y toda clase de chismes, nada lo bastante importante como para molestarse en eliminarlo. Abrió el cajón de arriba, el del medio y el de abajo. En este había ido guardando el correo de Elliot: los extractos de la tarjeta de crédito y los avisos bancarios de un muerto. Un buen fajo que no le cabía en una mano. Iba a mirar hasta el último cargo, hasta la última mentira. Le gustó oír el golpe de los papeles contra el suelo al vaciar el cajón.

Pronto iba a descubrir que las consecuencias de lo que acababa de hacer le cambiarían la vida.

Veintidós

4 días después de paralizar la venta…

¿Por qué a Bree le resultaba tan bochornoso pedir ayuda a Witt? Seguía en la librería rebuscando papeles, aunque hacía horas que habían cerrado y hasta ahora no había conseguido nada. No tenía ningún problema con las finanzas básicas: tenía un presupuesto, se ajustaba a él, pagaba las facturas a tiempo y había comprado una casa. Sin embargo, el rompecabezas que tenía delante era otra cosa: entradas y salidas de dinero, y un montón de cosas en medio. ¿Qué narices era una «transacción compensatoria»?

Estaba sentada en la trastienda con una luz parpadeante, tratando de resolver algo que estaba fuera de su alcance, pero prefería marchitarse en ese mostrador a poner al descubierto que apenas sabía nada de la librería en la que llevaba toda la vida. Le parecía tan hipócrita como votar a un candidato por su aspecto y luego quejarse de su política. Tan hipócrita como la mujer que Laney y ella conocieron en Oakland y que juraba que California era el mejor lugar del mundo, aunque luego reconoció que solo había salido una vez del estado para ir a esquiar en el lago Tahoe, nada más cruzar la frontera con Nevada.

—¿Para qué iba a ir a ningún lado? —les dijo—. Aquí tenemos de todo.

—Excepto lo que no sabe que no tiene —respondió Laney.

Bree no sabía ni de lejos lo que necesitaba para intentar salvar a la Rainbow. Y ahora la única persona capaz de ayudarla a desenmarañar ese caos era también la última ante la que quería presentarse como una ignorante.

—Claro que podías llevar la tienda, sí… —dijo en la oscuridad —. ¿Quién necesita saber de contabilidad? Los números salen solos, ¿no?

Irma había sido lista al no dejarle la Rainbow. Era una incompetente.

Leía palabras como «capital circulante», «ventas netas» o «amortización capitalizada», pero le decían tanto como si pusiera «vals de los peces» o «estofado de zarzamora».

Laney le dijo que se dejaba llevar por el orgullo. Y tenía razón, pero nadie conocía tan bien como su hermana la tentación de no querer afrontar los fallos propios.

Miró el ejemplar de *Primeros auxilios contables para pequeños negocios* que había sacado de las estanterías. Decía: «Este capítulo ofrece una visión general de las tareas contables trimestrales, tales como estimaciones fiscales, pagos trimestrales y preparación de una estimación anual revisada de pérdidas y ganancias».

¿Tenían un martillo en la librería? Era preferible darse un buen golpe en la cabeza y acabar cuanto antes.

—Me alegra que hayas llamado.

A la mañana siguiente, Witt llegó a la librería con dos tazas de café recién hecho y una calculadora capaz de lanzar un transbordador al espacio.

Bree le agradeció su generosidad con una sonrisa tímida.

—No sé por qué he tardado tanto en aceptar tu ayuda. —El café estaba rico, era como si una montaña de Colombia hubiera pasado por la cafetera de émbolo de Witt directa a la taza—. Bueno, sí lo sé, porque no me gusta parecer idiota.

—¿Es que tú también eres contable? —Le sonrió desde detrás de la taza—. Lo digo porque lo peor que nos puede pasar es equivocarnos. Es impensable en esta profesión… Si te bailan un par de cifras por descuido, puedes poner una empresa en bancarrota.

—No me extraña que cambiaras de trabajo.

El cerebro de Bree, tan traicionero siempre, la imaginó bebiendo de esa misma taza de café entre las sábanas de Witt. *Para*.

Al rato le pidió que le enseñara todo lo que habían encontrado, que en ese momento no eran más que unas pilas de facturas

esparcidas por el suelo y el archivador que Laney solo había empezado a llenar.

—Pero ¿no habéis encontrado estados financieros? ¿Informes de pérdidas y ganancias? ¿Algún balance? Aunque sea una declaración de impuestos.

Dijo que no con la cabeza.

—Lo siento. Pensaba que Elliot lo guardaba en el ordenador de la tienda, pero no hay nada.

—¿Crees que podría tenerlos en casa?

Le dijo que hablaría con Thom para averiguarlo.

Sin registros históricos, iban a tener que reconstruirlos ellos.

—No es lo ideal —le explicó Witt—. Es posible que se nos escape algo. Pero es mejor que lo que tenéis ahora y, al menos, sabréis si Irma se equivoca o no con lo de la deuda.

—Le hemos estado pidiendo información y se niega a dárnosla. Imagino que tendrá los documentos de Elliot o no sabría nada del lío en el que está metida la Rainbow.

Bree y Laney estaban al borde de un ataque de pánico tratando de rescatar a su madre de un edificio en llamas, y ella no quería moverse: se quedaba esperando a que se derrumbaran las paredes.

—No sé por qué lo seguimos intentando, pero aquí estamos.

Witt levantó la vista de la calculadora.

—Sois familia. La familia es un caos, pero unido.

Aún les quedaban un par de horas para abrir, así que Bree decidió ir a casa de Irma a buscar más documentos mientras Witt seguía revisando los que tenían hasta el momento.

—Le diré a mi madre que se porte igual de bien contigo que tú con nosotras.

—Dile que soy fan de sus hijas.

No lo había escuchado bien. ¿Había dicho hijas o hija? Ya no tenía forma de saberlo, pero aun así estuvo dos manzanas enteras pensando en un par de eses. Todo su futuro estaba al borde de un precipicio económico y ella se dedicaba a dibujar corazones imaginarios alrededor del chico de la destilería que podía, o no, haberla piropeado. Empezaba a parecer un personaje de Jane Austen. Y no de los soportables, como Elizabeth o Jane, sino uno

cansino y ridículo, como la madre. Si empezaba a compadecerse de sus «pobres nervios», alguien iba a tener que hacer algo drástico por ella.

Abrió la puerta de casa de su madre sin llamar y encontró a Laney en la cocina.

—*Lady* Irma no se levanta de la cama, así que estoy limpiando la nevera para no asfixiarla con una almohada.

Bree miró el cubo de basura vacío que tenía al lado, delante de la nevera.

—No has tirado nada.

—Es la tercera vez que hago lo mismo en lo que va de semana. —Sacó unos yogures—. ¿De verdad caducan estas cosas? Técnicamente, ¿no son productos caducados?

Bree cerró la nevera para que le prestara atención.

—Está claro que mamá tiene los archivos de contabilidad de Elliot escondidos en alguna parte, y si no están en la librería…

Se volvieron las dos a la vez y gritaron:

—¡Mamá!

Bree abrió la puerta del dormitorio. Laney le quitó las sábanas.

—¡Levanta y a darle duro! Venga, arriba. A quien madruga, Dios le ayuda.

Irma se agarró a la almohada.

—No soy una niña y estoy en mi casa. Me quedaré en la cama hasta que yo quiera.

Laney miró a Bree.

—Tú cógela por los hombros. Yo la levanto por los pies.

—¿Quién abre el grifo de la ducha?

—La que tenga una mano libre cuando lleguemos.

Tiraron. Irma forcejeó.

—Dejadme en paz. Estoy de duelo.

—El oxígeno lo cura todo —dijo Laney.

Bree se echó a reír: había oído a Irma decirle lo mismo a Laney unas tres mil mañanas de clase.

—No puedes saber cómo te sientes de verdad hasta que estás de pie, mamá —añadió Bree.

A Laney se le escapó la risa por la nariz, y allí estaban las dos riendo, con Irma pataleándose y agarrada al cabecero.

—Un cuerpo activo es la mejor arma contra un espíritu abatido.

—Mejor perderse entre las páginas que entre las sábanas.

—Hasta los malos libros sirven de papel higiénico.

Bree miró a Laney.

—Qué asco. Eso no es un dicho.

—Ahora sí.

—No, no lo es.

—¡Basta! —Irma golpeó el colchón con los puños—. Ya habéis causado bastantes problemas las dos. Dejadme en paz de una vez.

Su ira no dejó ni una brizna de alegría en la habitación. Bree se desplomó en un lado de la cama y Laney en el otro.

—Seguís luchando por algo que no va a suceder. —Irma se sentó contra el cabecero, estaba desastrada y con la cara roja—. Aunque pudiéramos pagar la deuda de Elliot hasta el último céntimo, no hay forma de salvar la librería. Mantenerla es demasiado caro.

Bree se negó a creer esa parte.

—Si es tan caro, ¿cómo sobreviven las demás librerías independientes de la ciudad? Magers & Quinn y Moon Palace Books están a pocos kilómetros de aquí y se las han arreglado.

—Ellos sí, pero nosotras no —suspiró Irma.

—Demuéstralo. —Laney no parecía enfadada, pero tampoco parecía dispuesta a permitir que su madre no hiciera lo que le pedían—. Enséñanos los números. Tienes que tenerlos o no podrías haber vendido la librería.

—Los Vandaveer compraban el local, no el negocio.

—Aun así.

Laney se levantó y empezó a ordenar la habitación para canalizar el enfado: dobló ropa que estaba tirada por todas partes y emparejó zapatos sueltos.

—De algún sitio habrás sacado lo de los cuarenta y cinco mil dólares de deuda —siguió diciendo—. ¿Dónde están los estados financieros? Hemos vaciado todos los archivadores de la tienda, así que sabemos que no están allí.

—¿Y qué importa? Elliot está muerto, la Rainbow va a cerrar y los acreedores sacarán lo que puedan.

Bree se puso en pie de un salto.

—Importa porque podrías estar equivocada. ¿Lo has pensado alguna vez? —Cogió una esquina de la colcha y tiró de ella con la fuerza de un tractor—. Un amigo mío es auditor financiero y está

dispuesto a revisarlo todo, pero necesita información.

Irma se enfadó más que antes.

—¿Vas a dejar que un extraño vea mi información privada? ¿Sin mi permiso?

Laney dejó caer un montón de ropa doblada sobre la cómoda y salió de la habitación.

Bree no se echó atrás: estaba tan comprometida con la situación de Irma que no iba a huir de allí.

—No es un extraño, es mi amigo. Es mi amigo y es auditor.

Sin nada bajo lo que esconderse, Irma se puso en pie y cogió un par de prendas de la pila que acababa de ordenar Laney.

—No tenéis ningún derecho.

Se puso unos vaqueros debajo del camisón.

Laney asomó por la puerta agitando unos papeles.

—¡Los encontré! Vámonos.

Bree no sabía qué podía tener Laney, pero le bastó para darse prisa. Irma le agarró la camisa al pasar, pero se zafó justo a tiempo.

—¡Eso es propiedad privada!

Su madre salió del dormitorio detrás de ellas, intentando meterse el camisón por la cinturilla del pantalón hasta que vio que era imposible.

—¡No doy mi permiso para mostrar esa información a nadie!

Laney ya estaba abriendo la puerta.

—¡Puedes intentar detenernos, pero antes tendrás que vestirte!

Bree dio un portazo al salir y echaron a correr como niñas calle abajo.

—¿Estás segura de que es lo que necesitamos?

—Segura no, pero tengo una corazonada. Estos papeles estaban en una carpeta llamada ASÍ ES COMO SE ACABA EL MUNDO.

Boletín del Club de Lectura de los que Odian los Libros

NÚMERO 252
JUNIO DE 2010

Este mes: Libros para los antilectura que necesitan una dosis de valor en formato bolsillo

Irma, la copropietaria de Over the Rainbow, y yo nunca nos ponemos de acuerdo en cuál de los dos es más valiente. Irma dice que soy yo, pero cualquiera que nos haya conocido sabe que se equivoca. Irma Bedford es valiente; yo solo sé sorprender. Y, como este es mi boletín, tengo la última palabra.

Dado que se acerca el Cuatro de Julio, el día en que nuestros antepasados decidieron plantarle cara al rey Jorge, os quiero recomendar dos libros muy diferentes sobre el valor.

El primero es un libro del que tenemos ejemplares en la librería desde que se publicó en 1999: *Sanar una pérdida*, de Martha W. Hickman. Reconozco que soy tan frío como un bloque de hielo y que me cuesta hablar de sentimientos. El primer ejemplar lo compró una mujer destrozada por la muerte de su marido y creo que, al entregárselo, le dije algo tan impersonal como «le doy el pésame». Seguimos vendiendo ejemplares sin que yo me parara a pensar en el librito. Pero un día uno de aquellos clientes se acercó a la librería para decirnos cuánto le había ayudado: «Tenéis que recomendárselo a todas las personas que necesiten ayuda para el duelo».

Antilectura, acabo de mirar las cifras y hemos vendido al menos un ejemplar cada semana desde el día en que lo pusimos en *stock*. Puede que sea lo previsible con un supervenías como este, pero apuesto a que no habíais oído hablar nunca de él. Apuesto también

a que no sabíais que es tan pequeño que cabe en la palma de la mano. Y a que no sabíais que una mujer que estaba pasando por un divorcio me dijo: «Me dio valor para estar triste».

¿Valor para estar triste? Recordad que no soy más que un monigote con el cerebro lleno de aire como un suflé, así que nunca se me había ocurrido que hace falta valor para estar triste. Pero haced caso a los clientes de la Rainbow que vuelven una y otra vez para decirnos lo mucho que significa este libro para ellos: quizá no podamos elegir lo que nos pasa en la vida, pero sí está en nuestra mano no hacer el tonto ante las dificultades (la autora lo dice mejor).

Ahora, una visión completamente distinta del valor. La semana pasada, una joven compró un ejemplar de *Plano para dummies*. Quería tocar el *Cumpleaños feliz* para su abuela, que iba a cumplir ochenta años. Nunca había tocado el piano en su vida, pero a su abuela le encantaba oírlo, así que quería hacerlo por su cumpleaños. Le deseamos suerte y aplaudimos su valor por lanzarse a algo nuevo.

¿Qué os atreveríais a aprender? ¿Qué tal hacer una estantería con *Bricolaje para dummies*? Ampliad vuestros horizontes con una guía de viajes a cualquier país del continente que se os ocurra. A mí me llamó hace poco la atención un ejemplar sobre Perú de Lonely Planet, con una foto espectacular de Machu Picchu en la cubierta.

¿Alguna vez habéis fantaseado con aprender francés?

¿Os gustaría hacer mejor vuestros presupuestos?

¿Qué tal organizar de una vez las fotos con una guía paso a paso para hacer álbumes de recortes?

Hacedlo. Sed valientes. Y, si lo necesitáis, aquí estamos.

Elliot

Tabla de salvación para los antilectura

Los libros son como las personas: los que no salen de la estantería están bonitos como muñecas de porcelana, pero los más ajados tienen las buenas historias.

Veintitrés

—El estado de la casa es un reflejo de mi estado de ánimo, date por advertida.

Thom se apartó de la puerta y extendió el brazo para mostrar el desastre en que estaba convertido el vestíbulo-sala de estar. Tener una vivienda pequeña siempre estuvo al servicio de su necesidad de mantener el orden. «No tenemos espacio para el desorden», le encantaba decir mientras recogía los libros y las revistas de Elliot. Ahora ese espacio era la viva imagen del caos contra el que llevaba años luchando.

Por la cara de Bree, no estaba muy convencida de que el desorden le sentara bien a Thom.

—Yo… —Entró con cuidado, por miedo a pisar algo—. Bueno, he venido a ver cómo estás.

Recorrió con la vista el área de la onda expansiva para intentar estimar el alcance de los daños. Quería preguntarle qué narices había pasado, pero no sabía cómo hacerlo. De todas formas, Thom lo notó por la forma en que llevaba el bolso pegado a la cadera, por una sonrisa demasiado amplia y por sus gestos calculados al milímetro.

—Entra —le dijo—. No es contagioso.

Con las muletas le costaba moverse entre los papeles que había esparcidos por el suelo: los tacos de goma ya habían resbalado una vez esa mañana y le hicieron caer con todo el peso sobre el tobillo lesionado. El dolor fue como una reafirmación de su estado emocional: al rojo vivo y en busca de desquite.

Se sentó en la butaca de piel y levantó el reposapiés para tener el pie en alto. Bree se agachó y empezó a recoger.

—¡Para! —A Thom no le gustaba gritar, pero ya no tenía

paciencia para andarse con sutilezas—. Me resulta terapéutica la agonía de vivir en este desorden.

—Como quieras. Thom…

Se sentó en el sofá frente a él apretando cada vez más el bolso. Estaba muy preocupada.

—¿Seguro que estás bien?

—Claro que no. Nunca he dicho que lo estuviera. Estoy pasando por un auténtico tormento físico y emocional, y por muchos medicamentos que tome, el dolor no hace más que empeorar.

Se echó una manta sobre las piernas. Fuera hacía un calor húmedo e insoportable, pero dentro el aire acondicionado dejaba helado a un herido.

—Pero basta de hablar de mí, ¿cómo estás tú?

—Podría decirse que estoy bien. ¿Seguro que no quieres que recoja los papeles?

—¿Para qué?

—¿No es peligroso? Vas con muletas…

—Mucho. Hoy ya me he caído una vez.

—¡Thom!

—Bree. —La situación cada vez era más desagradable—. Soy consciente del estado en que está la casa. Te lo advertí antes de entrar, ¿no?

—Sí.

Miró al suelo, le avergonzaba sentir compasión por él. Thom sabía que le quería preguntar por qué. ¿Por qué el salón estaba lleno de documentos y papeles rotos como hojas arrastradas por el viento? ¿Por qué se empeñaba en que lo dejara en paz? Lo sabía, y no tenía ganas de responder.

—¿Qué querías? —le preguntó a Bree, que miró alrededor.

—Si estás seguro de que no necesitas nada, no insistiré. He venido a decirte que tenemos a un contable revisando las cuentas de la tienda. Quiere comprobar si la deuda de la que habla Irma es correcta. También nos dirá cuáles son nuestras opciones, si es que las tenemos.

—Felicidades. Enhorabuena por no quedarte a mirar cómo se desmorona todo.

—Gracias…

Más que decirlo, lo preguntó. Y no podía culparla: lo suyo había

sonado como mínimo a condescendencia, cuando no a sarcasmo o incluso a reproche.

—De todas formas, he de decirte que es normal que tu madre esté preocupada por la deuda —le dijo—. Lo más seguro es que las aplaste a ella y a la Rainbow.

Bree abrió los ojos de par en par.

—He encontrado los archivos de Elliot. Parece que llevaba un tiempo liquidando la deuda de la librería. En un momento dado, llegó casi a los cien mil. Corta la respiración, ¿no?

Ella cerró los ojos e intentó borrar la cara de perplejidad.

—Si tienes más información, te agradeceríamos mucho que nos dejaras echar un vistazo. Irma tiene los estados financieros de la librería, Laney y yo los encontramos en el despacho de casa. —Al decir esto, Bree se rio por dentro; no iba a contarle cómo sucedió—. En fin, conseguimos archivos de varios años para el contable. Irma dice que es todo lo que tiene. Pero si tú has encontrado algo…

Puede que no estuviera bien estar tan satisfecho por tener algo cuya existencia Irma desconocía. Pero así era, y se tomó un momento para deleitarse.

—Estaba pagando la deuda con su herencia.

Ese era uno de los tesoros que encontró en el cajón de Elliot: una hoja de cálculo con un listado de todos los bienes a su nombre, junto con su valor estimado y la fecha de venta. En su haber, Elliot tuvo cuidado de no tocar nada de lo que tenía en propiedad con Thom. No hipotecó la casa ni le insinuó a Thom que vendiera el Mercedes para comprar algo más barato. Sin embargo, fue devorando poco a poco, pero con total eficacia, decenas de miles de dólares en bienes que guardaba en secreto.

La colección de monedas de su padre le dio casi once mil dólares. El abrigo de visón de su madre, mil y la estola de armiño, trescientos. También vendió libros raros, bufandas Hermés, tebeos y cromos de béisbol y una lámpara Pairpoint. Las joyas que adornaron el cuello, las orejas o las muñecas de su madre —una gargantilla de perlas Mikimoto, unos pendientes de diamantes de dos quilates y una pulsera de tenis de oro y rubíes— se cotizaron en varios miles de dólares cada una.

Thom volvía a tener un nudo en el estómago. Sabía que la herencia de Elliot era importante. Cuando decidieron comprar la

casa juntos, le dijo que había dedicado gran parte de ella a pagar la hipoteca de Thom y así poder empezar su vida juntos sin deudas. «Por nosotros —le dijo—. Por nuestro futuro».

Elliot no escribió últimas voluntades ni organizó el testamento, pero ese gesto de generosidad le garantizaba a Thom un hogar el tiempo que quisiera. A la vez, en esa bondad había una crueldad que no sabía si sería capaz de perdonar algún día.

—No lo entiendo —dijo Bree—. ¿Estaba pagando la deuda de la Rainbow con vuestro dinero?

—¡En efecto!

Thom levantó un dedo en un gesto a lo Sherlock Holmes que nunca habría hecho de haber estado en pleno uso de razón.

—Ese es el quid de la cuestión, ¿no? Si Elliot nunca dio su bendición, ¿ese dinero es nuestro? No estábamos casados legalmente y, como Minnesota no reconoce las parejas de hecho, no tengo ningún derecho inapelable sobre su patrimonio. Puedo haber pensado que esos bienes eran propiedad de los dos, pero, a ojos de la ley, lo que era suyo es suyo, y solo es mío lo que está a nombre de los dos: la casa, el coche y los abonos de temporada del Teatro Guthrie.

—Pero ¿tú no te enteraste de todo lo que estaba vendiendo? Tendrías que haber visto en el armario el abrigo de visón de su madre.

Thom se preguntó si podía decir «ah, qué pesar» sin sonar pedante.

—Me temo que hay muchas cosas que nunca supe de Elliot.

Bree se desplomó en el sofá, decepcionada una vez más por el hombre al que tanto quería. Le dolió ver que Thom tenía esos mismos sentimientos hacia Elliot.

—Ese dinero es tuyo —dijo al rato—. Me da igual lo que digan las leyes. Era suyo, así que ahora debería ser tuyo.

Guardaron silencio, enredado cada uno en sus pensamientos. Thom no tenía claro qué papel le correspondía. ¿Le tocaba interpretar a la víctima de un embustero? ¿O se esperaba que actuara con optimismo y determinación para hacer frente a las adversidades? ¿Necesitaría Bree que la consolara y la convenciera del amor y las buenas intenciones de Elliot?

El duelo era tan desordenado que lo agotaba.

—No quiero que pagues nada más de la deuda —dijo Bree—. Sé que no tengo derecho a hacerlo, así que esto es simbólico como mucho. Aun así, quiero que lo sepas; la deuda es de la librería, no tuya.

Resopló, le hizo sentir bien ser generosa.

—Aunque imagino que no sirve de mucho con lo de la herencia de Elliot —continuó, otra vez desanimada.

Thom golpeó con la muleta un aviso de vencimiento de MasterCard, dejando con gusto una mancha en el papel. Le avergonzaba reconocer que aún no había informado a los acreedores de la muerte de Elliot, así que las facturas seguían llegando y los intereses subiendo. Estaba demasiado enfadado para ocuparse de ello.

—Imagino que los acreedores vendrán por aquí a por su parte cuando Irma cierre la librería.

—Si es que cierra —lo corrigió Bree.

—Por supuesto.

Podía permitirle soñar, por improbable que fuera.

—Sé que parece una tontería que me aferre así a la esperanza, pero no puedo evitarlo. —Hizo una pausa para coger aire—. No sé qué te contó Elliot. Mi padre le pegaba palizas a mi madre y no paraba de entrar y salir de la cárcel. Ella hacía lo mismo, pero con la clínica de desintoxicación. Sin la Rainbow, no sé quién soy. El autobús del colegio dejaba a Laney en la puerta de la librería, así que un día la seguí. No sabía dónde iba, solo que sería mejor que lo que me esperaba a mí en casa.

Thom conocía retazos de la historia de Bree, solo las costuras. Que podría decirse que fue Bree quien adoptó a Laney, Irma y Elliot como familia cuando el estado les quitó la tutela a sus progenitores. Que su padre estaba cumpliendo cadena perpetua por un robo a mano armada que acabó en tragedia. Que su madre la dejaba sola tantas noches que las autoridades no pudieron mirar a otro lado, y más teniendo en cuenta que Irma empezó a llamar casi a diario para denunciar el desamparo. Respetaba a Irma por eso. Quizá la lista de sus virtudes era más larga de lo que se había permitido ver.

—Es como si la Rainbow y yo fuéramos una misma cosa.

Cogió aire y, sin previo aviso, se convirtió en un mar de lágrimas.

—Dios mío… —Se balanceó, acunando la cabeza sobre las manos y las rodillas—. No puedo con esto.

Con las muletas era complicado moverse, pero consiguió abrirse paso entre todo lo que estaba tirado por el suelo y se sentó a su lado. Le frotó la espalda en silencio, sabía que no existían palabras.

—Está todo patas arriba. Pensábamos que romper el acuerdo con los Vandaveer era lo correcto. Era así, ¿verdad?

Sí, por supuesto, lo hicieron con buena intención.

—Sin embargo, echamos por tierra la única oportunidad que tenía Irma de salir de este embrollo con algo de dinero. Creo que he herido de muerte mi relación con ella, pero iba a vender el lugar que me salvó la vida. A venderlo sin más, sin explicaciones, sin avisar… No podía quedarme de brazos cruzados.

Por supuesto que no.

Thom tenía calambres en la espalda, no se había recuperado del todo de la caída de la caja de vino.

—Lo siento, querida, pero tengo que recostarme un momento. Tú sigue hablando.

Se estiró sobre el montón de cojines; tras años de lucha con Elliot, por fin estaba dispuesto a reconocer que eran demasiados para un sofá de ese tamaño. Sacó el más incómodo de todos y lo tiró al suelo.

—Lo más triste es que, aunque consigamos mantener la librería —continuó diciendo Bree—, Irma nunca volverá a sentir lo mismo por ella. Desde que murió Elliot todo ha cambiado. Después de perderlo, intenté que fuera un lugar feliz, pero ellos dos eran tan… ¿Cómo lo diría?

—Tan Irmiott-as.

Elliot odiaba aquel nombre. Le decía que lo usaba de forma pasivo-agresiva para llamar idiota a Irma. Pero no era así: los llamaba idiotas a los dos. Ahora se arrepentía.

—Irmiott-as. —Bree resopló entre sollozos—. No hay mejor forma de decirlo.

—¿A que sí? En mis peores arrebatos, cuando veía todo negro, me los imaginaba a veces despiojándose el uno al otro como los monos del zoo. Por mucho que otras personas nos acercásemos, los momentos más íntimos los tenían entre ellos dos.

Bree se volvió a mirarlo con sorpresa.

—No estarás a punto de decirme que los pillaste en la cama, ¿verdad? Por favor, dime que solo se acostaba contigo.

Thom se habría vuelto a mirarla con la misma sorpresa, si no tuviera la espalda como una barra de acero.

—Madre mía, querida, he dicho «íntimos», no sexuales. No, no se acostaban. Ni siquiera consumaron el matrimonio, que yo sepa.

—¿El qué?

Bree se puso en pie de un salto e hizo rebotar el sofá con tanta fuerza que Thom aulló de dolor.

—¡Aaaaauuuuu!

—¡Ay, Dios! ¡Lo siento mucho! —Intentó ayudarlo a incorporarse, pero eso solo empeoró la cosa y volvió a chillar—. Creía que decías en serio lo de que estaban casados. ¡No gastes esas bromas!

Empezó colocarle cojines a diestro y siniestro tras la cabeza y bajo las rodillas.

—No bromeaba. Encontré el certificado de matrimonio en los archivos de Elliot. Llevan casados desde 1979. Así que por fin sé…

Intentó ponerle una almohada bajo los pies, pero le cogió el tobillo y disparó todos sus receptores de dolor.

—POR QUÉ ELLIOT NUNCA QUISO CASARSE. PERO ¿QUÉ LECHES? ¡DEJA DE TOCARME, MONSTRUO!

Bree se llevó las manos a la boca, conmocionada y asustada, y rompió a llorar otra vez.

—¡LO SIENTO! —Thom no podía parar de gritar—. ¡NO LLORES, POR FAVOR!

Ya era tarde. Bree se había desplomado en el suelo y sollozaba, devastada y confusa. Thom estaba demasiado lejos y dolorido para ir a consolarla.

—Bree —suplicó, haciendo todo lo posible por reprimir la angustia que le cerraba la garganta—, dame un minuto para recuperarme. ¿Puedes traerme los relajantes? Con eso me pondré mejor. Luego podremos hablar con tu madre o con el contable o con quien haga falta para llegar al fondo de todo este lío.

Cómo deseaba que la lista de joyas vendidas hubiera sido el único secreto que encontró en aquellos archivos.

Veinticuatro

4 días después de paralizar la venta…

Puede que echar a pique el trato con los Vandaveer acabara con las esperanzas de jubilación de Irma, pero consiguió el efecto contrario con la clientela de la Rainbow. A las seis, Laney no sentía los pies y tenía un dolor que le subía por la columna vertebral hasta la coronilla. Había recorrido la tienda de punta a punta cientos de veces, hecho malabarismos con las llamadas telefónicas entre una venta y otra, y contado la misma historia a todos los clientes que le preguntaban: no, no iban a vender para que construyeran un bloque de apartamentos; sí, tenían intención de seguir abiertas.

La última vez, lo dijo con otra voz: más fuerte y segura. Eso solo podía significar una cosa: lo decía en serio. No quería que la Rainbow echara la persiana.

Pero necesitaba un descanso: Irma estaba con Witt en la trastienda haciendo números y Bree había dicho que volvería de casa de Thom hacía más de una hora, así que le dio la vuelta al cartel de la puerta para que dijera volvemos mañana y se marchó. Los clientes podían volver en otro momento. Ella se iba al parque a ver un partido de béisbol.

En la librería había entrado un chico con una camiseta de la funeraria Nilssen y, cuando le dijo que ella jugaba en el mismo equipo, su madre la invitó a ver el partido contra Johnson's DIY Dog & Car Wash en el campo de Cedar Park.

Era la escapada perfecta.

Caminó las seis manzanas que distancia hasta el campo e ignoró dos llamadas de Tuck. Ya no le enviaba mensajes, eran demasiado

fáciles de esquivar. En cambio, un teléfono sonando exigía respuesta: colgar o descolgar, pero había que elegir.

Ignorar. Por tercera vez en tres minutos, y en cada una se sintió mal. El velo que se extendía entre Oakland y Minneapolis empezaba a rasgarse y Tuck, dependiente e impaciente por naturaleza, se estaba enfadando y desesperando. Laney necesitaba poner las ideas en orden.

En el campo, el marcador indicaba local: 2 - visitante: 0. Cuerpos en miniatura con camisetas negras salpicaban las bases y el campo mientras un banquillo lleno de camisetas azules animaba a los suyos. En el plato, un jugador sostenía un bate casi de su tamaño. ¿De verdad eran así de pequeños los niños de diez años? Laney recordaba que a esa edad empezó a pavonearse: pronto iba a ir a quinto curso, era de las mayores, la dueña del patio. En quinto les daban «la charla» y les hablaban de menstruación, erecciones y cambios corporales. Lo más seguro era que esas criaturas que había desperdigadas por el campo no estuvieran preparadas para aquello. ¿O sí?

Se sentó en un banco junto a la acera, evitando las gradas para no interrumpir a los orgullosos padres y abuelos con un niño en el partido. La hierba olía más a verde ahí que en California, y ese olor le hizo recordar las noches lentas de verano, cuando iba en bici a los campos de juego, hubiera o no partido, riendo con sus amigas y con el bolsillo lleno de calderilla para gastar en granizados y chicles Big League Chew.

Los veranos de la infancia eran los mejores.

Hasta los treinta y tantos, no se dio cuenta de que Tuck nunca querría tener hijos. Cuando se fueron de casa eran los dos muy jóvenes y no conocían a nadie que se convirtiera en padre adolescente por elección propia. El embarazo no era más que un «error tonto» y Tuck se volvió tan militante con los métodos anticonceptivos (condones y cualquier otra cosa que pudiera conseguir sin receta) que el sexo perdió su atractivo. Después que su madre pasara años metiéndole preservativos en el cajón de los calcetines, ahora su novio hacía lo mismo.

Al pasar los veinte, la idea de tener hijos parecía apropiada para su edad, y aun así Tuck no dejó de estar paranoico. Todos los meses le preguntaba «¿Te ha venido?» (la regla) y todos los meses parecía

a punto de llorar de alivio cuando le decía que sí. «Ahora mismo no puedo interrumpir mi carrera por tener un hijo —le decía—. Tengo que centrarme». Claro que sí. Laney lo entendía. Tenían tiempo de sobra.

Dejó la competición a los treinta y dos. Un año después, abrieron el Tire Stud. Un año después (cuando iba a cumplir treinta y cuatro), Laney esperó un día en el baño a que apareciera una línea azul en un palito blanco. Llevaba semanas de retraso y nunca le había pasado. También tomaba la píldora, pero empezó a tener acné y acababa de cambiar de marca. ¿Podría ser? ¿Podría ser?

No lo fue. Le bajó la regla al día siguiente y, cuando se lo contó a su médico, este se rio con una frivolidad casi cruel: «Ojalá me dieran un dólar por cada mujer que cree que está embarazada por unos días de retraso».

—Pero te ha venido, ¿verdad? —le dijo Tuck al llegar a casa; luego suspiró aliviado y añadió—: Ya sabes, estamos muy liados con la tienda y todo eso.

Por supuesto. Lo entendía: nunca iban a tener hijos.

—¡Primera base!

El grito de un ansioso entrenador de la Liga Infantil la devolvió al campo. El lanzador, que medía metro y medio y estaba listo para el siguiente bateador, se llevó el guante a la cintura, apuntó y lanzó la bola directa al centro del plato.

—¡Bola! —gritó el árbitro.

—¿Qué? —gritó Laney—. Eso ha sido *strike*.

Unos cuantos padres la miraron con curiosidad desde las gradas. ¿Quién era aquella desconocida entrometida? No vio a la madre que la invitó a ir.

—¡Atentos al *home*! —gritó el entrenador—. ¡Preparaos! ¡Van a llegar a casa!

Al oírlo, Laney se echó a llorar. Ella también quería ir a casa. No a Oakland ni con Tuck. Ni siquiera a casa de su madre. Solo a casa. Saber qué era un hogar, qué se sentía al estar en un lugar sin pensar ya en cuál iba a ser el próximo, sin dejar la ropa en la maleta porque no merecía la pena deshacerla. Quería sentarse donde quisiera y no tener que levantarse. Porque era su casa, porque el lugar era suyo y los demás sabían dónde buscarla.

Le corrían las lágrimas por las mejillas y se las secó con el

dobladillo de la camisa. El rímel se le había borrado hacía horas. Estaba perdiendo peso a causa del estrés y de su viejo amigo el SCI, y, si seguía en Minneapolis mucho más tiempo, iba a tener que comprar ropa nueva, aunque fuera unos *leggings*, cualquier cosa que no se le cayera al andar.

Se le revolvió el estómago y vomitó sobre la hierba.

—¿Dónde has estado? —A Bree no le gustaba gritar, pero todo estaba hecho un lío—. ¡Llevo una hora llamándote y enviando mensajes! Creía que te habían atropellado.

—Estaba en Cedar Park.

—¿Y qué hacías en los campos de la Liga Infantil?

Bree no tenía tiempo para distracciones.

—No lo sé —tartamudeó Laney y eso le molestó aún más a su hermana; Laney nunca tartamudeaba—. Necesitaba un descanso. Por hacer cualquier cosa.

—¿Ver jugar al béisbol a los hijos de otras personas?

—Me puse a pensar. Quizá, si me hubiera quedado aquí, me habría casado y esta tarde mi hijo tendría partido.

—¿A qué vienen ahora esas preguntas sobre cosas que no sucedieron? —Bree sintió que algo se le desgarraba por dentro y amenazaba con romperse—. Aquí tienes otra. ¿Y si mamá se hubiera casado con Elliot?

Laney la miró de reojo sin entender.

—¿Y ahora qué?

Una voz adormilada pero fuerte salió del banco de iglesia donde estaba tumbado Thom desde que llegó a la Rainbow.

—Tu madre y Elliot eran marido y mujer. He encontrado el certificado de matrimonio en la cripta.

El cerebro de Laney no sabía con qué palabra quedarse: *¿matrimonio o cripta*?

—Se refiere al escritorio de Elliot —le explicó Bree—. Encontró un certificado de matrimonio dentro. Se casaron en 1979. ¿Tú lo sabías?

Laney negó con la cabeza.

—Y un formulario de anulación —volvió a intervenir Thom.

—¿Lo anularon? —chilló Bree—. ¡Podrías haberlo dicho!

—En blanco —añadió—. Un formulario de anulación en blanco.

Entonces, como suele ocurrir en los libros y en las películas, la

campanilla de la puerta amarilla tintineó y entraron Witt e Irma, cogidos del brazo y riendo como si no les importara nada.

—¡Mira qué bien! —Bree levantó las manos y soltó una risita con un toque de histeria—. Mi madre, que está casada en secreto con el marido de ese hombre —movió el dedo de un lado para otro señalando a los acusados como la flecha de una balanza estropeada —, ¡ligando con mi novio!

Witt soltó el brazo de Irma.

—¿Tu novio?

Bree sintió las miradas de todos clavadas en ella.

—¡Amigo! —se corrigió—. Quería decir amigo.

Ya no tenía fuerzas para fingir que le daba vergüenza. Era un día horrible de verdad si un lapsus freudiano como el que acababa de tener no le importaba un pimiento.

Witt sonrió satisfecho.

—Cuando tengo novia, suelo besarla antes.

—Y yo suelo peinarme un poco antes de que alguien me declare su futura esposa —dijo Irma.

Llevaba contra el pecho una voluminosa carpeta, pero la dejó caer sobre el mostrador para tener las manos libres y poder hacer el gesto que tenía ya preparado en la cabeza.

—Sí, Elliot y yo nos casamos porque era la única forma de conseguir el dinero que necesitábamos para abrir la Rainbow. Si estabais imaginando que tuvimos un gran amor secreto, siento decepcionaros. El matrimonio se anuló hace décadas.

Abrió un cajón y empezó a rebuscar entre todo tipo de cosas inútiles que se habían ido acumulando allí con el paso del tiempo: bolígrafos, clips, blocs de notas, imanes y, de pronto, un aro de oro. Se lo puso en la mano izquierda y la levantó para que todos la vieran.

—¿Por qué guardas tu alianza en el cajón de los trastos? —preguntó Laney.

La verdad, saber eso estaba muy lejos de tener importancia entre todas las preocupaciones que le saturaban a Bree la cabeza.

—En realidad es un pendiente. —Irma se lo quitó y se lo acercó a la cara para enseñárselo—. Elliot me regaló un anillo de diamantes de la familia en la ceremonia, pero lo guardamos por si alguna vez nos hacía falta el dinero. Este par me lo regaló mi abuela

cuando me gradué en la universidad. Perdí la pareja, pero un día necesitaba una alianza para ir al banco y me lo puse en el dedo. —Volvió a ponérselo ahí—. Dio el pego de maravilla, así que lo guardé aquí, por si volvía a haber una emergencia matrimonial.

—Brillante —dijo Laney.

Irma pestañeó despacio e hizo una reverencia.

—¿Podemos volver a la parte en la que os casáis? —gritó Bree.

—Os presento al señor y la señora Gregory —bramó la voz del banco.

—Tonterías —dijo Irma—. Después de presentar los papeles de anulación en el juzgado, fuimos a tomar unos martinis al Charlie's de la Séptima. Es donde fuimos con sus padres después de la boda, así que repetimos el día de la Gran Desintegración.

Hizo hincapié en esas palabras y dio la sensación de que no acababa de inventarse el nombre.

—Irma… —Witt se acercó al mostrador y abrió la carpeta—. Si estás casada con Elliot, podría cambiar por completo la estrategia financiera de la que hemos hablado.

—Pero ¡si ya no estábamos casados!

Tamborileó en el mostrador para celebrarlo: la Irma de hacía solo unas horas habría sido incapaz de hacer nada parecido.

—¡Estás contenta! —Bree la señaló acusadora—. ¿Qué es lo que pasa?

—Creo que deberíamos sentarnos —sugirió Witt.

Laney empezó a arrastrar sillas hacia la zona de descanso que había junto al escaparate.

Irma siguió defendiendo su soltería.

—¡Necesito ayuda! —aulló Thom desde el banco.

Irma empezó a hablar cuando se acomodaron, los cuatro en las sillas y Thom en el banco que arrastraron hasta allí.

—En primer lugar, os debo dar las gracias. —Miró fijamente a Laney, Thom y Bree, por turnos—. Vuestro brillante amigo Witt acaba de pasar la tarde demostrándome el desastre que habría sido el trato con los Vandaveer.

—El contrato incluía la compra del nombre «Over the Rainbow» y de toda la propiedad intelectual relacionada —explicó Witt—, pero el dinero que ofrecían solo correspondía a los bienes inmuebles. En otras palabras, compraban todo el negocio y solo

compensaban a Irma por una parte.

No pareció que a ninguno le sorprendiera la noticia, aunque Bree no estaba segura de haberlo entendido del todo.

—¿Qué significa eso de que solo la compensaban por una parte?

—Antes incluso de morir Elliot, sabía que nuestro edificio valía más que la librería —aclaró Irma—. Nos costó sesenta mil dólares en 1979, pero el año pasado la tintorería de la esquina se vendió por casi un millón. ¿Lo imagináis? Nunca hemos ganado tanto vendiendo libros, así que, cuando descubrí la enorme deuda que habíamos acumulado, me entró el pánico. No había forma de que una pequeña librería como la nuestra pudiera salvar algo así, sobre todo en la coyuntura actual.

Por lo visto, Laney seguía atascada en el mismo punto que Bree.

—Entonces, ¿qué parte no te iban a pagar?

—Nuestro nombre. —Irma resopló y se enderezó en la silla—. La venta me habría impedido…, nos habría impedido volver a utilizarlo.

Miró directamente a Bree.

—Aun así, tenías intención de cerrar —le respondió ella, con resquemor por estar hablando de eso entonces y no meses antes.

—¿Me permites? —le preguntó Witt a Irma, que asintió—. Legalmente, el nombre de un negocio se considera su propiedad intelectual, y el valor del nombre aumenta cuanto más reconocido sea. Básicamente es la razón por la que no puedes abrir una tienda y llamarla Gap. Pero lo contrario también es cierto. Una empresa que fabrica, por ejemplo, dispositivos muy especializados, puede venderlo todo (las fábricas, los contratos con clientes o patentes), pero conservar el nombre.

—Es como si los Vandaveer dijeran «ya no tenéis la marca Over the Rainbow ni vamos a pagaros por ella» —dijo Irma.

—Así que no podías haber alquilado un local calle abajo y trasladar allí la librería —dijo Laney.

—Exacto —confirmó Witt.

—Pero ¡tampoco querías! —¿Bree era la única que se acordaba? —. Pasaste una semana entera al teléfono hablando con Helen para preparar tu huida a Florida. Me dijiste que no era capaz de dirigir la Rainbow.

—Lo decía por el dinero.

Irma jugueteó con las manos sobre el regazo, sin decir nada.

—Hay que reconocer que podría haber llevado mejor toda esta situación —continuó al rato—. Pero considéralo desde mi punto de vista. Cuando perdí a Elliot, me quedé conmocionada. Luego, descubrí la deuda y me di cuenta de que todo empezó cuando tuve la idea del café…

Se llevó una mano al corazón, llena de vergüenza.

—Sabía que pedimos un préstamo para financiar la reforma, pero no que tuvimos que empezar a pagar las facturas con tarjetas de crédito porque el efectivo iba a parar al banco. Y todo porque un día tuve la brillante ocurrencia de vender también vino y café. Entonces Nestor enfermó y yo prácticamente desaparecí…

Bree buscó a Laney con la mirada, tratando de saber hasta qué punto el tono lastimero de Irma estaba calando por ese lado: o bien Laney era tan impasible como Bree, o bien tenía mucha mejor cara de póquer.

—Secretos y más secretos por todas partes. —La voz de Thom emergió del banco rompiendo el silencio—. ¿Puedo recordarte, señora Gregory, que te casaste con el hombre que decía que me amaba solo a mí y para siempre? El hombre que declaró: «Si el afecto no puede ser igual, que sea yo quien más ame».

Esto último lo dijo alzando la voz, en una mezcla de imitación y sarcasmo.

—Auden —dijo Irma, siempre en el papel de librera.

—Elliot nunca me comprendió, nunca entendió que sus elecciones pesaban mucho más en nuestra relación que sus palabras.

Irma puso cara de enfado y Bree se dio cuenta de que era la primera vez que la veía tener el mismo comportamiento territorial que Thom. La guerra fría entre los dos hacia la Rainbow y todo lo relacionado con la librería (sobre todo, Elliot) era un secreto mal disimulado, y en las contadas ocasiones en que Thom acudía a la librería, Bree y su madre desaparecían enseguida para darles intimidad a los dos. Sin embargo, nunca había visto a su madre mostrar rencor hacia Thom.

Mientras calculaba la respuesta, Irma miró con los ojos entornados hacia Elliot, que estaba inmóvil en el banco.

—Sí, nos casamos. Por dinero. Se acabó en el preciso instante en que comenzó. No sé por qué te molesta tanto, pero te recomiendo

que lo superes rápido, porque vas a odiar más lo que viene ahora.

Bree y Laney intercambiaron miradas sin entender nada.

—Oh, maravilloso —bramó Thom—. ¡Más secretos! Ahora irás a decirme que Laney es hija de Elliot. Te lo puedes ahorrar.

Laney gritó estupefacta, por supuesto:

—¿Soy QUÉ?

Bree se volvió hacia Witt con una expresión con la que esperaba decir «¿lo sabías?», pero él hundió la cara entre las manos y gimió.

Irma se había levantado de la silla y estaba de pie al lado de Thom.

—Por una vez en tu vida, deja de causar problemas. Lo digo en serio. No sé cuántas horas he pasado escuchando a Elliot mimándote al teléfono y teniendo que defenderse de tus acusaciones, desde perderse la cena hasta tener una aventura. ¡Quiero que me devuelvas esas horas! ¡Las quiero de vuelta! Te juro que, si tengo que escuchar tu voz quejumbrosa y lloriqueante un segundo más, ¡voy a perder la cabeza!

Thom, que era incapaz de nada, pero conservaba su voz de barítono, bramó:

—¡MUJER!

—¿Sí, señor? —Irma se soltó, se acabó la cortesía y el fingir—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Comparto algo más de mi vida, de mis negocios o de mi dinero contigo? Quizá quieras recordar que estuve a punto de darte la mitad de lo que habría obtenido con la venta de la librería. Una mitad a la que de NINGÚN MODO estaba obligada a renunciar.

—¡PERO NUNCA ME DARÍAS A ELLIOT!

Irma soltó un rugido, tan iracundo y desmesurado que a Bree le pareció oír un crujido en la lámpara de araña. Laney se interpuso entre los dos para que no acabaran a golpes y empezó a chillar que ALGUIEN le explicara por qué nunca le habían dicho que Elliot era su padre.

Witt dijo moviendo los labios: «¿Qué está pasando?».

—¡HOLA!

Bree dio dos palmadas y un par de pisotones. Todos callaron a regañadientes.

—Pero ¿qué estáis haciendo?

Irma intentó interrumpir, pero Bree le apuntó con un dedo tan

rápido que se tragó las palabras.

—Ahora —continuó Bree—, vamos a hablar de uno en uno. Con calma y buenas maneras. ¿Entendido?

Todos murmuraron a regañadientes.

Miró directamente a Irma.

—Estoy segura de que a Laney le gustaría saber si Elliot era su padre. ¿Es eso cierto?

—¡Claro que no! —Irma podría haber aprovechado la ocasión para tranquilizar a su hija, pero lo que hizo fue a señalar a Thom y decir—: O está delirando o es un mentiroso.

—Yo no he dicho que Elliot fuera su padre… —empezó a decir Thom, pero Bree se apresuró a callarlo.

—De uno en uno. —Volvió a centrar su atención en Irma—. Entonces, ¿no hay nada que Laney deba saber ahora? ¿Ningún secreto de paternidad bomba entre bastidores?

Irma negó con la cabeza, y por fin recordó que debía tranquilizar a su hija.

—No, Laney. Este lío de Elliot no tiene nada que ver contigo, cariño. Todo lo que te he contado sobre cómo llegaste al mundo es verdad.

Le cogió la mano y la apretó.

—Bien, porque me gusta decirle a la gente que me concibieron en un concierto sorpresa de Prince en el First Avenue. Es muy *rock and roll*.

—Y puedes seguir haciéndolo.

—De acuerdo —suspiró Bree—. Una crisis superada.

Respiró hondo. Era agotador.

—Bien, ¿podrías explicarle a Thom a qué te referías cuando dijiste que iba a «odiar más lo que viene ahora»?

Le parecía increíble que, en semejante caos, estuviera haciendo un buen trabajoa la hora de seguir la pista de los bombazos.

Irma miró a Witt y suspiró.

—Siento tener que decirte esto, Thom, pero parece que solo una parte de la deuda restante corresponde a la tienda. La mayor parte está en tarjetas de crédito a nombre de Elliot.

Thom, que llevaba unos minutos negándose a mirar al grupo, volvió la cabeza y parpadeó despacio.

—¿Y…?

—Y… —Witt intervino—, según cómo estuviera redactado el testamento de Elliot, los emisores de las tarjetas de crédito podrían reclamar su patrimonio. Es decir, si te dejó algún dinero o propiedad, podrían reclamarlo como liquidación.

Thom entornó los ojos.

—Irma es su esposa. Que vayan a cobrarle a ella.

—¡Ya está Pepito Grillo!

Irma levantó las manos, exasperada.

—No, Thom. —Witt zanjó el asunto—. No si no estaban casados en el momento de su muerte, y parece que la anulación se concedió hace mucho tiempo. Si sigues con dudas sobre el estado civil de Elliot, puedo ayudarte a buscar la documentación en Internet. No nos costará ni cinco minutos.

Thom refunfuñó, era demasiado obstinado para reconocer su derrota.

—Bueno, qué más da, supongo que no importa. No dejó testamento ni herencia. Las únicas cosas que tengo ya estaban a nombre de los dos: la casa y el coche.

De pronto lo comprendió, abrió los ojos como platos y trató de incorporarse.

—¡Auuuu!

Echó mano a la espalda. Witt se apresuró a ayudarlo, pero Thom lo apartó de un manotazo.

—No podrán quitarme la casa, ¿verdad? ¿Estoy a punto de quedarme sin casa?

Witt negó con la cabeza.

—Tendría que ver el título de propiedad para asegurarlo, pero por lo general los acreedores no pueden ir a por la vivienda habitual.

—Entonces tendrán que ir a por el garaje de Elliot, está lleno de herramientas de jardinería. —El tono seguía siendo amargo, pero parecía aliviado—. Le encantaba comprarlas, aunque nunca tenía tiempo de usarlas.

—¿Y no queda nada más? —preguntó Witt.

—Eso y una preciosa colección de zapatos de piel italianos. —Suspiró—. Tenía un gusto maravilloso.

Bree soltó una risita. Era cierto: Elliot llamaba a su estilo «sol en día lluvioso».

—Un momento. —Laney levantó la cabeza—. Mamá, has dicho que la mayor parte de la deuda pendiente está en sus tarjetas de crédito. ¿Qué significa eso para la Rainbow? Son buenas noticias, ¿verdad?

Irma asintió mirando a Witt, para que se explicara.

—Es una buena noticia. Pensábamos que la tienda debía casi cincuenta mil, pero en realidad son unos diecinueve.

—¿Dólares? —preguntó Bree.

—Miles —respondió él—. Muchos negocios podrían absorber una deuda de ese tamaño. Sin embargo, el problema es que la Rainbow también tiene pérdidas: hace años que no es rentable. Siento no disponer todavía de datos concretos. Lo haré con tiempo.

Bree miró a Irma, le confundía verla tan tranquila. Si había entendido bien a Witt, estaban arruinadas. Menos arruinadas de lo que pensaban, pero seguían como un pez luna con rayas irisadas panza arriba en la orilla del lago Harriet; no importaba a qué altura de la arena estuvieran (dos centímetros o doce): a menos que tuvieran agua pronto, iban a morir.

—Entonces, ¿deberíamos haber cogido el dinero de los Vandaveer? —preguntó Laney.

—De ningún modo, era un trato terrible —dijo Witt.

—Pero tenemos un agujero de veinte mil y perdemos más cada mes.

—Diecinueve —la corrigió—. Sí, lo más seguro es que debáis afrontar algunos cambios importantes más pronto que tarde, pero no he visto lo suficiente para valorar todas vuestras opciones. Si tenéis que vender, al menos puedo ayudaros a conseguir un precio justo.

Vender. Puede que solo le sucediera a Bree, pero pareció que la palabra se quedó suspendida en el aire como el tañido cada vez más débil de una campana. La había oído mil veces en el último mes, y la había dicho mil veces más. Pero esta fue diferente. Sonaba más rotunda, tangible del todo y lúgubre. Real.

—¿Y ahora qué?

La voz de Thom ya no era cortante. Se volvió hacia ellos, por fin con una expresión más de comprensión que enfado.

—Ahora —dijo Witt— seguiré estudiando números. Me llevará unas semanas. Aun así, hasta que tengamos claras las opciones, os

recomiendo que mantengáis el rumbo y la velocidad.

Bree se animó.

—Es lo que dice Daisy.

¿Se estaba sonrojando Witt? Bree le devolvió la sonrisa.

Había sido un día terrible con un final terrible, pero a pesar de todo (las peleas, los gritos y las mentiras) mantuvo la calma. Estaba tranquila y convencida de que lo peor de la crisis estaba superado.

—Mantengamos el rumbo y la velocidad —repitió.

—Hasta nueva orden —añadió Witt—. Esa es la segunda parte.

—Hasta nueva orden. —Bree levantó un dedo—. Mejor hasta nuevo consejo. Me gusta más.

Witt se llevó un dedo a la nariz y dio un golpecito.

Irma interrumpió el ensimismamiento.

—Tenemos una librería que atender por la mañana, con deudas o sin ellas. —Miró a Bree y clavó los ojos en Laney—. Levantaos temprano, desayunad bien y estad en la tienda a las ocho y media en punto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Thom gimió desde el banco, como un niño quejica al que nadie hacía caso.

—Espero que alguien me quiera llevar antes a casa.

Veinticinco

Witt los invitó a una copa en la *Lady*, y a Laney le habría encantado ir; después de lo que acababa de pasar, lo necesitaba desesperadamente. Las últimas horas la habían dejado exhausta, como si Pandora no solo hubiera abierto su caja, sino que estuviera saltando desnuda y colocada, gritando entre alucinaciones: «¡HUID, SALVAOS!».

Quizá no era más que un día normal en la Rainbow.

Sin embargo, antes de ir a la destilería, tenía que llevar a Thom a casa. No estaba en condiciones de pasar una noche de juerga. Lo ayudó a subir al coche de su madre y dejó las muletas en el asiento trasero.

—Dime —empezó a decir—, si tu cabeza fuera ahora mismo un Volkswagen, ¿cuántos payasos estarían intentando entrar?

Thom levantó el mentón para pensar.

—Cuatro. A tope, pero sin pasarse. —Esto último lo dijo con un suspiro tan denso que dejó un círculo de vaho en el cristal—. Siento haber insinuado que Elliot era tu padre. Fue frívolo y cruel.

Le dio un vuelco en el estómago al pensar que había conocido a su padre. Le habría encantado que fuera Elliot; incluso a veces actuaron como si lo fuera, hablando de chicos y de las notas, con el primer desengaño amoroso y todas las decepciones de la infancia que solo parecen menores desde el espejo retrovisor de la edad adulta.

—Si hubiera sido mi padre —dijo—, solo lamentaría no haberlo sabido cuando estaba vivo.

—Y yo habría tenido una razón más para portarme como un idiota poseído por los celos.

Lo dijo en un tono tan lastimero que, por un segundo, Laney

tuvo el impulso de decirle que no era verdad. Pero se contuvo: se había portado como un idiota. Y había sido cruel.

—¿Y ahora qué? —dijo en su lugar.

—La lista de tareas es larga, mejor no ponernos a contarlas. Eso sí, yo debería empezar por volver al grupo de apoyo al duelo. Con la lucha por la librería y todo lo de la discoteca, pensaba que estaba bien. Sin esas distracciones, la pena no tiene dónde esconderse.

Laney no apartaba la vista de la carretera, no quería interrumpirlo hasta que tuviera claro que había terminado.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

La palabra «personal» chirrió cuando la dijo, ¿es que su paternidad y su dolor eran tan impersonales como una lista de la compra?

Él asintió amablemente sin advertir algo tan obvio.

—¿Siempre fuiste infeliz con Elliot o podríais haberlo superado? —le preguntó—. ¿Crees que era una fase?

Una gran pregunta para un trayecto tan corto. Ya estaban en el acceso al garaje.

—¿Por qué dices que éramos infelices?

Se echó para atrás al decirlo y, con el movimiento inesperado de los músculos, lo atravesó una mueca de dolor.

—No sé… —Paró el coche, pero dejó el motor en marcha. No había contado con tener que argumentar—. Por lo que dijo Irma de las llamadas telefónicas. También diría que estás enfadado con él, da esa impresión cuando hablas de vosotros…

No terminó la reflexión. Thom parecía horrorizado: estaba claro que había sacado conclusiones muy equivocadas.

—Amenacé con abandonarlo.

Lo dijo en voz tan baja que Laney tuvo que rebobinar para convencerse de que había oído bien.

—Reservé el viaje a Perú con el que tanto soñamos y le dije que eligiera entre venir conmigo o irse de casa.

—Pero fuisteis juntos, ¿verdad? Fue contigo.

Lo sabía, así que dijo esas dos últimas palabras con alivio.

Thom asintió, aunque sin el entusiasmo con el que contaba ella. Estaba pálido y dolorido, pero ahora también tenía la boca abierta y los ojos llorosos.

—Sé que todo parece de color de rosa en vacaciones, pero aquel

viaje…

Pasamos dos semanas juntos riendo, hablando y recordando. Nos volvimos a enamorar.

Lo cogió de la mano, estaba asustada y eso la sobresaltó. El momento era demasiado crudo para pasarlo sin contacto físico; además, tenía tanto miedo que no podía permitir que ninguno de los dos circulara a solas por los recuerdos.

—Me sentía muy solo y él se había alejado mucho. Desde hacía ya tiempo. Cinco años, o puede que más. Sabía que me estaba mintiendo y, aun así, cuando volvía a casa me decía que me portaba como un loco. Ahora sé que no me equivocaba: me estaba mintiendo, pero no sobre lo que yo pensaba. Entramos en una espiral: cuanto más intentaba hablar del tema, más se alejaba él. Empezamos a vivir en realidades diferentes. No me desperté enfadado un día sin más. Fueron años y años de pérdida, lo echaba de menos incluso cuando estábamos cara a cara.

—Pero ¿el viaje lo cambió todo?

Le apretó la mano a Laney y sonrió. Como un abuelo que fuera a regalarle su consejo más preciado, como el amigo mayor y más sabio que te dice que la vida es mejor cuando eres capaz de abandonar la lucha y aceptar lo que venga.

—Aquel viaje fue un «jódete» gigante del universo —le dijo en lugar de eso.

Ahora fue ella la que se echó para atrás.

—¿Un qué?

Thom dejó escapar una risita.

—Mis amigos me dicen que lo vea como una última oportunidad de recordar lo que fuimos y lo bien que nos amamos. Pero no puedo. Lo intente como lo intente, estoy convencido de que fue el destino el que me entregó un cucurucho de helado en un día caluroso de verano, me dio a probar algo delicioso hasta la locura y acto seguido me lo arrebató.

Chasqueó los dedos y la sobresaltó.

—Ay, no… —Fue todo lo que pudo decir—. No puede ser.

—¿Cómo lo explicas si no?

Su primer impulso fue repetir lo que decían sus amigos: que el viaje le dio un cierre y la oportunidad de tener recuerdos felices con los que mitigar el dolor de la pérdida. Pero no era más que un

montón de sandeces. Lo comprendió de repente, con una lucidez tan rotunda como la noche que aguardaba al otro lado de la ventana. Una pérdida era una pérdida.

Y de forma igual de inesperada, se vio de nuevo en una cabina telefónica de una ciudad sin nombre diciéndole a su madre que no iba a volver a casa. Que el dinero de la universidad se había esfumado; lo cambió por la caravana (oxidada e infestada de ratones) en la que vivían entonces. Y que Irma tenía que aceptar su decisión: la decisión que había tomado Tuck y que ella no tuvo fuerzas de contradecir. Esto lo comprendía ahora.

—¿Sabes lo que creo yo? —Salió del ensimismamiento y miró a Thom—. Creo que con ese viaje el universo te dio la oportunidad de demostrar algo. Piensa en lo hiciste. En lugar de permitir que te siguiera mintiendo, trazaste una línea en la arena. Pero no fue un simple ultimátum. Le dijiste que podíais intentar encontraros de nuevo o rendiros. No es lo mismo que decirle a alguien que cambie o que se largue. Apuntaste hacia el amor. —Notó un hormigueo al haber tenido la ocasión de repetir las palabras de su hermana—. Apostasteis por vuestro amor, y ganasteis.

Thom resopló, como si le sorprendiera su perspicacia.

—Vaya, soy más listo de lo que pensaba.

—Más valiente —lo corrigió ella—. Hace falta valor para hacer lo que hiciste. Poner fin a un matrimonio es muy difícil. Me da igual lo que diga el estado de Minnesota, estabais casados. Pero es mucho más difícil esforzarse por salvar una relación, por intentar que pueda crecer algo bueno de un suelo emponzoñado.

—Demasiadas metáforas —le dijo con una sonrisa—. Pero entiendo lo que intentas decir.

Laney soltó una risita.

—¿Lo ves? A veces está bien plantarse firmes y pisar fuerte.

—¿Pisar fuerte? Hoy me conformaría con no tambalearme al andar.

—Cojeas —lo corrigió—. Ahora mismo, más que andar, cojeas.

Thom gimió.

—Estupendo. Así que me tambaleo mientras cojeo.

—Pero eres valiente para hacerlo, amigo mío. Y eso es lo que importa.

No se habían soltado las manos y Laney se llevó los dedos

entrelazados de los dos a la mejilla.

—No sabía que echaría tanto de menos a Elliot. Pero estoy muy agradecida por haberte ganado a ti.

No había pensado en decir esas palabras, ni siquiera sabía que estaban allí, pero cuando salieron lo hicieron con toda la sinceridad y cargadas de significado.

—Eres un encanto —le susurró él—. Un regalo maravilloso.

Siguieron sentados, escuchando el ronroneo del motor, arrullados por su ritmo suave y constante.

Al rato, Thom le soltó la mano y se preparó para salir. Entonces, como si se le hubiera ocurrido de pronto, la miró a los ojos y dijo:

—Marcharse también es de valientes.

Para cualquiera que no fuera Laney, habría sonado a ocurrencia, una frase dicha sin más por un hombre con el cuerpo destrozado que tenía que hacer un tremendo esfuerzo por llegar a la puerta de casa. En cambio, fue como si se hubiera metido en su cabeza, hubiera cogido la idea que más vulnerable y asustada la hacía sentir y la hubiera acunado con ternura.

—Créetelo —susurró—. Es tu especialidad.

—¿Crees que tenemos alguna oportunidad?

Bree se desplomó sobre la barra con la cara apoyada en el puño, observando cómo mezclaba Witt y prometiéndose que, a partir de ese momento, siempre iba a pedir cócteles que tuviera que agitar. Lo que iba a tomar entonces, un *rhuby gin* bien frío (esa noche, ni una gota de *bourbon*), iba revuelta y echó de menos ver cómo se le movían los músculos por debajo de la camiseta.

Witt dejó la bebida en la barra y ladeó la cabeza para pensar.

—¿Que si creo que tenemos alguna oportunidad?

Se acercó muy despacio hasta quedar a la distancia de un suspiro de su cara. Bree podía oler la menta que se había metido en la boca y el olor a champú, algo amaderado, podría ser pino.

—Te estás burlando de mí.

Resopló y lo apartó; estaba coqueteando con ella, sí, pero entre los dos tenían ese juego: dar un paso adelante y otro atrás.

—Entonces, ¿ya no somos novios? —le dijo con una sonrisa.

Eso la dejó impactada. En las últimas doce horas, Witt se había

asomado a las profundidades de la pesadilla financiera de la Rainbow, había hecho de terapeuta de su madre y presenciado lo absurda (nivel David Sedaris) que era su familia. Y, de todo eso, lo que más le llamó la atención fue que lo llamara novio.

—Me refería a nosotros…, a la librería.

Por la forma como le brillaron los ojos a Witt, el otro «nosotros» tampoco parecía tener muchas oportunidades; por lo visto, chincharla era más seductor que la idea de besarla.

—¿Crees que la Rainbow tiene alguna oportunidad de sobrevivir?

Witt sacudió la cabeza y se incorporó.

—Todavía no lo sé, hay demasiadas incógnitas. Aun así, no hay que perder la esperanza tan pronto. —Luego añadió con una sonrisa de satisfacción—: Yo aún no la he perdido.

—Eres malo.

—¿O encantador…?

—Me haces pasarlo mal, así que yo lo tengo claro.

De repente se vio saltando por la barra para besarlo, convertida en la mujer de la comedia romántica que se desinhibe por fin para conquistar el amor, aunque Bree también sabía que nunca podría hacer algo tan atrevido: su imaginación estaba completamente desconectada de la realidad. Le dijo al cerebro que se comportara.

No importó mucho porque Witt cambió de tema.

—Voy a prepararte otra copa. Solo para que lo pruebes, es que se me ocurrió el otro día pensando en ti.

—¿Más ruibarbo?

Esperó a que le sirviera un minicóctel. Dio un sorbo. Se equivocaba: lo primero que le llegó a la lengua fue melocotón, melocotón maduro y fresco, seguido de un relámpago de acidez. Al tragar, el perezoso fluir del *whisky* le bañó el paladar.

—Guau.

—¿Te gusta? —Sonrió, sorprendido o feliz, o las dos cosas—. Lo voy a llamar Melocotón con Centeno, aunque acepto sugerencias.

—El melocotón está delicioso. —Dio otro sorbo—. ¿Es un jarabe, como el de ruibarbo?

Dijo que no con la cabeza.

—Néctar de melocotón. Se lo compro directamente a un productor de Colorado. Todo el mundo habla de los melocotones de

Georgia, que son estupendos, pero su sabor es más equilibrado. En cambio, los melocotones de Palisade tienen un sabor más vivo. Estallan en el paladar.

No se había dado cuenta de que lo escuchaba con una sonrisa embobada. Sabía algo de todo. Soltó una risita mientras sorbía.

—Ahora eres tú quien se burla de mí.

—No he abierto la boca.

Witt frunció el ceño.

—Sonríes como si tuviera una filia extraña con la fruta.

—¡No! —Su risa llenó el bar—. Verás, quería que me enseñaras todo lo que necesito para llevar la contabilidad de la Rainbow, pero ahora me doy cuenta de que escucharte hablar de cócteles es mucho más interesante que de números.

—Oh —bajó la voz para simular un ronroneo—. Espera, porque aún no hemos llegado a los principios contables básicos, en inglés los llamamos GAP.

Sus labios hicieron sonar la pe con tanta fuerza que rompió a reír. Bree lo imitó haciendo sonar la pe todavía más fuerte y empezaron a reír los dos, entregados a un momento de ridículo compartido. Bree cerró los ojos y se dio el lujo de disfrutar. Cuando los abrió, Witt no se reía. La miraba y se notaba que le gustaba lo que veía.

Así que lo hizo: se lanzó sobre la barra, lo agarró de los hombros y apuntó a los labios, tenía que saber cómo era besarle.

—¡Ayyy!

Por desgracia, calculó mal y le golpeó con la frente en la nariz.

—Ay, madre, ¡lo siento mucho!

¿Estaba sangrando? Intentó levantarle la cara para verlo, pero estaba echada sobre la barra, con las piernas enredadas en las patas del taburete y medio cuerpo en el aire, era imposible encontrar el equilibrio. Al final, la gravedad hizo su trabajo y la tiró al suelo. Tocó fondo, literalmente, y se quedó allí tumbada regodeándose en la humillación.

—¿Todo bien por ahí?

Witt la miró desde arriba.

—Creo que voy a quedarme aquí hasta que me muera, si te parece bien.

—¿Qué le has hecho esta vez? —Un par de botas aparecieron

junto a la cabeza de Bree—. Tendré que cobrarte alquiler si piensas estar ahí tumbada mucho tiempo.

Daisy extendió una mano y tiró de Bree para ponerla en pie.

—Ha sido culpa mía —dijo Bree.

Witt estuvo de acuerdo. Y quiso decir «de Bree», pero se estaba tapando la nariz con un trapo.

—De Bdeg.

Daisy se alejó, con las manos en alto.

—¿Qué voy a hacer con vosotros dos? Es veros y saber que antes o después tendré que llamar al seguro.

Witt se quitó el trapo de la cara. Tenía la nariz roja como un tomate, pero no sangraba ni estaba torcida.

—No te preocupes. Creo que solo ha visto tus acrobacias medio bar.

Bree volvió a sentarse en el taburete, con la cara sobre el puño igual que al principio.

—Soy invisible. Lo siento, no te oigo.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho para que volviera Laney.

—¿Qué te pongo? —preguntó Witt—. Recuerda que a la primera invito yo.

Laney se lo agradeció.

—¿Tienes *gingerale* natural? Sigo un poco revuelta.

Mientras Witt empezó a prepararlo, Bree se puso en pie.

—Vamos a por una mesa.

—He acompañado a Thom en casa —dijo Laney, siguiéndola—. Creía que iba a ser una macedonia de emociones, pero me sorprendió verlo tan tranquilo. Me habló del viaje a Perú.

Hasta esa noche, cada vez que oía el nombre de ese país, Laney pensaba en el «más oscuro y recóndito Perú» del que venía el oso Paddington. A partir de ahora, pensaría en Thom y Elliot, enamorados y abocados a la tragedia.

—En su momento me extrañó. —Bree se metió en el rincón más escondido de la mesa, como si esperara un ataque sorpresa—. Elliot no dijo nada del viaje hasta unos días antes. Y de repente, ¡pum!, se va dos semanas enteras. Si hubiéramos sabido que esos quince días iban a ser un para siempre…

Laney la cortó.

—Se fue de viaje porque Thom le dio un ultimátum.

Básicamente lo que le dijo fue: «Ven conmigo e intentamos salvar lo nuestro o quédate, pero no estés aquí cuando vuelva».

Bree miró hacia el techo.

—Siempre me pregunté cómo era su relación. Mamá se mantenía al margen, pero oíamos las llamadas.

—Thom se sentía solo —explicó Laney—. Y tardó años en darse cuenta.

Bree hizo el mohín de siempre que estaba dispuesta a escuchar cualquier cosa que le quisieran decir. Pero también necesitaba saber.

—¿Qué más?

Laney respondió:

—He pensado en mi matrimonio. Llevo mucho tiempo sintiéndome sola. Pero es difícil darte cuenta cuando estás tan ocupada que robas papel higiénico del trabajo porque se te ha acabado en casa y no tienes tiempo para hacer la compra. Creo que así es como hemos sobrevivido Tuck y yo. Cuando competía, todo eran estadísticas, patrocinadores y a qué ciudad teníamos que ir luego. Yo lavaba la ropa en algún lavabo y vendía pulseras de cuero en el aparcamiento para la compra. Eso, cuando Tuck no me necesitaba pegada a su lado como un animal de asistencia emocional.

—¿Desde cuándo era tan dependiente?

La voz de Bree estaba tan cansada como ella.

—Diría que desde el día en que nos conocimos.

Bebió un sorbo, tenía la boca seca. Se alegró de haberle pedido a Witt un refresco de jengibre sin *whisky*. Si su cabeza fuera un Volkswagen, tendría una docena de payasos vociferando dentro y habrían empezado a sacudir el coche de tal manera que el estómago solo les suplicaba que bajaran. Tenía el cuerpo tan descolocado que lo mejor era no probar el alcohol.

—En fin, a lo que íbamos —continuó—. Creo que por fin he reconocido que, además de lo que está pasando aquí, también tengo que tomar una decisión sobre mi matrimonio.

—¿En qué sentido?

Una de las mejores cosas de que Bree evitara la confrontación era que solía hacer preguntas abiertas y eso la obligaba a pensar antes de responder.

—Me pregunto si quiero luchar por él.

Esa pregunta había nacido en la conversación con Thom. Antes se preguntaba si quería quedarse. Pero ya tenía la respuesta: cada día que pasaba en Minneapolis era un día más lejos de su matrimonio. Lo que debía responder de verdad era qué quería hacer, no dónde.

—Creo que correr hacia algo es muy distinto a correr sin más.

—No estarás de verdad en ninguna parte hasta que sepas dónde quieres estar —dijo Bree.

—Gracias, Instagram. —Le dio unas palmaditas a Bree en la mano—. Pero te he entendido. Antes creía que quería estar donde fuera Tuck. Cuando otras chicas o seguidoras le prestaban demasiada atención, iba yo a decirles «Atrás, mona, este es mío». Ahora a veces me pregunto si estaría dispuesta a pagar a alguien para que me lo quitara de encima. —Extendió las palmas de las manos como si esperara una confirmación caída del cielo—. Diría que eso significa que no estoy muy contenta con la relación, ¿no?

—¿Me lo preguntas a mí? —La voz de Bree subió tres octavas y tocó el techo—. Tengo treinta y ocho años y me paso el día con mi madre. —Luego se inclinó hacia delante y susurró—: Esta noche he intentado besar a Witt, pero he estado a puntode romperle la nariz y terminé en el suelo.

A Laney casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿El qué has hecho?

Bree miró alrededor como si estuvieran conspirando.

—Estaba coqueteando conmigo, o eso me pareció, así que pensé: «¡Adelante, Bree, lánzate por una vez en la vida!». Pero me resbalé al intentar pasar sobre la barra y le aplasté la nariz con la frente.

Laney no pudo contenerse más ante la imagen de su hermana en una catástrofe salida de una comedia romántica.

—¡No tiene gracia! —le suplicó Bree—. Tengo que volver a verlo por la mañana para seguir repasando la contabilidad y va a ser humillante. ¿Cómo voy a mirarlo a los ojos si lo único que veo es la nariz que casi le parto?

—Siempre puedes mirarle las tetas. Eso es lo que hacen los hombres.

Se le estaban pasando las náuseas. No hay mejor antiácido que unas buenas risas.

Apareció una camarera con dos vasos de agua.

—De parte de Witt —les aclaró—. Dice que está deseando examinar vuestra cuenta de resultados mañana.

A Laney se le escapó tal carcajada que no sabía si podría volver a coger aire después.

Cuando abrieron la puerta para salir, estaban las dos tan cansadas que arrastraban los pies. Aun así, Laney propuso volver a casa por el camino más largo.

—Me vendrá bien un poco de aire fresco.

Su hermana la siguió.

—Si me voy de California, perderé partes de mi vida que me gustan mucho.

—¿Cuáles son? —dijo Bree—. Haz una lista.

—Oakland… —empezó a decir. Le gustaba el clima. Su mezcla mágica de gente, personalidades, comida, cultura y descontrol.

En cierto modo, también le gustaba dirigir el Tire Stud. No le gustaría trabajar en una oficina y, aunque ser la propietaria de un pequeño negocio solía ser tan tranquilo como la primera escena de *Tiburón*, prefería quedarse en el mar que metida entre cuatro paredes. Le gustaba atender a sus clientes, y la independencia.

—Pero sabes lo que no has mencionado, ¿verdad? —le preguntó Bree al terminar.

Lo sabía.

—A Tuck.

Entraron por la avenida Bryant, dejando atrás el Greenway, y empezaron a desfilar por delante de la exposición de porches que era el suroeste residencial de Minneapolis. Casi no había casa sin uno. Muchos eran cerrados, con mosquiteras para mantener a raya a los mosquitos, y en noches como aquella los dueños disfrutaban de la fresca. Cada tres o cuatro casas, Laney saludaba a alguien a quien lo más seguro es que no volviera a ver nunca, pero que, por esa noche, compartía con ella protagonismo en una especie de cuadro viviente.

—Me gusta Lyn-Lake casi tanto como Oakland —dijo.

Bree confundió un calcetín tirado en el suelo con algo muerto y se apartó.

—¿No es como comparar los Estados Unidos con Delaware? Uno es tan pequeño como una manzana y el otro es un balón de baloncesto.

—Sí. Lo que quiero decir es que, si me voy de Oakland, también sería feliz aquí. Y eso está bien.

—¿Laney Bedford Hartwell acaba de reconocer que le gusta Minneapolis? —Bree soltó una risita—. Sabía que al final entrarías en razón.

Se dio un golpe con el pulgar en el pecho para atribuirse el mérito, pero calculó mal su propia fuerza y golpeó demasiado fuerte.

—Au, me he hecho un moratón el pecho.

—El esternón —la corrigió Laney, sin confirmar ni desmentir lo que había dicho su hermana—. Te has golpeado entre las tetas.

—¿Sabes que Elliot fue quien me ayudó a comprar mi primer sujetador? —susurró Bree—. Un día me dijo: «Cariño, pídele a Irma que te lleve a JC Penney. Si no sabe para qué, dile que venga a hablar conmigo». Volví a casa con un sujetador triple A.

—¡Rayos y centellas! ¿Te pareció raro?

Dejó de caminar para poder pensar.

—No. Tampoco me dio vergüenza. Creo que solo me sentí mal por darle a Irma más trabajo.

—¿Por qué? Es lo que debe hacer una madre. A mí también me habría gustado acompañarte. ¿No les habría encantado a las dependientas tener a dos preadolescentes rebuscando entre los Maidenform?

Laney notó que Bree deslizaba una mano entre las suyas, no contaba con eso.

—Siempre me ayudaste mucho. Aún me siento culpable por ello. Y no se te ocurra decirle nada a mamá, pero entendí que te marcharas. Te eché mucho de menos, pero necesitabas tener tu propia vida y hacer tus cosas sin tener que cuidar siempre de mí.

—Yo no cuidaba de ti. Estás exagerando.

—¿No? ¿Cómo es que siempre me llevabas contigo cuando salías con tus amigas? ¿Cómo es que seguíamos compartiendo habitación, aunque Irma dijera que una de los dos podía instalarse en el sótano?

—Tú tampoco te fuiste.

—Me corregías los deberes —continuó Bree—. Eso no tenías por

qué hacerlo.

—Bueno, a cambio tú leías los libros por mí.

—De todas formas, también tenía que leerlos yo.

—Mentirosa. —Laney le dio un codazo en tono de broma—. Bree, ahora en serio, me gustaba estar contigo. Éramos amigas y hermanas. No entiendo por qué te sientes culpable por nada de eso. Nuestra relación era buena para las dos.

—¿Cómo la abeja y la flor?

Laney sonrió.

—El tiburón y la rémora.

—La mosca y la boñiga.

—Puaj, qué asco. No quiero ser ninguna de esas. —Laney dio una patada a un trozo de asfalto suelto que echó a rodar calle abajo —. Aunque es una descripción bastante adecuada paraTucky para mí.

Bree se rio, dando por sentado que estaba siendo sarcástica.

—No llames a tu marido excremento de vaca —se burló—. No es propio de una dama.

—Ni hablar. —Laney le siguió el juego, pero las palabras no le salieron tan a la ligera como le habría gustado—. Aunque es la mejor forma de expresar cómo están las cosas ahora mismo entre los dos. No es una compañía agradable.

—¿Siempre ha sido tan incapaz de valerse por sí mismo?

Lo dijo pensando en todas las preguntas que le hacía a Laney sobre cosas que el dueño de un pequeño negocio debería saber sobre su tienda. Esa mañana, sin ir más lejos, le escribió para preguntar si tenía que pagar a un proveedor con tarjeta de crédito o con cheque. Aunque, ahora que lo pensaba, al menos pagaba.

Laney abrió la boca para admitir que sí, que siempre había necesitado una niñera, pero cambió de idea.

—Creo que yo podría tener algo de culpa. —Estaba claro que dependía de ella, pero al principio también fue al revés—. Me acostaba por la noche con los pies doloridos porque me pasaba el día corriendo con unas zapatillas de un par de dólares, haciendo la comida para Tuck y el equipo, lavando ropa y haciendo recados por la ciudad de turno. Y todo el tiempo no paraba de repetirme: «Esfuérzate, Laney. No seas vaga, tú no eres una *groupie*».

—¿Por qué te decías eso? Claro que no eras una *groupie*, eras su

novia.

Había tardado décadas, pero por fin Laney era consciente de cuánto necesitaba encontrar su lugar.

—Pensaba que, si conseguía que me necesitara, podría quedarme. Que no me dejaría por otra y yo podría seguir justificando mi decisión de estar allí. Es retorcido, lo sé.

—Eso es terrible, Laney.

Podía parecer que la estaba juzgando, pero Laney sabía que solo estaba haciendo de hermana.

—Sí, lo sé. Es un asco.

—¿Te engañó alguna vez?

Ella también se lo había preguntado miles de veces.

—No creo, aunque tampoco lo sé con seguridad. Esos tíos son muy buenos cubriéndose las espaldas.

—¿Y te da igual no saberlo? Yo no podría vivir con una duda así.

—Me preocupa mucho más saber que seguramente lo habría perdonado.

Bree respondió sin decir una palabra.

—A mí también me parece increíble, pero creo que es verdad —reconoció Laney—. Siempre necesito tener algo contra lo que luchar: luché contra las expectativas que mamá tenía de mí, luché contra la Rainbow y, cuando me marché, me dio por pensar que aquí todos esperabais que nos fuera mal, así que pasé todos estos años luchando contra eso.

—Entonces, ¿por eso te has quedado ahora? ¿Para luchar por la Rainbow?

Laney lo habría dado todo para que fuera así.

—En parte, sí. Pero, si te soy sincera, he estado luchando contra Tuck. Yo misma he construido un matrimonio en el que nuestros papeles están claros: él es el gran foco deslumbrante al que todos miran y yo soy el enchufe. Hago el trabajo sucio para que él pueda brillar. Pero ¿qué pasa ahora que me he dado cuenta de que estoy harta?

—No lo sé —susurró Bree, como si temiera descubrir que era imposible responder a esa pregunta.

—Tuck puede ser gilipollas, pero no es mal tipo. Nunca me ha tratado mal de ninguna forma, ni física ni emocional, ni me ha

manipulado para salirse con la suya. Es un imbécil y un crío, y tiene un ego tan grande que no sé ni cómo puede moverse, pero he visto muchas cosas en los circuitos. Los hombres les hacían cosas terribles a sus parejas; Tuck jamás hizo nada parecido.

—De acuerdo, pero ¿quieres estar con él ahora?

Lo dijo con una voz firme y contundente.

—Creo que no. —Esta vez fue Laney quien susurró.

Dejaron de caminar y se quedaron mirando el suelo, sin decir nada.

De repente, Bree se puso igual que si acabara de ganar *El precio justo*; empezó a saltar, a aplaudir, a lanzar los puños al aire como si hiciera *kickboxing* con fantasmas.

—Hola, soy Laney. Ya no quiero seguir contigo.

—¿Qué haces?

Bree había perdido la cabeza. Dio otra patada voladora.

—Dicen que las palabras tienen poder. Te estoy ayudando a usar el tuyo. ¡Vamos, dilo! ¿Quieres seguir casada?

—No —respondió Laney.

—¿Y qué tienes que decir? —gritó Bree.

—Se acabó, Tuck.

—¡Ahora como si lo dijeras en serio!

Laney comprobó que no había nadie en la calle y llenó los pulmones.

—¡SE ACABÓ, TUCK!

—¡REPÍTELO, HERMANA!

—¡HEMOS ACABADO, TUCKIPOLLAS!

—¡PERO ¿QUÉ HACÉIS?! ¡LARGO DE AQUÍ!

—¡Uy! Disculpe, señor.

Bree se moría de vergüenza porque un viejo gruñón acababa de gritarle desde el porche de casa, pero ya no aguantaba más sin ir al baño. Era por el *ginger ale* y el agua de la destilería.

—¿Crees que puedo ponerme en cuclillas junto a la alcantarilla? —susurró—. No puedo más.

—Claro. —Laney la cogió del brazo y tiró de ella en dirección contraria—. Ya te iré a buscar a comisaría.

Retorciéndose, apretando las piernas y retorciéndose un poco

más, Bree examinó la calle en busca de un plan B.

—Entonces, ¿dónde? No aguanto.

—La casa de Thom está cerca.

—¡Ni pensarlo! El pobre tiene por lo menos setenta años. Deja que duerma.

Laney ya estaba corriendo hacia allí.

—¡Espera! ¡No puedo ir tan rápido con las rodillas juntas!

Estaban menos de dos manzanas de su casa. Al llegar, llamaron al timbre, pero no respondió, así que probaron con la puerta de atrás. Cuando eso tampoco funcionó, acercaron la cara a la ventana de la cocina.

—Yujuuuuu, Thoooom —cantó Laney—. ¿Dónde estáááás?

—Estará durmiendo.

Mentalmente, Bree le concedió dos minutos antes de regar un seto.

Laney dobló la esquina de la casa a tientas.

—¿Cuál crees que es la ventana del dormitorio? Thom, sé que estás ahí.

—¡Vas a verlo desnudo!

—¡Decídete! ¿Está durmiendo o desnudo?

—¡Las dos cosas!

Estaban susurrando a gritos para no despertar a los vecinos, y a Bree le empezaba a raspar la garganta.

—Es como si me hubiera tragado un peine.

Laney no respondió y Bree barrió la oscuridad a ciegas con los brazos para encontrarla.

—¿Dónde te has metido?

—¡Por aquí!

—¿Dónde?

Intentó avanzar hacia la voz, pero el pie se le enganchó en una raíz y se fue al suelo de bruces, sin tiempo a estirar los brazos.

—¡Santo Dave Grohl, acaba de estallarme una teta!

Gimiendo, rodó hasta ponerse de culo, entonces se acordó de los vecinos y se arrastró en dirección a la casa sobre los codos.

—Vamos a acabar en la cárcel —dijo Bree.

—¡Mierda! ¡Estoy enganchada en unos rosales!

Estaba cerca. Bree la encontró un momento después, atascada en una rosaleda.

—¿Y cómo voy a sacarte de ahí sin engancharme yo también?

—¡Tira! —Laney le tendió una mano—. ¡Sálvame, Rhett! —dijo, aunque apenas se le entendió de tanto como se reía.

Bree vio la rama cuyas espinas se negaban a soltarse y dio un tirón con fuerza. Raaaaaaasssss.

—¡Uy! —Soltó una carcajada tan fuerte que tuvo que agacharse con las piernas cruzadas para no acabar empapada—. Te acabo de arrancar los pantalones.

Laney inspeccionó los daños girando la pierna de lado a lado.

—Madre mía, estoy sangrando. Parece que me ha venido la regla por la rodilla.

—¡Ya basta!

Iba a suceder. Se iba a mear encima en el patio de Thom.

—Dame el bolso.

—¿Para qué?

—¡Necesito un tampón!

—¡Para!

Bree entró en pánico, estaba en el punto de no retorno, en el que ni cruzar las piernas ni agacharse ni los ejercicios de Kegel podían contener la presa.

—¡Para! —volvió a chillar en cuanto recuperó un poco el aliento.

Se encendió la luz del porche del vecino.

—¿Quién anda ahí? —gritó un hombre.

Laney cogió a Bree de la mano.

—¡CORRE!

—¡No puedo!

Intentó correr medio agachada mientras Laney la arrastraba por el patio.

—¡No lo voy a lograr!

Había empezado a mojarle los pantalones una llovizna que aún no se había convertido en tormenta, pero Laney seguía tirando de ella, así que no tuvo más remedio que soltarse y dar dos pasos al estilo Quasimodo hacia un pino del vecino.

—Por lo menos hazlo en el jardín de Thom —jadeó Laney.

—¡Ya es tarde!

Notó que un hilillo le bajaba por el muslo. «No». Camina. «No». Camina. «No». El hilillo se convirtió en un arroyo y, de un tirón, se

bajó los pantalones mientras corría; el arroyo se convirtió en río segundos antes de llegar al árbol.

El alivio fue más dulce que un helado de chocolate con sirope de caramelo y una guinda encima.

Laney sacó el teléfono del bolsillo y la cegó con *e\ flash* de la cámara. A Bree ya le daba todo igual.

—Ja, qué gracioso. Véndela en eBay.

Laney sacó otra. Entonces…, unas sirenas.

—¡Mierda!

Bree se subió los pantalones como pudo mientras Laney corría a toda velocidad en zigzag hacia el patio trasero de Thom, intentando esconderse detrás de un arbusto y luego de otro.

—Esos rosales no volverán a pillarme —dijo entre dientes.

—¡Aquí!

Bree la cogió de la mano y tiró de ella hacia detrás del garaje, donde más oscuro estaba.

Las sirenas estaban cerca. Entraron en la calle de Thom.

—¿Tienes abogado? —preguntó Laney.

Las luces azules, rojas y blancas irrumpieron en la oscuridad y convirtieron la noche en un carnaval. Los colores centellearon sobre las casas, en la hierba y, al instante, en la entrada de Thom.

—Es una ambulancia.

El tono de Laney pasó del pánico a la preocupación mientras se levantaba para ver mejor. Acto seguido, echó a correr hacia la casa.

—¡Vuelve aquí!

Puede que no fuera la policía, pero Bree no quería tener que explicarle a nadie qué hacían merodeando por los patios traseros del vecindario, aunque fuera a unos médicos.

Oyó que Laney tropezó y luego dijo:

—Aquí vive nuestro amigo. ¿Les puedo ayudar?

Ya estaban llamando a la puerta. Preguntaron a Laney si había alguna llave de repuesto escondida. Siguieron aporreando.

—¿Señor? —llamaron los médicos.

Por fin consiguieron abrir la puerta y Bree vio que la luz inundó la cocina. Dejó de pensar y corrió hacia allí. Unos sanitarios entraban en la casa con maletines y dos levantaron en alto una camilla para pasarla por la puerta.

Encontró a Laney y le cogió la mano.

—Es Thom. No me lo puedo creer.
—Llama a mamá.

Club de Lectura de los que Odian los Libros
(EN DIRECTO)

JUEVES, 75 DE MARZO DE 2018
CUIDADO CON LOS IDUS DE MARZO…

¡Esto es un llamamiento a los amigos de los antilectura!

El CLOL en Directo del verano pasado tuvo tan buena acogida que vamos a repetirlo este año. Os recuerdo en qué consiste:

> El 15 de marzo, venid a la librería con un amigo que no sea lector. Enseñadle libros que le podrían gustar y presentadle a la familia de Over the Rainbow. Al pagar, decid la contraseña «CLOL en Directo» y os llevaréis un 10% de descuento en la compra.
>
> ¡Superofertón! Podéis llamar para apuntaros a una sesión de compra personal de diez minutos conmigo, vuestro recomendador de libros favorito, y recibiréis un 20% de descuento. Esto Internet no lo hace.

Como anticipo, aquí tenéis algunos libros en los que podéis empezar a pensar. El CLOL en Directo coincide con los siempre propicios idus de marzo (¿alguien recuerda lo que estudió en el instituto sobre Julio César?), así que os voy a recomendar algunas de mis lecturas favoritas sobre justo-cuando-pensabas-que-no-podía-ir-a-peor. *Ettu, Brute?*

Estación Once, de Emily St. John Mandel, es el libro oscuro y retorcido que me encanta recomendar cuando alguien dice: «Quiero algo que parezca una película». Una pandemia de gripe ha acabado con la civilización y los supervivientes se agrupan en campamentos; sí lo habéis adivinado, algunos no dan más que problemas. Y justo cuando pensabas

que no podía ir a peor…, aparece en escena el líder de una secta y su alegre banda de acólitos. Esta novela salió hace unos años, pero tendremos muchos ejemplares para vosotros y vuestros amigos. Confiad en mí, os dará mucho en qué pensar y de qué hablar.

Ya que estamos con el colapso de la civilización, la brillante escritora de Minnesota Kaethe Schwehn ha publicado su primera novela, *El desgarro y el nido*, y la trama no podría tener más giros inesperados. Además, viene con un extra para quienes vivimos en las Ciudades Gemelas: los problemas empiezan en el Mall of America, donde se encuentra Mira, la protagonista, cuando el universo se desgarra y el noventa y cinco por ciento de la población mundial desaparece en un instante. Como en *Estación Once*, los supervivientes montan campamentos e intentan sobrevivir en un mundo que ha perdido el sentido. Y justo cuando pensabas que no podía ir a peor…, las mujeres empiezan a dar a luz a cosas que, para empezar, nunca estuvieron vivas. Recomendaré este libro cuando alguien me diga: «Busco algo ambientado en Minnesota, que no sea el lago Wobegone». Os lo aviso ya: después de leer este libro, no volveréis a ver el zoo de la ciudad de la misma manera.

Autores como Mandel y Schwehn nos recuerdan que las personas a las que más queremos pueden hacernos mucho daño, pero también ser la fuente de las mayores sorpresas. Decídselo a ese amigo que odia la lectura.

Elliot

Tabla de salvación para los antilectura

Cuanto más pintoresca es la portada, más enrevesada la historia que va dentro.

Veintiséis

Laney y Bree estaban junto al mostrador de la sala de urgencias cuando llegó su madre.

—No quiero parecer insensible, pero se diría que le hemos cogido gusto a este sitio.

Bree le dio un beso en la mejilla y Laney mantuvo las distancias.

—Tengo el estómago revuelto.

Quizá debería pedir una bolsa. Tuvieron suerte y en la sala de espera encontraron tres asientos juntos.

—Esta noche hay lleno total —dijo Irma.

—No pueden darnos información porque no somos de la familia. —Bree cerraba los puños con tanta fuerza que tenía los nudillos amoratados—. ¿Y si ocurre lo peor y Elliot sigue figurando como su pariente más cercano?

Irma puso con suavidad una mano sobre la suya.

—Aún no sabemos nada, no empecemos a preocuparnos. Reservemos las fuerzas para cuando las necesitemos.

Laney solo las escuchaba en parte, porque en sus entrañas había una invasión alienígena. La parte de arriba bullía y amenazaba con vomitar la nada que había cenado, mientras que la de abajo estaba tan congestionada que la llevaba inflada. Se incorporó y se desabrochó el pantalón.

—¿Qué haces?

Su madre frunció el ceño como si se los hubiera quitado del todo y estuviera bailando en ropa interior.

—Estoy hinchada. Este estrés hace las delicias de mi colon irritable.

Se dobló por la mitad para contener el impulso de vomitar por toda la moqueta.

—¿Sabemos si tiene algo del corazón? —Bree no le hacía ni caso —. A su edad lo más probable es que haya tenido un infarto, ¿no? Igual se ha caído. Dios mío, ¿no deberíamos contarles lo que le pasó en la discoteca?

—Tendrán el historial de hace unos días —le dijo Irma a Bree, pero miraba a Laney y le frotaba la espalda—. ¿Has bebido mucho en la destilería? —le susurró—. ¿Estás así por eso?

Laney sacudió la cabeza y aún se mareó más.

—Bebí un *gingerale*. Bree es la que va borracha.

—¡No es verdad! —Esto sí que lo oyó.

Laney cogió aire con un suspiro rápido y agudo. ¿Y si se tumbaba en el suelo? Solo quería hacerse un ovillo.

—Voy a pedir que te miren.

Su madre se levantó y fue hacia el mostrador. Laney levantó la cabeza para negarse, pero el movimiento fue brusco y le provocó una arcada: no llegó a vomitar, pero sí notó el sabor amargo de la bilis. El estómago protestó con un pinchazo cuando lo volvió a meter dentro.

—¿Señorita?

Al abrir los ojos, vio un pijama azul y unos zuecos de color rosa brillante.

—Su madre ha dicho que no se encuentra bien.

La voz se agachó y asomó una cara de preocupación con un identificador que decía talia (elle/le). Le cogió con suavidad la muñeca entre los dedos y le tomó el pulso.

—Tiene las pulsaciones altas. ¿Está mareada?

Laney asintió, no recordaba que el más mínimo movimiento despertaba a los invasores alienígenas.

—Sí. —Tragó saliva—. Y creo que tengo una nave espacial taponando el colon.

Talia debió de mirar a su madre en busca de una explicación porque Irma dijo:

—Siempre es muy exagerada. Creo que quiere decir que está estreñida. Tiene colon irritable desde adolescente.

Y así se decidió que Laney tendría su propia visita a urgencias. Talia se marchó y volvió con una silla de ruedas.

—Dame el bolso —dijo Irma—. Buscaré la tarjeta del seguro y te daré de alta.

Momentos después, Laney suspiró de alivio cuando se arrastró a la camilla. Por fin tenía un lugar limpio y blanco donde acurrucarse y morir.

Talia le tomó las constantes vitales y comenzó con las preguntas habituales para hacer el historial clínico de Laney Hartwell. ¿Tenía otras patologías crónicas además del colon irritable? ¿Cuándo se lo diagnosticaron? ¿Qué medicamentos tomaba?

—¿Hay alguna posibilidad de que esté embarazada? —le preguntó.

Laney se rio.

—Las mismas que la Virgen María.

—Entonces, ¿no es sexualmente activa? Su madre indicó que está casada en California.

—Eso es. Estamos…

Vaya, ¿cómo explicar el lío que era su matrimonio ahora mismo?

—Es que no somos muy activos, ya me entiende.

Talia tecleó.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvieron relaciones sexuales? Vale con una fecha aproximada.

Estuvo tentada de decir: «Cuando Elle Woods era géminis y vegetariana». Pero Talia era muy amable y estaba muy ocupada para tener que descifrar los vericuetos por los que andaba su cabeza. Así pues, trató de calcularlo.

—¿Por San Valentín?

Sonaba más o menos bien. Llevaba en Minneapolis desde principios de junio. Antes de venir llevaba un tiempo rechazando a Tuck porque no estaba de humor por lo que estaba pasando en casa. Antes de eso, tuvo la típica alergia primaveral y antes… Oh.

—Sería a principios de mayo o finales de abril.

Hicieron unas minivacaciones de primavera y a Tuck le gustaba el sexo en los hoteles. «Es mejor en un sitio nuevo —decía siempre —. Le da morbo».

Talia hizo unos cálculos rápidos con los dedos.

—Entonces, ¿diría que hace once o doce semanas?

Laney asintió despacio.

—Pero no creo que sea eso. Siempre tenemos mucho cuidado, ya he tenido falsas alarmas y han sido porque tenía el cuerpo perezoso,

tan impredecible como mi colon. Ovarios perezosos, colon perezoso.

—Por si acaso, le haremos una prueba de embarazo. Aunque con lo estreñida que está y con su historial, es probable que esté relacionado con el colon. Las náuseas podrían ser consecuencia de la hinchazón. Pero también podría tener algo más grave, como una infección. El médico la explorará. Está bien que haya venido.

«Me obligó mi madre», quiso decir, pero no estaba bien ser insolente con Talia. Además, de repente estaba muy, pero que muy interesada por descubrir qué le pasaba.

Cuando se llevaron a Laney en la camilla, Bree se acurrucó en dos asientos y recostó la cabeza en el regazo de su madre; Irma empezó a acariciarle el pelo como tantísimas veces.

—Gracias por venir esta noche —le dijo Bree—. Sé que estás enfadada con Thom, y ni siquiera lo pensamos antes de llamarte. Fue un reflejo.

Irma respiró hondo, levantando y bajando suavemente la cabeza de Bree con el suspiro.

—Solo intentaba protegerlo… O puede que intentara proteger a Elliot. No lo sé. En cualquier caso, oculté la deuda porque sabía cuánto me dolía y no veía ninguna razón para hacerle ese daño también a Thom. Ni a ti. Ni a Laney.

Hizo una pausa para sonreír a un anciano que, con la ayuda de su hija, su cuidadora o una buena samaritana, cruzaba la abarrotada sala de espera con el andador.

—Además, la deuda fue tanto culpa mía como de Elliot. Empezó con los cambios que se me ocurrieron a mí y la Rainbow era nuestra, era responsabilidad de los dos. Si hubiera prestado más atención, no estaríamos en esta situación.

No era justo.

—Estabas cuidando de Nestor y luego llorando su muerte, ¿cómo ibas a prestar atención a nada más? Además, no olvides que yo también veía a Elliot todos los días. Actuaba como si todo estuviera perfecto.

Los dedos de Irma continuaron su recorrido lento y relajante por el cuero cabelludo de Bree.

—Aun así, me arrepiento de haberlo dejado solo, al menos

emocionalmente. Creo que durante años no pensé con claridad, francamente. Ahora que Elliot se ha ido, quizá nunca vuelva a hacerlo. Era una parte muy importante de mí.

Bree sonrió: era cierto.

—Elliot decía que teníamos «una historia de amor para la eternidad, sin sexo» —continuó su madre—. Luego se reía y decía: «Harlequín nunca nos la compraría». Un día estaba subida en la escalera y la blusa se me enganchó en una balda y se rasgó. Salió corriendo a por la cámara de fotos y dijo: «¡Bien! Ya tenemos portada para el libro».

Bree se acordaba de aquel día. Pensó que lo decía en serio y que estaban escribiendo un libro los dos, aunque nunca los había visto ni podía imaginar cómo podrían dar forma a algo tan enorme. Tardó horas en comprender que no era verdad, cuando Elliot se subió al mostrador a posar para un cliente que quería una foto de «esa preciosa lámpara de araña rosa y de su diseñador». No era más que otra muestra de la creatividad y de la imaginación desbordantes de Elliot, su forma de decir: «Está claro que somos dignos de un libro, pero no nos hace falta escribirlo».

Miró hacia arriba, a los ojos de su madre.

—Si vendes la Rainbow, prométeme que al menos te quedarás con la lámpara de araña. Es emblemática. Y es muy Elliot.

—¿Y dónde voy a colgar una lámpara de araña de dos metros en casa?

—En el baño principal. —Bree sonrió imaginándolo—. Tendrás que tirar una pared, pero quedará fabulosa.

—Suena muy práctico. —Tras un silencio, le dio un toquecito a Bree en la cabeza—. ¿Qué te llevarías de la Rainbow?

A Bree siempre le habían gustado los confesionarios, pero dudaba que pudiera encontrar hueco para meter uno.

—Me llevaría los bancos de la capilla. Los pondría en el salón de casa, contra la pared, al estilo de las reuniones comunitarias que hacen en la academia de *Miss* Patty en *Los chicos Gilmore*. También pondría uno en el porche para ver pasar a la gente.

—¿Por qué me imagino filas de criadas vestidas de rojo con tocado blanco llenando tu casa?

—Porque siempre has dicho que Gilead era tu idea del infierno, pero que Margaret Atwood fue quien lo plasmó sobre el papel.

Irma se quedó pensativa.

—No tenía ni idea de que se podía pasar por el infierno de perder tanto sin tener que cambiar de vestuario.

Bree buscó la mano de su madre y la apretó.

—He estado pensando en algunas opciones para la librería. Esta noche no es el momento de hablar de eso, pero creo que hay un par prometedoras.

Irma le devolvió el apretón para agradecérselo.

Las puertas automáticas de las salas de diagnóstico se abrieron y se volvieron las dos por si era Laney. Entraron una madre y un niño con el brazo en cabestrillo.

—¡Por qué tardarán tanto! —dijo Irma—. Me gustaría ir, pero Laney dijo que me quedara aquí.

Bree se acercó el teléfono para ver si tenía mensajes. Puede que Laney le hubiera escrito o que Thom supiera que estaban allí.

Nada.

Cinco minutos después de medianoche, Laney pulsó el botón de la pared y vio cómo se abrían las puertas de urgencias con su chirrido hidráulico. Le habían puesto un enema y administrado laxante y superantiácido, así que llevaba veinte minutos tirando pedos casi sin parar. Que recordara, nunca había sentido tanto alivio.

Bree estaba adormilada en el regazo de su madre y se incorporó sobresaltada.

—¿Y bien?

—¿Qué han dicho? —preguntó Irma.

Laney sacudió el trasero.

—Tenía razón. Mi paracaídas estaba tan atascado como el canal de Suez con aquel carguero. El médico me ha recomendado que vaya al gastroenterólogo para que no vuelva a ocurrir.

Su hermana entornó los ojos tratando de borrar de su cerebro la imagen del tracto gastrointestinal de Laney.

—Me alegra que estés mejor.

—¿Tienen que hacer seguimiento? —preguntó su madre—. ¿Hay que pasar porla farmacia a por alguna receta?

Empezó a preparar el bolso, como si fueran a marcharse ya.

—No, estoy bien. —Laney le tendió una mano para que se sentara y se relajara—. Aunque me han dicho que… estoy embarazada.

Y, como ocurre en las películas, los pies de Laney se despegaron del suelo y empezó a flotar con los brazos extendidos hacia el cielo, la cara hacia el sol y el espíritu ligero como el viento.

(Al menos, así se sintió).

Veintisiete

Thom se despertó al oír un ronquido. Elliot debía de haber cenado comida picante, porque los pimientos siempre le hinchaban los senos nasales. Se acercó para darle un codazo, pero se encontró con una fría barra de acero.

«Claro —se dijo—. Elliot se ha ido y yo sigo aquí». Aunque… ¿dónde, exactamente? Abrió los ojos y vio una habitación de hospital; la luz gris del amanecer se colaba por las persianas y dibujaba los contornos de la cama y la fina manta blanca que lo cubría. Movió los dedos de los pies y los vio bailar, incluso con la bota ortopédica del pie izquierdo. Buena señal.

Llevaba un camisón de hospital, se le clavaban los nudos en la espalda, y un tubito largo serpenteaba desde debajo de las sábanas. ¿A qué estaba conectado? Tiró de él y notó… Oh. ¡Oh!

—¿Thom? —Una figura en la que aún no se había fijado se removió en un rincón—. ¿Te has despertado?

Era la voz de Bree. De repente, estaba a su lado y le vio la expresión expectante, a pesar de la oscuridad.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó.

—Esperábamos que nos lo contaras tú. Anoche llamaron a una ambulancia desde tu casa y luego te trajeron aquí. Con las normas de confidencialidad, los médicos no nos pueden decir nada más.

Bree miró hacia la parte oscura de la habitación, donde aguardaban unos rostros que Thom no pudo distinguir.

—Al menos nos dejaron estar contigo cuando te subieron a la habitación.

Había pasado algo que terminó en un viaje en ambulancia y tenía que explicárselo. Los recuerdos eran vagos, pero en su mente se agitaban imágenes de luz azul y una habitación abarrotada de

desconocidos.

—Creía que eran astronautas —dijo; a medida que hablaba, encontraba más detalles—. Llevaban todos el mismo uniforme y los mismos instrumentos. Les dije que iban a llegar tarde al despegue.

Bree soltó una risita.

—¿Anoche te colocaste?

—No. —Trató de incorporarse, pero estaba muy cansado. Notó la diminuta aguja intravenosa en el pliegue del brazo—. No fumo hierba desde los años setenta.

Sus ojos quisieron cerrarse de nuevo, y los dejó. Notó la mano de Bree sobre la suya. El aire era una nube de algodón de azúcar y cayó en ella. Estaba feliz y no le pesaba nada.

Cuando volvió a abrirlos, Bree estaba allí con su hermana Laney.

—Hola, otra vez —le dijo cantarina. La habitación ya no era gris, sino de color melocotón.

Laney le apretó el antebrazo.

—Para que lo sepas, no somos astronautas ni vamos a llegar tarde a ningún sitio. —Sonreía con la mirada mientras continuaba —: Mamá acaba de irse para abrir la Rainbow.

¿Irma también había estado?

—Contadme otra vez qué ha pasado —les dijo.

Bree estaba llegando a la parte de la ambulancia cuando entró la médica. Llegaba casi hasta el techo y, por mucho que a Thom le pareciera importante mirar a una persona a los ojos cuando le hablaba, tuvo que cerrarlos porque era incapaz de mantener semejante ángulo.

La doctora Boerger explicó que había tenido una reacción adversa a los analgésicos: los sanitarios encontraron un frasco de Vicodin en la mesa de la cocina. Les pidió a Laney y a Bree que salieran de la habitación.

—La receta de hidrocodona iba a nombre de un tal Elliot Gregory. ¿Lo conoce?

—Fue mi compañero durante veinte años. Murió en enero.

Le dio el pésame, pero no suavizó el tono.

—Es un medicamento que requiere control. Nunca es seguro tomar un medicamento que no le hayan recetado, pero hacerlo con uno de clase A como el que ingirió usted es muy peligroso. Cuando llegaron los sanitarios tenía alucinaciones. No supo decirles cuánto

había tomado, así que tuvieron que intervenir para evitar una sobredosis.

Eso explicaba los astronautas.

—No estoy enganchado a nada. De hecho, nunca había tomado medicamentos de Elliot. Solo tomé el Vicodin porque estaba desesperado. Hace poco me torcí el tobillo y me destrocé la espalda en una caída, y ya no tenía relajantes. —Pensó en lo que había hecho; estaba roto por el estrés, y muy cansado—. Solo quería dormir bien.

La doctora Boerger asintió despacio, tratando de saber si era sincero.

—La receta era de siete pastillas. Quedaban cuatro en el frasco, ¿se tomó las otras tres?

No. De eso estaba seguro.

—Fue una. Operaron a Elliot por una fractura de muñeca que no se curó bien. Se cayó en el hielo. Odiaba ir al médico por mucho que le repitiera que debía tratar su cuerpo con respeto. —¿Para qué le contaba esto? Suspiró—. Bueno, debería aplicarme yo la lección, después de lo de anoche.

La doctora asintió y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Ha pasado una noche dura. Vamos a dejarlo unas horas más en observación y volveremos a examinarle la espalda, a ver si podemos hacer algo con esas contracturas. —Anotó algo en su historial y sonrió—. ¿Algún recuerdo de la plaga de polillas?

Gimió. Lo recordaba: cuando estaba con alucinaciones, las polillas invadieron los jerséis de Elliot, los que había sacado de las cajas hecho una furia.

—¿Cuántos jerséis llevaba puestos cuando me encontraron?

La doctora Boerger dejó escapar una risita.

—Media docena, más o menos. Algunos los llevaba en las piernas.

Se abstuvo de decir que también ató un jersey al palo de una escoba a modo de estandarte de combate.

Cuando le dieron el alta, Laney y Bree lo llevaron a casa.

—¿Seguro que no quieres que entremos para echarte una mano? —le preguntó Bree, pálida de preocupación y de agotamiento.

Lo último que quería en ese momento era compañía. Solo pensaba en meterse en la cama y dormir todo lo que le pidiera el cuerpo. Después decidiría qué hacer.

—No os asustéis si no tenéis noticias mías esta noche —les dijo —. Prometo llamar cuando haya descansado.

A Laney le pareció bien y Bree le hizo jurar con el dedo meñique.

Lo ayudaron a subir las escaleras del porche, pero entró en casa solo. La cocina parecía el escenario de una batalla: plásticos, tubos y todo tipo de restos de los sanitarios, un montón de jerséis, platos rotos y una maceta volcada con la tierra derramaba por el alféizar de la ventana. Pasó con cuidado con las muletas por encima de todo, sin mirar atrás hasta llegar al dormitorio. La cama seguía hecha y levantó la sábana de su lado de la cama. Se quitó los zapatos y se acurrucó. Luego se movió y extendió el brazo hacia el lado de Elliot.

—Duerme bien, cariño —susurró—. No te preocupes por mí, me recuperaré.

Sabía que era cierto porque la pieza del rompecabezas de la noche anterior que no le contó a nadie (ni a la médica, ni a las enfermeras, ni siquiera a Bree y Laney) se lo garantizaba: lo había salvado una voz que atravesó un terror que no paraba de crecer y que abrió un hueco entre lo imaginario y lo real con el tamaño justo para que sus dedos marcaran el 911. «Thom —le dijo—, sé que estás ahí…».

Pausa publicitaria

No, queridos, ¡no fui yo! Esta vez fue nuestra Laney, cuando llamó a la ventana de la habitación de Thom y dijo su nombre. ¿Os acordáis? (Un inciso: Judy está preocupada por los rosales, pero tranquilos, están bien. En el fértil suelo de Minnesota crecen casi como malas hierbas).

Pero volviendo a mi nueva aparición…

Creo que este pequeño malentendido entre Thom y yo es un maravilloso giro de los acontecimientos. El encontronazo perfecto entre creencias y circunstancias. Thom cree que me ha oído, y eso está muy bien porque soy el lazo que anhela. Me doy cuenta de que parece que alimento una falsedad, pero el corazón cree lo que quiere, y él quiere haberme oído. Igual que yo quiero que quiera creerlo.

Aun así, tened claro que habría intervenido si Laney no hubiera estado allí, viva y en carne y hueso. No habría podido dejarlo tirado en el suelo, solo y sufriendo. Como mínimo, le habría gritado: «¡Levántate! ¡Aún no es tu hora, tonto enamorado!».

(Judy está de acuerdo: «Claro que lo harías. Adoras a ese hombre». ¿Os dais cuenta de que habla en presente?).

Sin embargo, no solo he venido para hablar en mi defensa. Estoy aquí porque quiero que sepáis que a Thom, Laney, Bree e incluso a nuestra Irma aún les queda trabajo. Tienen mucho por hacer, deben seguir superando sus límites y aprendiendo, y aún no han llegado a su destino.

Alcanzar el arcoíris no es fácil. Nadie ha dicho lo contrario. Si lo fuera, podría hacerlo cualquiera y no quedaría mucho oro en el caldero, ¿verdad?

Veintiocho

Violet Baumgartner estaba en la Rainbow cuando Bree y Laney llegaron después de dejar a Thom en casa, aunque Bree fue la primera en cruzar la puerta amarilla y quien la oyó exclamar:

—¡Colon irritable!

Su madre les lanzó una mirada de auxilio desde el otro lado de la tienda. Bree pensó que la señora Baumgartner era de esas mujeres que nunca salían de casa sin el pelo y el maquillaje impecables, y al parecer tampoco tenía reparos en aullar la palabra «colon».

—Mi marido, Edward Baumgartner, dedicó toda su carrera al SCI y es uno de los investigadores más prestigiosos del mundo. Ya se ha jubilado, pero sigue siendo igual de respetado y viaja por todo el mundo asesorando a otros investigadores.

Laney se detuvo para contemplar la escena, luego sacudió la cabeza y murmuró: «No puedo». Fue directa al almacén, dejando a Bree sin más remedio que echar una mano a su madre, que ya estaba como un tomate.

—Hola, señora Baumgartner —dijo Bree—. ¿No le acompaña hoy Adam?

—Esta semana está en el campamento de expresión corporal. ¿Eres tú la de la obstrucción?

Bree se llevó una mano a la boca para que no la viera sonreír.

—No, mi hermana. Está descansando.

«A tres metros de aquí», pensó para sí.

—Violet ha venido a felicitarnos por no haber vendido a Vandaveer Investments —dijo Irma para cambiar de tema.

La mujer se enderezó, resoplando de orgullo.

—Hay que reconocerle el mérito al *Minneapolis/St. Paul*

Standard. Publicaron un artículo de opinión muy contundente que escribí sobre los jubilados que acuden en tropel a comprar apartamentos y echan a perder los barrios históricos de la ciudad. Tengo contactos en el periódico.

—Y se lo agradecemos —dijo Irma—. ¿Verdad que sí?

Arqueó una ceja y Bree captó el mensaje.

—Muchísimo —dijo—. ¿Qué haríamos sin clientes como usted, señora Baumgartner?

La campanilla de la puerta amarilla no paró de tintinear en toda la tarde, y Bree terminó como si tuviera los pies pesados como ladrillos después de una noche en vela. Pero siguió adelante y sin bajar el ritmo. A las siete, justo cuando estaba colgando el cartel de volvemos mañana y echando la llave, vio a Witt que llegaba a la carrera. Abrió la puerta de golpe sin aliento.

—¡Se me ha olvidado que habíamos quedado esta mañana! —Iban a verse a las ocho—. Thom acabó en urgencias y Laney también, tendría que haberte escrito…

Witt levantó una mano.

—Me enviaste un mensaje en mitad de la noche. ¿No lo recuerdas?

Ahora se acordaba.

—Las últimas veinticuatro horas están muy borrosas.

—Sé que estarás agotada, pero tengo nueva información. ¿Te apetecería tomar un café por la mañana? Mañana trabajo, pero puedo resumirte lo más importante.

Aceptó, estaba deseando enterarse de todo.

—Pero esta vez invito yo —dijo.

—Trato hecho.

Sonreía. ¿Significaba eso que las novedades eran buenas?

—Oye, antes de que te vayas —dijo Bree—. He estado barajando algunas ideas. No hace falta que entremos en detalles ahora, pero ¿sabes algo de puestos de libros *pop-up*?

Ladeó la cabeza.

—¿Cómo las tiendas efímeras de los centros comerciales?

—Sí. —No exactamente—. Más o menos, pero no es lo mismo. Te lo explicaré mañana.

Solo se acordó de que aquella noche había intentado besarlo cuando se despidieron y lo vio marcharse.

—¡Voy a ser abuela!

Laney, Bree y su madre estaban sentadas en el salón de casa esperando la *pizza*.

Estaban cansadas hasta lo indecible, pero también en ese punto pasado el agotamiento en el que el cuerpo pone el piloto automático y el cerebro reduce su procesamiento para cubrir las necesidades y toma las decisiones de una en una. Todo resulta lento y confuso, pero cuando no se tienen fuerzas para afrontar el estrés o las emociones, también es una deliciosa bendición.

Laney se recostó sobre los cojines del sofá y se estiró. Por lo visto, era habitual que las embarazadas tuvieran estreñimiento, sobre todo las que tenían un aparato digestivo de diva como el suyo.

—Aunque no quiero que me llame abuela. ¿Qué os parece más juvenil? ¿Abu? ¿Nona?

—¿Qué tal abuelita pasa? —bromeó Laney—. He oído que está de moda.

Su madre hizo un ademán con la mano, para borrar el comentario del aire.

—Qué chispa.

Bree estaba sentada con los ojos cerrados, presente pero demasiado cansada para escuchar, hablar y mirar al mismo tiempo.

—¿Cuándo se lo vas a decir a Tuck?

Ah, su hermana, la aguafiestas.

—Pronto. Creo que debería esperar para decírselo en persona.

—Eso depende de cuánto tiempo te vayas a quedar aquí —dijo su madre—. No quiero hacerte sentir mal, pero hoy debes tomar muchas más decisiones que ayer.

¿Le había dicho a su madre que tenían problemas? Puede que se lo contara Bree, pero no lo sabía, no solían informarse de lo que hablaban o dejaban de hablar con su madre. En cualquier caso, estaba claro que Irma se olía algo.

—Supongo que ya te has dado cuenta de que Tuck y yo no somos la Cenicienta y el Príncipe Azul ahora mismo.

Su madre le sonrió con comprensión.

—Llevas casi un mes en Minneapolis, aunque tienes un negocio y un marido en California, y sueles rechazar todas sus llamadas… Tenía una corazonada, sí.

Claro que la tenía.

—Ayer tenía casi tomada la decisión de dejarle. No soy feliz con él ni quería seguir intentándolo. Supongo que, si le preguntaras a Tuck, te diría que el único problema que tenemos es que no estoy allí para llevar la tienda.

—Seguro que se imagina algo más —dijo su madre.

Bree asintió, con los ojos aún cerrados pero el cerebro despierto.

—¿Le has preguntado a él qué quiere?

—Una mujer inteligente nunca supone nada, Laney —añadió Irma—. Pregunta lo que quieras saber.

Bree suspiró con los párpados cerrados.

—Sé que tiene derecho a tener un papel en la vida de este bebé —dijo—, y que nuestro hijo merece un padre que lo quiera y lo cuide. Pero no sé si podré ser la madre que quiero ser si estoy con él.

Su madre se inclinó hacia ella, apoyó los codos en las rodillas y la miró con determinación.

—Vuelve a California, Laney. Si has aprendido algo de tu estancia aquí, que sea de mis errores. No puedes tomar ninguna decisión hasta que hagas las preguntas que necesitas.

Veintinueve

Ver las siete de la mañana en el reloj era como recibir un martillazo en el cráneo, pero Bree llegó a la librería, cafés en mano, y encontró a Witt esperando en la puerta. Le sonrió, una sonrisa relajada solo para ella, de esas que dan derecho a presumir: «¿Lo veis, chicas? Apartad, porque es todo mío».

—Hola.

Se le rompió la voz al hablar; no le iban los madrugones ni siquiera en las mejores circunstancias. Witt cogió los vasos y le liberó las manos para que abriera la puerta.

—A los vecinos les debe de encantar la Rainbow, porque en los tres minutos que llevo aquí esperando, ya me han hecho inspección visual dos veces como si fueran a darle mi descripción a la poli.

La cerradura chasqueó y Bree empujó la puerta.

—Espera… —Le hizo un gesto para que se quedara donde estaba —. Tengo que apagar la alarma. Los vecinos son estupendos, pero los sistemas de seguridad también son buenos.

Pulsó el código en un teclado oculto tras el perchero.

—En mi barrio —dijo Witt—, los vecinos te pegan voces para que no vayas por su parte de la acera.

«Alarma… apagada», dijo la señora Teclado Eléctrico.

Bree cogió el café. Witt le tendió el vaso, pero no lo soltó.

—Para que quede claro: estaré encantado de ser tu mago de los números esta mañana, pero nada de besos.

Su sonrisa era mitad de maleante, mitad de patrullero vecinal.

—Sí, señor.

—Sé que soy irresistiblemente sexi, pero soy una persona, no un trozo de carne.

—Prometo mantener las manos quietas. Pero te advierto que la

metáfora me ha dado ganas de desayunar, y puede que te haga responsable.

Madre mía, estaba coqueteando sin poner en peligro su integridad física ni su dignidad.

Sin embargo, por muy deliciosa que empezara la mañana, los números no eran nada sexis, como tampoco lo eran los soliloquios de Witt sobre impuestos adeudados, proyecciones trimestrales y anuales, ajustes trimestrales, inventario justo a tiempo, ventajas para pymes del último proyecto de ley fiscal, etc. Aun así, le gustó descubrir que entendía mucho más de lo que pensaba.

—Así que se puede salvar el negocio —concluyó Bree—, pero tenemos demasiados activos y pocos ingresos.

Vio el edificio caído hacia un lado, como un barco a punto de zozobrar.

Witt asintió.

—Tiene un lado positivo. Cuando empezasteis creíais que teníais muchas deudas y, si me dieran a elegir, casi siempre elegiría tener muchos activos. Aun así, sigue siendo un problema.

Irma debería haber asistido a esa reunión, pero Bree estaba deseando pasar tiempo a solas con Witt y olvidó mencionarla. Lo malo es que tocaba tomar decisiones. Se pellizcó el muslo por debajo de la mesa.

—Has dicho que había algunas opciones para seguir adelante. ¿Cuáles son?

Witt se rascó la pelusilla del mentón.

—Para tomar la mejor decisión sobre los próximos pasos, tienes que tener claras tus prioridades. ¿Tu familia está decidida a salvar el negocio o Irma sigue con idea de vender y jubilarse? ¿Estaríais dispuestas a trasladar el negocio? Y, si salváis la Rainbow, ¿cuál es el plan de transición cuando Irma se vaya? —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿dónde está tu madre?

—La he dejado durmiendo. Está agotada.

Eso no era mentira.

Witt miró dentro de la carpeta y sacó un dosier.

—¿Has entendido lo que hemos hablado para explicárselo a Irma? Esto te puede venir bien. —Deslizó una pila de gráficos de colores por la mesa—. Podríais hablar del tema en la destilería, así estaré cerca por si tenéis dudas. Hoy trabajo todo el día, pero sacaré

el tiempo que pueda.

Bree le dio las gracias y miró los papeles.

—Lo intentaré. Cuanto antes sepamos qué dirección seguir, mejor.

Llegó a una hoja con dos columnas, una con las cifras de los Vandaveer y otra con las de Witt y el encabezado estimación actual del mercado.

—Nos iban a timar de verdad, ¿no? —dijo ella mirándolas.

Se lo confirmó.

—Sí que lo pilla rápido, señorita Bedford. Es una pena, así no podré darle un repaso.

—Querrá decir una clase de repaso, señor. Pero verá… —Bree se inclinó hacia él y se dio golpecitos la barbilla con un dedo, mirándolo fijamente—. Igual me viene bien, porque a mí me gusta sacar siempre sobresaliente.

Le acercó la cara.

—¿Me permite, profesor?

Para responderle, la besó.

Treinta

Thom dedicó unos días al autocuidado, como lo llamaba él. Cuando llamó Brian, le dijo que estaba en casa con «atención domiciliaria», así que el otro pensó que iría un médico a atenderlo. Sin embargo, Thom se estaba cuidando a sí mismo, por fin había aceptado que debía descansar y relajarse. No porque la lesión lo obligara a bajar el ritmo ni porque estuviera deprimido y no pudiera levantarse de la cama: se cuidaba porque debía hacerlo.

Del hospital lo mandaron a casa con nuevos medicamentos que le aliviaban el dolor de espalda sin llenarle el cerebro de pesadillas. La doctora Boerger también le recomendó que alquilara una especie de patinete para moverse por la casa. «Funciona de dos maneras —le explicó—. Puede apoyar la pierna lesionada en el asiento y empujar con la otra; las ruedas no son tan engorrosas como las de un andador. Además, puede sentarse y descansar siempre que lo necesite».

Ahora estaba en el pasillo agarrado al manillar e impulsándose hacia la cocina. Se deslizaba sin esfuerzo, demostrando una vez más que tenía razón él cuando insistió en que no alfombraran los suelos de madera.

La cocina también estaba recogida. Había tardado casi todo el día, dada la magnitud del desastre y su voluntad de descansar: se dejó deslizar sentado en el asiento del patinete y agarrando la escoba. Al terminar, colocó una papelera sobre el asiento, justo debajo de la encimera, tiró la basura dentro con el brazo y lo llevó todo directamente al contenedor.

Le estaba cogiendo cariño a ese pequeño pero eficaz asistente rodante.

Puso la tetera a hervir y eligió una bolsita de té irlandés para el

desayuno. Incluso iba a echarle azúcar, sin ningún sentimiento de culpa por lo que pudiera estar haciéndoles a sus dientes. Llevaba meses desnutrido, ahora se daba cuenta, y aunque no era dentista, sabía que un terrón de azúcar era mucho menos perjudicial que privar al organismo de las calorías y los nutrientes necesarios.

Con el té listo, se sentó a la mesa de la cocina y sacó un bloc de notas amarillo. Tenía una nueva tarea. Aunque llevaba unos días encerrado en casa, hizo una salida: había ido al grupo de apoyo al duelo como le dijo a Laney.

Esa semana, hablaron de «las idas y venidas del dolor», que no va menguando sin más hasta desaparecer un día.

—Para mí el dolor es como las estaciones del año —dijo Laikin —. Hemos vivido ya muchas primaveras y sabemos que la mayor parte del tiempo hace fresco, aunque no llega a hacer frío; la hierba reverdece, pero sigue estando mustia, y habrá días de sol, pero también mucha lluvia. Aun así, no hay dos primaveras iguales. En marzo, algunos años empezará a hacer calor y a derretirse la nieve, y otros caerá una nevada que nos cubra hasta la rodilla.

Thom recordaba una de esas primaveras. Le pidió a Elliot que se tomara unas vacaciones para dejar atrás el invierno interminable, aunque solo fuera por unos días. Buscó ofertas de viajes a Florida, México o Nueva Orleans, pero Elliot las rechazó todas. Ahora sabía por qué: su compañero estaba consumido por el pánico y el arrepentimiento por la deuda que había acumulado. No quería gastar dinero, pero no podía explicar por qué.

Con todo, saberlo no curaba el dolor por arte de magia. Ahora Thom podía recordar y entenderlo, pero eso no le quitaba las ganas de llorar ni de rayar la mesa de la cocina con el bolígrafo.

—Cuanto menos imaginemos cómo ha de ser nuestro dolor —les dijo Laikin—, menos nos decepcionará. Todos pasamos por momentos así. Nos sentimos bien o, al menos, nos parece que no estamos tristes por una vez. Y entonces, ¡bum! La sensación se desvanece en un instante y recordamos lo horrible que es todo.

Thom se había olvidado de eso entregándose a la misión de salvar la Rainbow. Bailó y rio con amigos y se sumergió en tantas sensaciones que no dejó espacio para la desesperación. Le había dicho a Laney que no fue más que una forma de esconderse del dolor, pero ¿y si había tropezado con la alegría?

—Para algunas personas, el duelo consiste en dar dos pasos adelante y uno atrás. Para mí es una imagen negativa, porque da a entender que se pierde terreno. Os animo a cambiar la perspectiva de lo que es vivir en la estación del duelo. Hoy puede traer sol o una gran nevada que parece no terminar nunca. Todo eso va a suceder, nos guste o no. Así que necesitaremos tanto protector solar como un buen quitanieves.

Thom miró el bloc de notas que tenía delante. No sabía dónde estaría Elliot, no tenía una imagen consoladora de lo que depara «el más allá». Pero sabía que llevaba mucho tiempo solo, que seguía aquí y que, mientras siguiera con vida, tendría nuevas historias que contar al hombre que amaba. Y empezó a escribir.

Querido Elliot:

Puede que me estés mirando desde lo alto y digas: «¡Ya lo sé, te he visto!». Sin embargo, he dado demasiadas cosas por sentadas durante demasiado tiempo, y la idea de vivir la vida sin ti me resulta insoportable. Puede que ya no te oiga cantando en la ducha, pero necesito creer que estás aquí y que seguimos juntos. Puede que te estés riendo de mí en este instante. Aun así, quiero hacerlo. Tengo mucho que contarte.

Primero creíamos que habíamos salvado la Rainbow, después descubrimos que no era así y al final resultó que sí. En esta historia hay una discoteca, te va a encantar, así que sigue leyendo. Pero antes tengo que explicarte unas cuantas cosas…

—Aún no me lo creo.

Laney iba camino del aeropuerto para emprender el viaje que llevaba temiendo un mes inconscientemente. Su madre insistió en llevarla, no quería ni oír hablar de que su hija y su futuro nieto o nieta se metieran en el asiento trasero de la «chatarra de un desconocido». Así que ahora estaban las dos atrapadas en las obras de la I-35W. La I-35W estaba en obras desde el día en que nació Laney.

—Sé que tengo un bebé. —Había visto el aleteo borroso del latido del corazón en la ecografía—. Pero es como si no supiera cómo ha llegado ahí. Ni por qué.

Su madre la miró de reojo desde el volante.

—Imagino que sabes cómo ha llegado ahí.

—Sí, el método lo conozco. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué después de tantos años deseándolo?

Lo que quería decir de verdad, pero no dijo, era que dejar a Tuck habría sido mucho más sencillo de no estar embarazada. Pero decir eso, el mero hecho de pensarlo, depositaba la culpa en aquel bebé de pies microscópicos y su instinto de madre, por mucho que acabara de despertar, sabía que no era justo.

—Cariño —le dijo Irma—, la maternidad es una lección que dura toda una vida para aprender a desprenderse. Aunque hubieras planeado tener un hijo y te hubieras quedado embarazada cuando todas las piezas parecían encajar, aunque hubieras elegido el médico y el hospital, ido a las clases de preparación al parto, leído libros y hecho todo perfecto, te seguiría sorprendiendo. Vas a crear una vida distinta de la tuya. Una persona que, desde su concepción, es su propio ser, con cuerpo, personalidad y camino propios. En realidad, lo único que puede hacer una madre es intentar ayudarle a seguir su camino con paso seguro.

—Pero ¿y si no sé hacerlo?

—No sabes. —Su madre se volvió y le sonrió comprensiva—. Nadie sabe. Pero harás todo lo posible por averiguarlo, porque cada día será un nuevo reto, y justo cuando piensas que se te está dando bien, los hijos se sacan un nuevo truco de la manga. Como hiciste tú.

Le hizo tanta gracia su propia broma que soltó una carcajada.

—¡Ay, madre, si esa criatura se parece un poco a ti, será mejor que nos abrochemos el cinturón!

Laney apoyó la cabeza contra el asiento, anticipándose al agotamiento.

—Y su padre es Tuck. ¡El pobre está condenado!

—Nooo. —Su madre alargó la o como si fuera de caramelo, con el más puro acento de Minnesota—. Ese bebé está hecho de aventura y corazón.

Se acercó y le dio unas palmaditas en la rodilla. Laney, sin embargo, aún seguía asimilando que algún día aquella criatura sería capaz de hacer lo mismo que había hecho ella y que debería asumir las consecuencias.

—Sé que lo he dicho mil veces, mamá, pero siento mucho haberme marchado de tu lado. Después, tuve que demostrar que hice bien en irme con Tuck. Al mirar atrás, veo muchos momentos que podrían haber sido decisivos, en los que podría haberme dado por vencida, descolgar el teléfono y decir que quería volver a casa. Habría sido tan sencillo como montarme en un avión. Pero nunca lo hice.

Su madre asintió.

—La lealtad es así de delicada. Es un don que no tiene precio y es muy fácil dárselo a las personas equivocadas.

No había ningún coche esperando a Laney y al bebé al aterrizar, tan solo cinco mensajes que Tuck envió a mitad del vuelo para preguntar por los vasos de plástico, el número del fontanero y si había pagado la factura de Amex. Su primera reacción fue enfadarse. Después, decidió ser comprensiva: él también sabía que las cosas habían cambiado. Los dos hacían lo que podían por encontrarle sentido.

Pasó todo el vuelo preguntándose qué hacer. Podía ir directamente al Tire Stud, encerrarse con Tuck en la oficina y decirle que estaba embarazada. También podía ir a casa, preparar una buena cena y decírselo en el postre. Quizá lo mejor era ir a casa, llamarlo para saber cómo estaba de ánimo y decidir entonces.

El conductor del Lyft se detuvo al llegar a la dirección que le había dado.

—¿Señora? —le dijo, preguntándose si de verdad aquella mujer quería que la dejara en un aparcamiento desierto.

—Ah —respondió Laney.

El Tire Stud estaba al otro lado de la manzana. Al final decidió que, en cuanto viera la tienda, sabría si entrar o marcharse a casa.

—Si no le importa, voy un poco más adelante. ¿Podría dejarme allí?

Los desquiciantes mensajes y todas las llamadas de Tuck le habían hecho pensar que aquello sería un caos, pero al abrir la puerta encontró el vestíbulo limpio y organizado como nunca. El olor a café recién hecho era tan intenso que casi superaba el de la goma de cientos de neumáticos. Los clientes no parecían ni más ni

menos nerviosos que cualquier día, y ¿era música lo que salía del equipo de sonido?

Tras el mostrador la saludó una mujer de espaldas anchas y un corte de pelo impecable.

—Bienvenida al Tire Stud —dijo, sin saber que aquella desconocida era su jefa.

—Hola, soy Laney.

Le tendió la mano.

—¡Laney!

Se reconocieron en cuanto se oyeron la voz porque ya habían hablado por teléfono. Cogió la mano de Laney entre las suyas y le dio un agradable apretón.

—Yo soy…

—¡Sylvia! —Tuck apareció por un pasillo y se detuvo al ver a Laney—. ¡Anda, mira quién ha vuelto!

Tuck la rodeó con los brazos y apretó demasiado fuerte.

—Has tardado mucho en regresar.

Había pasado horas imaginando cómo sería la vuelta, ensayando lo que podría decir, anticipándose a lo que le respondería él y preparando réplicas. Lo único que se prometió fue no discutir. Sin embargo, al sentir el roce de aquel brazo en la espalda, lo que antes era protección le resultaba extraño, como si lo hiciera un desconocido sin su permiso. Lo apartó de un codazo.

—Bueno, ya estoy aquí.

Creía que había hecho bien en ir a la tienda, pero de repente estaba agotada, sin rastro de la adrenalina que la llevó hasta allí.

—¿Tienes un momento? ¿Podrías llevarme a casa? Estoy más cansada de lo que pensaba.

Los músculos que mantenían tirante la sonrisa de Tuck cayeron despacio y soltó una bocanada rápida, como si fuera a decirle que no. Enseguida, con la misma rapidez y como si se diera cuenta de que solo estaban tanteándose, intentando contener la discusión inminente hasta que estuvieran en privado, se puso recto.

—¿Por qué no te vas a casa? Yo no tardaré.

Pero ¿la había oído? Quería que la llevara, no que le diera permiso para irse. Era la dueña del local y del coche que estaba aparcado detrás, y se aseguraba de que los pagos de la hipoteca llegaran puntuales al banco, de que no llegaran al límite de crédito

de las tarjetas, de que no hubiera problema con las nóminas y de que ningún cliente enfadado intentara hundirles el negocio con una crítica mordaz en Internet. Todas esas cosas que él iba a tener que aprender a hacer (o debería).

—¿Sabes, Tuck? —Estaba en mitad de la sala de ventas, con la barbilla alta y sacando pecho—. Lo mínimo sería llevar a tu mujer embarazada a casa desde el aeropuerto.

Tuck le hizo un gesto para que se fuera.

—No soy un taxi. Siempre estás igual.

La tienda estaba en completo silencio, solo se oía el ruido de unos taladros hidráulicos al fondo. Todos los clientes los miraban atónitos.

Tuck la observaba esperando una respuesta, pero no la tuvo.

—¿Qué pasa? ¿Ninguna ocurrencia de las tuyas, Laney?

Laney buscó a Sylvia y se miraron fijamente, conversando en el lenguaje íntimo y silencioso que las mujeres solo hablan entre ellas.

«¿Es verdad?».

«Sí».

«¿Estás contenta?».

«Mucho».

Sonrió, se encogió de hombros y esperó a que Tuck continuara.

—¿Qué haces ahí de pie?

El hombre que últimamente hacía tantas observaciones astutas parecía muy confundido. Sylvia le pidió permiso a Laney sin necesidad de hablar, se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Has oído lo que te acaba de decir?

Tuck levantó las manos, se le estaba agotando la paciencia.

—Laney ha dicho que está embarazada —susurró Sylvia, aunque lo bastante alto para que la oyera toda la tienda—. Tu mujer está embarazada.

—No, no lo está. —Sin terminar de decirlo, su gesto delató que comprendía que podía ser cierto—. ¿Cuándo?

—En el puente de primavera, por nuestras minivacaciones.

Asintió despacio. No sonrió ni frunció el ceño. Solo hizo memoria para sacar cuentas.

—De acuerdo. Voy a por las llaves.

La conversación que siguió le recordó a Laney la noche en que Tuck se rindió por fin a la evidencia: era hora de retirarse. Aquella noche eran tres: Laney, Tuck y el entrenador. Y entonces, igual que ahora, Tuck fue quien más habló. Conocía los hechos, pero para asimilarlos tenía que decirlos en voz alta.

—No entiendo cómo ha pasado. ¿Seguro que tú…?

Hizo gestos imprecisos señalando a Laney de cintura para abajo, como si el control de la natalidad fuera un par de bragas mágicas que la mujer se pone antes del sexo.

—Sí, estoy segura. Y yo tampoco lo sé. Aún no he ido al ginecólogo, pero en el hospital me dijeron que podría ser por mi edad. Treinta y ocho años no me parecen muchos, pero por lo visto para mis hormonas voy camino de la decrepitud.

—¿Y estás segura de que…? Quiero decir… ¿No puede haber sido un falso positivo o algo así?

Negó con la cabeza. Llevaba las ecografías en el bolso; se las enseñaría, pero en otro momento.

—Oí el latido. Fue increíble.

Dijo «ajá» de la misma manera que su contable cuando registraba la información anual introduciendo números en el programa y tabulando sobre la marcha. Le preguntó cómo se había enterado, desde cuándo lo sabía y si corría algún peligro por su edad. Le respondió lo mejor que pudo con la información que tenía, tratando de no pintárselo todo igual de rosa que lo veía ella.

Salía de cuentas en febrero, justo antes de San Valentín.

—Me han dicho que es una fecha muy buena para dar a luz. Cuando esté recuperada y el bebé ya tenga una rutina, el tiempo será agradable para salir a pasear.

Esto último lo dijo para ahorrarles a ambos la agonía de tener que responder a la verdadera pregunta de Tuck: ¿iba a tenerlo? «Haz las preguntas que necesitas», le oyó decir a su madre, y de pronto se dio cuenta de lo fácil que se lo estaba poniendo a Tuck, dándole información sin tener que pedirla y anticipándose a sus emociones para cuidar de ellas. «Pregúntale —se dijo—, ya sabes el qué».

—Tuck —atrajo su mano hacia la suya y lo miró a los ojos—. Sé que esto no entraba en tus planes. Tampoco en los míos, pero te mentiría si te dijera que nunca he querido ser madre. Siempre lo he

querido, y creo que tú siempre lo has sabido. Así que no voy a ocultarte cuánto deseo tenerlo. Cuánto quiero ya a este bebé.

Se inclinó y le apretó la mano. Cogió aire. Esperó a estar preparada.

—Sé que nunca has querido ser padre. Por eso, quiero preguntarte si prefieres que te libere de tus responsabilidades. —Se rio y arrugó la nariz—. Ha sonado muy cursi, lo siento.

—Me alegra no tener que decirlo yo.

Le devolvió la sonrisa.

Se llevó la mano de Tuck a la mejilla.

—Sabes que hemos terminado, ¿verdad? Elijas o no formar parte de la vida de este bebé, ya no vamos a ser «Tuck y Laney». Hemos llegado al final de nuestro camino juntos.

Sí, lo sabía. Se había dado cuenta igual que ella. Dobló los dedos y dio unos golpecitos en la mesa con la alianza.

—¿Quieres que me mude? Puedo buscar un apartamento cerca de la tienda.

No era necesario.

—Tengo que decirte algo más. Voy a volver a casa.

Treinta y uno

Bree sabía cómo iban a salvar la Rainbow. Con ayuda de Witt, había elaborado un plan de negocio de lo que llamaba «OTR 2024» y quería presentárselo a Irma esa misma tarde.

La librería estuvo llena toda la tarde y, con Laney de vuelta en Oakland, se tuvieron que ocupar de todo Irma y ella. Tenían el cuerpo y la mente como roca sedimentaria: con capas de periodos de agotamiento unas sobre las otras. Aun así, cuando por fin dio la vuelta al cartel de la puerta y echó la llave, estaba decidida a seguir con el plan.

Su madre se sentó en una butaca raída e invitó a Bree a hacer lo mismo.

—Soy toda oídos —le dijo.

—Ya sabes que siempre me ha encantado vender libros, y no me imagino trabajando en una librería que no sea esta. Aquí me sentí segura por primera vez y aprendí lo que es estar en un lugar al que perteneces y que te pertenece. Pero no solo eso, también descubrí cómo es que te quieran.

Tragó el nudo que llevaba en la garganta, estaba decidida a decir todo lo que quería sin derramar una lágrima.

—Es como si no solo me hubiera adoptado una familia que tenía una librería, sino que la librería fuera una familia: tú, Elliot, Laney y también los libros. Aprendí qué se siente al entregar un ejemplar de *Ana de las Tejas Verdes* a un niño e imaginar cómo sería volver a leerlo por primera vez, sabiendo la alegría que le espera. La Rainbow era un club mágico y secreto, y me disteis permiso para formar parte.

Irma se inclinó hacia ella.

—No subestimes el papel que jugaste tú. Eras esa niña valiente

que seguía a Laney al bajar del autobús para venir aquí. Y lo hiciste día tras día, hasta que verte fue tan natural como cualquier otra cosa. La verdad es que nos elegiste tú, Bree.

—Puede ser… —Notó que se sonrojaba—. Pero no habría seguido viniendo si no me hubierais acogido. ¿Te he contado alguna vez que, cuando llegaba a casa por la noche, golpeaba el pomo de la puerta así…?

Cerró los ojos, extendió el dedo índice y en su memoria golpeó el endeble pomo de falso latón. *Uno, dos, tres*.

—Antes de entrar siempre me decía: «Este sitio no es real. Esa mujer no es tu madre y esta gente no quiere que estés con tu familia. Pero si te quedas muy muy callada, olvidarán que estás aquí y podrás escapar. Entonces te encontrarán tus verdaderos padres y se pondrán tan contentos que harán una fiesta para toda la ciudad y no tendrás que volver a estar con la gente mala».

A Irma se le llenaron los ojos de lágrimas, conocía su historia tan bien como Bree. Una fantasía hecha realidad. Bree podría haberse echado a llorar, pero se armó de valor: quería terminar.

—Después de haber oído todo esto, seguro que piensas que te quiero convencer para que sigas aquí y luches por la Rainbow. Pero te equivocas.

Su madre se quedó callada, estaba estupefacta.

—¿De verdad?

De verdad, y aún no se lo creía del todo.

—Aunque me parte el corazón, sé que ya no estás enamorada de este sitio y que quieres dejar de vender libros. Por lo que ha averiguado Witt, el dinero que necesitas para hacerlo está metido en este edificio.

Su madre suspiró para aceptar la verdad de manera lastimera y reacia.

—Es difícil encontrar razones para seguir cuando algunos meses tenemos que destinar todos los ingresos a pagar impuestos por la finca.

Ese era el principal problema y a lo que Witt se refirió al decir que el negocio tenía demasiados activos y pocos ingresos: una librería y su edificio con diferencias irreconciliables.

—No veo la forma de seguir aquí y que puedas jubilarte —dijo Bree—. Vender libros nunca va a dar los beneficios que

necesitaríamos.

—Apenas los dio en su apogeo —reconoció Irma—. Aunque Elliot y yo lo pasamos de maravilla intentándolo.

—Lo recuerdo.

—Cariño, no sabes ni la mitad.

Bree estuvo tentada de preguntar, pero no era el momento.

—¿Estás preparada para oír mi propuesta? —Mostró la portada de la presentación que tenía preparada—. He llamado a la idea «OTR 2024». Venderemos el edificio y destinaremos parte de los fondos a tu jubilación.

Señaló con el lápiz un gráfico circular con un quesito grande llamado mama.

—También tendremos que destinar una parte importante de la venta a pagar impuestos y saldar la deuda de las tarjetas de crédito y los préstamos de la tienda.

Este trozo del pastel era más pequeño, aunque lo bastante grande para incomodar. Señaló el último quesito. Era el más pequeño con diferencia y se llamaba NUEVA OTR.

—Si conseguimos vender el edificio por lo que pensamos que es el valor actual de mercado, deberíamos —lo subrayó porque sus estimaciones no tenían ninguna garantía— disponer de un pequeño capital inicial para la transformación de la Rainbow. —Era más divertido de lo que le pareció anoche ensayando en el dormitorio—. El capital inicial no bastará para todo. Tendré que pedir algunos préstamos y conseguir financiación. Pero este es el plan…

Cuando terminó, Irma estaba atónita.

—¿Se te ha ocurrido a ti todo eso? No es que dude de tu capacidad ni de tu inteligencia, pero es tan… ingenioso.

Bree también lo creía. Las ideas le fueron llegando a pedacitos, así que tardó mucho en darse cuenta de que eran parte de una solución para todo y no simples apaños como pegar una silla rota con pegamento Elmer's.

—Tuve mucha ayuda. De Witt, por supuesto. También me han echado una mano Daisy y Lou. Y…

Había llegado el momento de la gran sorpresa.

—Laney vuelve a casa para ayudarme.

Laney y Tuck habían terminado. Él no tuvo que irse de casa, pero dormía en la habitación de invitados desde la noche en que finiquitaron la relación. Buscaron abogado, se comprometieron a ser civilizados en las negociaciones y solo rompieron esa promesa un par de veces. Menos mal que al día siguiente se marchaba a Minneapolis. El bebé había conseguido que se comportaran de la mejor manera en las últimas semanas, pero su poder también se estaba desvaneciendo. El divorcio dolía, estaban los dos enfadados y tristes, y necesitaban espacio para estarlo.

En aquel momento estaba al teléfono con los de la mudanza, cambiando la lista de pertenencias que iba a llevarse a Minnesota.

—Al final no me llevaré ningún mueble del salón ni del dormitorio.

El cuero rojo no le iba, y Bree la había invitado a su casa hasta que llegara el bebé o hasta que la Rainbow tirase adelante o hasta que, sencillamente, se hartaran la una de la otra. Lo que ocurriera antes.

—En realidad solo quiero llevar unas cajas con mis cosas a Minneapolis.

Laney iba a ir en avión. Llevaría una maleta y el único equipaje de mano que necesitaba de verdad metido a buen recaudo en la barriga, justo debajo del corazón.

Treinta y dos

Thom aparcó el coche y sacó el patinete del asiento trasero. El tobillo y la espalda le daban menos guerra desde hacía unos días y no necesitaba tanto el artefacto todoterreno. Con todo, aquella visita era complicada y podría necesitar donde sentarse. Quizá también un sitio para llorar sin correr peligro.

Sonrió a la mujer del mostrador y sacó una llave del bolsillo. La encontró en los archivos de Elliot el día en que descubrió los intentos de su compañero por escapar de la deuda y el certificado del matrimonio con el que empezó todo.

—Mi pareja, Elliot Gregory, murió hace poco y he encontrado esta llave entre sus pertenencias. Lleva el nombre del banco y esta dirección, así que imagino que es para abrir una caja de seguridad.

La mujer cogió la llave y la examinó.

—Le doy el pésame. ¿Sabe si consta como cónyuge o coarrendatario en la caja?

No era ninguna de las dos cosas, por supuesto. Pero había buscado información e iba preparado.

—Traigo una copia de su certificado de defunción, así como la escritura de la casa que poseíamos juntos y en la que figuro como su beneficiario. —Las dejó caer sobre el mostrador—. También tengo documentación que demuestra que la caja podría contener bienes del señor Gregory.

Era una lista con todos los objetos de la herencia que había vendido.

La cajera apartó los papeles.

—No será necesario. Parece que el señor Gregory lo incluyó como coarrendatario. Solo necesito su carné de conducir.

No se lo podía creer. Hasta ese momento nada relacionado con

la muerte de Elliot había sido sencillo. Puede que ni siquiera hubiera encontrado aquella llave de no haber perdido los nervios. Estaba pegada con cinta adhesiva en el interior de una carpeta llamada por si acaso, junto con una nota enigmática que solo decía: «Thom, amor mío… Lo intenté, lo siento».

Entró con la cajera en la cámara acorazada. La mujer buscó el número de caja y cada uno introdujo su llave. Cuando estuvo fuera y a salvo sobre la mesa del centro de la sala, le dijo ella:

—Cerraré la puerta para que tenga intimidad.

Thom no pudo pegar ojo en toda la noche intentando imaginar lo que encontraría dentro. Con un poco de suerte, serían restos de la herencia de Elliot: acciones o bonos que no fueran lo bastante valiosos como para haberlos vendido ya, pero que podrían servir para reducir la deuda pendiente. Por fin había notificado a los acreedores la muerte de Elliot y trató de darles a entender que no quedaba nada que saquear. Aun así, seguían llamando como si algún día fuera a responderles Elliot, vivo otra vez por algún milagro y con fajos de billetes.

«¿Qué sorpresas me has dejado aquí, amor mío?». Abrió la tapa y el calor le subió como una mecha prendida por la espina dorsal. No fue por lo que vio dentro: la caja estaba llena hasta la mitad y solo contenía sobres viejos. Sintió la presencia de Elliot, tenue y fugaz, pero a su lado.

En el interior de los sobres había guardados pequeños tesoros: la partida de nacimiento de Elliot, una copia de la escritura de la casa, los registros de la librería *Over the Rainbow Bookshop*, LLC, y la escritura del edificio que la albergaba. Encontró los certificados de nacimiento y defunción de los padres de Elliot, las tarjetas de la seguridad social de los tres y una foto en blanco y negro de un hombre joven y guapo con traje de mañana, junto a una mujer con gesto serio, un velo de seda blanca y perlas. Detrás no encontró nombres ni fecha, pero tenían que ser los padres de Elliot el día de su boda. Tenía los ojos del hombre y, cuando dormía, el rostro serio y decidido de la mujer. «Qué milagro fuiste, viniendo de aquí», susurró Thom. Elliot lo sabía, se rio y estuvo de acuerdo.

Como no sabía qué encontraría en la caja, había llevado una bolsa en la que metió los papeles. Tenía su propia caja de seguridad, los guardaría allí: no tenía sentido pagar dos alquileres ahora que

solo quedaba él.

Casi había terminado de vaciarla cuando vio el último fardo, un sobre de papel manila apenas más grande que la palma de su mano y lo bastante abultado como para saber que dentro había algo más que papel. Lo abrió y dejó caer el contenido en la mano. Era una auténtica maravilla: un broche de diamantes en forma de corona de laurel de unos cinco centímetros de diámetro. Estuvo a punto de contarlas gemas, pero se contuvo: se sentía como un ladrón de tumbas frotándose las manos mugrientas.

Era la joya que llevaba la madre de Elliot en la única foto que tenía de sus padres en casa. La hicieron en su cuadragésimo aniversario de boda. Les organizaron una fiesta y Elliot asistió acompañado por Irma. Thom y él ni siquiera se conocían aún, pero la idea de que Irma fuera a Florida del brazo de Elliot siempre le enfadó: que hubiera tenido que ocultar a sus padres quién era en brazos de una mujer y que Irma fuera la única dispuesta a darle cobijo.

Por supuesto, ahora sabía por qué.

El broche iba ensartado en un papel de joyero que, al desplegarlo, resultó ser un certificado notarial de autentificación en el que figuraban el peso y la pureza de cada diamante, junto con el peso del oro en el que iban engarzadas las gemas. Al pie, el joyero incluyó una descripción resumida; imaginó que era el tipo de párrafo que se utiliza en las subastas o ventas, y debajo un valor estimado. «¡Madre del amor hermoso!», susurró, ponía «14 000 dólares».

Thom se desplomó en el asiento y se alegró de haber cogido el patín. El tesoro que había encontrado no alcanzaba para pagar a todos a los acreedores de Elliot, pero podría bastar para que dejaran de llamar y dieran por saldada la deuda.

Volvió a leer la carta del joyero y se preguntó si a la señora Gregory le habría complacido la tasación de catorce mil dólares o despreciaría esa miseria. ¿Era poco en comparación con otras de sus posesiones o lo consideraría una burda subestimación del valor real de la pieza? A él no le parecía una miseria, desde luego. Siendo sincero, no entendía por qué no era uno de los primeros objetos que vendió Elliot. Quizá debería volver a la joyería: estaba en el centro de la ciudad y tenía buena fama. Puede que piezas así se tuvieran

que volver a tasar de vez en cuando, no sabía de esas cosas.

Volvió a buscar una fecha y la encontró, junto con una línea que no se había molestado en leer: «30 de julio de 2021. Propiedad del señor Thomas Winslow, regalo del legado de Martha y Elliot Gregory, padre».

«¿Es mío?». Pasó un dedo por los nombres de los padres de Elliot. ¿Por qué estaban ahí? No se conocían, ya habían muerto cuando Thom llegó a la vida de Elliot. A menos que… La voz de Witt resonó en su cabeza, aquel caótico día en la Rainbow dijo algo: «Los acreedores solo pueden ir a por el patrimonio de Elliot. Como no estabais casados, todo lo que esté a tu nombre está a salvo».

«¡Ah, granuja! —chilló—. ¡Supiste encontrar la trampa legal, pillín! ¿Cómo se te ocurrió hacer esto?».

Estaba riendo. Catorce mil dólares no daban para la jubilación, pero tampoco era nada. Además, significaba que Elliot no se había olvidado de él.

«Vaya, vaya, vaya, señor Gregory». Cogió el sobre donde estaba metido el broche y lo guardó otra vez dentro. «Eres una caja de sorpresas, ¿eh?». Al caer al fondo, se oyó un golpecito metálico. Había algo más. Se levantó enseguida y vació el contenido sobre la mesa. Allí estaba el broche, la tasación del joyero y un anillo de diamantes con un papelito atado por un hilo. Thom se lo acercó, las letras estaban borrosas, pero las descifró y no pudo contener la risa: estaban escritas de puño y letra de Irma y terminaban con una carita sonriente: «Romper el cristal en caso de emergencia».

Treinta y tres

Irma estaba parada frente a la puerta de Thom tratando de templar los nervios antes de pulsar el timbre. La avergonzaba no haber sido la primera en descolgar el teléfono; debería haberlo hecho en cuanto tomó la decisión.

—¿Irma? —Thom abrió la puerta antes de que estuviera lista—. ¿No funciona el timbre? ¿Has llamado?

La mesa del comedor estaba puesta y el té esperando, toda una hazaña para un hombre que se movía empujando el patinete con un solo pie. Irma se sentó y esperó a que le sirviera.

—Ayer me alegró recibir tu llamada. —Tenía que dejar claro que iba en son de paz—. De hecho, tenía intención de hacer lo mismo. La verdad, no tengo una buena excusa para no haberlo hecho.

Thom ladeó la cabeza, estaba sorprendido de verdad.

—Bueno, tienes que dirigir una librería y preparar la llegada de tu nieto.

Laney y Bree seguían en contacto con Thom, incluso habían labrado una amistad. Quedaban de vez en cuando para cenar e ir de copas (sin alcohol para Laney); incluso una vez pasó por la librería para tomar un café y charlar.

—Verás, Irma —continuó—, me avergüenzo de mi comportamiento todos estos años. Seguro que te diste cuenta de que estaba celoso de la atención que Elliot os prestaba a ti y a la Rainbow. Aunque en parte pudiera tener mis razones, te traté mal y eso fue injusto. —Levantó la copa—. Señora Bedford, ¿acepta mis más sinceras disculpas?

¿Quién era ese hombre? A Irma se le dibujó una sonrisa.

—Por supuesto, señor Winslow. Y, si me permite la pregunta,

¿aceptaría también las mías?

—Naturalmente.

Una vez zanjado eso, Thom cortó la tarta e Irma se puso a dar explicaciones.

—Ya sabrás que seguimos adelante con la idea de vender el edificio.

Thom le pasó el plato de postre con un «ajá».

—El dinero de la venta se destinará a tres cosas. En primer lugar, a saldar la deuda pendiente; también reservaremos algo de dinero para que Bree y Laney puedan reorganizar el negocio, y el resto irá a mi jubilación.

No sabía por qué lo que venía la ponía nerviosa. No le iba a pedir nada. Cogió aire.

—Sigo teniendo intención de darte la parte de la venta que le correspondería a Elliot. Quizá te ayude a pagar la deuda personal que adquirió en nombre de la tienda.

Thom se quedó callado un momento, moviendo el postre con el tenedor.

—No vamos a conseguir tanto como nos gustaría, pero, si vendemos el inmueble por el precio que nos parece realista, deberían quedarte unos ahorros.

Elliot movió la cabeza pensativo.

—No, gracias —dijo al rato—. Sinceramente, no le veo sentido. Prefiero que te quedes tú el dinero a que acabe pagando deudas de Elliot.

—Pero las acumuló por la tienda. No es que estuviera por ahí dándose caprichos.

Thom se encogió de hombros.

—Eso no lo sabemos. Le encantaban la cachemira y el cuero italiano. Teníamos tarjetas de crédito personales, así que no sabía qué pagaba con la suya y los extractos que llegaron después de su muerte solo hablan de intereses.

—Aun así, no quiero que salgas de esta sin nada.

—Te lo agradezco. —Y lo hacía de verdad—. Ahora mismo tengo sentimientos encontrados hacia Elliot y tengo que resolverlos. Pero Irma, tú también deberías. Te dejó en una posición terrible en un momento en que eras vulnerable. Tomó malas decisiones empresariales. Seguro que lo hizo con la mejor de las intenciones,

pero lo malo sigue estando mal.

Vio que trataba de asimilarlo y de aceptar que a ella le costaba más ser crítica con Elliot. Tenían una relación diferente, que duró el doble que la de ellos dos y que —por mucho que detestara la verdad— era profunda, emotiva e íntima.

—Ese dinero es el símbolo de lo que hicisteis juntos, es vuestro legado. No permitas que la culpa o un sentido irracional de la responsabilidad te convenzan de que mereces menos de lo que tienes. Yo no construí la Rainbow. Pero tú, Irma Bedford, sí lo hiciste.

Se rio en voz baja, sabiendo que era mucho más fácil tomar una decisión así cuando no había cientos de miles de dólares en juego. Aunque le gustó pensar que, llegado el caso, habría hecho lo mismo. De cualquier manera, sin patrimonio al que echar mano, los acreedores de Elliot iban a tener que tragarse sus pérdidas.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—Gracias a ti también —le respondió él—. Tu generosidad demuestra la amiga tan maravillosa que fuiste para Elliot.

Se sentó en la silla antes de que lo venciera la emoción.

—Ahora me toca a mí. Estoy deseando enseñarte por qué te he llamado.

Se metió la mano en el bolsillo y cogió el anillo.

—Encontré esto en la caja de seguridad de Elliot, ¿te suena?

Irma jadeó cuando abrió los dedos. Thom lo llevó a la joyería para que lo limpiaran antes de esa puesta en escena —era brillo puro— y el sol de la tarde se reflejaba en el diamante proyectando arcoíris en las paredes del comedor.

—¡Es nuestro anillo! —exclamó Irma.

Thom se dio cuenta de que había dicho «nuestro» y sonrió al ver cómo lo admiraba, moviendo la mano de un lado a otro mientras los arcoíris danzaban por la habitación.

—Puedes llevártelo a casa, es un placer veros juntos.

—No podría, Thom. El anillo era de la familia Gregory.

—Que Elliot te regaló a ti. —Thom era un experto en protocolo de regalos—. Es costumbre que la novia conserve el anillo, aunque el compromiso se rompa antes del matrimonio. Claro que, en este caso, llegaste a casarte, así que es de tu propiedad.

—Puede que formalmente. Pero ¿qué voy a hacer con él ahora?

Thom deslizó sobre la mesa el papelito que iba atado al anillo.

—Tú misma te respondiste: «Romper el cristal en caso de emergencia». Dedícalo al futuro de la Rainbow.

Irma se levantó de un salto y se abalanzó sobre él, lo cogió entre los brazos y empezó a besarle en la mejilla.

—Creo que no me puse tan contenta cuando me lo dio Elliot. —Echó a reír—. ¡Eres brillante y maravilloso!

—Lo sé, la verdad es que sí. —Se rio de su propia arrogancia—. Pero escucha…

Le dio unas palmaditas en los brazos para que volviera a su silla.

—Me gustaría que hicieras algo importante por mí.

—Lo que quieras —respondió emociona—. Solo tienes que pedirlo.

—En realidad, no es por mí. Es conmigo.

Sí, era una forma mejor de decirlo. No solo quería que lo hiciera, sino que se sentía obligado a que lo hicieran juntos. Con Irma: la mujer a la que Elliot quiso tanto.

—Me gustaría que me acompañaras al grupo de apoyo al duelo.

Irma se quedó callada con una media sonrisa, estaba claro que no se lo esperaba.

—¿Crees que me hace falta?

Se acercó a ella y le cogió la mano.

—Creo que nos hace falta a los dos. Y creo que a Elliot le encantaría vernos cruzar esa puerta como grandes amigos.

Ella sonrió con satisfacción, y aceptó.

—Parece que es verdad, después de todo: «En los libros y en el arcoíris, los sueños se hacen realidad».

—Y en los grupos de apoyo al duelo —añadió él.

—Demasiado siniestro.

Irma dijo que no con la cabeza, sin parar de reír.

—Es un lema espantoso.

Boletín del Club de Lectura de los que Odian los Libros

NUEVA ETAPA
NÚMERO 1
ENERO DE 2023

El calendario no es lo único que vuelve a empezar…

Amigos y amigas del club de lectura, ha sido un año complicado para Over the Rainbow, y la falta de continuidad de este boletín no es más que una muestra de las dificultades que han tenido que superar la librería y las personas que hay detrás. Gracias a todos los que nos habéis mostrado vuestro apoyo mientras tratábamos de saber qué rumbo seguir: a los que nos habéis escrito y llamado, a los que habéis comprado en la web y en la tienda, a los que habéis enviado postales, a los que habéis hablado con los medios de comunicación, a los que habéis bailado en la calle y a los que habéis contado nuestra historia por todas partes. Os damos las gracias. Además, es una alegría poder anunciar que la Rainbow seguirá brillando, resplandeciente y llena de posibilidades, como lo ha hecho desde 1980.

Habrá cambios: en la ubicación, en la forma de hacer llegar los libros a sus lectores y en las caras que veréis al cruzar nuestra puerta amarilla. Como ya sabréis, hace un año anunciamos con tristeza la muerte de uno de los socios fundadores, Elliot Gregory. La Rainbow nunca será lo mismo sin él, pero tampoco permitiremos que la magia tecnicolor con la que bendijo nuestra librería se desvanezca en el gris.

Con la misma tristeza anunciamos ahora la jubilación de la intrépida y leal cofundadora de Over the Rainbow, Irma Bedford (aunque promete pasar a menudo por aquí). Como ella misma dice:

«Tengo una historia increíble que contar, pero seamos realistas: mis páginas están gastadas y me crujen los huesos. Es hora de que le dé a esta chica algo de cariño».

Así que la pregunta es: ¿Quién se hará cargo de la librería? ¿Y quién está escribiendo esto?

Nos presentaremos: somos Bree Bedford y Laney Hartwell, las hijas de Irma.

Nos criamos en la tienda. Crecimos con libros entre las manos e historias en los oídos. Y creemos en la Rainbow. Si algo hemos aprendido este último año, es que es cierto lo que Elliot e Irma no se cansaban de repetir: en los libros y en el arcoíris todo es posible.

La librería Over the Rainbow está decidida a quedarse.

Por supuesto, las nuevas redactoras del boletín no podemos dejar de incluir recomendaciones. Este mes solo vamos a destacar una: *Mujer despierta*, de la doctora Tererai Trent. El libro, mezcla de enseñanzas y de relato autobiográfico, narra la historia de una mujer nacida en un pequeño pueblo de Zimbabue, que se casó siendo niña y ya era madre de tres hijos al cumplir los dieciocho años. No conocía otra vida y, aun así, encontró el camino hacia una diferente: la que estaba destinada a vivir. Su historia ha inspirado a mujeres de todo el mundo a dar un paso adelante y alcanzar todo lo que merecen.

Nosotras somos dos de esas mujeres, y este libro nos llegó muy hondo.

2022 ha sido un año cargado de dificultades y dolor, pero nos enseñó que fuimos capaces de poner nuestros sueños y todo lo que sabemos y podemos hacer al servicio de nosotras mismas, de nuestra familia y de la Rainbow y su comunidad. Sabemos que queremos estar en la librería. Y que queremos estar aquí por vosotros, por los amantes del club de lectura y por los antilectura.

¿También necesitáis guía, motivación o ideas inspiradoras? Venid a por vuestro ejemplar de la doctora Trent. Si no queréis esperar más, podéis pedir *Mujer despierta* en la web y os lo enviaremos a casa.

A Over the Rainbow aún le esperan muchas más sorpresas. Estad atentos, seréis los primeros en conocerlas cuando estén listas.

Seguid leyendo, queridos antilectura…

Bree Bennety Laney Hartwell

Treinta y cuatro

1 año después…

A Laney Hartwell le apetecía una rosquilla. Estaba salivando en el mostrador del Nygaard's, la de chocolate glaseado era irresistible.

—¿Qué dices tú, Harper? —dijo—. ¿Quieres descubrir cómo es la leche de mamá con sabor a rosquilla?

Se inclinó y besó el fino cabello de la niña. Harper Juliette Hartwell tenía tres meses y la fiesta de hoy también iba a ser su gran presentación en sociedad.

—¿Qué desea? —preguntó la dependienta.

—Vengo a recoger una tarta. Estará a nombre de Bree Bedford… ¿O de Overthe Rainbow?

La dependienta volvió con una caja tan ancha como su pecho. Era una suerte que la librería estuviera solo unos números más abajo y que Harper, que tenía tanto carácter, aún no tuviera fuerza suficiente para tirar de una patada un pastel para cincuenta personas.

El bebé no era lo único que daba pataditas. Over the Rainbow seguía viva y pronto todo el mundo iba a descubrir lo maravilloso que era eso. Bree se había ocupado de todos los cambios de la tienda física, pero Laney ideó lo que le gustaba llamar su «segunda mejor obra». Harper siempre iba a estar en el primer puesto, naturalmente.

La idea se le ocurrió un día, al poco de mudarse a Minneapolis, cuando hizo una referencia literaria como tantas otras veces. Esto fue lo que pasó.

—¿No es estupendo? —le dijo a Bree una clienta—. Solo has

estudiado primer ciclo en la universidad y, mírate, con tu propia tiendecita.

Luego dio media vuelta sobre unos zapatos que dejaban ver la pedicura y se marchó.

Bree parecía mucho más perpleja que insultada, así que Laney se vio obligada a intervenir.

—Sabes que te estaba llamando tonta, ¿verdad?

Bree hizo un ademán para descartar la idea.

—Lo digo en serio. Es el código de dama sureña para decir: «No volveré aquí porque soy una esnob y tú eres tonta».

—Oh, solo ha…

Bree se interrumpió, chasqueó los dedos y señaló a Laney.

—*¡Código de dama sureña!* ¡Es el título de un libro de Helen Ellis! —exclamó Bree.

—Ya lo sé.

—Pero ¿sabes por qué lo sabes?

—Porque lo he leído.

Laney sonrió con satisfacción. Era muy divertido ver a Bree tratando de averiguar sus intenciones.

—¿Cuándo lo leíste? —siguió preguntando Laney.

—Cuando Elliot me lo envió con una nota. Decía que sabía cuánto me gustó su *Esposa a la americana*.

—¿Elliot te enviaba libros?

Él estuvo haciéndolo durante años.

—¿Y los leías?

—Ese hombre tenía un don.

Bree estaba preparando mil preguntas más cuando a Laney le llegó la inspiración, como una oleada en el cerebro, ¡zas!

—¡Qué fuerte! ¿Por qué no se nos había ocurrido? Necesitamos un verdadero Club de Lectura de los que Odian los Libros. No podemos quedarnos de brazos cruzados y esperar a que la gente venga a la tienda para comprar alguna recomendación. El boletín tiene miles de suscriptores, imagina lo que podríamos conseguir si tan solo una parte de ellos empezara a pagar para recibir cada mes los libros que recomendamos.

Su hermana librera necesitaba algo más convincente.

—Ya hay muchos servicios de suscripción. No es nada nuevo, en realidad llegamos un poquito tarde a la fiesta.

—Pero no demasiado. —A Laney le bullían la mente y el cuerpo —. Y encaja a la perfección con la filosofía de la nueva Over the Rainbow: los libros crean comunidad.

Ahora, casi un año después y gracias al capital inicial que les dio la alianza de su madre, Over the Rainbow tenía una central web profesional. Cada mes, los suscriptores recibían por correo un libro de su elección. Si querían comentarlo, podían participar en un chat en línea o en evento de vídeo en directo. Y mejor aún: en todo el país estaban formándose clubes de lectura presenciales. Ya había grupos en dieciséis estados, y apenas acababan de empezar.

Laney miró a la niña que dormía en el cochecito, era preciosa.

—Tú siempre serás mi favorita, pero esto de los Antilectura no deja de sorprenderme.

Cuando llegaron a la librería, Witt estaba subido a una escalera en la acera colgando el nuevo cartel en el escaparate: gran reapertura.

—Puede que parezcamos más pequeños, pero nuestros libros y nuestros sueños llegan más lejos que nunca.

—Gracias por la ayuda, Witt.

—No se me ocurriría dejar que subiera Bree.

La Rainbow se había trasladado. No estaba lejos, a solo tres manzanas de la ubicación original, pero la nueva tienda era pequeña en comparación. Ya no necesitaban mucho espacio centralizado porque la nueva Rainbow estaba repartido por todo Lyn-Lake en forma de pequeños puestos especializados, los quioscos *pop-up*, repartidos en otros negocios del barrio.

Daisy y Lou fueron los primeros en ofrecer la destilería para poner a prueba el experimento. Tenían una pequeña sección con productos de *Lady* of the Lake (camisetas, sudaderas y gorras) y Laney y Bree pudieron añadir una selección de libros para la clientela de la destilería. Había unos cuantos *bestsellers*, libros sobre coctelería y guías para destilación casera. Sin embargo, la clave para obtener beneficios eran los dos iPad que no solo servían para pagar los libros, sino que también dirigían a los clientes al catálogo web de la Rainbow: una librería al alcance de la mano (y la entrega era gratuita en la Rainbow o directamente en casa por un módico precio).

Ahora, junto al de la destilería, tenían *pop-ups* en la ferretería de

los Alstrop, Spin Vinyl, Uptown *Vintage* y Fringe *Boutique*: los negocios que las ayudaron a frenar la venta a los Vandaveer. También se estaban apuntando otras tiendas.

Además, redistribuyeron el espacio de la librería. Seguían teniendo existencias de supervenías y libros respaldados por promociones de editoriales; no querían que ningún cliente pudiera salir sin un libro en las manos. Sin embargo, dedicaban gran parte de las estanterías a títulos «Recomiéndame»: ejemplares de los libros que a Bree y Laney les encantaba vender en mano, pero por los que nadie solía cruzar la puerta. Cuando alguien compraba un «Recomiéndame», encargaban el ejemplar a la distribuidora y solía llegar de un día para otro. Esta parte del negocio necesitaba sus ajustes, pero funcionaba lo bastante bien como darles un par de años de margen para pulir detalles.

Llevaron algunas cosas de la tienda original: dos rincones de lectura, dos confesionarios y dos bancos. La lámpara de araña era demasiado grande para el nuevo local, pero el techo azul de la nueva Rainbow también tenía nubes. Todo lo que no pudieron trasladar lo vendieron, y no dejó de sorprenderlas lo que los anticuarios estaban dispuestos a pagar por objetos a los que Laney y Bree no daban ningún valor de niñas.

Ah, y la puerta que cruzó Laney con una sonrisa haciendo tintinear la campanilla estaba pintada de amarillo.

—¡Tengo la tarta, Breechito! —Lo dijo demasiado alto para un sitio tan pequeño y despertó a Harper—. Uy, lo siento, señorita Hartwell.

Dejó la tarta sobre la mesa plegable que habían preparado junto al escaparate y sacó a Harper del cochecito. Respiró hondo y aspiró el olor dulce a bebé. Tuck había llamado para hablar con ella por vídeo aquella mañana, como hacía casi todos los días: esa cosita tan pequeña le había robado el corazón y seguía sin salir de su asombro. Decía que iba a ser padre en remoto. Le gustaba California y le iba bien con los neumáticos, pero también estaba decidido a ser padre de la niña, aunque fuera a kilómetros de distancia.

Laney tenía todo lo que necesitaba: Harper, Bree, su madre, Thom y la Rainbow. Un año antes pensaba que fue a Minneapolis por culpa y arrepentimiento. Luego descubrió que había dejado de huir: estaba de vuelta con las personas que amaba y al lugar que

instintivamente llamaba «casa».

Bree acababa de hablar con la tienda de bicicletas para acordar los últimos retoques de las dos librerías sobre ruedas de Rainbow on Bikeback que habían encargado. Ni ella ni Laney estaban en condiciones de pasar el día arrastrando veinte kilos en libros, pero contrataron a dos adolescentes entusiastas que estaban listas para empezar a pedalear en una semana.

Buscó a Laney y le dio la buena noticia.

—Por lo visto, el artista que se encarga de pintarlas ha añadido unas caricaturas de mamá y Elliot. Estoy deseando verlas.

—Lástima que no estén terminadas para la gran fiesta de inauguración —dijo Laney—. Estaría bien tenerlas expuestas.

—Lo sé, ¿verdad?

—Eh, nena. —Witt asomó la cabeza por la puerta amarilla—. ¿Quieres que cuelgue algún globo junto al letrero?

Ignoró a Laney, que hizo lo de siempre: le encantaba imitar a Witt cada vez que decía «Eh, nena». (Bree tenía que reconocer que eran muchas).

—No, no pasa nada. El letrero va a estar colgado unas semanas y los globos no aguantarán tanto.

—Vale —dijo y volvió a cerrar la puerta.

—Va a disfrutar mucho de la paternidad —dijo Laney—. No sé si te dejará coger al bebé cuando nazca…

—Podría ser…

Bree se miró la barriga. Estaba de casi veinte semanas y era otra niña, le habían hecho una ecografía hacía dos días. Laney y ella criarían a sus hijas en la Rainbow, igual que su madre.

—Por cierto, mamá se ha ofrecido a salir de su retiro. Le he dicho que puede venir cuando quiera, pero que ahorre energía para sus nietas.

—Ayer compró toda la colección de Richard Scarry —dijo Laney —. Conserva casi todos nuestros libros de niñas, pero dice que quiere ejemplares nuevos.

—Lástima que Nestor no esté para hacerle más estanterías.

—¿Y no puede encargarse Witt?

—No. —Bree sonrió y se acarició la barriga—. Él es solo para

nosotras.

Técnicamente la librería había abierto a las diez, pero los anuncios, las publicaciones en redes sociales y la web del Club de Lectura de los que Odian los Libros decían que la fiesta de inauguración comenzaba a la una. «A nadie le apetecen tartas ni pasteles por la mañana», dijo Bree, a lo que Laney respondió: «Ah, ¿no? Entonces, ¿qué pasa con las rosquillas?».

Daisy y Lou entraron por la puerta con un «pero ¡qué bonito!» y dejaron en la mesa una enorme bandeja de aperitivos.

—Invita la casa —dijo Daisy.

—Pero nos parece bien si les decís a vuestros clientes de dónde han salido —añadió Lou con una sonrisa.

Por supuesto.

—No sé si estaríamos hoy aquí de no ser por vosotros.

—¡Hola, chicas! —La puerta amarilla volvió a tintinear y entró su madre del brazo de Thom—. ¿Cómo van los preparativos de la fiesta?

Thom besó a Bree en la mejilla, mientras Irma fue directa a por Harper.

—Ay, mi nietecita. Muac, muac, muac, muac.

—¿Qué tal la vida de bibliotecario, Thom? —le preguntó Bree. Hacía unos meses empezó a trabajar de voluntario en la biblioteca del barrio y, al parecer, las había cambiado por ella—. Ya casi no te vemos.

Thom mostró las palmas de las manos como si no encontrara palabras.

—Es que hay mucho trabajo, ¡ni lo imaginas! Disfruto más que un gato con una caja de cartón.

—¿Sigue por ahí tu chica, Carol Ann?

—No es mi chica. Tiene un máster y un pódcast. Creo que es famosa en el mundo literario.

A Bree se le escapó una sonrisa. Thom era como un visitante del pasado, un Victoriano que despertó de pronto en un mundo lleno de prodigios: agua corriente, automóviles y casas sin ratas.

—Me alegra verte así de contento.

—Gracias —susurró—. ¡Ah! Tu madre ha traído algo para la librería.

Levantó un paquete envuelto en papel de estraza y la llamó:

—Irma, ¿quieres hacer los honores ahora o lo dejamos para más tarde?

—¡Sí! Ahora, ahora —respondió alegre—. Laney y Bree, abridlo vosotras.

Bree y su hermana se miraron.

—¿Lo hacemos juntas?

Laney asintió.

—A la de tres. Uno… Dos… ¡Tres!

Rasgaron el papel y encontraron un marco bocabajo.

—Dadle la vuelta —les indicó su madre—. Lo llevé a enmarcar. Han cambiado el paspartú y el cristal.

Al girarlo vieron el primer artículo que publicó un periódico sobre Over the Rainbow. Fue el *Minneapolis/St. Paul Standard*, el 1 de octubre de 1980: «Antiguos rivales aúnan fuerzas bajo el arcoíris. Una nueva librería abre sus puertas en Lyn-Lake». Allí estaban Elliot y su madre dándose la mano y con una sonrisa de oreja a oreja.

A Bree y a Laney no pudo gustarles más.

—Mira el bigote de Elliot —dijo Laney.

—Y la falda de mamá —añadió Bree.

—Decid lo que queráis sobre los estilismos —dijo su madre poniéndose a su lado—, pero tenéis que admitirlo: a esos dos cabezas de chorlito les esperaban muchas aventuras.

—Quizá deberías escribir un libro, mamá —dijo Bree—. Cuenta todo lo que viviste con Elliot.

Irma le guiñó un ojo con picardía, pero negó con la cabeza.

—No se lo creería nadie.

Que caiga el telón

¡Ay, queridos lectores! Lamento decir que nuestro tiempo juntos ha llegado al final del último acto. Estar con vosotros ha sido maravilloso, mágico y sobrenatural.

Me da pena que termine.

Pero ha de ser así. Porque todo termina. Al menos por un tiempo… ¿Quién sabe lo que nos depara el futuro?

Judy se ha empeñado en estar a mi lado y quiere que os recuerde algo. *¿Cómo era, querida?* Ah, sí: «Seguid soñando y nunca dejéis de soñar, pase lo que pase». También quiere sacar a relucir unas palabras que se le atribuyen: «Los mayores tesoros son invisibles a la vista, solo los encuentra el corazón».

Qué gran verdad.

Por supuesto, mi tesoro estaba en las personas a las que amaba, y que me correspondían. Mi maravilloso Thom e Irma, la primera actriz de mi historia. Ellos me dieron el mayor de los tesoros: el regalo de conocer las mejores partes de mí mismo.

Pero también estaba Over the Rainbow y el tesoro que custodiaba para nuestros lectores. Esa es la magia de ser librero: todos los días tienes la posibilidad de cambiar la vida de alguien. Es cierto. Por eso dediqué mi trabajo a intentar poner personajes valientes en manos de alguien que necesitaba valor; busqué historias que pudieran llevar la luz a aquellos cuyos corazones estaban en sombras, y alcé la voz de los bichos raros, de los inadaptados y de «los otros», y se la presenté a personas que buscaban a otras y un lugar donde sentirse en casa.

Bueno, parece que hemos llegado a la última página, queridos. ¿Y si no dejamos que lo nuestro termine con esto? Sigamos esparciendo la magia de los libros por el mundo. Hacedlo por mí,

¿os parece? Decidme qué bibliotecaria o librero os dio la novela que cambió vuestra vida. ¿Dónde la encontrasteis? ¿Qué título os recomendaron? ¿Qué tesoros encontrasteis entre sus páginas?

Por suerte, en la tierra que sobrevuelan los ángeles no me hacen falta redes sociales, pero me han dicho que pueden obrar maravillas para los que seguís respirando. Hablad de los libros que son vuestro tesoro con el *hashtag*

#BHBCheroes.

Judy y yo estamos deseando conocerlas.

Y ahora, hasta que nos volvamos a ver, ¡muchos besos! Muac, muac, muac, muac.

Solo una cosa más…

Hola, lectoras y lectores, soy yo: Gretchen. La que ha vivido con Elliot, Irma, Thom, Laney y Bree metidos en la cabeza, y ha hecho todo lo posible por plasmar su voz sobre el papel para vosotros.

Si habéis llegado hasta aquí, gracias (de parte de todos nosotros) por escucharla.

Seguro que queréis saber por qué hago una aparición al más puro estilo Elliot. Cuando escribí el borrador de esta historia, quería que estuviera llena de libros que me gustaran. Y lo está. Podría haber llenado trescientas páginas solo con títulos, pero habríais dejado de leer a la segunda y en la editorial habrían convocado una reunión de urgencia de las de «¿seguro que va todo bien, Gretchen?» para ver si me había peinado y pedirme que les enseñara los zapatos. (Que yo sepa, nunca he salido de casa con zapatos desparejados, pero una vez en la oficina de correos descubrí que iba con chancletas de piscina; otro día, una mujer me paró cuando estaba a punto de subir al tren para avisar de que llevaba los pantalones abiertos por la espalda).

En otras palabras, mis gustos o mis elecciones no siempre son lo habitual. Confieso esto para deciros, dando algún rodeo, que les pedí a auténticos libreros y bibliotecarios que hicieran de Elliot y nos recomendaran los títulos que aparecen en sus boletines. Ellos y ellas son los verdaderos héroes de esta historia. Os los presento…

Mi primera referencia no es nada convencional, tened paciencia conmigo. *El misterio del manantial*, de Natalie Babbitt, es una recomendación de Carsten Anthony, que no es otro que mi hijo mediano. No es nada aficionado a los libros. Es más, dice que los odia. Aun así, se tomó la molestia de asegurarse de que la bibliófila que tiene por madre comprara y leyera la historia de Tuck. ¡Los

libros *obran* milagros!

Una de mis Gretchen favoritas, Gretchen West de Valley Bookseller en Stillwater (Minnesota), me recomendó *El cabo Ann**, de Faith Sullivan. Su librería está a orillas de las aguas azules y resplandecientes del río St. Croix y, si nunca habéis estado allí, no sabéis lo que os estáis perdiendo. En serio, merece la pena, os encantará. *Valleybookseller.com*.

¿Creíais que me había inventado yo lo de comprar un lote de clásicos en encuadernación artesana para alguien que va a estrenarse en la universidad? Siento decepcionaros, pero es una recomendación real (y muy considerada) de Paige Carda, de REACH Literacy, en Sioux Falls (Dakota del Sur). Es una librería con una misión: los beneficios se destinan directamente a financiar programas de alfabetización de jóvenes y adultos de la región de Sioux Falls. Buscadlos en Internet, son buena gente. *REACHliteracy.org*.

Cathy Fiebach, de Main Point Books, en Wayne (Pensilvania), me recomendó *El amigo*, de Sigrid Nunez, y *Cruzar el límite**, de Kareem Rosser. Cathy y yo no nos conocemos en persona, pero espero que eso cambie pronto. Me encanta leer sus correos. Si vais a Wayne antes que yo, hacedle una visita y decidle que iré en cuanto pueda: *MainPointBooks.com*.

Abbi Waxman, la autora de *El jardín de los nuevos comienzos*, es tan divertida como deliciosa. Leedla, os encantará. Y cuando os sentéis a leer, no dejéis de agradecérselo a la bibliotecaria que la trajo a estas páginas: Kelly Moore, responsable de los programas para adultos de Dallas/Fort Worth. Los bibliotecarios son auténticos superhéroes: dad las gracias al próximo que conozcáis.

El viaje al disparate de *El reino vacío*, de Kira Jane Buxton, llega de la mano de Anna Stangl, de The Bookstore at Fitgers, en Duluth (Minnesota). Sí, otra librería de Minnesota con vistas al agua, esta vez las del lago Superior. Id a visitar a Anna y a sus colegas: la librería es tan espectacular como los alrededores. *Fitgersbookstore.com*.

Sanar una pérdida, de Martha Whitmore Hickman, llega a estas páginas de la mano de la leyenda librera del área de Chicago, Maxwell Gregory. Ya no encontraréis a Maxwell reponiendo estanterías, pero podéis verla, oírla y charlar con ella en A Mighty

Blaze, un punto de encuentro de autores y lectores. *AMightyBlaze.com*.

Mary O'Malley me habló maravillas de *Mujer despierta*, de la doctora Tererai Trent. Mary, de la librería Skylark Bookshop de Columbia (Missouri) y del portal A Mighty Blaze, es una figura en el mundo del libro y amiga de autores de todo el mundo. Además, hace entrevistas en línea con autores en *SkylarkBookshop.com* y en *AMightyBlaze.com*. No os las perdáis.

Quiero dar las gracias a Mary Lee Delafield, de la librería Warwick's en La Jolla (California), y a Steven Salardino, de Skylight Books en Los Ángeles. Ambos me hicieron recomendaciones fabulosas que, por desgracia, no he podido incluir en esta historia. Hacedles una visita y dadles las gracias de igual manera. Las librerías independientes son lugares mágicos. *Warwicks.com* y *SkylightBooks.com*.

Y por último, pero no por ello menos importante: la bibliotecaria favorita de Thom. En los boletines no hay ninguna recomendación concreta de esta joya de los libros, pero sus sugerencias están esparcidas por todas las páginas como confeti. Os presento a Carol Ann Tack, de la Biblioteca Pública de Merrick, en Long Island. Mejor aún, podéis seguirla en Twitter, *@Carolanntack*, y no perderos ninguna de sus delicias, o escuchar su pódcast *Top Shelf Uve*: seguro que os reís y que también os saca alguna que otra lagrimilla. ¡Disfrutadlo con un buen cóctel!

Nota de la traductora

¡Hola! Yo también me cuelo por aquí. Lo de hablar en primera persona es una sensación extraña para una traductora (ya veis que en los libros todo es posible), pero lo hago para daros una gran noticia: podéis leer en español casi todas las recomendaciones de Elliot y Gretchen, gracias al trabajo entre bastidores de otros duendes y hadas traductores.

En este capítulo he señalado con un asterisco los títulos que todavía no se han traducido. Por ahora también tendréis que esperar para leer *Hudson Bay Bound* [Rumbo a la bahía Hudson], de Natalie Warren; *The rending and the nest* [El desgarro y el nido], de Kaethe Schwehn, y *American housewife* [Esposa a la americana], de Helen Ellis. Muy pocos, y seguro que pronto alguien hará con ellos lo mismo que estoy haciendo yo ahora.

De todas formas, estoy convencida de que, después de leer todos los boletines, ya tenéis una buena lista de deseos (siento haber ayudado a hacer crecer esa pila de lecturas pendientes de la mesita de noche).

Espero que hayáis disfrutado leyendo y que nos veamos pronto en otros libros.

¡Muac!

Agradecimientos

Esta novela se tomó su tiempo para vagar placenteramente por las carreteras secundarias de mi paciencia, mi determinación y mi cordura de escritora, y no la tendríais entre las manos si no fuera por la amabilidad y el saber de muchas personas.

A la cabeza de la lista está mi agente, Holly Root, de Root Literary. Tras tener que escuchar unas cuantas propuestas cada vez más estrafalarias, se hizo cargo de mi desesperación, sacó un hilo entre la maraña y le puso nombre: *El club de lectura de los que odian los libros*. Luego, mi primera editora en Park Row, Natalie Hallak, reconoció el potencial de la idea que aún estaba en pañales y le dio fuerzas y un balón de oxígeno. Sin ellas, quizá seguiría proponiendo novelas en las que hay explosiones en las alcantarillas, desorden en lugar de trama y mueren los mejores personajes. Os debo mucho a las dos, y esta novela siempre será uno de vuestros grandes regalos.

Un aplauso cerrado para Laura Brown, mi editora actual en Park Row. No sé cuántas veces tendría que coger aire antes de retomar el trabajo con este manuscrito y con una autora aterrorizada tras la marcha de Natalie. Eres muy lista, Laura B., y me encanta trabajar contigo.

Gracias a Laura Gianino, la reina de las agentes editoriales. Todos los autores deberían tener la misma suerte que yo. Y también al corrector, Jerry Gallagher, cuya agudeza es justo lo que necesitaba esta escritora que tiene la costumbre de cambiar de nombre a los personajes. También debo un agradecimiento los equipos de *marketing* de Park Row y HarperCollins, que no tienen reparos en vender libros en los que mujeres adultas se mean encima.

La diva del libro de Chicago, Maxwell Gregory, pasó una tarde

casi entera explicándome a todo color cómo es la vida de librera. Tu perspicacia no tiene precio, Maxwell. Gracias. Hablando de figuras emblemáticas del libro del Medio Oeste, gracias a Pamela Klinger-Horn por espolvorear el polvo del Hada de los Libros sobre tantos y tantos autores, incluida yo. Y gracias de corazón a tus colegas libreros de todo el mundo, que no solo han defendido mi trabajo, sino que luchan cada día por todos los libros que aman. No bromeaba cuando llamé «superhéroes» a los bibliotecarios: lo son. Puede que no lo reclamen, pero merecen la admiración y el apoyo de las comunidades de las que cuidan.

Respecto a esto, gracias a las autoras Amy Meyerson y Julia Claiborne Johnson, que me pusieron en contacto con sus librerías locales favoritas. A Abbi Waxman, que me dijo que durmiera más, dejara de darle vueltas y terminara el libro. A Josh Moehling y Laska Nygaard, mis compañeros del grupo de escritura (la de trabajazo que os he dado con lo que escribo). Y a Beth y Nee, los miembros originales del que siempre será mi club de lectura, junto con Vix, nuestra más reciente aliada para la conspiración: ¿Para qué sirve la vida si no está llena de risas, dolor y personajes memorables? A veces incluso hablamos de libros.

Mamá, eres mi mayor animadora. No me avergüenzo para nada de los trajes que te pones a juego con las portadas de mis libros. Connor, Carsten y J.: adoro vuestra sonrisa, vuestros abrazos y que cocinéis y lavéis la ropa solos. Chad, a ti te adoro sin más. Punto.

Pero, sobre todo, gracias a vosotros, queridos lectores. Si no estuvierais ahí preguntándoos «¿y ahora qué va a pasar?», no tendría ningún motivo para sentar el trasero y ponerme a escribir. Dais un sentido al caos y, como dice Laney: «El caos puede ser muy productivo».

¡Aleluya, pasadme la ensalada de gelatina…!

Gretchen Anthony
Marzo de 2022

GRETCHEN ANTHONY es la autora galardonada de The Kids Are Gonna Ask y recibió el Premio Alex 2021 de la Asociación Estadounidense de Bibliotecas. Su primera novela, *Evergreen Tidings from the Baumgartners*, fue una elección de Midwestern Connections y una de los mejores libros de Amazon, BookBub, PopSugar y el New York *Post*. Su trabajo ha aparecido en The Washington *Post*, Medium y The Write Life, entre otros. Vive en Minneapolis con su familia.